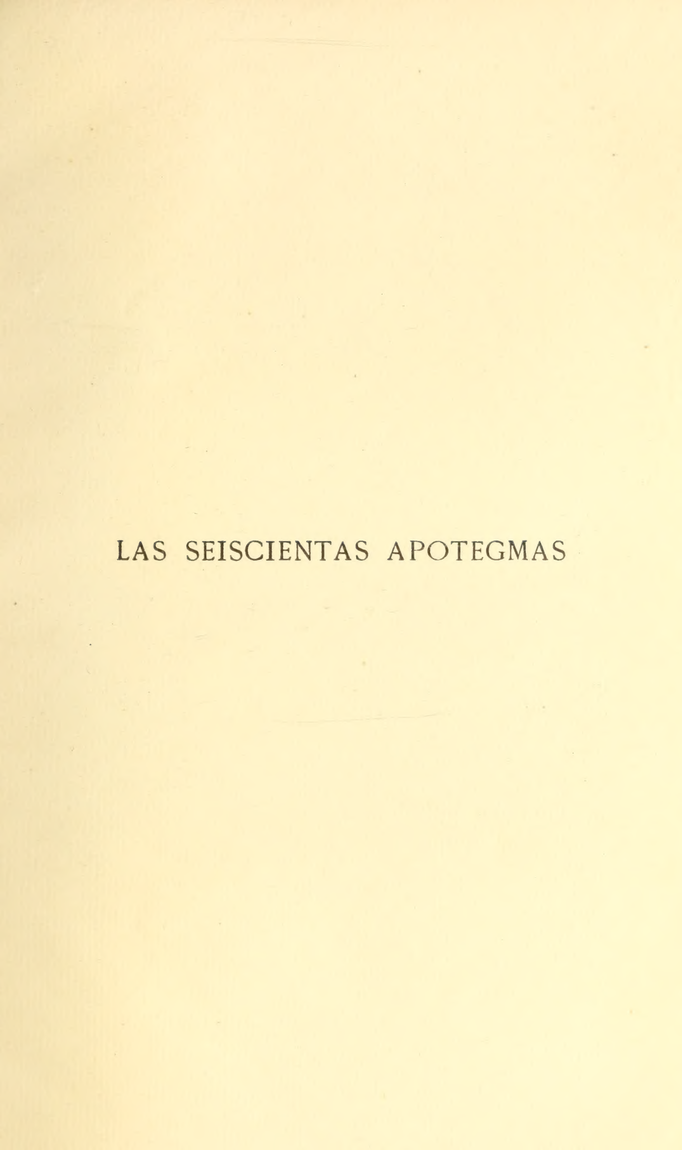

3 1761 09372935 8







LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS





JUAN RUFO

JURADO DE CÓRDOBA

LAS

SEISCIENTAS APOTEGMAS

Y

OTRAS OBRAS EN VERSO

DE

JUAN RUFO

JURADO DE CÓRDOBA

PUBLÍCALAS

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES



MADRID

MCMXXIII

Número 122

Sr. D. Victoriano Suárez Graiño.

Imp. de Ramona Velasco, Vda. de Prudencio Pérez.—Libertad, 31, Madrid.

INTRODUCCIÓN

I

Antiguo y frecuente achaque en biógrafos y comentaristas viene siendo el de presentar a los sujetos de sus estudios adornados de las más extraordinarias y subidas prendas, creyendo dar así mayor fama a su persona y celebridad y realce a su obra literaria. Pero la verdad histórica tarde o temprano vuelve por sus fueros, y a la luz de olvidados documentos y polvorientas escrituras, gusta de poner las cosas en su punto y a los autores encumbrados en el lugar que en justicia les corresponde. Ganan con ello la verdad primeramente y el lector a la postre, porque conociendo a buena luz quién fué el autor y en qué ambiente se concibió y nació a las letras su producción literaria, tómala por su peso cabal y apréciala en su justo valor, sin que su juicio se nuble o extravíe con hiperbólicos elogios o envanecidas paternidades y abolengos.

A la pluma se me han venido ahora estas reflexiones, al presentar a mis lectores —si de ellos no es antiguo y

familiar amigo—el memorable autor del famoso poema *La Austríada*, y más singularmente de LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS, que por vez primera se reimprimen al cabo de trescientos veintisiete años; hombre con quien la Fortuna quiso ser más piadosa después de muerto que en vida suya, pues un excesivo elogio de Cervantes al hacer el escrutinio de la librería del Ingenioso Hidalgo le hizo cobrar ante la posteridad, no solamente reputación y fama de poeta, sino que rodeóle, a la vez, por la casual coincidencia de algunas particularidades biográficas, de cierta aureola de hidalguía y caballerosidad que venía a emparejarle en vida y condición con el glorioso autor alcalaíno. Y, sin embargo, ¡qué abismo ético separaba al uno del otro! La figura moral de Cervantes, como las de Mateo Alemán y tantos otros ingenios de aquellos tiempos, ha ido creciendo y depurándose a medida que la investigación erudita iluminaba los oscuros rincones de su vida con nuevos documentos y escrituras, y hoy se nos muestra más lógico y claro el íntimo enlace de ella con sus obras inmortales, no en lo que de irregular y pecador pintaban, campo inevitable de todo novelista de antaño, sino en cuanto aquellas obras son preciadísimos depósitos de belleza moral, códigos del honor y relucientes espejos de preceptiva estética. Mas, en cambio, ¡cuán distinta de lo que creíamos, y muchos autores han supuesto desprendiéndola del harto benévolo juicio de Cervantes, se nos aparece hoy la vida de Juan Rufo, cuando la celosa diligencia de su biógrafo exhuma amarillentos legajos, de

donde sale *in puribus* la figura apicarada, chocarrera y maleante del Jurado cordobés! (1).

Nacido en 1547, el mismo año que Cervantes, de humilde cuna, en la ciudad de Córdoba, transcurre su juventud en una no interrumpida serie de locuras, insolencias y picardías, que a su padre, honrado tintorero con tienda abierta en aquella ciudad, llenan de preocupaciones y disgustos. No había traspasado los límites de la mocedad cuando, contrahaciendo las llaves legítimas, abre las gavetas de su padre y se apodera de 500 ducados, que disipa pronta y alegremente. Aprovecha una corta ausencia de aquél, durante un viaje a Sevilla a negocios, sin duda, de su oficio, para rapiñar los paños, la plata y las ropas mismas de seda de su madre, por valor de más de 500 ducados, preseas que de seguro malvendió, y de las cuales habrá de hacerle cargo también su progenitor, años después, en su testamento. Para alejarle del lugar de sus habituales picardías, y a la vez con el generoso propósito de que alcanzase letras y grados que él no había recibido, envíale a Salamanca, donde no consta que frecuentase otras aulas que las del baldeo y el rodancho, causando al paciente tintorero gastos cuantiosos y extra-

(1) Véase su documentada biografía por don Rafael Ramirez de Arellano: *Juan Rufo, Jurado de Córdoba. Estudio biográfico y crítico.* Madrid, 1912. Es obra mucho más estimable por su aportación documental que por su crítica; pero en el primer aspecto, y para la consideración social que Rufo hubo de tener en su tiempo, entraña mucho valor e importancia.

ordinarios [1]. Vuelto a Córdoba, y en la flor de la mocedad, apuntadas ya en él aquellas prendas de natural donaire, ingenio pronto y viveza en los dichos agudos y maliciosos, no hay doncellez de moza de cántaro ni de honesta hija de casa que se defienda de los requiebros, primero, y de las embestidas, después, del enamoradizo galán; y por los protocolos de los notarios y por los autos de las escribanías de entonces corre el Amor, juguetón y travieso, haciendo de las suyas, dejando tras sí largo y escandaloso rastro de fugas, raptos, querellas de los ofendidos padres, costas y procesos, y una vez y otra los cordones de la bien provista bolsa del rico tintorero aflójanse sumisos para alcanzar, con el perdón, el necesario partir mano en la causa criminal incoada; hasta que, recayendo la ofensa en cierta doncella, hija de un escribano, éste, como más ducho e influyente, logra asir del mancebo en lo más dulce de su idilio y da con él en estrecha prisión, agravada por los grillos que la dama rencorosamente hace echarle, creyendo persuadirle así mejor al casamiento, bodas de las que nuevamente se libra Rufo diciendo para su

(1) Constan todas estas andanzas y picardías de Rufo, con otras de semejante calaña que, en gracia a la brevedad, omito, por el codicilo de su padre, documento valiosísimo para su biografía, hallado por Ramírez de Arellano en el Archivo de protocolos de Córdoba. Es una verdadera aguafuerte que le retrata de cuerpo entero, testimonio irrecusable que no admite contradicción y que le deja malparado ante el juicio de la posteridad. Flaco servicio le hizo ciertamente su biógrafo al exhumarlo, aunque la verdad histórica saliera ganando. Vid. obra citada, páginas 121-122.

coleto aquella agudeza sentenciosa que estampará después en sus Apotegmas: *«Más valen grillos de hierro que esposa con yerros»*. La inagotable liberalidad del buen tintorero (figura moral, a la cuenta, muy superior a la de su desastrado hijo, si lógicamente damos crédito a estos verídicos documentos) redímele una vez más generosamente, sacándole de su encierro, pero sin que por eso escarmentara Rufo, limitándose a llamar sus tropiezos «disparates graciosos», calificación por cierto benévola en extremo, no ya para la moral de ahora, sino aun para la misma de entonces, indulgente en demasía con cierto linaje de caídas. Con los años fué creciendo en nuestro escritor la afición a la vida suelta, ociosa y desgarrada, y, como los pecados capitales rara vez huelgan de la soledad, sino que gustan de verse en compañía unos con otros, el Amor llevóle de la mano al juego y el juego le echó en brazos de Baco, haciendo de Rufo, a la postre, el acabado tipo del hidalgo sin oficio ni blanca, que malogra sus años entre casas de tablaje, visitas a mujeres *enamoradas* —como pintorescamente se llamaba entonces a cuantas se acogían a las escuelas de Venus—, y tabernas y bodegones de los famosos y bien provistos, bien de las heredades de su padre, en la campiña cordobesa, bien de San Martín o Yepes, en la plazuela de Santo Domingo, de Madrid, donde tantos pícaros hambrientos, soldados manirrotos o curiales enredadores, encontraban fácil acogida.

Por mucho que se revuelvan los numerosos documentos descubiertos por su biógrafo (por cariño de tal,

tolerante muchas veces con sus flaquezas y caídas), difícilmente se hallarán otras escuelas o estudios donde pudiera cursar Rufo; verdad es que unas y otras diéronle un profundo conocimiento de la vida y le enseñaron a conocer los más íntimos repliegues del corazón humano; que bien dijo Gracián, con honda frase, que «el mejor libro del mundo es el mundo mismo» [1], y no hay páginas en él tan elocuentes y arrebatadoras como aquellas que Rufo leyó con diario y contumaz regodeo.

Los dos únicos empleos que tuvo en vida no descubren tampoco mientras los ejercitó prendas relevantes de su carácter moral. Alcanzada, por renuncia de su padre, una juradería en Córdoba, cargo semejante en parte al de nuestros modernos concejales, el poco tiempo que prácticamente lo sirvió (no sin resistencia del Concejo a que tomara posesión, prevenido y receloso justamente de su mala fama) fué un semillero de continuos disgustos y tenaces reclamaciones. Hombre poco escrupuloso con los bienes de la ciudad, al rendir sus cuentas como mayordomo del pósito aparece con un descubierto superior a 600 fanegas de trigo, empeñándose entre él y la ciudad un porfiado pleito sobre su restitución, del cual sólo se sabe que, a la postre, tomó Rufo el camino de Portugal «*a holgarse*», como decía su padre en su codicilo, quizá con los mismos dineros objeto del empeñado litigio. Años después, valido también de su cargo oficial y apretado

(1) *El Criticón*, parte III, crisi IV.

acaso por deudas de juego o por alguna otra obligación inexcusable y perentoria, fuerza al padre de la mancebía (a quien las ordenanzas de la época cometían la guarda y administración de las mujeres públicas) para que le dé en préstamo 200 ducados, préstamo vergonzoso que su padre nuevamente se apresura a cancelar en defensa de su maltrecho honor.

Sobreviene en 1568 el alzamiento de los moriscos en la Alpujarra, y Córdoba, al igual de las demás ciudades andaluzas, apercibe sus levas de soldados, constando que Rufo tomó activa parte en los trabajos de alistamiento; pero llegado el caso de ir en persona, hurtó el cuerpo a la obligación poniendo un sustituto, conducta que tampoco le honra, pero que no impedirá que, llegado Felipe II a Córdoba para atender personalmente al curso de la guerra, contribuya nuestro Jurado al vistoso recibimiento que la ciudad le hizo con la gala y aparatoso fausto que entonces se acostumbraba; y en tal recibimiento vemos a Rufo formando parte de lucida cabalgata, vistiendo, a costa sin duda del olvidado y laborioso tintorero, flamante ropa de terciopelo verde, forrado de raso amarillo; jubón picado, cuera y calzas de este mismo color, con negra gorra; contraste abigarrado de colores, que acertadamente hará decir a su biógrafo que semejaban loros los recibidores.

Dos años después, en 1570, logra que la ciudad le nombre, con otros jurados, para dar en Madrid la enhorabuena a don Juan de Austria por el feliz acabamiento de la

rebelión granadina; y por vez primera descúbrese ante Rufo el espléndido espectáculo de la Corte, campo propicio para su ingenio, teatro principal de sus donaires, que alegremente derrama por los corrillos, corrales y patios de Palacio, mentidero y real de los ociosos; hasta que quizá algún viejo conocimiento cortesano ábrele las puertas de las mansiones señoriales, de donde no saldrá ya más, amparado por lo honroso de la comisión de su viaje, que le lleva al más señalado hecho de su vida, a saber, sus relaciones bastante familiares, como verá el lector, con don Juan de Austria. Parece indudable que en tal viaje tuvo principio la constante y liberal protección que mientras vivió don Juan hubo de dispensarle, según reiterados testimonios de Rufo en sus APOTEGMAS; protección que se acrecienta con la redacción de su poema *La Austríada*—escrito por orden de aquél—, y que durante algunos años conservará manuscrito; hasta que, organizada por la Santa Liga en 1571 la armada que había de pelear en Lepanto contra los turcos, embárcase Rufo, bien como cronista oficioso, bien como simple soldado, en el mismo galeón del generalísimo, y asiste a «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros». Presumible es que, a pesar de sus pasadas locuras y mocedades, Rufo se batiría valientemente en el combate, como todos los que participaron en él; pero no hay en ninguna de sus obras alusión singular a su propia intervención en la batalla; no hay aquella efusión espontánea del alma, aquel recuerdo or-

gulloso y sentido de las pasadas hazañas y peligros, que harán prorrumpir a Cervantes en aquella gallardísima exclamación, que tan al vivo descubre la nobilísima condición de su alma: «Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella» [1].

Desde luego fué Rufo uno de los primeros que volvieron a España después de concluída la gran batalla naval, y aun cuando un año después, en 1572, le vemos de nuevo camino de Italia y de asiento en Nápoles, adonde quizá le empujaran sus deudas y trampas, a la par del afán de conocer y saber mundo, común a todos los españoles de entonces, no consta, ni él nos lo dice, que volviese a tomar parte en acción bélica alguna, ni en sus APOTEGMAS, fragmentarias memorias suyas [2], quedó rastro de ello, y, en cambio, pululan las relativas a sucesos de juegos, galanteos y asistencia a *chorrillos* y bodegones; por lo cual

(1) Cervantes, *El ingenioso hidalgo*, parte II, «Prólogo al lector».

(2) El lector curioso recogerá por sí mismo todos estos rasgos biográficos en la sabrosa lectura que haya de hacer de los APOTEGMAS. Por esta causa, y en gracia siempre a la brevedad, he omitido tanto su referencia a la edición príncipe, como la interpolación de los muchos que ofrecen este singular carácter.

vengo en creer, no sé si con exageración o apasionamiento de crítico severo, que Rufo fué representante fiel y genuino de aquella casta de soldados que en su tiempo se llamaban *churrulleros*, más amigos del buen vino y de las mozas de partido que de los cuerpos de guardia o de las escaramuzas y peleas.

Tornado Rufo a España en 1578, con no escaso caudal de observaciones y enseñanzas, arrumba la pica definitivamente, y toma de nuevo posesión de su juradería, que, en su mudable carácter, renuncia y recupera repetidas veces; contrae justas nupcias, a despecho de su padre, con una doncella hidalga, pero tan cuidadosa de su belleza, que, por no marchitarla, no quiso criar a los hijos que le dió nuestro poeta; termina y publica la primera parte de *La Austríada*, alcanzando de Felipe II la merced de 500 ducados, con los cuales se sostendrán él y los suyos por algún tiempo; y cuando le restan tan sólo 50, él mismo nos confiesa en uno de sus *Apotegmas* que los puso sobre la mesa de juego, «para que las reliquias de mis soldados venzan o mueran, peleando, antes que el largo cerco los acabe de consumir»; rasgo que pinta de mano maestra las dos cualidades salientes de su carácter: su empecatada afición a los naipes y su genio manirroto e imprevisor.

A la sombra de la fama cobrada por su poema heroico, métese por las casas y palacios de los más principales señores de la Corte, asistiendo, bien a sus academias y reuniones, bien de simple mirón a sus mesas, según la cos-

tumbre tan recibida entonces, sazonando sus banquetes con los dichos y agudezas de su fértil y celebrado ingenio; y como la pluma no le da que comer, y muerto don Juan de Austria, único protector que realmente tuvo, fallan sus esperanzas de encontrar otro generoso que le libre del Argel de su miseria, pasea su hambre por Córdoba, Sevilla y Madrid, por dondequiera que halla una mesa propicia y una bolsa abierta. Pero su maldita afición al juego, cáncer de su vida, no le abandona un instante, y sobre el tapete de las *casas de conversación*—como entonces se llamaba, hipócritamente, a las de juego—van quedando sus últimos recursos, y naciendo a la vez las amargas reflexiones que esmaltarán las páginas de sus APOTEGMAS.

El ánimo se contrista ante el espectáculo de aquel pobre hidalgo, viejo, roto, sin protectores ni amigos, forzado a buscar la diaria pitanza por casas de muy superior calidad, o quién sabe, si a cobrar el barato en tablajes y mancebías, últimos y bajos peldaños de un descenso social adonde le llevaran sus locuras y malos hábitos. Tanto le hostigó el hambre y tan apretado fué el cerco con que le afligió su miseria, que, volviendo las espaldas al bullicio de la Corte, tomó el camino de Córdoba, exclamando con amarga y contrita confesión: «La vida es pensión luenga, retablo de duelos, soledad de amigos, vergüenza de haber vivido y temor de no vivir»; acogiéndose a su ciudad natal, de donde parece que no salió más. Y a pesar de la honda repugnancia que entonces sentían los hidalgos hacia los oficios y trabajos manuales, y de que tantos testi-

monios nos dejaron los escritos de la época, dando de mano Rufo a sus humos caballerescos y señoriales, estableciose de tintorero en el mismo taller de su padre, y, como en vergüenza de tal mudanza de vida, y para borrar todo recuerdo y vínculo con su pasado, mudó también de nombre, abandonando el hidalgo y sonoro de Rufo por el humilde de Juan Gutiérrez, el mismo de sus antepasados y el mismo de sus años mozos también, antes que hiciera presa en él la vanidad infatuada y ambiciosa. Y tan sincero debió de ser su arrepentimiento y tan firme su decisión, que los postreros años de su vida transcurren en una oscuridad y silencio que no logra deshacer la diligencia de su biógrafo, hasta el punto de desconocerse la fecha exacta de su muerte, presumiéndose, por conjeturas, que acaecería poco después de 1620, fecha en que se descubre la última huella de su vida andariega y derrotada.

. . . .

. . . .

Años después, borrada ya su memoria de la de sus conterráneos, algún curioso que recorriese el claustro de la iglesia de Santiago, de Córdoba, habría podido leer, carcomidas por el tiempo, sobre una lápida sepulcral, estas graves palabras elegidas por Rufo en su testamento para que, *esculpidas de buril*, sirviesen de único epitafio suyo, sin más nombre ni alabanzas:

PECADOR, DIOS TE PERDONE [1],

(1) Este epitafio, digno de un poeta de la época romántica, consta del único testamento que se conoce de Juan Rufo. Merecen copiarse

el más hermoso, sin duda, de todos sus dichos mundanos; tardía, pero también sincera confesión de un alma regenerada en las amargas aguas del arrepentimiento.

II

Acaso habré sido algo prolijo al referir la vida de Rufo a la luz misma de los verídicos documentos allegados por el celo de su laureado biógrafo, porque para estudiar LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS no hay papeles mejores ni piedra de toque más segura que su vida misma, y vano empeño sería el quererles buscar entronques directos o conexiones estrechas con otras obras coetáneas, cuando patentemente se ve que surgieron al margen de la vida

sus propias palabras, ya que en ellas él mismo nos confiesa el desorden y desbarate de su vida. Dicen así: «E por cuanto yo he pelegrinado por el mundo e no he podido rematar cuentas con todos mis amigos, aunque cierto he tenido mucho [deseo] de hacerlo, pero ni las ocasiones han dado lugar ni la distración en que cada uno vive, e assí suplico al señor Pedro Guajardo de Aguilar, como caballero tan mi señor, tome a cargo el acudir a los acreedores con la cantidad que yo nombraré, porque esta empresa, aunque parezca liviana, es de cuidado e primor, y así, su merced lo hará como persona que tanta afición me ha tenido en la vida e tal talento le dió Dios... En esto recibiré buena obra, a más que el dicho señor Pedro Guajardo de Aguilar..., como caballero de tanto espíritu, se haga cargo de mandar esculpir en un ladrillo de mi sepultura, de buril, un verso y epitafio que diga así: Pecador, Dios te perdone» (Apud., Ramírez de Arellano, op. cit. páginas 239-240.)

irregular, necesitada y un tanto hampona de nuestro Jurado, siendo sus dichos como ramillete de flores escogidas, unas veces de jardines soleados y compuestos, la casa señorial, la galera generalísima, la academia o el teatro, pero las más, sin duda, de lupanares y zahurdas, flores de alcantarilla, en fin, como el tablaje, la mancebía y el bodegón oscuro y maldiciente.

A que se escribieran contribuyeron principalmente dos causas: una, las singulares dotes de Rufo para este linaje de obras, y otra el ambiente de entonces, tan propenso y favorable para recibirlas. Fué Rufo en el orden literario, a pesar de lo que Ramírez de Arellano nos dice, harto encariñado con su figura, hombre de escasa preparación literaria, verdadero *ingenio lego*, de quien—como hemos visto—no se sabe que cursara en otras aulas que las calles de Salamanca, sus bodegones y tabernas, formado solamente con el fácil contacto de tantos y tan buenos libros como entonces se publicaban; pero sin que ni en *La Austríada* ni en sus APOTEGMAS descubra doctrina profunda alguna, estudios especiales ni lectura reposada de clásicos griegos o romanos, sino ciertos rudimentos de Mitología, al alcance de todos en aquellos tiempos, y manoseadísimo caudal mostrenco de poetas y poetillas; un fácil comercio con los poemas heroicos italianos, por sabiduría de su lengua, y nada más que pueda reputarse como hijo de su propia voluntad y esfuerzo. Las verdaderas fuentes de su saber son sus dotes personales, imperfectamente cultivadas, pero muy desarrolladas en el tráfago

de su vida: ingenio pronto, fácil y repentino; viveza de comprensión; admirable facilidad para ver rápidamente las imágenes de las cosas, representándolas breve y concisamente sin aparente esfuerzo; congénita percepción de la luz y del color, como nacido en tierra andaluza, y que en buena ley de herencia nos explica el que su hijo Luis saliese pintor aventajado; y, sobre todo, una memoria extraordinaria, pegadiza, facultad prodigiosa de retención que, acaso sin apunte ni rasguño alguno, le hace evocar cerca de 700 dichos o apotegmas, recordando fidelísimamente las circunstancias en que nació cada uno y las palabras mismas con que se dijeron, sin alterar una sola; caso no raro en aquellos tiempos, según reiterados testimonios de otros contemporáneos de Rufo, como el de aquel Luis Ramírez de Arellano—cordobés probablemente también—de quien Suárez de Figueroa nos refiere que era tanta su memoria, que, oyendo una comedia solas tres veces, la tomaba entera, sin discrepar un ápice en traza y versos, hasta el punto que los mismos representantes, temerosos de que las copiase y diera a otros, recitábanlas mal a propio intento, o negábanse a continuar la farsa cuando advertían su presencia en el corral donde se daban, alborotándose con ello el concurso, no apaciguado hasta que el memorioso mozo abandonaba el patio [1].

---

(1) *Plaza universal de todas ciencias y artes*. Madrid, 1615, fol. 237. Vicente Espinel, en sus *Relaciones del Escudero Marcos de Obregón*, también le recuerda conjuntamente con otros hombres notablemente memoriosos de su tiempo. (Relación III, descanso XIV.)

Uníase también al ingenio de Rufo, como condición peculiar de su tierra cordobesa, extensiva, asimismo, a la mayoría de los españoles, cierta condición grave y sentenciosa—de la cual más adelante hablaremos—, amiga de las advertencias, de las reflexiones, de las moralidades, achaque común también a muchas de las mismas obras de pasatiempo contemporáneas, como el *Guzmán de Alfarache*, *El Escudero Marcos de Obregón* y tantas otras, con mengua de su interés y amenidad, pero que en las APOTEGMAS de Rufo son como el sazonado y amargo fruto en que la flor vistosa y alegre se trueca, y, con efecto, en gran número de sus dichos está como concentrada y viva una severa lección, un acre advertimiento, frutos, a su vez, de una vida de disipación y de locuras, mezcla singular de burlas y de veras, de donaires y reflexiones, de agudezas y saludables enseñanzas, género en que fueron maestros los escritores todos del siglo de oro, y en especial los de librillos de chistes, apotegmas, dichos y sentencias.

Estas dotes nativas, que tan mal cuadran con la concepción y desarrollo de un poema heroico y que lógicamente traían aparejado el lamentable fracaso que en el orden épico—salvo bellezas aisladas e innegables—supone en su conjunto *La Austríada*, encajaban a maravilla en el género frívolo y ligero de las APOTEGMAS, y por ellas hay que dar la palma a Rufo sobre todos sus contemporáneos, o, cuando menos, sobre aquellos que nos dejaron escritas las muestras de su ingenio fácil y repentino.

A mayor abundamiento, tales dotes en Rufo venían a plasmarse y confundirse con los gustos del tiempo, favorecidos por el ambiente general de su época, propicio por demás a semejantes donosuras e ingeniosidades. Porque si en aquellos siglos y en las generaciones que los vivieron hay una cualidad común, universal a todos los españoles, y singularmente a los castellanos y andaluces, es el predicamento, reinado y señorío de lo que por antonomasia se llamaba *ingenio;* voz de tanto valor, de sustancia tan honda, de tan varios y ricos matices, que es sinónima de entendimiento, y que, a la vez, fué el más codiciado y generoso trofeo de cuantos hacían profesión de la pluma o de la palabra.

No es el ingenio la visión profunda y metafísica de las cosas, y, sin embargo, participa de ella; no es el ingenio la elocuencia arrebatadora y desbordada, y, no obstante, necesita un gran dominio de las voces; no es el ingenio la sátira punzante y corrosiva, mas ¡cuántas veces usa preferentemente de esta arma peligrosa! no es el ingenio, por último, la gravedad religiosa y catoniana; pero también enjoya sus dichos con moralidades y aforismos; el ingenio es como la cifra y compendio superficial de todas estas dotes y prendas del alma; como el resplandor momentáneo, sí, pero brillantísimo, de todas ellas; fugitivo y deslumbrador relámpago, que nos hace ver, acaso más intensamente que la luz misma del Sol, con una agudez de visión incomparable, los contornos, primero, y luego el centro o *íntimo* de las cosas; chispa que

brota pujante del contacto del alma con la realidad viva, con la vida misma, ayudada por su rápida percepción; y por eso el ingenio es patrimonio singular de aquellos siglos y de aquellas generaciones inquietas, movedizas, de constante ir y venir por el mundo entero, hasta el punto que hácese condición privativa de nuestro carácter, imprime sello marcadísimo en nuestras costumbres y toma carta de naturaleza en altos y bajos, en palacios y zahurdas y en los mismos conventos y monasterios.

¡Cuántos y cuántos ejemplos podrían aducirse del aprecio extraordinario que al ingenio, como hijo preferido del buen entendimiento, se daba entonces, informando por entero nuestra vida familiar y pública! Todavía no se han metalizado los espíritus, y por mucho que sea el señorío del dinero, que siempre, desde que el mundo es mundo, lo ha tenido avasallador e innegable, todavía, digo, lo comparte el ingenio con él en sus ricas y prolíficas manifestaciones de burlas, gracias, donaires y pullas. No hay mejor ni más desembarazado camino para llegar al corazón de la dama que nos enamora que la fuerza del ingenio; en cambio, no habrá para ellas causa de mayor risa y desdén que no tenerlo. Cuando Castellón enumeraba las partes y prendas que debían adornar al buen cortesano, la primera que pide, después de la limpieza del linaje, es «que tenga buen ingenio... y alcance cierta gracia en su gesto, y, como si dijéramos, un buen sango, que le haga luego a la primera vista parecer bien y ser amado de to-

dos» (1). Cuando Luis Milán nos pinta la escuela de galanes y caballeros de su *Cortesano*, admira el culto extraordinario que al ingenio se rinde en aquellas reuniones de damas y galanes, donde triunfan del Amor, no los ricos, linajudos o sabios, sino los más discretos e ingeniosos, aquellos que demuestran mayor prontitud y viveza en las invenciones, gracia en los motes, agudeza en los requiebros y malicia en los apodos. Hácense verdaderos torneos de la discreción cortesana; las damas dan a sus galanes letras y pies forzados, para que los glosen de repente, con prontitud no vista; llévanse la palma y corona el Amor a aquellos que mayor ingenio descubrieron, y las mismas damas despedirán enojadas a los galanes torpes de invención o tardos en la réplica, diciéndoles gallardísimamente:

«No me sirváis, caballero,
Íos con Dios;
Que quien hace malas coplas,
Nescio vos» (2).

En *La Galatea* del propio Miguel de Cervantes, en aquellas juntas de pastores y pastoras, artificiosas e imaginadas, a no dudar, pero que indudablemente descubren los gustos y aficiones de su tiempo, para gozar de la

(1) *Los cuatro libros del Cortesano..., traducidos por Boscán*. Madrid, 1883, pág. 53.

(2) Luis Milán, *Libro intitulado El Cortesano*, Madrid, 1874, página 53. Toda la primera jornada es interesantísima en este aspecto.

buena conversación unos y otros y pasar sin pesadumbre las horas ociosas del día, mostrando a la vez la agudeza del ingenio de cada uno, propónense en ronda poética, bien juegos de propósitos, bien preguntas o enigmas a que está obligado a responder el compañero vecino, «pues con este ejercicio—decían—se granjearán dos cosas: la una pasar con menos enfado las horas que aquí estuviéremos, y la otra, no cansar tanto nuestros oídos con oír siempre lamentaciones de amor y endechas enamoradas» [1], procurando aventajarse mutuamente en el poético torneo, para alcanzar con la facilidad de su estro o la agudeza de su numen la florida guirnalda, que, como simbólico premio de aquél, concederá el nombrado por juez de la honrosa contienda, en presencia de las damas.

Y no se entienda que estas prácticas eran invenciones caprichosas o fantásticas de novelistas y poetas—como podría presumirse dado su olvido hoy—; ni siquiera que estaban relegadas a determinada clase de aquella sociedad; la fuerza y señorío del ingenio las recorría triunfante todas, llegando a las más bajas y humildes. Aguda y profundamente descubría este carácter *dinámico* del ingenio nuestro gran lexicólogo Covarrubias, cuando decía de él que era «una *fuerza* natural de entendimiento», y, con efecto, fuerza era avasalladora y posesiva, que tiránicamente se enseñoreaba de las manifestaciones todas de la vida social y familiar de entonces.

---

(1) *La Galatea*, libros III y VI (edic. Rivadeneyra, páginas 46 y 93).

Cansado e innecesario alarde de erudición sería mentar a los avezados lectores de las obras de nuestro Siglo de oro la muchedumbre de los testimonios y alegatos del culto fervorosísimo que se le rendía entonces, los concursos y justas literarios que con ocasión de cualquier su ceso memorable, y como verdaderos torneos del ingenio, se celebraban constantemente en ciudades y villas, antiguas ya en la vida poética española; tanto, que tengo noticia desconocida y muy curiosa de alguna, que las remonta a 1532; pero ¿cómo no recordar, a la ligera, cuando menos, aquellas jiras campestres donde promiscuaban en arriscado regocijo damas y caballeros, y en las cuales, al par de otros manjares substanciosos y reconfortativos, hacíase por todos plato del ingenio, jovialmente derramado en versos disparatados, de propósito, juegos e invenciones grotescas, certámenes poéticos a guisa de torneos, con su acostumbrado aparato de jueces, padrinos, mantenedores y secretarios, rematados, a usanza de los verdaderos, por la alegre y vistosísima folla, de que es galanísimo trasunto la conocida *Carta a D. Diego de Astudillo* en que se le da cuenta de la fiesta de San Juan de Alfarache el día de San Laureano? (1) ¿O los graciosísimos vejámenes que en las Academias literarias se leían (2)

(1) Fernández Guerra: *Noticia de un precioso Códice de la Biblioteca Colombina y algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote...* Madrid, 1864, páginas 10 a 31.

(2) Véase, entre muchos, el graciosísimo de don Francisco de Rojas Zorrilla, leído en una Academia que se celebró en el Buen Retiro en

ante el regocijado concurso de los servidores de Erato y de Polimnia, inspirados los unos, hebenes y chirles los más, y donde la falta de ingenio, implacablemente, no se perdona nunca, dando ocasión a pesadas burlas y maleantes ironías de los más atrevidos y zumbones? [1]. Nadie mejor que Lope expresaba el sentir de su tiempo cuando decía que no había en el mundo cosa más pesada que un necio [2], idea anticipada por nuestro Rufo cuando a los graciosos, tontos y pesados apellidaba felizmente «cascabeles de plomo». Y hasta tal punto sube su estimación y señorío, que la misma condición de la valentía, consubstancial a todo caballero entonces, y nota característica de aquellos tiempos, en opinión de algún escritor poco posterior a Rufo no procede del arrojo ni del brío natural ni de la fuerza bruta, sino que es hija exclusiva y sola del entendimiento [3], como si aquellos siglos cifraran en él cierto poder de universalidad, de inmanente eficiencia, como un *radium* espiritual cuya escondida virtud obrara los más estupendos e inesperados prodigios.

Así se explica que cuantos escritores extranjeros nos

1637, y que Bonilla reproduce en su edición de *El Diablo Cojuelo*, Vigo, 1902, páginas 262-271.

(1) Suárez de Figueroa en *El Passagero*, Barcelona, 1618, folios 85-88, relata un caso, chusco por demás, que comprueba cumplidamente lo que digo en el texto.

(2) *La Dorotea*, acto IV, escena III.

(3) Don Pedro Delgadillo y Arriola: *Discurso phylologo en que se intenta probar que la valentía consiste en el entendimiento*. Madrid, Juan Serrano de Vargas, 1646, en 4.°

describen, pongan siempre el ingenio como la más distintiva y sobresaliente prenda de nuestro carácter, corriendo por Europa entera, como proverbiales, el ingenio y donaire de los españoles. «*Genus hominum acre atque ingeniosum*» los definía el Pontano, y Vespasiano de Bisticci decía que la naturaleza de los españoles era el ser agudos de ingenio: «*accutissimo e d' uno prestantissimo giudicio*» (1), condición que no deja de señalar tampoco ninguno de los sutiles embajadores venecianos en sus famosas Relaciones a la Señoría (2). Triunfo, en suma, ininterrumpido del ingenio, que llega hasta nuestra vida familiar e íntima, donde tienen constante y singular acogida los juegos que suponen adivinaciones, enigmas y jeroglíficos, en fin, aquellos para los cuales no son menester ni la destreza muscular ni la fuerza bárbara de los exóticos (aunque muy necesarios, sí) de nuestros días, sino agilidad mental, agudeza de ingenio, pródigamente derramado en aquellas tertulias y reuniones, de las que tan sólo nos quedan como reliquias los libros en que se recogieron, unos anteriores a Rufo, otros coetáneos y posteriores a él; pero todos de linaje semejante al suyo, y que, a haber concedido el cielo los largos años de vida que pedíamos sus discípulos para el gran maestro de la novelística

(1) Apud. B. Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza.* Bari, 1917, páginas 70-71.

(2) Vid., entre otros muchos, el de Francisco Soranzo, en las *Relazioni... nel seccolo decimosettimo* (edic. Barozzi e Berchet). Venecia, 1856. Tomo I, pág. 58.

española, don Marcelino Menéndez y Pelayo, tiempo hace que estarían ya estudiados y conocidos con la claridad y doctrina de su pluma maravillosa, tan torpemente sustituída esta vez por la mía pecadora.

III

Pero si no en forma sistemática y ordenada, labor que se sale de los verdaderos límites e intento de este prólogo, cabe, sin embargo, la ligera enumeración y conciso análisis de los más principales representantes de tal género, como antecedente y explicación a LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS de Juan Rufo, pues, según al principio dije, aun cuando fuera ocioso buscarles directas influencias o afinidades estrechas literarias, no puede negarse que en acatamiento al señorío del ingenio se llegó a crear una peculiar literatura, cuyo fin primero era cultivarlo y encarecerlo.

En el orden cronológico aparece primeramente el tratado grave y doctrinal, que, en cierto modo, se escapa de este linaje, ya que su principal propósito era el didáctico, no el puramente ingenioso, pero que tampoco es lícito omitir, porque en él se engendran los frívolos y ligeros que han de venir en pos suyo por el abierto y desembarazado camino. Es el anhelo de saber en los más indoctos

cierta indudable curiosidad mental que en los tiempos viejos muestran magnates y capitanes, en contraposición a la vida guerrera o palatina que les absorbe; afán que les hará dirigirse al religioso, al letrado, al poeta mismo, para que en las largas noches del invierno, a la luz de las hachas que humosamente alumbran aquellas lóbregas estancias, mezclada con el centelleo del bien provisto hogar, reunidos en torno de él señores y servidores del castillo roquero o del palacio cortesano, en reminiscencia de las seculares prácticas de la Edad Media, plantee cada uno las dudas o problemas que su curiosidad le dicta y que desatará el más docto del concurso leyendo el abultado infolio donde aparecen impresas, bien *Las cuatrocientas preguntas del Almirante*, contestadas por Luis de Escobar en los antiguos metros castellanos [1]; bien las *Doscientas cincuenta preguntas*, bautizadas con el nombre de *Quincuagenas* [2]; bien *Las trescientas preguntas de cosas naturales*, que, refundidas más tarde bajo el título de

---

(1) *Las qvatrocientas respuestas a otras tantas preguntas que el illustrissimo señor don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla, y otras personas, en diversas vezes embiaron a preguntar al auctor...* Zaragoza, 1545. Hay cuatro ediciones más, que prueban la popularidad de esta obra.

(2) *Auctor de las respuestas q̄nq̄enas. Contiénense aquí doscientas y cinquēta respuestas, respondidas a otras tantas preguntas; llamanse Quincuagenas porque van de cincuenta en cincuenta. Son las preguntas de diuersas materias y personas, mas las respvestas son de solo vno, q̄ es el auctor no nombrado.* Valladolid, Nicolás Tyerri, 1526. Obra rarísima, que no conocieron ni Salvá ni Gallardo.

Secretos de filosofía moral, reunió el médico de Tarazona Alonso López de Corella [1]; libros todos impregnados de un sabor primitivo, infantil, donde bajo la trama de una varia miscelánea se tocan y confunden las más extrañas y opuestas disciplinas, desde intrincadas tesis teológicas y astronómicas (como aquellas a que tan aficionado era el famoso doctor Villalobos y que ingirió en su famoso libro de *Los problemas* [2], que, en cierto modo, podría incluírse también en esta sección) hasta particularidades y recetas de higiene casera e Historia Natural: por ejemplo, cómo se conserva blanca y fuerte la dentadura, si es bueno comer azafrán, las costumbres de la tórtola o el escarabajo, o el modo mismo de curar las almorranas; libros que alcanzaron una aceptación extraordinaria, a juzgar por las múltiples ediciones que tuvieron, cortados los tres por un patrón idéntico: proposición del caso, problema o enigma, ora en pareados dodecasílabos, ora en metro corto; su resolución o salida, en verso también, con el aditamento de extensas glosas y comentarios en prosa, donde el autor, al uso de entonces, gusta de hacer gala de omnisciente erudición y sabiduría de los libros clásicos [3].

---

(1) López de Corella, *Treszientas preguntas de cosas naturales en diferētes materias, con sus respuestas y alegaciones d' auctores...* Valladolid, 1548.—*Secretos de philosophía y astrología y medicina y de las quatro matemáticas sciencias...* Zaragoza, 1547.

(2) López de Villalobos, *Libro intitulado Los problemas de Villalobos, que trata de cuerpos naturales y morales...* Zaragoza, 1544.

(3) A este mismo género literario de preguntas y respuestas per-

Género nacido a la literatura impresa con los primeros alientos de la imprenta, pero indudablemente de origen mucho más antiguo, recibe en el siglo XVI, al calor del Renacimiento, formas y caracteres nuevos, en que ya no es el puro saber ni la erudición clásica lo que principalmente resalta en ellos, sino la amenidad y la agudeza; poco a poco se van retirando las cuestiones relativas a temas teológicos y morales, y, en cambio, toman carta de naturaleza aquellos en que el ingenio se muestra más pronta y libremente. Y aun cuando queden rezagadas algunas obras seguidoras del gusto antiguo, como las *Doscientas cincuenta preguntas con sus respuestas*, del alguacil madrileño Juan González de la Torre [1], donde el mismo arcaísmo del género se revela en el tardío uso de las coplas de arte mayor, muy raras ya en su tiempo, a par del estilo, que es grave, sentencioso

---

tenece el rarísimo opusculillo de Hernán López de Yanguas que perteneció a Salvá (vid. *Catálogo,* núm. 2.101), y que he manejado también. No tiene título, comenzando por esta cuarteta:

«Aquí lector verás juntas,
Por Hernán López compuestas,
Cincuenta biuas preguntas
Con otras tantas respuestas.

(Impreso en Valencia en casa de Ioan de Mey. M. D. L.)

Hernán López colaboró también en las *Quincuagenas* antes citadas que, cuando menos, traen bastantes *problemas* suyos.

(1) *Doscientas pregvntas con sus respuestas, en versos diferentes, compvestas por Ivan Gonçález de la Torre Alguacil de la Casa y Corte del Rey Don Felipe...* Madrid, 1590.

y campanudo, adivínase ya el gusto imperante entonces al proponer ciertos enigmas, donde huelga la doctrina y hay que entregarse por entero al ingenio; como aquella tan dificultosa y extravagante por él propuesta, del criado que, cumpliendo, al parecer, órdenes recibidas de su señor (en esto radica la clave del caso), yace con la mujer de éste; mátale seguidamente, y con todo hace bien, portándose como bueno; disparatada y folletinesca dificultad, que, en muy endebles versos, desarrolla el buen alguacil, ufano de su ingenio [1], marcando, sin sospecharlo él, elementos literarios tan poco afines como la inclinación a lo maravilloso, congénita en el alma popular, con rebuscados estiramientos del ingenio, más propios de las justas literarias y clases eruditas.

Arraigado, pues, hondamente este culto a las manifestaciones del ingenio, van apareciendo, como en tributo suyo, por los años de Rufo, varios tratados de índole adivinatoria y enigmática: el *Diálogo en verso intitulado Centiloquio de problemas*, de Agustín de Ruescas (Alcalá, 1546), obra por extremo rara, que no he alcanzado a ver, pero de la cual hicieron un breve análisis los traductores de Ticknor [2]; los *Problemas filosóficos*, del licenciado Jerónimo de Huerta [3], el traductor de Plinio y autor de

(1) Op. cit., folios 94 a 104.

(2) Véase su descripción minuciosa en Salvá, *Catálogo*, núm. 2.151, y Ticknor, *Historia de la literatura española*. Madrid, 1854, pág. 557.

(3) *Problemas filosóficos del licenciado Hierónimo de Huerta*. Madrid, 1628.

uno de los últimos libros de caballerías, con lo cual queda adivinado su carácter ampuloso, doctrinal y grave, carácter que, a su vez, infiltra en las preguntas o cuestiones que componen su obra, y donde la amenidad y el gusto padecen a costa de la indigesta sabiduría que acumula; pero estimable, con todo, por contener dos singulares méritos: cierta imitación fabulística, muy escasa en su tiempo, y la curiosidad de los problemas de orden físico y natural, común a las obras del siglo XV antes reseñadas, pero desdeñada ya en el de Huerta; los *Problemas morales*, de Cristóbal Pérez de Herrera [1], prolífico arbitrista de buena cepa, donde el jeroglífico o enigma ya aparece francamente desembozado y con el preconcebido fin de ejercitar los buenos ingenios en las horas de ociosidad y pasatiempo, escogiéndose a este efecto temas muy varios, con criterio muy amplio, para que la curiosidad y el gusto jueguen y discurran libremente por todos ellos.

A la verdad, tanto unos como otros enigmas lo demostraban y aplicaban conjuntamente, pues para hallar la sustancia de cada uno y encerrarla en unos pocos versos era menester una agilidad mental, una rápida y certera comprensión de los rasgos y facetas más propios y salientes de cada caso; aun cuando también todo este gé-

---

(1) *Proverbios morales y consejos christianos muy prouechosos... y enigmas philosóphicas natvrales morales, con sus comentos, por el Doctor Christoval Perez de Herrera.* Madrid, 1618.

nero literario pueda justamente tacharse de artificioso y amañado, literatura, en cierto modo, rígida y forzada, lejos de la frescura y espontaneidad de la verdadera poesía lírica. Pero, salvados tales defectos, estos libros confirman la tesis enunciada, a saber: el valor y predicamento que entonces se concedía al puro ingenio, toda vez que eran librillos destinados a leerse y manejarse en la intimidad y confianza de la vida familiar y casera, cuyos temas tantas veces aprovechan y hurtan.

Descúbrense singularmente estos caracteres y notas en uno muy poco conocido, de extraordinario valor *folk-lorico,* digno de figurar en las futuras publicaciones de nuestra Sociedad; refiérome a los *Juegos de Nochebuena moralizados a lo divino,* del simpático e ingenioso segoviano Alonso de Ledesma [1], depósito de materiales inapreciables para la historia de los juegos y canciones infantiles, y donde, no contento con ello, agregó cien enigmas muy curiosos, diciendo en defensa y alegación de ellos estas notables palabras: «procuré hacer estos enigmas claros, atendiendo más a la dulzura de los equívocos que a la oscuridad de la significación. Ésta la dejé de poner

(1) *Juegos de Nochebuena moralizados a la vida de Christo, martirio de santo y reformación de costumbres. Con vnas enigmas hechas para honesta recreación. Compuesto por Alonso de Ledesma.* Madrid, 1613. De todas estas obras me limito a dar una sucinta descripción bibliográfica, remitiendo al lector más curioso a los repertorios de Salvá, Gallardo, Pérez Pastor, etc., donde, si lo desea, encontrará amplios pormenores tipográficos de cada una.

al principio de cada una, pareciéndome que gustarías más de saber por tu ingenio lo que significa, que no hallarlo escrito de antemano». Ahora bien, el género ha progresado con los tiempos, y por ello los asuntos escogidos rayan a veces en una libertad y desenfado encantadores; y no se asuste el lector del epíteto, porque la pretendida inmoralidad que frecuentemente creemos advertir en algunas cosas de aquellos poco estudiados tiempos, no eran ellas quienes la encerraban, sino que nosotros, al manejarlas, se lo comunicamos con nuestra propia malicia, achacándoles intenciones aviesas que nunca, a la verdad, tuvieron. Aquel remilgo y pudibundo desvío hacia muchas de estas libertades que un siglo después se introdujo en la vida nacional, explica lógicamente que en el Indice expurgatorio de 1790 se prohibiesen estos *Juegos* «en cualquier idioma» [1], prohibición que entonces justifican, tanto el atrevimiento de algunos enigmas (El alcahuete, El hermafrodita, etc.), como las licencias de expresión de otros (por ejemplo, Las ventosas); pero tales libertades son hijas legítimas del siglo de Rufo y de Ledesma, heredero, por una parte del Renacimiento, y tocado, por otra, de cierto atrevido desgarro y natural despejo, para llamar a las cosas por sus nombres, sin hipócritas escrúpulos ni escándalo de nadie, no habiendo, como a la sazón

---

(1) *Indice último de los libros prohibidos y mandados expurgar para todos los Reynos y Señoríos del Católico Rey de las Españas el Señor Don Carlos IV.* Madrid, Sancha, 1790, pág. 155.

no había, una maligna y torcida intención que envenase el fondo sano, valiente y humano de la mayor parte de ellas.

Tanto cundió la afición al género literario que rápidamente voy analizando, que, en compañía honrosa de otras producciones más graves de nuestra literatura nacional, las obras que planteaban problemas, adivinanzas y enigmas atravesaron las fronteras; y aun cuando hoy sus ejemplares sean todos por èxtremo raros, y alguno de ellos desconocido además de todos los bibliógrafos, tengo acotados, cuando menos, dos librillos de este linaje enigmatico hispano-francés, a título, tanto de muestra paladina del favor que alcanzaron, como del influjo que sobre las letras y gustos franceses ejercimos en aquellos lejanos y gloriosos tiempos. Es el primero los *Problemas en filosofía moral,* de Diego de Rojas (Berna, 1612) [1], que, recogidos manuscritos en Venecia por un médico del cantón de Berna, sácalos a luz en un rarísimo volumen, con doble texto, castellano y francés; obra de escaso valor literario y de excesiva tendencia filosófica y política, pero donde veremos dar cabida a bastantes cuestiones de orden que hoy llamaríamos feministas, muy interesantes, por tanto, para el estudio del aprecio social de la mujer en aquellas décadas.

Más raras y curiosas todavía son las *Qvarenta enigmas españolas,* que un desconocido editor reimprime de nue-

---

(1) *Problemas en filosofía moral de Diego de Rojas. Nueuamente corregidos y traduzidos en lengua francesa y juntamente publicados vor Pablo Lentvlo.* Berne, Iean Le Preux, M.DC.XII.

vo en París, en 1611; y digo *reimprime*, porque del contexto de su prólogo despréndese que había edición anterior, hoy desconocida por completo. «Hallándome —dice—los días pasados en una junta de personas de ánimos curiosos que en tal ejercicio se regalaban, leyendo libros apropiados a sus humores, después de haberles oído, vi que los más y de más claro ingenio se aficionaban a uno más que a otros, el qual se intitula *Enigmas españolas*, y vi también que hallaban por la falta de la impresión muchos yerros; me resolví de atentamente leerle y corrigirle y volverle a imprimir, lo cual he hecho por mi curiosidad» (1). Los cuarenta enigmas son de diversas materias y sujetos, bien morales, bien de historia natural, bien de familiares costumbres; los versos, incorrectos y prosaicos; las alegorías, atrevidas y libres; pero sin que el mérito literario del librillo corresponda a su rareza, es patente prueba, y las mismas alegadas palabras lo confirman, de la fuerza extraordinaria que al ingenio se daba entonces en corrillos, en tertulias y reuniones de

---

(1) *Qvarenta | enigmas | españolas. | Dirigidas al Illustríssimo y Excellentí | ssimo Señor el Duque de Nevers, | Gouernador y Capitán general de | la prouincia de Champaña, | y Colonel de la Caualle-ría | ligera de Francia.* | [Adorno tipográfico.] | *En París* | *En casa de Rob. Estevan.* | *en la calle de San Iuan de Beauuais.* | *Año MD.C.XI* | *Con privilegio del Rey.* | (1 vol., 16.°, de II + 19 folios.) Obra desconocida a Brunet, Gallardo, Salvá, Graesse, etc. que no encuentro citada en ningún otro repertorio, y que tampoco aparece en la muy repleta e interesantísima *Bibliographie hispano-française* (París, 1912-1914), de mi buen amigo el Sr. Foulché-Delbosc.

señores e hidalgos ociosos, dondequiera que había que matar el hastío de las horas perdidas, para lo cual no se concebía entonces mejor recurso ni procedimiento que ahilar el ingenio, tejiéndole en las formas bizarras y caprichosas del enigma, de la adivinanza, del jeroglífico o del acróstico, caseros y familiares pasatiempos en que se habían convertido, con la mudanza y prosaísmo de los siglos, aquellos otros torneos literarios, aquellas escuelas de damas y galanes que Castiglione y Milán recogieron en las páginas arcaicas y ya olvidadas de sus *Cortesanos*.

IV

Cuantos viajeros y geógrafos, literatos o simples curiosos, de allende las fronteras, traspasaron las nuestras en aquellos siglos, escribiendo después sus recuerdos y semblanzas, están unánimes en afirmar que el humor de los españoles—como entonces se llamaba al carácter—era, en la apariencia, grave, solemne y melancólico [1], humor

---

(1) Tengo acotados muchos testimonios de entonces en prueba de ello, que, por la natural sobriedad que debe presidir a estos prólogos, callo ahora, esperando más adelante darlos a conocer en otros estudios que preparo. De pasada, baste apuntar que Farinelli trató doctísimamente de esta condición melancólica de los españoles en su precioso estudio *La vita è un sogno*. Torino, 1916, tomo I, pág. 247, y II páginas 204 y siguientes.

del cual se desprende, a su vez, cierta innata y lógica propensión hacia lo moral y filosófico, y éste es, asimismo, uno de los matices del libro de Rufo, al que ligeramente quisiera dedicar algunas palabras, pues entreverados con donaires, burlas y chanzas, resaltan bastantes apotegmas de fondo moral y sentencioso, reflejos, por una parte, del carácter nacional antes apuntado, y como renuevos, por otra, de un árbol frondosísimo que floreció espléndidamente en aquellas centurias: el de la literatura aforística y sentenciosa.

Dos causas, muy hermanadas entre sí, tuvo, a mi entender, este fenómeno literario. Criadas, por una parte, aquellas generaciones a los pechos de la erudición clásica greco-latina, y bajo la influencia latente todavía (singularmente en nuestra Patria, adonde no pudieron llegar los efectos del libre examen que la Reforma predicaba) del respeto a los maestros antiguos y la subordinación al principio de autoridad, frutos legítimos de la rígida disciplina intelectual, que los siglos medios habían grabado en los estudios y hombres doctos, era lógico por demás que aquella propensión se tradujera, en brazos de la imprenta, en numerosísimos tratados y recopilaciones de dichos graves, sentencias profundas y máximas moralizadoras de los varones más preclaros de la antigüedad. Pero singularmente en España aquella influencia fué todavía mayor, por cierta tradición senequista que en toda ella, y principalmente en Córdoba, se conservó durante siglos enteros y revivió de un modo especial del XV

al XVII, pues entre todos los autores clásicos de Grecia y Roma que tuvieron magisterio sobre nuestro espíritu, ninguno lo ejerció tan continuado, ni contribuyó a la educación espiritual de nuestra raza tanto como el estoico filósofo de Córdoba. Dícelo expresamente Menéndez y Pelayo, agregando estas significativas palabras que explican a la vez la forma dispersa en que se derramó aquel influjo tan similar a este aspecto que venimos estudiando en la obra de Rufo: «Es condición de los escritos de Séneca ser más admirables por las sentencias de que están esmaltados que por el plan, la consecuencia y el método. No hay escritor de quien puedan entresacarse tantas páginas bellas, tantas sentencias nobles y tantas máximas felices» (1).

Al calor, pues, de toda esta gloriosa tradición y acabado magisterio, formóse en aquellos siglos una austera y copiosísima literatura, cuyo examen minucioso me llevaría también muy lejos; pero que para nuestro modesto estudio puede someramente separarse en dos grandes grupos: los libros de puras y escuetas sentencias rayanas en aforismos, sacadas directamente de la balumba de las obras clásicas y Santos Padres, y las recopilaciones de dichos sentenciosos también, pero entretejidos, además, con casos anecdóticos y ejemplares de los más ilustres varones de la antigüedad. Y no es ocioso ni tampoco imper-

(1) M. Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, tomo I, páginas 286-306.

tinente, el recuerdo de este linaje literario, porque, aun cuando queda repetidamente dicho que el libro de Rufo tuvo origen más humilde y llano, era tanta la profusión de unos y otros libros aforísticos y anecdóticos en su tiempo, que no es aventurado suponer que de un modo indirecto contribuyeron a la formación de nuestro carácter, si no se toman, *a posteriori*, como muestras y consecuencias de él, explicando a la vez que en la obra del Jurado cordobés tropecemos a menudo con reflexiones máximas y proloquios, parejos a los que recogían reverentemente los autores de las recopilaciones dichas.

Todos ellos adolecen de un común y grave defecto: ser como áridas mondas de los inmensos cementerios de la latinidad y el helenismo, sin que en ellos se toque nada de bulto ni bulla nada vivo; no admitiéndose en ellos otros autores que los clásicos paganos y Santos Padres, y excepcionalmente algunos de los filósofos más respetados de los siglos medios. A esta clase de obras pertenecen—de los vistos por mí directamente como ejemplares de ella—la *Flor de sentencias de sabios*, recopilada por Francisco de Guzmán (¿Amberes?, 1557) [1], que ofrece con Rufo la casual coincidencia de ser uno mismo, el de seiscientas, el número de las reunidas; el

---

(1) *Flor de sentencias de sabios, glosadas en verso castellano por Francisco de Guzmán* (Anvers, 1557). Es obra de mediocre versificación y estilo, que años después refundió el autor, publicándola bajo el título de *Decreto de sabios* (Alcalá, 1565).

muy raro de Nicolás Liburno, traducido por el infatigable Alonso de Ulloa: *Sentencias y dichos de diversos autores* (Venecia, 1553) [1], de curiosa tendencia antifeminista: libro que imitó y aumentó un anónimo autor castellano, dándolo a luz en las prensas de Coimbra aquel mismo año, bajo el título de *Primera parte de las sentencias que, hasta nuestros tiempos, para edificación de buenos* (sic) *costumbres están por diuersos autores escritas* [2]. Entre todas componen un severo y deleitoso jardín, que servirá a Juan de Aranda para entresacar sus más lindas y fragantes flores, tituladas *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias* [3], obra ya no exclusivamente clásica, sino española y nacional, que viene a ser como una metódica y gradual ideología de los principales afec-

(1) *Sententias y dichos de diversos sabios y antiguos avctores, assí griegos como latinos, recogidos por M. Nicolás Liburnio y agora nueuamente traduzidos en romance castellano por el S. Alonso de Vlloa: juntamente con los ingeniosos y agudos motes y dichos de gravíssimos avctores que M. Marco Cadamosto en latino aduxo.* (Sello del impresor.) *Impresso en Venecia, en casa de Gabriel Giolitto de Ferrariis y sus hermanos en el anno del S. MDLIII.* (1 vol., 16.°, 72 hojas foliadas, incluídas portada y marca del impresor.) Linda impresión, como todas las del famoso tipógrafo veneciano, y de tan gran rareza, que no la conocieron ni Salvá ni Gallardo. Juan de Aranda debió de aprovecharse bastante de esta desconocida obra para sus *Lugares comunes.* Al menos, ofrecen una y otra bastantes analogías.

(2) *Impresa en Coimbra por Juan Alvarez en 1555.*

(3) *Lvgares comvnes de conceptos, dichos y sententias en diuersas materias. Compuesto por el Licenciado Ioan de Aranda...* Sevilla, 1595. Esta es la primera edición. Yo he manejado la segunda, por cierto muy hermosamente impresa en Madrid por Juan de la Cuesta, 1613.

tos, potencias, sentimientos, vicios y virtudes del alma.

También este linaje de compilaciones traspasó las fronteras sin perder el atavío de nuestra lengua castellana, llenando librillos de extraordinaria rareza hoy, tales como el de J. Saulnier, *Los memorables dichos y sentencias de varios filósofos y oradores* [1], cuyas repetidas ediciones muestran también el favor con que se recibían y el imperio que aquélla disfrutaba.

Con todo eso, mayor aún es la influencia que cabe conceder al segundo grupo antes indicado, a saber, el de los libros directamente anecdóticos, serie copiosísima que se confunde con los biográficos, pues apenas hubo autor que no dedicara particular mención y capitulo especial a las más felices expresiones de su historiado; valga por ejemplo el muy curioso y conocido del Panormitano, «*Dichos y hechos del Rey Don Alonso*» [2]; pero que

(1) *Los memorables dichos y sententias de varios filosofos y oradores, mayormente del poëta Pedro Altamonte:... por I. Savlnier, Sec. Interprete del Señor Príncipe. En París. En casa de Miguel Daniel... en la Isla del Palacio, al Rey Dauid. MDCXIX*, 1 vol., 16.°, de 123 páginas + 1 de marca tipográfica. Esta es la primera edición. Hay una segunda, copiada a plana y renglón de la primera, sin otra diferencia que el pie de imprenta, que es éste:

— *En París. En la tienda de Samvel Thibovst en el Palacio en la galería de los prisioneros. MDC.XXI. Con priuilegio del Rey.*

(2) *Libro de los dichos y echos elegantes y graciosos del sabio Rey don Alonso de Aragón* .. Zaragoza, 1552. (La primera edición es de Valencia, 1527.) En el proemio de la obra confiesa el autor, micer Antonio Panormitano, su filiación clásica, declarando que, a imitación de Xenofón, «que compuso un libro de los dichos y hechos del gran philósopho Sócrates, creyendo que toda cosa dicha o hecha de tal va-

tuvo su representación más victoriosa en el *Libro de Apotegmas* de Erasmo, donde por segunda vez aparece esta voz como antonomasia de las menudencias verbales y sucesos famosos que recopilaba [1], y que, imitada más tarde en otros librillos de índole semejante, había de servir a Rufo para autorizar y apellidar el suyo. Las cuatro ediciones de las dos versiones castellanas, por Jarava y Thámara, de la famosísima recopilación erasmiana [2], una

rón merecía quedar en perpetua memoria», ordenaba el suyo, pues siempre había sido inclinado «a seguir de rastro, con péndola y tinta las pisadas de qualesquier hombres excelentes y señalados que veo» (folio III). Es obra que, en su contextura literaria, ofrece bastantes analogías con la de Rufo.

(1) La primera vez que hallo en el título de un libro castellano la voz *apotegma*, que por eufónica y elegante escogió Rufo para autorizar su obra, es en la traducción por Diego Gracián de la muy famosa de Plutarco: *Apothegmas del excelentísimo philosofo y orador Plutarcho..., que son los dichos notables, biuos y breves de los Emperadores, Reyes, Capitanes, Oradores...* (Alcalá, 1553) Plutarco fué el verdadero padre y creador de este género de literatura, que con la autoridad de Erasmo tanta acogida tuvo. Erró, pues, manifiestamente Ramírez de Arellano cuando en su citada biografía de Rufo afirma que «lo primero que trae Rufo nuevo a nuestra lengua es la palabra apotegma» (op. cit., pág. 98): es palabra que mucho antes que él, como se ha visto, adoptaron Diego Gracián, Jarava, Thámara y Melchor de Santa Cruz, entre otros.

(2) Ediciones de la traducción de Francisco de Thámara:

Libro de Apotegmas que son dichos graciosos y notables de muchos reyes y príncipes illustres y de algunos philosophos insignes y memorables de otros varones antiguos que bien hablaron para nuestra doctrina y exemplo... En Enuers... Martín Nucio, 1549.

— *Zaragoza. Esteban de Nágera, 1552.*

— *Amberes, Martín Nucio, 1553.*

De la versión castellana de Juan Jarava, con título muy parecido a

de las obras suyas que mayor boga alcanzaron fuera de España, prueban cumplidamente cómo el género iba poco a poco arraigando en nuestras costumbres literarias, y el proceso que tales obras tuvieron hasta llegar a Rufo; y aun cuando, como es sobradamente sabido, con el advenimiento de Felipe II la reacción antierasmista adquiere formidables caracteres de polémica y persecución, y su nombre se borra de las traducciones castellanas, figurando, en cambio, ya sin rebozo, en nuestros Indices expurgatorios, hasta el punto que, no obstante la licencia inquisitorial con que aquellas traducciones se abroquelaban, no vuelven a imprimirse más, la semilla estaba echada y los sabrosos frutos serían recogidos por otros autores, continuando aquel género de variedad y curiosa miscelánea; de rica *poliantea*, como entonces se decía.

De lo clásico a lo español no había más que un paso; de las veras a las burlas, muy corta distancia; unas y otras notas dormían apacible, serenamente, sin ofenderse ni contradecirse en el fondo de nuestro carácter, y lo que Erasmo había hecho con reyes, príncipes, ilustres filósofos y varones insignes de la antigüedad, lo hizo, de un modo más llano y sobrio, un modesto clérigo de Dueñas, Melchor de Santa Cruz, formando su famosísima *Floresta es-*

---

la de Thámara, no existe más que la edición de Anvers, Juan Steelsio, 1549. Su análisis, minuciosamente hecho, puede verse en el precioso estudio de Bonilla: *Erasmo en España* (*Revue Hispanique*, tomo XXVII, páginas 482 a 500).

pañola de apotegmas y sentencias... (1), antecesora, y clarísima, de la de Rufo, y uno de los documentos más valiosos y vírgenes, con el estudio de la lírica popular, para llegar al verdadero y cabal conocimiento del carácter español en nuestro Siglo de oro; libro que mereció justamente boga y favor extraordinarios, comparables tan sólo con la de la *Silva de varia lección*, de Pedro Mejía, y donde la vida, el humor, los caracteres tan varios y complejos de las diversas regiones españolas van dejando curiosísimos e inapreciables rastros, y en que se ve agitarse y bullir a aquellas generaciones, con notas y matices tales, que, para mí, y ya

---

(1) *Floresta española de apotegmas y sentencias sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles. Colegidas por Melchor de Santa Cruz de Dueñas.* Toledo, 1574. La obra aparece dedicada a don Juan de Austria, de donde se deduce que éste debió de ser aficionado en extremo a cuentecillos y donaires de sujetos graciosos, de *hombres de placer,* coincidencia que aclara además la índole, no muy honrosa a la cuenta, de las relaciones que con él mantuvo Rufo. Para el análisis de esta obra, boga extraordinaria que alcanzó y sus repetidas ediciones, véase a Menéndez y Pelayo en sus *Orígenes de la Novela,* tomo II, páginas LXIV a LXXI. Melchor de Santa Cruz compuso también otra compilación titulada *Libro primero de los Cien tratados de notables sentencias, así morales como naturales...* Toledo, 1596, obra que asimismo cita M. Pelayo, pero que yo no he logrado ver, y que confirma cuán estrecho enlace se daba entonces entre las de sentencias y máximas con las de cuentecillos y dichos graciosos y el natural y obligado paso de unas a otras. Modernamente se ha reimpreso la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz en los volúmenes III y IV de la elegante colección de la extinguida Sociedad de Bibliófilos Madrileños; pero torpemente mutilada de preliminares y noticias bibliográficas, y confundida, sin advertencia alguna para el poco docto lector, con la continuación de Francisco Asensio, que más adelante cito.

lo dije en otro lugar [1], me valen y ayudan más para descubrir su verdadera e íntima psicología, que otros tratados de títulos ambiciosos y abultado volumen, porque en ellos triunfa la espontánea efusión de la vida, sin citas eruditas, noticias pedantescas ni erudición intempestiva. El temple de alma en los nobles, en los de arriba; la risa, el humor burlón, la tendencia a las pullas y zumbas, en los de abajo; la socarronería lugareña, con un buen sentido sanchopancesco; la continencia, el reposo, el dominio de sí, en los privados y ministros; particularidades mil de la vida familiar y doméstica, que no volveremos a encontrar en parte alguna; el fácil y picaresco ingenio en las mujeres a quienes lo aguza más su mismo encerramiento, para burlarlo y divertirlo; el desprecio por los nobles de sus haciendas e intereses materiales; viejas remembranzas de los *Misterios* de la Edad Media, que en forma de representaciones al aire libre quedan todavía en oscuros lugares, como aborígenes de nuestro teatro; la altivez de los carácteres castellanos; la desdichada e incurable ociosidad que, como inmensa tela de araña, envuelve a aquellas sociedades, ociosidad en la que veo yo una de las causas, o explicación parcial, a falta de otras mejores, de nuestro inagotable ingenio nacional; las travesuras y juegos de los pajes, cantera riquísima de graciosos donaires y burlas, burlas y chanzas que veremos correrse también a los mis-

---

(1) En mi edición crítica de *El casamiento engañoso y Coloquio de os perros, de Miguel de Cervantes.* Madrid, 1912, pág. 244.

mos monasterios de religiosas, más alegres, santa y naturalmente, de lo que por el vulgo se cree, no obtante su clausura y apartamiento del mundo; las irreverentes zumbas contra falsos arrobos y desvarios místicos, plaga de la credulidad y del beaterio; ironías, gravedades, agudezas y semblanzas que, vestidas de airoso y suelto ropaje castellano, saltan y corren por las páginas de la *Floresta* de Santa Cruz, de los *Libros de Chistes* de Pinedo, Garibay o Arguijo [1], descubriéndonos fugacísimamente el fondo y la contextura de aquellas sociedades, como si cada cuentecillo nos llevara de la mano sumisa y alegremente por estancias y corredores insospechados, poniéndonos en comunicación abierta con personas, caracteres, costumbres y aspectos mil, no conocidos, y brindándonos, en suma, brava e inagotable mina de donde sacar a la luz de hoy la compleja alma de entonces.

¡Con cuántos y cuántos hermanos de Rufo en ingenio, predecesores o herederos de sus APOTEGMAS, no trabaríamos gentil conocimiento por medio de estas *Florestas* y librillos, si contáramos con el tiempo y la soledad indispensables para espigarlos!: Garci Sánchez de Badajoz, de lindo humor y dichos agudos, que ni la misma locura logró apagar al oscurecer su ágil entendimiento; el in-

---

(1) Véanse los dos volúmenes que, bajo el título de *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional...* (Madrid, 1890 y 1902), publicó don A. Paz y Melia, y donde con tanto acierto como buen gusto compiló todas estas menudencias literarias de tan estimable valor psicológico y biográfico.

geniosísimo doctor Villalobos, cuyas cartas y diálogos arrancan la tristeza del pecho más melancólico y mohino; los bufones y graciosos de oficio, como don Francesillo de Zúñiga, Beltrán de Galarza, Soria y Burguillos el Viejo; los frailes mismos, como aquel fray Dionisio, de quien la *Floresta* recogió tantas zumbas; don Diego Hurtado de Mendoza, que parece apurar las sales de la agudeza y del ingenio, no siempre ático, pero españolísimo en todo; hasta llegar a los contemporáneos de Rufo, como el obispo de Bona, don Juan de la Sal; el celebradísimo Farfán, de cuyos chistes, diseminados por impresos y manuscritos del tiempo, hay, además, compilación singular y rarísima; Villamediana, Vélez de Guevara, Quevedo, con poetas repentistas, como aquel Juan Bautista de Vivar, que mereció el elogio de Lope, ininterrumpida, alegre y cascabelera cadena de donaires, carcajadas y risas, que traban alegremente aquellas generaciones unas con otras y cuyos eslabones, glosas, chistecillos y cuentos, tenidos entonces por cosas de nonada, de ínfimo valor, de baja ralea y sustancia, dignas del desdén de literatos y eruditos de oficio, son para el historiador moderno, para el penetrante psicólogo, matices de las almas, reliquias de las costumbres y notas únicas y genuinas del verdadero carácter nacional de antaño.

Claro está que los recopiladores de estos centones de burlas y dichos ingeniosos nunca se propusieron tan elevados fines, y no tiraron sino a esparcir el ánimo y a matar regocijadamente las horas de forzada ociosidad; como

tampoco Rufo aspiró en su libro de los APOTEGMAS a más altos propósitos; y, sin embargo, aunque no en la medida de la *Floresta*, participa también de parecidas enseñanzas y títulos, como podrá someramente apreciar el benévolo lector que me siga en este árido estudio.

V

Para analizar cumplidamente los seiscientos dichos de Juan Rufo sería preciso acogerse, haciendo profesión de fe conceptista, a la escuela de Baltasar Gracián, y, sirviéndonos de su *Agudeza y arte de ingenio*, ir comentando pieza por pieza—al igual suyo, según luego veremos—género tan singular y horro como el de los apotegmas. Conoceríamos de este modo los muchos grupos en que dividió la agudeza el insigne jesuíta, comenzando por los de agudeza de perspicacia y de artificio, dividida, a su vez, la primera en agudeza de concepto, verbal y de acción, puras y mixtas, de paronomasia o retruécano, y un sinnúmero más, de todos los cuales hallaríamos notables ejemplos y concordancias en nuestro autor; en fin, que agotaríamos la materia, pero también conjuntamente la paciencia del sumiso lector que se atreviese a seguirnos por el enmarañado boscaje de la retórica conceptista de Gracián. Preferible es, a no dudarlo, salir a terreno más des-

pejado y llano, limitándose a algunas someras consideraciones, tanto sobre la naturaleza estética del apotegma como sobre el considerable valor que los de Rufo encierran para la historia de las costumbres españolas en nuestro Siglo de oro.

«El nombre de apotegma—escribía Rufo en su prólogo «Al lector»—es griego, y trújole a nuestra lengua, con la autoridad de graves escritores, la necesidad que había de este término, porque significa breve y aguda sentencia, dicho y respuesta, sentido que en menos palabras no se puede decir.» Con efecto, creado el género, nacía en pos suyo la palabra propia y significativa que lo expresase, y, con un excelente gusto literario y sentido del idioma, escogió Rufo para apellidar sus dichos esta voz *apotegma,* la cual, además de ser de clásico linaje, noble dicción, tersa y acomodada al genio de la lengua, traía consigo la autoridad de graves escritores, como, en efecto, lo eran el secretario Gracián, Thámara y Jarava, y el mismo Santa Cruz, según antes vimos. El apotegma venía en realidad a constituír, con el concurso de tan excelentes maestros, un género más en la retórica castellana, si no puro e independiente, porque participa en cierto modo de todos, al menos, con singulares notas y caracteres que lo distinguen de los demás. Es el primero su señalada objetividad, que se traduce para el apotegma en ser reflejo del mundo exterior; destello de la ocasión, hijo de la oportunidad y del momento; notas peculiares suyas, que, con intuición estética, declaraba el mismo Rufo

cuando, importunándole para que repitiese los dichos de que se acordase, dijo que, «como ocurre a quien vende oro viejo, no se podía hacer sin perder, por lo menos, la hechura, pues cuando el oro del buen dicho se estuviese entero, era la hechura la ocasión en que se dijo, y que, en fin, fuera de su primer lugar eran como piedras desengastadas, que lucen mucho menos».

Así es, en verdad, y por el camino de las palabras de Rufo se viene a caer en aquellas aun más profundas de Gracián, que confirman este primer carácter del apotegma, cuando declara que a veces la agudeza está en los objetos mismos; admirable y novísima teoría estética, como si la gracia fuera algo, no inmanente en nosotros, sino radical en las cosas que nos rodean, y con la fuerza de un perspicaz entendimiento desprendiéramos la porción de belleza liviana, de arte superficial que contienen.

Aparte, en efecto, de esta operación del juicio, en función tan sutil que es el ingenio, poco pone de sí el autor del apotegma al crearle: los más de sus elementos los toma del mundo exterior, de la ocasión y del instante; ellos serán quienes le presten los materiales que requiere para urdir la tela de araña vistosa y tenue de su corta trama; sobre ella veremos posarse, prendidos en sus mallas, como libélulas, lucientes cocuyos y mariposas rutilantes, los dichos agudos e ingeniosos, que sin mayor dilación levantarán el vuelo para que sobre la dispuesta telilla se asienten otros nuevos.

Y aquí se descubren otras dos notas inseparables del

apotegma: una, la brevedad de su envoltura formal, que raras veces admite, sin desnaturalizarse, largos ni recargados ropajes, y otra, su fuerza de expresión extraordinaria, su poder penetrante momentáneo, que le convierte en utilísimo instrumento del discurso.

«Son los chistes y dichos agudos y sazonados—escribía un médico del siglo XVIII [1]—el extracto o quinta esencia del entendimiento. La cosa más ardua y grande suele explicarse más viva y graciosamente con un cuento que con todos los círculos y episodios que insinúa la Retórica y sugiere la pesadez. El maestro de la elocuencia romana, Quintiliano, no halló otros vicios en la oración que la difusión y la oscuridad. Esos mismos críticos de grosero genio y amodorrado gusto que a las inocentes sales de los cuentos llaman cuchufletas y bufonadas, cuando se les ofrece, ¿qué no daría su torpeza por hallar un chiste oportuno con que explicarse?»

Y más aún, que en el orden de los chistes el apotegma brilla y se apodera del ánimo en aquellas sutiles y breves comparaciones de las cosas, cuando, por correspondencia a otras imágenes y figuras, precisa en contadísimas palabras oscuros significados, matices de pensamiento que el juicio vislumbra confusamente allá dentro, primores que un sabio de poderoso entendimiento y profusa doctrina

(1) El doctor Martín Martínez, profesor regio de Anatomía, en la aprobación de la *Segunda parte de la Floresta española*. Madrid, 1730, de que me ocupo más adelante.

acaso no acertaría a explicar; pero que, en cambio, lo alcanzará el hombre de ingenio.

Pongamos un ejemplo. A Juan Rufo le preguntaba un amigo en cierta ocasión—como consulta moral—qué es primer movimiento y cómo lo distinguiría de pensamiento o deseo consentido, y nuestro Jurado, sin meterse en hondas disquisiciones teológicas, contesta con un exacto y afortunadísimo símil, «que la presteza de pasar la mano por una hacha encendida sin quemarse, sin recibir daño, era ejemplo del primer movimiento; y exceder de aquí, pecado». Eso es el apotegma: brevedad, concisión, claridad, efecto repentino, placer intelectual instantáneo; pero en estas mismas virtudes encontrará también la causa de su muerte y la raíz de alguno de sus defectos.

El apotegma es fruto baladí y pasajero, cosquillea a flor de carne; pasada la primera impresión deja escasa huella en el ánimo; nace brillantemente y, con no menor prontitud, muere; son como flores que, arrancadas de sus tallos —la ocasión, la oportunidad y el momento—, pierden la viveza de sus colores y se marchitan rápidamente. No achaquemos al autor de ellas este desencanto, sino a la misma índole del género, alado y fugacísimo; que idos los motivos ocasionales de la gracia, vase ésta con ellos, dejando en lugar suyo, al parecer, huecas palabras y frases vacías de alma.

Por todo ello, cuando el lector de estos apotegmas detenga la lectura y, levantando la vista, pregunte para sí: «Yo no veo la gracia. ¿Dónde está el chiste?», acuérdese

de que el chiste fué el momento, la pasada ocasión, el engarce del oro del ingenio, que una vez separado de la hechura quítale venalidad, comercio y atractivo.

A mayor abundamiento, como el apotegma pocas veces se escribe y las más vive tan sólo el instante fugaz en que se dice, influye grandemente también en su buen éxito la forma y ademanes con que se expresa; que, como Cervantes apuntaba al tratar de los cuentos, «unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos y otros en el modo de contarlos, es decir, que algunos hay que aunque se cuenten sin preámbulos ni ornamentos de palabras dan contento; pero otros hay que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos» [1]; observación crítica tan atinada y pertinente como todas las del glorioso manco, que el lector de los apotegmas de Rufo deberá tener presente en aquellos que encuentre flojos y desmayados, a los cuales precisamente el Jurado cordobés, experto decidor, daría momentánea vida y gracia al tiempo de contarlos, con aquel *mudar la voz y demostraciones del rostro y de las manos* que para casos tales pedía Cervantes, condiciones externas y personales suyas de que disfrutó en alto grado, acarreándole también, como luego veremos, la nota, tan poco honrosa en su tiempo, de gracioso de oficio o chocarrero.

---

(1) Cervantes, *Coloquio de los perros Cipión y Berganza.*

Pero por lo mismo que el apotegma no es obra de ficción, ni apenas entra en él el concurso de la parte imaginativa en lo que tiene de facultad creadora, reduciéndose a una aleación del entendimiento con la realidad pasajera, este mismo carácter real será quien comunique vida robusta y perenne valor histórico a semejantes juguetillos del ingenio, porque, tejidos con elementos del mundo externo, en el apotegma quedarán sujetos y prendidos para que el futuro historiador los recoja y utilice con diversos alcances y propósitos muy superiores a los que sus donosos autores tuvieron, seguramente, al proferirlos. Y este carácter, común a tales desenfados y ligeras diversiones, como antes decía al hablar de la *Floresta* de Santa Cruz, se confirma y engrandece abriendo el libro de Rufo y discurriendo amenamente por sus páginas, donde la vida española de su tiempo va pasando ante nuestros ojos con rasgos y matices de un valor social peregrino. Y no podía ser menos. Si Rufo los arrancaba de la realidad, cumpliendo con la preceptiva de este género literario, la realidad la componían, por una parte, su propia y agitada vida, donde se iban entretejiendo, y por otra, los sucesos y latidos de las distintas clases sociales que él mismo frecuentaba.

Habrían de faltarnos, en efecto, los valiosos documentos allegados por su biógrafo, y con ayuda de los apotegmas podríamos reconstituír su existencia trabajosa y andariega, con más copia de detalles que la de otros muchos ingenios coetáneos. Si la moral perdió, salió ganando, en

cambio, la historia de nuestras costumbres en que Rufo fuese a buscar los materiales de sus dichos, no en las décadas de los césares, capitanes y filósofos antiguos, sino en la vida intensa y rica de su tiempo, en los tablajes y casas de juego, primeramente, universidad de malas costumbres, pero universidad abierta, al fin, a todas las lecciones de la humana flaqueza. Y como Rufo empleó en aquellas aulas gran parte de sus días y tenía madera, además, de verdadero jugador, legónos en su libro pormenores curiosísimos, que no encontraremos en otros especialistas de la materia, como Alcocer, Covarrubias y Luque Fajardo, sobre el funcionamiento de los garitos de antaño, las mañas de los fulleros, el barato que voluntaria o forzosamente se daba y hasta sobre las subrepticias licencias que la claudicante autoridad concedía, al igual de hoy (¡cómo se repite la historia!), a personajes y sujetos influyentes: cuadro realista y bien trazado por los pinceles y la dolorosa experiencia de un empedernido tahur.

Cuando Rufo sale de la casa de juego, sin una blanca, naturalmente, y encamina sus pasos a la del magnate o ministro de quien goza pasajero favor, por su pluma obtendremos pormenores biográficos desconocidos sobre don Juan de Austria y su famoso león, que le seguía como un gozquecillo, sobre el duque de Osuna, sobre Julián Romero y otros hombres famosos de su época, y la misma sombra de la majestad real, encarnada austeramente en la figura justiciera de Felipe II, atraviesa también un mo-

mento por estas páginas, revelándonos el profundo respeto y opinión en que sus súbditos le tenían.

En el cuadro de la vida doméstica y familiar de entonces irá Rufo dejando algunas sobrias pinceladas, y por lo mismo que nuestros artistas de la paleta desdeñan en sus cuadros los asuntos de interior, como tampoco los recoge sino raramente nuestra novela, los apotegmas del cordobés tendrán un peregrino mérito para el estudio del hogar español, tan poco conocido. Por su conducto veremos a los vanidosos y presumidos cortesanos borrar las huellas que el tiempo dejaba en sus personas con *alheñas* y *escabeches*, nombres pintorescos con que se conocían las recetas destinadas a pintarse las canas, costumbre, a la cuenta, más recibida y arraigada entonces de lo que parece.

Y aun cuando sus dichos sean siempre limpios y urbanos (excelencia indiscutible de su libro) y jamás los sazone con expresiones de mal gusto o picante lascivia, sino con sales finas y tamizadas, él nos revelará los estragos que el llamado mal francés o *avariosis* hacía entre los cortesanos y lo descuidado de la higiene en este delicado punto. Por las calles y casas principales discurrían los rifadores de martinetes, perdices y golosinas, particularidades apenas notadas por otros testimonios. Curiosísimos son los que nos deja sobre las procesiones que un día y otro se celebraban, con sus extrañas filas de cofrades, cuáles de luz, cuáles de sangre. La añeja afición de los españoles todos, altos y bajos, nobles y plebeyos, a las fiestas y suertes de los toros llévale a menudo a presen-

ciarlas desde los tablados dispuestos al efecto, declarando el hondo arraigo que este espectáculo tenía ya entonces en la sociedad española, sin que, fuera de Rufo y algún otro moralista, nadie se espantara ni compadeciera de las muchas muertes que tan popular regocijo ocasionaba entre los arrojados lidiadores. Con él compartía el favor de los caballeros un juego casi desdeñado hoy, y no diré si con torpeza sustituído por otros exóticos: el de la pelota de mano, donde la fuerza muscular se ejercita y los pulmones se ensanchan, apercibiendo pechos robustos y briosos para la guerra.

Más notables son aún las particularidades y noticias que Rufo nos reseña sobre músicas y canciones, en las cuales su testimonio es tanto más valioso cuanto que, según parece, él manejaba la vihuela suelta y diestramente. No alude tan sólo a las amorosas serenatas y apasionadas endechas que los galanes enderezaban a las damas en el silencio de la noche y soledad de la calleja, cosa harto sabida por los libros de música de los Salinas, Fuenllanas y Pisadores; no; son, además, detalles peregrinos sobre las canciones populares más en boga de su tiempo, que él llama, con voces españolas y no afrancesadas, *sonadas* y *tonos* (1), para las cuales era corriente uso concertarse músicos y poetas profesionalmente como hoy; lo uno y lo

(1) *Sonadas, tonos, canciones, coplas, tonadas, tonadillas, villancicos*, etc. ¿Es rica, o no, nuestra lengua castellana, para que, apartando de nosotros voces tan limpias, tersas, significativas y de buen cuño, acudamos a troche y moche al bárbaro *cuplé?*

otro, según él mismo dice, «con notable gracia y aviso»; especialidad que da ocasión a Rufo para uno de sus dichos más graciosos, acaso el único también que rebasa los linderos de la escabrosidad, aunque salvados—dígase en honor de su ingenio—con agilísimo donaire [1]. Pocos paladares modernos soportarían aquella extrañísima receta de cocina que nos da en otro de sus apotegmas, hablando de «cierto plato dulce de fruta, que si bien era de pescada cecial, llevaba consigo masa de mazapán riquísima, con mucho azúcar y canela», monstruosa mixtura que no creo que hoy haya nadie que se atreva a ensayar.

Pero donde el libro de Rufo adquiere realce extraordinario como documento, casi original y desde luego muy poco utilizado, para ilustrar nuestras costumbres privadas, es en la colección de apotegmas femenino-licenciosos con que salpicó abundantemente sus páginas. Atribúyase a hipocresía o a pudibundo y externo respeto de la moral pública, en acatamiento de su imperio entonces, el caso es que nuestros libros de antaño son muy pobres y parcos al describirnos la vida de la mujer española. Aparte las cortesanas profesionales, bien de alto copete, bien relegadas al infamado barrio de la mancebía, tema, sí, repetido en nuestras novelas picarescas, en cambio, sobre las damas que vergonzantemente pasaban de doncellas a dueñas, sobre sus tapujos, sobre las infidelidades conyugales de las mismas casadas, las noticias y referencias que nos quedan

---

(1) Véase la página 174 de esta edición.

son más bien escasas, y esta escasez realza—digo—más aún la obra de Rufo y su valor histórico y costumbrista, ya que en él el pecado de la carne aparece vigorosamente destacado, con sombras y perspectivas que otros no le dieron, y por él tocamos que este vicio de la lujuria era en las ciudades populosas, no ocasional y pasajero, sino arraigado y común en todas, absolutamente en todas, las clases sociales, aunque en la de los hidalgos y caballeros de medio pelo Rufo nos la presente con visos de honestidad e hipócritas encubrimientos; licencia general, en suma, que se extiende al mismo lenguaje, como lo prueba el hecho de que voces que hoy proscribimos por malsonantes o de burdel corriesen entonces libremente, sin remilgos ni escándalo de nadie, hasta en la más honesta conversación. Pero no por eso cambia ni se muda el tradicional concepto del honor, que sigue siendo el mismo, reflejado por Rufo, además, en una de sus más atrevidas y graciosísimas anécdotas [1].

No es ésta sazón oportuna para detenernos en el estudio de tema tan atractivo, que pide un espacio y reposo que en otro estudio mío espero concederle; pero, aunque fuera desflorando el asunto, no quería callar este aspecto del libro de Rufo, hombre, como hubiera escrito Quevedo, «dado al diablo, prestado al mundo y encomendado a la carne»; asiduo concurrente a las mancebías

(1) «Díjose que una mujer adúltera escapó de su marido por no tener con qué matalla. Respondió [Juan Rufo]: «¿Teniendo cuernos, le faltó con qué?» (pág. 109 de esta edición).

y retiros de mujeres entretenidas, donde es presumible que disfrutase, por su cualidad de gracioso, de notable favor y acogimiento, a cambio de divertirlas con cuentecillos, donaires y burlas, de ley seguramente mucho más baja que las de esta colección, donde el razonable temor a la censura de sus aprobantes lógicamente las haría excluír.

A cambio de ellas, el curioso lector tropezará con otras no menos interesantes y nuevas: por ejemplo, aquella cajuela donde un pintor de su tiempo, cuyo nombre calla Juan Rufo, pero que acaso fuese Felipe de Liaño, especialista en este género de pinturas, tenía retratadas a las cincuenta mujeres más hermosas de aquella Corte; ¿qué no diera por ella, si pareciese hoy, un coleccionista de nuestros días?

Entreverados con estos apotegmas ingeniosos y de sujeto histórico, diseminó Juan Rufo en su colección aquellos otros sentenciosos y graves sobre cuya alcurnia hemos discurrido largamente en las precedentes páginas, excusándonos ahora de ser más prolijos en este punto. También sentía nuestro Jurado, a pesar de su poco edificante vida, ansias moralizadoras, y el espectáculo de los vicios y pecados de su tiempo le sugiere, como a cualquier austero religioso, correcciones y advertimientos de carácter censorio, con muy felices aciertos, si no en la doctrina de las máximas, manoseada y corriente, cuando menos, en el modo de decirlas, modo que podríamos calificar de senequista y cordobés.

Y esto nos lleva de la mano, omitiendo otros comentarios, a decir sobre el estilo de su libro algunas palabras, que den fin a este desmañado análisis. A la verdad, no es lo más sobresaliente ni primoroso de él, no obstante los extraordinarios encarecimientos que mereció de fray Basilio de León, sobrino de fray Luis y aprobante de esta obra [1]. Fúndome para decirlo en que Rufo hablaba a lo cordobés, y sabido es, sin agravio para aquella privilegiada región, madre de tantos y tan memorables varones, que nunca los cordobeses gozaron fama de primorosos hablistas. Se hablaba bien en Burgos; mejor aún en Toledo; el lenguaje de Sevilla alcanzó términos de opulencia y elegancia insuperables, enriqueciendo, además, con copiosos y expresivos andalucismos el caudal de la lengua castellana; pero en Córdoba, desde los días del tétrico y retorcido Juan de Mena, el estilo propendió siempre a lo oscuro, a lo crespo y revesado, quizás por su misma condición sentenciosa, propensión que a su vez explica que el culteranismo encontrara, si no su nacimiento, que fué madrileño y cortesano, al menos, su apogeo y arraigo en la monstruosa escuela de don Luis de Góngora, cordobés asimismo. Y aunque, por fortuna para Rufo, cuando su libro apareció no había sonado todavía la hora del mal gusto, esto no quita que en algunos apotegmas, singularmente en los de índole ascética y moral, advirtamos oscuridades, retorcimientos de frase, y aun

(1) Véanse en los preliminares de esta edición.

asomos de conceptismo, que afean su estilo y dificultan su clara y buena inteligencia.

Con todo eso, en la mayoría de los apotegmas reinan la sobriedad y el laconismo, como corresponde a su linaje literario, constituyendo un valiosísimo documento para la historia de nuestro lenguaje, toda vez que son como reflejo fiel y genuino del modo de hablar usual y corriente de su tiempo, no en las cátedras y púlpitos, sino por el común de las gentes, en las plazuelas, en los corrillos y en el mismo hogar.

Y si por esta causa notara el lector, como habrá de hacerlo, menor abundancia de voces exquisitas [1], de modismos originales [2], de formas bizarras de dicción que en

---

(1) Una frase hay, sin embargo, que mereció particular mención de Menéndez y Pelayo: la de *catedrático de valentía*, que Rufo emplea hablando del Cid, la cual le hacía recordar a nuestro crítico aquella otra tan famosa de «*profesor de energía*», que Stendhal aplicó a Napoleón. (Vid. *Orígenes de la novela*, op. cit., pág. LXXIV.)

(2) No obstante, podrían entresacarse algunas palabras no incluídas, en la acepción respectiva empleada por Rufo, en la última edición de nuestro Diccionario académico. Entre otras más dudosas, tengo anotadas las siguientes: *Negrestino* (pág. 69 de esta edición); *testar* por *teñir las canas* (pág. 153); *cortesanear* (pág. 138); *martelo* por *soledad* (3.ª acepción) (pag. 175), etc.

Mayor es la riqueza en modismos nuevos. Véanse, entre otros, los siguientes: *Hablarse de oído* (pág. 24); *mirar de puntería* (pág. 29); *hacer poca falta* (pág. 107); *pensar uno que hurtaba bogas* (pág. 101); *echar ensanchas y alforzas* (pág. 110); *haberse traído* por *haber sido* (pág. 114); *ir camino* por *ir de viaje* (pág. 116); *hacer esperas* (página 129); *consentir los cuernos* (pág. 132), etc.

Rufo introdujo además una novedad notable en la ortografía de su tiempo, y de la cual se justificaba en su prólogo *Al lector*, a saber: el

otros libros coetáneos, siempre quedará viva, como principal y más señalado mérito de su estilo, aquella *elegante concisión*, que ya advirtió Menéndez y Pelayo [1], con la cual nuestro Jurado supo dar forma castiza y duradera a tanto gracioso dicho y oportuna sentencia como exornan esta singular obrilla.

VI

Bien porque acabado de imprimirse el texto de las APOTEGMAS, y a pesar de crecer en un ciento el número prometido en la portada, advirtiera Rufo que el volumen resultaba pequeño, y había de bajar el justiprecio de la tasa, cosa tan importante para un ingenio falto de dinero como él; o bien por la legítima aspiración de refrescar los laureles adquiridos años atrás con la publicación de *La Austríada*, resolvióse nuestro Jurado a añadir como estrambote de sus gracias las poesías que, salidas de su numen, corrían sueltas de mano en mano, si no estaban ya reunidas en el librillo de memoria, o en el consabido cartapacio que por toda hacienda solían entonces llevar consigo la mayoría de los poetas.

empleo de la conjunción disyuntiva *u* delante de *o* o de *d*. Lo primero arraigó, no lo segundo. Ya Juan de Valdés había recomendado el uso de la conjunción *e* delante de *i* (*Diálogo de la lengua*. Madrid, 1850, pág. 59). A ambos ingenios se deben, por tanto, estas necesarias correcciones en nuestra escritura.

(1) M. Pelayo, *Orígenes de la novela*, op. cit., II, pág. LXXIII.

De todas ellas tan sólo merecen mención especial cuatro largas composiciones: el *Romance de los Comendadores,* las *Redondillas sobre la muerte del ratón,* las *Alabanzas de la Comedia* y la *Carta a su hijo.* Procuraré compendiar lo mucho e interesante que se ha escrito y puede agregarse sobre tan sugestivos temas.

El *Romance de los Comendadores,* uno de los más extensos publicados en lengua castellana, recoge y versifica un suceso rigurosamente histórico en su fondo, recibido dos siglos había por la tradición del vulgo, enamorado de la misma truculencia del caso y conocidísimo en España, dando lugar, no solamente a otras endechas de corte popular, anteriores a los versos de Rufo y lindas en extremo [1], sino también a que Lope de Vega, basándose en unos y otros elementos poéticos, y más singularmente en un manuscrito contemporáneo, del que ahora hablaré, compusiera uno de sus dramas de más vigoroso estilo, movida acción y bellísimas escenas, encerrado todo en un marco de franca objetividad y hondo sentido de la vida.

El caso ocurrió realmente en Córdoba, no en el reinado de los Reyes Católicos, como erróneamente supone Lope, siguiendo a la susodicha relación manuscrita, sino

---

(1) ¡Los Comendadores,
Por mi mal os vi;
Yo os vi a vosotros,
Vosotros a mí!

Publicadas primeramente en un pliego suelto gótico, después en otras recopilaciones de romances, y por último, por Durán en su *Romancero general,* edic. Rivadeneyra, tomo II, pág. 697.

en el de don Juan II de Castilla, por los años de 1448. El Veinticuatro matador fué Fernán Alfonso de Córdoba, primer señor de Belmonte. Su mujer, justa víctima suya, era hija de don Martín López de Hinestrosa, chanciller de Castilla, señor de Teba y veinticuatro de Córdoba. Con ella comparten la muerte, en la feroz venganza del ultrajado esposo, dos hermanos muy jóvenes al parecer, hijos del segundo matrimonio de don Martín Fernández de Córdoba, tercer Alcaide de los Donceles, llamados don Jorge y don Fernando, y más conocidos en la historia y en la boca del pueblo, a raíz del trágico suceso, por *Los Comendadores*, título bajo el cual pasarán a manos de la poesía popular, que rodeará sus nombres y su desdicha de fúnebre aureola. Conocen ambos a doña Beatriz, según se cree, en un convite que les da el propio marido; enamórase de ella don Jorge; anúdales el amor en adúltero y apretado lazo; llega el caso a noticia del ofendido Fernán; medita y prepara su venganza, y en una noche serena del mes de agosto de aquel año de 1448 ejecútala con bárbara crueldad, haciendo pasar por los filos de su espada, no solamente a los culpables amantes, sino también a cuantos seres vivos halló en la casa: don Fernando el Comendador chico, y con él,

> . . . escuderos, porteros,
> Dueñas, mozas de servicio,
> A mecánicos criados,
> Pajes de falda pulidos,
> Porque todos consintieron
> El adulterio maligno;

y no contento todavía, mueren también, por él sacrificados, perros, gatos, monos, y hasta un papagayo, «porque, sabiendo hablar, no le había dicho su afrenta».

La misma inútil crueldad del desenlace, la furia desbordada del engañado marido, que lava en un mar de sangre la mancha de su honor; aquéllas insólitas circunstancias de la matanza de los animales domésticos, que acompañan al espeluznante suceso, prestándole mayor horror y colores más trágicos, hieren de tal modo la imaginación de poetas populares y eruditos, que desde Antón de Montoro, el ropero de Córdoba, contemporáneo de las víctimas, pasando por el *Romancero general*, Rufo y Lope de Vega, hasta nuestros mismos días, tócase una larga estela poética, rojizamente coloreada con la sangre que inunda el episodio.

Pero sobre las fuentes históricas que en ilustración del mismo allegaron eruditos tan concienzudos como Cotarelo [1] y Menéndez Pelayo [2], hay una más, coetánea de Rufo, en la que ellos no se fijaron, donde se hace una relación minuciosa y circunstanciada de esta horrenda venganza. Contiénese en un manuscrito de varia y entretenida miscelánea, con puntas y ribetes de disparatada y folletinesca, que he aprovechado también en otros estudios

(1) *Cancionero de Antón de Montoro (El ropero de Córdoba), reunido... por D. Emilio Cotarelo y Mori* (Madrid, 1900). Vid. páginas 38-43 y 316 a 325, donde muy eruditamente se recogen cuantas noticias atestiguan la verdad de este suceso.

(2) *Obras de Lope de Vega* (edición académica). Madrid, 1900, tomo XI, páginas LVIII a LXXXV.

míos, y que, aun a riesgo de hacer este capítulo más extenso de lo que era mi propósito, quiero copiar aquí, porque sobre ser documento no utilizado por nadie para ilustrar al poemita de Rufo, encierra, además, muy singular valía para conocer el modo cómo Lope armaba y componía sus comedias, pues en tanta y tal medida se sirvió de él al escribir su drama de *Los Comendadores de Córdoba*, que si se pudiera hacer el fantástico experimento de colocar sobre esa obra el manuscrito en cuestión por sus mismos márgenes y puntos, mirando luego al través de ambos, dibujaríamos como fiel y verdadera radiografía el esqueleto de su trama (perdónese el neológismo literario), esqueleto que la poderosa inventiva del *Fénix de los ingenios*, con arte insuperable, acertó a revestir de trozos de carne palpitante, infundiendo en ellos alma tan gallarda y ardiente, que bullen todavía a los ojos del moderno lector, con la vida inmarcesible de las soberanas creaciones del genio.

Titúlase esta miscelánea *Libro de cosas notables que han sucedido en la Ciudad de Córdoba y a sus hijos en diversos tiempos* [1], y, como ya dije en otra ocasión [2], debió de escribirse o recopilarse por algún anónimo y curioso cordobés a fines del siglo XVI, aunque posterior-

(1) Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Mss. D.-129. Otra copia, de letra como la anterior del siglo XVIII, se conserva en la misma Academia bajo la signatura C.-163.

(2) *Un dato para las fuentes de El Médico de su honra* («Revue Hispanique», tomo XXI, páginas 3 a 21). En este trabajo analicé detenidamente el mencionado manuscrito.

mente se agregaran episodios y sucedidos que parecen alcanzar hasta 1618. Sacáronse bastantes copias por Andalucía, llegando dos de ellas a Madrid, una de las cuales, la misma manejada por mí, vió Gallardo, quien nos dejó en sus papeletas un índice incompleto, en el cual precisamente omite, entre otros de los más notables, el caso de los Comendadores [1].

Contando con la paciencia del lector, a quien espero no enoje el conocerlo en todos sus detalles, lo copio a continuación, conservando su peculiar ortografía. Dice así:

«Historia de los Comendadores a quienes mató en Córdova el Veinte y quatro que sirvió al Santo rey don Fernando *(sic)*, y asimismo quitó la vida a su mujer, criados y hasta los perros y gatos y un papagayo que, sabiendo hablar, no le avía dicho su afrenta.»

»Entre las demás cosas famosas se nos a olvidado contar la ilustrísima hazaña de Don Fernando el veinte y cuatro, la qual, por ser tal, será perpetua en la memoria de los hombres, y porque no se olvide entre las demás que aquí ban escritas desta esclarezida Ciudad, tengo de contar lo que he leído, y es desta manera: Entre los demás cavalleros que sirvieron al Rey don Fernando y a la Reyna doña Isabel quando ganaron la famosa ziudad de Granada a los Moros, uno dellos fué don Fernando de

---

(1) *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos...*, tomo I, núm. 58, cols. 712-713.

Córdova el veinte y quatro, tan conocido por este sobrenombre como por sus famosos hechos. Concluídas todas las cosas de aquel nuevo Reyno, se comenzaron a ir los capitanes y soldados cargados de honra y provecho, y entre éstos fué a despedirse del Rey este famoso Cordovés, y visto del Rey como a tan gran cavallero, y por sus grandes servicios, le hizo mil ofertas, y en agradecimiento de sus servicios y de la mucha volumptad que el Rey le tenía, se quitó un anillo muy precioso y se lo dió al buen don Fernando por principio de otras mayores cosas. Él lo recibió y estimó como lo merecía por ser de quien era.

»Este cavallero era casado en Córdova con una señora muy principal, cuyo nombre se deja por no afrentar sus muchos y calificados parientes. Esta señora y otra sobrina, olvidadas de la nobleza de su linaje, se enamoraron de dos comendadores parientes de su marido, y pasó tan adelante esta amistad, que no había nadie en casa que no lo supiese. Entre los demás criados que estaban en casa era uno llamado Rodrigo. Éste, viéndose menospreciado y desechado de una criada de casa que se avía acomodado con un lacayo de los comendadores, se determinó de escrivir a su señor que viniese a su casa porque hacía mucha falta su ausencia. Entendiendo el caballero desta carta, no lo que pasaba, porque, a su ver, era disparate, sino que por su ausencia la hacienda se perdía, u otras cosas semejantes. Al fin llegó a Córdova y fué recebido por su mujer con las caricias que ellas suelen fingir, aunque quisiera más que los moros le hubieran hecho pedazos. Vi-

nieron sus sobrinos, los comendadores, a visitarle y darle la bienvenida, holgóse mucho con ellos y convidóles a comer, de que se olgaron mucho las señoras. Estuvieron tan poco recatados en la mesa, que el Veinte y quatro sospechó mal de su mujer y de sus sobrinos. Ya el Veinte y quatro había dado a su mujer el anillo que el Rey don Fernando le avía dado, encareciéndole la estimación que hacía dél y que había de ser la prenda de su mayorazgo. Sucedió que, pasados algunos días, le mandó la Ciudad al Veinte y quatro que se llegase a la corte a suplicar al Rey de parte de ella el despacho de algunas cosas. Úbolo de hacer, aunque de mala gana. Llegado a Palacio y sabido por el Rey que estaba allí don Fernando, le mandó que entrase y le recibió con mucho amor y volumptad, prometiéndole despacharle como lo deseaba.

»En los días que se detuvo en la Corte fué forzoso que viniera a ella don Jorje, uno de los Comendadores, a ablar al Rey de parte del Obispo de Córdova, y estándole hablando conoció el Rey el anillo que le había dado a don Fernando, y embiándole a llamar le dijo que muy bien avía guardado las prendas de amor y volumptad que él le avía dado. Savido lo que pasaba, para satisfacer al Rey, le dijo que el anillo se lo avía dado a su mujer, con que quedó disculpado. A esto le dijo el Rey: «Si a tu » mujer se lo diste, que tu mujer te lo dé». Con esto acabó el veinte y quatro de conocer su desventura. Despidióse de la Corte, despachado ya su negocio, y llegó a Córdova casi a un mismo tiempo que el don Jorje. Disi-

muló su dolor y pesadumbre que tenía, y el criado que diximos, viendo que la honrra de su amo andava tan caída, se determinó avisar de lo que pasaba. Meta cada uno la mano en su pecho; considere lo que sentiría aquel pobre cavallero. Al fin, trataron entre los dos el modo que se podía tener para bengarse de sus sobrinos los Comendadores, y pareciéndoles que ninguno mejor que concertar una caza. Hízose así; juntaron pájaros y perros y los demás trastes, todo lo qual era de grandísimo gusto para las señoras, aunque en lo esterior mostraban mucho pesar. Los Comendadores se aprestaron con el mesmo fingimiento para ir con él, pero de ninguna manera lo permitió el Veinte y quatro; dijo que iba a seis leguas de allí, que avía de estar cuatro días. Fuése, y los señores quedaron con tanta alegría y las señoras, prometiéndose una muy buena noche. Aderezaron muy buenas camas y mejor cena. Zenaron y holgáronse ellos y todas las amas y criadas de casa, y quando les pareció se fueron a acostar, bien descuidados de lo que les había de suceder. El pobre Veinte y quatro detúvose por aquellos campos con el criado que le avía avisado, y dejados los cavallos y páxaros, se fueron armados de esfuerzo. Se entraron en la ziudad y vinieron a su casa, entre las once y las doce de la noche; subieron a ella por una puerta secreta, y entrado, hallaron que todo estaba en silencio. El buen don Fernando y el criado, armados de esfuerzo y de razón, entraron de tropel adonde los Comendadores estaban, y aunque se pusieron en defensa, nada les aprovechó. Hi-

ziéronlos mil pedazos. La pobre señora, viéndose en aquel aprieto, hincóse de rodillas y pidióle a su marido, por la sangre de Christo, no la vida, que no la merezía, sino lugar para confesarse de sus pecados. Esto le fué otorgado, y entretanto el buen don Fernando fué discurriendo por toda la casa, él y el criado, llevando a fuego y a sangre todo lo que encontraban, tanto, que no quedó cosa viva. Pájaros, perros y gatos, y hasta un famoso papagayo fué muerto, quexándose dél, pues sabiendo ablar, no le avía dicho su afrenta. Todo esto concluído, llamado el cura de Sta. Marina, el qual confesó a la pobre señora, y luego le fué quitada la vida. Todo acabado tan a su gusto, tomó su cavallo él y su criado, fuéronse a la Corte, echóse a los pies del Rey, con la espada desnuda, para que le cortase la cabeza. Visto por el Rey hecho tan onrado, lo levantó del suelo, honrándolo mucho y lo casó con una señora muy principal, mandando que en aquel negozio se pusiese perpetuo silencio, como se hizo; hoy en día se ve la sala donde se hizo este castigo y está la sangre tan viva como el primer día. El famoso Jurado Rufo, natural de Córdova, zelebró esta historia en los elegantes versos que compuso» [1].

Un ligero cotejo entre esta relación y el romance de Rufo acusaría las notables diferencias que les separa, si

(1) Ms. citado, folios 199 vto. a 202. A la amable licencia de nuestro consocio, el muy docto historiador y académico bibliotecario de aquella corporación, D. Jerónimo Bécker, debo el haber podido manejar de nuevo este curioso documento.

no en el nervio del episodio, que sustancialmente es el mismo en ambos, en ciertos pormenores, cuando menos, de gran valor poético. Siendo relativamente escasa la parte narrativa del mismo, Rufo la amplía considerablemente con extensos comentarios, imprecaciones y soliloquios que algunas veces pasan de lo difuso a lo pedantesco, ociosos alardes de erudición clásica, que, diluyendo el argumento, causan fatiga o distraen la atención del lector prolijamente.

Con todo eso, contiene innegables bellezas y positivos aciertos: el nacimiento del amor en los adúlteros está bien pintado, defendiéndose en principio uno y otro de él, hasta caer bajo su tiránico dominio, culminando la culpable pasión en el convite del marido, en el cual las miradas de ambos se cruzan y suspenden como las de la Reina Iseo y Tristán, contra su voluntad, a pesar suyo, por la misma violencia del invencible amor; el viaje que el ofendido caballero hace de nuevo a Córdoba desde la Corte, con el corazón mordido ya por el áspid de los celos; las prevenciones caseras de la fingida caza; el silencio y la soledad de la noche elegida por el Veinticuatro para llevar a cabo su espantosa venganza; los tristes aullidos de los canes que, como siniestros agüeros, acompañan al personaje hasta llegar al trágico desenlace, del que dijo Menéndez y Pelayo que estaba preparado con cierta habilidad y algún sentimiento poético, todo está sentido, y, en general, aunque con prolijidad, correctamente dicho.

En cambio, dejó Rufo de utilizar algunos rasgos de la

leyenda, como aquellas intencionadas palabras con que el cauto Monarca advierte al Veinticuatro la pérdida del anillo, y conjuntamente la de su honra, palabras que Lope aprovecha con su certero instinto poético, glosándolas repetidas veces en el caviloso parlamento del engañado caballero:

Mas ¡oh buen Rey!, bien dijiste:
«Si a tu mujer se la diste,
Que tu mujer te la dé».
¿Dice la honra, o la piedra? (1)

Como también Lope recoge la muerte del descuidado papagayo, con la misma pueril reconvención notada dos veces en el manuscrito, el cual achaca al ofendido Veinticuatro mayor pasión y furia contra la inocente ave, «porque, sabiendo hablar, no le había dicho su afrenta», rasgo que no sé si calificar de grotesco o de instintivamente realista, y que asimismo Lope utiliza dos veces consecutivas en su comedia (2), pero que Juan Rufo calla,

(1) Jornada II, última escena, *Obras*, tomo XI, pág. 285.

(2) La primera en el diálogo de la matanza entre el Veinticuatro y su escudero Rodrigo; y la segunda, en su parlamento al Rey, en que, relatando el caso, dice que mató a cuantos había en casa,

Hasta un papagayo, que era
También traidor, pues hablaba,
Y no me dijo mi afrenta.

El calco del manuscrito cordobés resulta palmario e innegable. Merece un detenido estudio, que me prometo hacer en otro lugar más apropiado que éste.

cuando es indudable que hubiera coloreado más pintorescamente su romance.

A pesar de ellos y de las afectadas invocaciones mitológicas y recuerdos de amantes clásicos, el poemita de Rufo tiene caracteres hondamente populares: parece verdaderamente dedicado al vulgo, y por el vulgo debió, en efecto, correr copiosamente; porque en la Octava parte del *Romancero general* (1), y bajo el título de «La trágica y lamentable historia de los Comendadores y venganza de don Fernando Veinticuatro de Córboba, recopilada en cinco romances», se incluyó esta misma composición, aunque dividiéndola así, sin duda para no hacer su lectura tan fatigosa, y con variantes considerables respecto de la lección inserta en LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS. Difícil es asegurar si la del *Romancero* es de Rufo también y pertenece a su primera juventud, como asegura su biógrafo (2), o si las adiciones, supresiones y enmiendas se debie-

(1) *Romancero general, en qve se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de Romanceros.* Madrid, Luis Sánchez, 1600, ff. 263 vto. a 270.

(2) Ramírez de Arellano, op. cit., pág. 100, quien agrega, sin indicar la procedencia bibliográfica, que «parece que se hizo de ellos una tirada especial antes de la publicación de los *Apotegmas*». Desde luego no puede referirse al *Romancero general,* porque de esta compilación no hay edición conocidamente anterior a la ya citada (Madrid, Luis Sánchez, 1600), pieza rarísima que Pérez Pastor no logró ver completa y que yo he manejado en la soberbia reproducción facsímil de Mr. Archer Huntington. Acaso aludiese—aunque no lo dice—, a la Octava parte del mismo *Romancero*, donde está incluído el poema de Rufo, y que anteriormente apareció suelta bajo el título de *Flores*

ron a una anónima persona, que, con la libertad que entonces se estilaba, holló atrevidamente el ajeno cercado. El cotejo entre ambos sería muy largo y enojoso, y el lector, si le place, podrá hacerlo cómodamente por sí mismo en la edición de Durán [1]: aunque, si busca emociones, mayores y más hondas las hallará, ciertamente, en el drama de Lope, donde, en las alas del genio, se transfiguran y agigantan episodios y pormenores que Rufo no acertó a levantar de un relativo prosaísmo, como el tema de la impaciencia de la amada cuando tarda en llegar a la amorosa cita el sér querido; tema que siglos después, otro genio también, Ricardo Wagner, traducirá musicalmente en las notas imperecederas del acto segundo del *Tristán*, admirable y coincidente comentario de aquellas sensuales llamadas que Lope pone en boca de la ardorosa doña Beatriz:

¡Ay, qué enamorada estoy!
¡Ay, sangre¡ ¡Ay, amor! ¡Ay, fuego!
. . . .

---

del Parnaso; Toledo, Pedro Rodríguez, 1596, precisamente el mismo año y en las mismas prensas en que salieron LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS.

(1) *Romancero general* (edición Rivadeneyra, tomo I, páginas 71 a 77). Por cierto que Durán, con evidente error, opina que el protagonista de este romance fué el capitán Juan de Urbina, y que el suceso ocurrió en Italia, anegando en un bote el Veinticuatro a su mujer, familia y servidumbre, cuando hoy, tanto el caso como los protagonistas, están rigurosa e históricamente identificados. (Durán rectificó este error en los apéndices de su edición, al añadir las endechas de los Comendadores, restableciendo la verdad. Vid. *Romancero*, tomo II, pág. 697.)

¡Ah, noche, que tardas ya!
¡Vete, perezoso día!
. . . .
¡Nunca amaneció tan bien
Como agora que anochece!
. . . .

Tal es, en suma, esta «prolija leyenda, que no carece de felices rasgos e intenciones poéticas, desfiguradas las más veces por la incorrección y el mal gusto» [1], mal gusto que fué quizás la causa de que arrancara de la pluma de Gracián tantos y tan desproporcionados elogios, como veremos en el capítulo siguiente.

Analizando el doctísimo D. Aureliano Fernández-Guerra las diversas obras contenidas en el famoso códice de la Biblioteca Colombina sacado a luz por él, decía al llegar a la *Paradoja en loor de la nariz:*

«Desde Homero hasta los regocijados cantores de *La Gatomaquia* y de *La Mosquea*, no fué rara ocupación de sutiles ingenios emplearle en agrandar cosas pequeñas, en deleitar, realzando con el elogio, ridículos asuntos, en demostrar que nada hay tan increible en el mundo que con la fuerza de la elocuencia no venga a hacerse probable. Si Carnéades encomió la *injusticia*, Sinesio la *calva*, Favorino la *calentura*, Catón la *avispa* y Erasmo el *escarabajo*, nuestro Pedro Mejía cantó las alabanzas del *asno*;

(1) Menéndez Pelayo, *Obras de Lope de Vega*, op. cit., pág. LXXIV.

las de la *zanahoria*, el severo don Diego Hurtado de Mendoza; el delicado Cetina ensalzó la *pulga*, la *cola*, el *sér cornudo*, y Baltasar del Alcázar hizo la apología del *ratón*. Imitando a Tulio, que se complacía en escribir paradojas celebradas y admiradas hasta de los rígidos estoicos, hízose moda en el siglo XVI amenizar con estos ingeniosos desenfados las reuniones literarias que en su casa tenían varios próceres y capitanes ilustres» [1]. No cabe mejor ni más apropiado comentario a las jocosas *Redondillas escritas a instancia del Marqués de Tarifa, a la muerte de un ratón*, que estas palabras del benemérito editor de Quevedo. Con efecto, y a no dudarlo, semejante poética diversión no pudo tener otro origen. Concurrente asiduo nuestro Jurado durante sus frecuentes estancias en Sevilla a las celebradas reuniones de poetas y señores que en su palacio congregaba el Marqués de Tarifa, y conocido por todos, y singularmente por el Marqués, su pronto y fácil ingenio, en una de aquellas académicas jornadas debiéronle de dar como pie forzado este burlesco episodio, acaecido sin duda en la librería del Marqués, para que en presencia de todos lo rimara, y justo es confesar que salió airoso del empeño, discurriendo graciosamente sobre tan cómico asunto.

Mas era tal la fuerza de su temperamento sentencioso, que, a pesar de su festiva índole, no resistió Rufo a la tentación de ingerir en su poesía alguna de sus habituales mo-

---

(1) *Noticia de un precioso Códice de la Biblioteca Colombina...*, op. cit., pág. 4.

ralidades, particularidad propia y característica suya, y en la cual se diferencia de otros ingenios que trataron también estos temas festivos, como Baltasar del Alcázar. Pero en Baltasar del Alcázar, sevillano y no cordobés, el espectáculo de la vida sensual, regalona, cómoda y bien abastada de epicúreos placeres, no se anubla ni entristece, como en Rufo, por la idea del *más allá*; rara, rarísima vez, aparte sus poesías religiosas, piezas maestras cuanto poco divulgadas, trae a colación el pensamiento de la muerte; ni el volar de las horas ni las manecillas del reloj arrancarán, como en Rufo en estas poesías, tantas sentenciosas reflexiones; que por algo Rufo es cordobés en todo, legítimo y puro, y parece que entonces como ahora en aquella hermosa tierra las gracias y sales de su comarca, y la misma ensoñadora belleza de sus mujeres, están como impregnadas de un cierto idealismo místico con anhelos de tristeza y sombras de melancolía, como si los ojos al cerrarse, recogiéndose el alma un instante, y abriéndose de nuevo a la vida, salieran empañados de un quietismo triste y resignado que tuviera a la vez, del fatalismo musulmán y de la mística cristiana.

Otro tanto, mudados los géneros, podría decirse de la última en orden de las poesías principales de Rufo: sus *Alabanzas a la Comedia*. Tiene todas las trazas de una verdadera loa, quién sabe si un malogrado intento por los campos de la dramática, ensayándose para ello en lo que menos tenía de tal y más se aproximaba a la lírica, aunque en este caso sea—cumpliendo con los preceptos de

la loa—género puramente descriptivo. Su importancia es escasa, al lado de las famosas y conocidas loas de Agustín de Rojas, verdadero maestro en él; y la de nuestro Jurado, solitaria y vulgar, palidece y se borraría de la memoria si no fuera por aquella personal referencia al gran Lope de Rueda, cuyas condiciones escénicas debieron de ser tan extraordinarias y únicas, que apenas hay escritor de aquellos tiempos—Rufo, Cervantes, Rojas—que, viéndole trabajar, no evocara más tarde su recuerdo con entusiasta admiración, no apagada por el transcurso de los años.

He dejado para lo postrero de este análisis el de la linda *Carta que Juan Rufo escribió a su hijo siendo muy niño*, porque para mí constituye su joya literaria, no por la novedad y profundidad de sus máximas (a pesar de que Gracián la llamó sentenciosa), ni por su elevación poética, ni por la misma forma fácil y suelta de su estilo, sino por la dulce ternura y afectuosidad conmovedora que respira, pues emanan de toda ella tal sinceridad, tan espontáneos y delicados afectos, que arrancan la simpatía y solicitan el perdón para aquel desventurado hidalgo. Y es que en el lastimoso naufragio que tantos nobles sentimientos y naturales prendas del Jurado cordobés sufrieron en vida suya, por los embates de la necesidad, en los bajíos del vicio, salvóse tan sólo y quedó indemne el amor puro de padre, y no hay fingimiento ni artificio en sus estrofas, comenzadas por aquella tierna invocación

Dulce hijo de mi vida,

sino más bien, a ratos, prosaísmo casero, aunque ennoblecido, eso sí, por la pureza de los afectos, que infunde calor y vivo interés en sus redondillas. Ayudado por lo que Rufo nos dice en sus postreros apotegmas, vémosle llevando de la mano a su hijo por tertulias y academias, repitiendo sus gracias infantiles, orgulloso de su viveza y buena memoria, y a los ojos se representa el cuadro sombreado melancólicamente de aquel buen padre (que, sin duda, lo fué mejor que hijo para el suyo), a quien su primogénito Luis se le queda más de una vez dormido en los propios brazos, y al contemplarle, entristecido, piensa con amargura para sí que sus locuras y prodigalidades no le permitirán legarle hacienda alguna ni bienes terrenos, torpemente malbaratados, y por eso, a falta suya, déjale... una Carta, llena de consejos y advertencias morales, no secos ni severos, ni desabridos, sino tiernos, humanos, llenos de amoroso apego y complacencia.

Con razón decía Menéndez Pelayo de esta Carta que tiene pasajes bellísimos de ingenuidad y gracia sentenciosa [1]. El patrón es muy antiguo en la literatura castellana, y desde los *Proverbios* que compuso para su hijo don Alonso aquel estrafalario don Apóstol de Castilla, contrahechos a los que hizo el Marqués de Santillana [2], hasta la copiosa serie de Consejos que con fin principalmente didáctico, para aprovechamiento y enseñanza de la

---

(1) *Orígenes de la novela*, tomo II, pág. LXXIII.

(2) Paz y Melia: *Sales españolas...*, op. cit., tomo I, páginas 237-246.

juventud, se publicaron en aquellos siglos, comenzando por los de Hernán López de Yanguas [1], siguiendo por los famosos de Setanti, de que tanto gustaba Gallardo, hasta nuestros días, en que abundosamente se intercalan en cartillas y catones [2], repítese una vez y otra la moral tarea de encaminar a la niñez por la senda del deber y la virtud. Pero ninguno de ellos, antiguo o moderno, le lleva la palma a Rufo: ninguno contiene aquella completa y amenísima relación de los juegos y entretenimientos infantiles, de tanta curiosidad para la historia del *folklore* y de nuestras costumbres; en ninguno se da aquella ex-

---

(1) *Los dichos y sentencias de los 7 sabios de Grecia hechos en metro por el bachiller Hernan Lopez de Yanguas*. Zaragoza, 1549.

Dice en la misma portada, acusando su valor pedagógico:

«Estos bocadillos de oro
Me plugo escrebir en ternos,
Porque los niños más tiernos
Los puedan saber de coro.»

La serie de estos tratadillos educativos comienza con el *Libro de los castigos e documentos*, falsamente atribuído al rey don Sancho *el Bravo*, el cual, a su vez, no hacía sino continuar la tradición oriental de apólogos y sentencias, muy dada a todos ellos, según puede verse en Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela,* tomo I, páginas LXXI y LXXII.

(2) Citaré de paso, como uno de los más antiguos y literarios precedentes de esta obrilla de Rufo los *Exemplos de Catón. Castigos y exemplos que dió el sabio Catón a su hijo. Agora nuevamente impressos*. Burgos, Phelippe de Iunta, MDLXIII. (12 hojas en 4.°) Las repetidas ediciones que esta obra pedagógica alcanzó entonces pueden verse en Menéndez Pelayo: *Bibliografía hispano-latina clásica.* Madrid, 1902, páginas 294-322.

traña y original mezcla de la ternura paternal con el sentido melancólico y pesimista de la vida, con la idea del tiempo que pasa rápido y fugaz, dejando tan sólo tras de sí duelos, dolores y desengaños, idea clásica tantas veces tocada por Rufo, y que culmina en aquella *inclusa* o estrambote con que cierra la sentida epístola:

La vida es largo morir,
Y el morir, fin de la muerte:
Procura morir de suerte,
Que comiences a vivir.

Las restantes poesías de Rufo no merecen análisis especial ni detenido, a pesar de los hiperbólicos elogios que Ramírez de Arellano les dedica. Todas o casi todas son poesías de circunstancias, esto es, artificiosas, obligadas—como satélites—en tal o cual acontecimiento; lejos, muy lejos, por tanto, de la verdadera y espontánea efusión de la poesía. Yo más bien las llamaría, con frase vieja, *memoriales de petitorio*. La frecuencia del lenguaje poético, por todos entonces manejado; el estimar más noble y digno este estilo que el simple prosaico, sacó en aquellos tiempos repetidamente a Calíope del Parnaso, para que en compañía de poetas infelices y grillescos arrastrase el coturno y paseara la clámide por antesalas y corredores, amagando con lo que hoy llamamos con voz familiar el temido *sablazo*, y entonces más eufónicamente denominaban... una *ayuda de costa*. No es otro el valor que poéticamente tienen esos sonetos, elegías y tercetos

de Rufo. Al pie de cada uno vislúmbrase el despacho del mísero socorro que libraría el mayordomo del acometido personaje, sobre quien se vuelcan con sumisa adulación cuantos epítetos y consonantes tenía Díaz Rengifo previamente acotados para tales trances. Podríase impunemente, en la mayoría de estas composiciones, trocar las dedicatorias, sin que por eso cambiase el sentido de cada una. Lo que no cambiaba era el hambre, la necesidad de Rufo, que le forzaba a repetirlas con mayor profusión acaso que otros poetas; y fuera de las octavas reales del malogrado poema a las guerras de Flandes, agostado en flor por el disfavor del duque de Alba, don Antonio, donde late cierto brío y vigor a que no nos tenía acostumbrados en *La Austríada*, y alguna que otra estancia, realmente sentida, de su *Carta en tercetos a una dama*, las demás composiciones, vulgares e incoloras, no habrían hecho famoso al buen Jurado; y a no mediar su poema heroico, y más singularmente las joyitas de sus apotegmas, su nombre hubiera continuado oscurecido al igual de los ignorados autores de aquellos cinco mil papeles de varia poesía que el maldiciente Suárez de Figueroa asegura llegaron a presentarse en un certamen literario de su tiempo en honor de San Antonio de Padua, «de suerte—dice, no sé si hiperbólicamente—que habiéndose adornado dos claustros y el cuerpo de la iglesia con los más cultos al parecer, sobraron todavía con que llenar los de otros cien monasterios» [1].

(1) Suárez de Figueroa, *El Passagero...*, op. cit., Alivio III, fol. 85.

VII

¿Qué acogida tuvieron LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS entre sus contemporáneos? A juzgar por el limitadísimo favor de las prensas, debió de ser bien escasa. Pues aun cuando Nicolás Antonio cite una segunda edición de 1614, nadie ha logrado verla, y bibliófilos tan peritos como Brunet, Gallardo, Salvá y Pérez Pastor se limitaron a transcribir aquella noticia de la *Bibliotheca Nova* (1), siendo, por tanto, casi seguro que la única que salió de la imprenta fué la de Toledo, 1596, la misma que ha servido para nuestra reimpresión.

Dos causas, en mi entender, contribuyeron a tan pobre acogida. Por una parte, decía con su elegancia y buen criterio acostumbrados fray Jerónimo de San José, tratando de las obras de poetas, oradores y escritores repentinos, que «nunca o muy raras veces estas obras así velozmente fabricadas tienen la perfección que aquellas que con sosiego, tiempo y atención profunda se meditan. Muy constante curso de la naturaleza es que lo que más dura al formarse o engendrarse, eso dura y vive más, y lo que menos, menos; ora lo consideremos en las semillas y en las plantas, ora en los minerales y en las piedras, ora en

(1) Nicolás Antonio, *Bibliotheca Nova*, tomo I, pág. 772; Salvá, *Catálogo...*, II, núm. 2152; Pérez Pastor, *La imprenta en Toledo*, número 478; Brunet, *Manuel du libraire*, tomo IV, col. 1455.

los vivientes y animales ... Lo mismo, pues, acaece en las obras del arte y del ingenio: que las que más tiempo y atención costaron a sus artífices, no detenidos por falta de habilidad, sino por sobra de atención, ésas viven, duran y perseveran más que las que sin ese tiempo y atención se atropellaron más que fabricaron. *Ésas tan presto mueren como nacen, y muchas veces no duran más tiempo del que se gastó en forjarlas»* [1]. Exacto. Y como siempre ha habido, además, usos y costumbres en la grey literaria en la de entonces teníanse en poco aquellas obras que no eran hijas de largo estudio y ocupación meditada, exigencia que alcanzaba a los mismos libros de poesía, con ser éstos fruto de más espontánea inspiración, y claro está que el carácter de la obra de Rufo, liviana y repentista, no pudo escaparse ciertamente a la crítica de sus contemporáneos, cuyo sentir recogía con su tino habitual el insigne carmelita.

Pero todavía más que esta causa contribuyó a aquel desvío la misma índole de los apotegmas, género de los que hoy llamaríamos *ínfimos*, y, sin duda, lo era para el gusto y la opinión de entonces, no solamente por el libro en sí mismo, sino también, y principalmente, por el oficio que revelaba en su autor. «Las gracias y donaires de algunos—dice Cervantes por boca del discreto Berganza—no están bien en otros; apode el truhán, juegue de manos

---

(1) Fray Jerónimo de San Joseph, *Genio de la Historia.* Madrid, 1768, pág. 136. La primera edición, como es sabido, apareció en Zaragoza, 1651.

y voltee el histrión, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros y los diversos gestos y acciones de los animales el hombre bajo que se hubiere dado a ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, a quien ninguna habilidad déstas puede dar crédito ni nombre honroso. No sé qué tengo de buen natural—añadía—que me pesa infinito cuando un caballero se hace chocarrero...» Y aunque nos duela decirlo y el librillo de las APOTEGMAS contenga para nosotros, como hemos visto, tantas y tan peregrinas noticias, no le libraba a Rufo en aquellos tiempos de que sus contemporáneos le motejaran con el mismo vil dictado de *chocarrero*; y cuando, con ocasión de la aparición de la tercera parte de *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, dispara Rufo, malhumorado por su éxito, un soneto contra aquél, la réplica del poeta madrileño es rápida y sangrienta y no se satisface y aplaca con llamarle también *chocarrero*, sino que agrega los molestos epítetos de *charlatán*, *vagabundo*, *gallofero*, *gran necio de repente y de pensado* (aludiendo a su conocida habilidad improvisadora o repentista), *gran componedor de obras rateras*, *mordaz*, *mofador executivo*,

> Hablador importuno, palabrero,
> Que con sólo llamarle majadero,
> Apuesto que diréis que es el Jurado (1).

(1) Ramírez de Arellano, op. cit., páginas 293-294.

Don José Toribio Medina reprodujo este mismo soneto en su monumental *Vida de Ercilla*, Santiago de Chile, 1916, pág. 158, confirmando que sus tiros iban dirigidos a Rufo.

Verdades exageradas acaso; pero verdades cruelísimas en el fondo, que, como siempre ocurre en estas polémicas literarias, transparentan el verdadero carácter y los defectos ciertos de los contendientes, lejos de los mentirosos y afectados elogios de los prólogos y preliminares de las obras, y que, examinadas por una prudente crítica, son guía segurísima para conocerlos, pues el mismo amor propio herido en cada uno, descubre las máculas y defectos del odiado rival.

Y harto conoce el lector que me sigue el despectivo valor que en labios de los contemporáneos de Rufo tenía la voz *chocarrero*. «Suelen los príncipes y grandes señores—decía fray Francisco de Alcocer en su curioso *Tratado del Juego*—preciarse de tener en sus casas truhanes y chocarreros y hacerles largas mercedes, porque les hablan a favor de su paladar, lisonjeándoles..., contándoles cuantas cosas pasan en la Corte..., y diciendo veinte deshonestidades y malicias que llegan a lo vivo del corazón» [1]. «Estos—agregaba por su parte otro experto conocedor de los vicios de aquella sociedad, Cristóbal de Villalón—, para ser estimados y ganar el comer se han de hacer bobos o infames para sufrir cualquiera afrenta que les quisieren hacer: précianse de sucios, borrachos y glotones..., sin ninguna vergüenza ni temor nombran muchas cosas sucias..., y sirven de alcahuetes» [2]. «Son admitidos

(1) Fray Francisco de Alcocer, *Tratado del juego*... Salamanca, 1559, pág. 279.

(2) Villalón, *Diálogo de las transformaciones*..., pág. 106.

—concluía nuestro eminente hablista Covarrubias—en los palacios de los reyes y en las casas de los grandes señores, y tienen licencia de decir lo que se les antojare, aunque es verdad que todas sus libertades las vienen a pagar con que les maltratan de cien mil maneras, y todo lo sufren por su gula y avaricia; que comen muy buenos bocados, y cuando les parece, se retiran con mucha hacienda» [1].

Aunque de contado, y por desdicha, esto de la mucha hacienda no le alcanzó al pobre Rufo, sin embargo, ¡cuántos y cuántos días no distraería la atrasada hambre a costa de los dichos y agudezas que más tarde recogió en su libro de los *Apotegmas*! ¿No nos confiesa él mismo en algunas de ellas que asistía frecuentemente a las mesas de los magnates y ministros de la Corte, sazonándolas con sus burlas y donaires, que de seguro no serían todas de tan limpia prosapia y claro sonido como las compiladas en su libro, mereciendo que algún contemporáneo le motejara de que hacía reír a su propia costa?

Si la condición, pues, de la persona ha seguido, mal de su grado, en todo tiempo a la obra misma, lógicamente se explica que el libro de LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS alcanzase tan escasa importancia bibliográfica, y que el

---

(1) Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*... Madrid, 1674, fol. 197. «Dicen que en los palacios de los Príncipes no pueden pasar sin éstos», agrega al definir la voz *chocarrero* (fol. 199 vto.), advertencia que confirma que el verdadero papel de Rufo en ellos fué el de un gracioso u hombre de placer.

nombre de su autor cayera en la oscuridad y en el olvido; tanto, que cuando muy pocos años después, en 1611, Andrés de Claramonte enumeraba en el Inquiridión de su curiosísima *Letanía moral* a los más principales ingenios de su tiempo, con nombrar a más de cien, no desdeñando a simples cómicos y faranduleros de oficio, calla el nombre de Rufo [1]; nombre que tampoco había de sonar en las estancias de la *Silva de Apolo*, con que Lope de Vega coronaba también a los más favorecidos de las musas, en número que se aproxima a los trescientos.

Quedó tan solo viva esa vaga leyenda que acompaña, aun después de muertos, a los hombres ocurrentes y graciosos en la memoria de las generaciones qne les siguen, en las cuales, desfigurándose las más veces sus auténticos donaires y chascarrillos, se evocan y repiten por los chistosos y dados a estas burlas en las conversaciones de bromas y ratos de pasatiempo, leyenda que, a creer un autorizado testimonio [2], también siguió a Rufo durante bastantes años, pero sin que, fuera de este fugaz aplauso de la gente baja y ociosa, cobrase mayor reputación lite-

---

(1) Andrés de Claramonte, *Letanía moral*. Sevilla, 1612.

(2) Dícelo Nicolás Antonio expresamente en el corto artículo que dedica a Rufo, en el cual, después de apellidarlo varón de pronto ingenio y diserto, añade: «cuyos epigramas en breve verso octosílabo *(sic)*, armados de agudas sentencias, están constantemente en la boca de todos aquellos que se deleitan con estas no inútiles bromas, siempre que recae la conversación sobre tales chanzas y agudezas». *(Bibliotheca Nova*, tomo I, pág. 772.)

raria, ni sintiese nadie la comezón del interés para reimprimir su libro.

Por todo ello estimo que la continuación de los Apotegmas que los traductores de Ticknor le atribuyeron bajo el título de *Las Trescientas* (1), no debió de redactarse nunca, y que acaso e involuntariamente se refirieron a la imitación que Luis Rufo, hijo de nuestro Jurado, escribió años después, y que ha permanecido manuscrita durante más de dos siglos, hasta que en nuestros días la sacó del olvido, en un breve volumen, el entusiasta paremiólogo señor Sbarbi (2). A decir verdad, poco o nada habrían sufrido las letras españolas con su pérdida definitiva, y no arrojan mucha gloria sobre el hijo de Rufo, pues a pesar de seguir rutinariamente las huellas de su padre y de imitarle deliberadamente en todo, desde el modo de acometer los asuntos hasta el tono sentencioso y grave con que los colora, raramente brilla la condición primera e indispensable de todos estos dichos, que es el ingenio, la profundidad o la agudeza, y las más veces se deshacen en frías e insulsas salidas, retruécanos de dudoso gusto y frases de vulgar y corriente sentido, sombreadas por un

(1) Cítanlas expresamente los Sres Gayangos y Vedia en los apéndices a su traducción española (tomo III, pág. 557), pero sin duda, debieron de confundirse, bien con *Las Quinientas*, de Luis Rufo, bien con alguna otra obra de preguntas o problemas, literatura tan copiosa como dejo dicho.

(2) *Las Quinientas apotegmas de D. Luis Rufo, hijo de D. Juan Rufo, Jurado de Córdoba, dirigidas al Príncipe nuestro Señor. (Siglo XVII.)* Madrid, 1882.

pesimismo amargo, por una cierta abúlica indiferencia, (achaque, por fortuna, bastante raro entre nuestros escritores del buen tiempo), y sin más mérito, a la postre, que cierto valor arqueológico, como documentos o ilustraciones para la historia de nuestro carácter y de nuestras costumbres.

Sorprende, por tanto, que en medio de tanta vulgaridad y ramplonería como encierra el librejo, se encuentre perdida y olvidada una verdadera margarita, pues por tal puede estimarse en concisión, exactitud y coincidencia con el título del famoso drama calderoniano aquel breve apotegma que dice: «*La vida es breve sueño, y el morir, vida larga*» [1]. Y aun cuando, como es harto sabido, el pensamiento en sí sea muy anterior a Calderón y al mismo Luis Rufo, tuvo éste, cuando menos el indiscutible mérito de haber sido el primero que la cifró en palabras tan lacónicas y precisas, y es verdad también que a haberla formulado otro escritor de más enjundia y autoridad literaria que el olvidado hijo del Jurado cordobés, habríamos fallado el pleito calderoniano en favor suyo y concedídole una personalidad que, por desgracia para él, no gozó nunca, pues nadie hasta hoy, ni el mismo eruditísimo Farinelli, que apuró la materia de los orígenes y concordancias de *La vida es sueño* [2], ha advertido y señalado tan singular y extraña coincidencia, confirma-

(1) Luis Rufo, *Las Quinientas apotegmas*, op. cit., pág. 74.

(2) En su hermosa y eruditísima obra citada *La vita e un sogno*. Torino, 1916, dos volúmenes en 8.° mayor.

ción curiosa del carácter sentencioso y profundo de los españoles, y, en especial de los cordobeses, a que tantas veces nos hemos referido en el curso de este discurso.

Dada la poca extensión de la colección de *Apotegmas* de Luis Rufo, y el estar concebidos y escritos como apéndice de la de su padre, inclinéme a pensar primeramente en la utilidad de reproducirla en pos de ella; pero el librillo no tiene nada de raro; su mérito literario es más bien escaso, y me persuadí de que al curioso lector se le hubiera quitado el picante sabor que había de dejarle la obra original del padre, motivos todos que me hicieron desistir de mi primer propósito.

Cayó, pues, el libro de Rufo en el mayor silencio, y ningún aprecio, a la verdad, hicieron sus contemporáneos de él; cuando más, serviría para que tal o cual gracioso u *hombrecillo de placer*, como se llamaba entonces a los truhanes hampones y chocarreros, hurtara al buen Jurado sus viejas gracias para alcanzarlas de algún magnate o señor poderoso; pero como no hay regla general que no tenga su excepción caprichosa, y también en el reino de las letras se suelen dar frecuentemente anomalías, paradojas y extravagancias, hete por cuanto a uno de los más profundos, sutiles e intrincados prosistas que han tenido las letras castellanas, al padre Baltasar Gracián, vínole a caer en gracia el Jurado cordobés, y en aquel su extraño libro de la *Agudeza y arte de ingenio*, en que los defectos de estilo son aún mayores que en *El Criticón*, y donde se mezclan resabios de culteranismo y oscuros galimatías

con profundísimos y originales proloquios, apenas si se le cae de la boca y de la pluma el nombre del olvidado cordobés, con ditirambos, encumbramientos y exclamaciones de alabanza y de aplauso que no alcanzaron otros autores más preclaros y contemporáneos.

Ya en *El Criticón*, al pintar el paso de los cortejados del Ingenio, sacando a plaza las muchas y fragantes delicias de la agudeza, «que asistía tan aliñada cuan hermosa», después de citar a Erasmo, con valentía audaz para su siglo, seguido de las *Florestas* españolas, *Facecias* italianas, *Recreaciones* del Guiciardino, *Hechos y dichos modernos* del Botero, los gustosos Palmirenos y las librerías del Doni, haciendo breve pero exacta historia de la escuela antes por nosotros ya esbozada, añade: «de solo Rufo, seiscientas flores» [1], que por tales Gracián reputaba los dichos y donaires de las *Apotegmas*.

Pero donde sube el encarecimiento, reduplica las ponderaciones y agota los epítetos elogiosos, una vez y otra, hasta el punto que parece comentario especial y único de nuestro libro, es en la *Agudeza y arte de ingenio*, donde a cada paso, varias veces a ratos en un mismo capítulo, encumbra a Rufo como extremo de agudeza, como dechado de la prontitud, como ejemplo de constante ingenio y cordura, de fino entendimiento, de felicísimo decir; «no se puede ponderar más», escribe de cierto alegado pasaje; «el galante y agudo Rufo llega al mayor primor

(1) *El Criticón*, parte II, crisi IV.

de sotileza», dice en otro después; «ingeniosísimamente, como siempre», añade al realzar la disonancia de una de sus apotegmas; «acudió con su donosa prontitud el fino cordobés», repite más allá; y no sabiendo cómo encarecerle y sublimarle más, apellídale, por último, «gran benemérito de la agudeza», agregando que, así como las Musas, leídos los catorce libros de Marcial, en lugar del vulgar *Finis* pusieron *Fénix*, así al cordobés Jurado le mudaron el nombre y le llamaron «*galán suyo*» [1].

Grande es el mérito—como hemos visto—de Rufo en sus *Apotegmas* y, a la verdad, extremado ingenio, prontitud y viveza de juicio gallardamente muestra en la mayoría de sus dichos; pero únicamente leyendo con gran detenimiento la bizarra *Agudeza y arte de ingenio*, de Gracián, es como puede explicarse satisfactoriamente la singular excepción que de Rufo hizo con relación a los restantes escritores de su tiempo. Si para Gracián la reina de todas las potencias es el ingenio, y la agudeza sentenciosa la operación máxima del entendimiento, porque concurren en ella la viveza del ingenio y el acierto del juicio [2]; si el más perfecto empleo del ingenio es

---

(1) *Obras de Lorenzo Gracián*. Barcelona, 1748. Cito por esta edición. El lector que quiera seguir paso a paso estos comentarios de Gracián sobre Rufo, y particularmente sobre su Romance de los Comendadores, por el que Gracián mostraba un singular entusiasmo, vea las páginas 22-23, 56, 57, 62, 65, 69, 93, 94, 98, 99, 118, 148, 154, 161, 165, 167, 185, 197, 198, 200, 215, 220, 236, 259, 267, 268 y 336, todas de la citada edición.

(2) *Agudeza y arte de ingenio...*, op. cit., páginas 4 y 178.

la agudeza libre y no ajustada a discurso [1]—género aquél favorito de nuestro Jurado—; si la semejanza es el fundamento de toda invención fingida y la traslación de lo mentido a lo verdadero es el alma de esta agudeza [2]; si el introducir por cuentos y chistes la moral filosofía es obra de gran artificio, porque con la añagaza de la dulzura de la narración se va entrando la sagacidad y la enseñanza prudente [3], ¿qué de extraño tiene que quien tan a fondo y por sus mínimos puntos conocía la preceptiva de la agudeza y arte de ingenio, desdeñada por todos los maestros en estética predecesores suyos, como Pinciano [4], Argüello, Cascales y González de Salas, y viese este ingenio y agudeza sacados tan al vivo, tan de bulto, en los dichos de Rufo, se encariñase con él, lo manejara a cada paso, encumbrándole en las nubes del olimpo literario, ya que él, según el mismo Gracián, galanísimamente dentro de su invencible conceptismo, dijo que «si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel:

(1) *Agudeza...*, páginas 278-280.

(2) *Agudeza...*, pág. 303.

(3) *Agudeza...*, pág. 312.

(4) Algo trató Pinciano, sin embargo, de las formas poéticas de la risa al estudiar lo cómico y trágico, pero tan sólo de pasada y sin hacer especial estudio del ingenio, como Gracián. Vid. su *Philosophía antigua poética*. Madrid, 1596, epístola IX, de la comedia, páginas 386 a 415, donde refiere muchos cuentecillos y frases graciosas que eran populares y tradicionales en España, hoy perdidas, como el de las ventosidades de Boscán, que «dió tanto que reír, que hay opiniones por aquel solo suspiro haber sido Boscán más famoso que por los metros que hizo» (pág. 390).

empleo de querubines y elevación de hombres que nos remonta en extravagante jerarchía?» [1]. ¿Capricho literario? ¿Humorada y afectación de autor que gusta de ponderar precisamente aquello que desprecian los demás críticos? ¿Aplauso fervoroso originado por la visión de un anticipado conceptismo, su dogma literario, toda vez que el apotegma en sí es un compendiado y exprimido concepto en breves y lacónicas palabras, de ideas y sentimientos que en ordinario estilo requerirían largos párrafos y copiosa narración? Difícil es hallar explicación cabal a este singular culto de Gracián por Rufo: él, que tan descontentadizo y *criticón* fué para todo linaje de hombres grandes y sujetos venerables consagrados por la fama, pero que tantas veces salen maltrechos y arañados de los puntos de su pluma.

Mas el hombre que antes que nadie en Europa supo profundísimamente definir el verdadero fin del historiador, condenando a tantos por chabacanos, gramaticales e insulsos «porque no atienden sino al vocablo y a la colocación de las palabras, *olvidándose del alma de la historia*» [2], acaso supo llegar también más que otro ninguno a la verdadera *alma de la agudeza*, personificada en el libro de Rufo (único que conoció de él, o leyó al menos, pues ni una sola vez cita *La Austriada)* para gloria póstuma e inútil ya de su infortunado autor. El caso, en fin, constituye un bizarro episodio de nuestra historia literaria,

---

(1) *Agudeza...*, pág. 3.

(2) *El Criticón*, parte II, crisi IV.

y por ello, aunque con prolijidad censurable y cansancio acaso de mis lectores, me ha parecido necesario detenerme en él un tanto más que de costumbre, para su debido análisis y esclarecimiento.

Años después un fraile franciscano, fray Tomás de Llamazares, hurtando algunos ratos a sus ocupaciones graves de teólogo y entresacando curiosamente de sus lecturas algunas florecillas repartidas entre las obras de los Santos Padres y filósofos antiguos—como él mismo confiesa—, compuso un librillo de corta extensión e impreso, para mayor rareza, fuera de España, al cual bautizó con el mismo nombre que el de Rufo: «*Apotegmas en romance*» (1), citándole además honrosamente en el prólogo, y tomando de aquél algunos de sus dichos, que con otros escasos cuentecillos de índole nacional es lo único vivo e interesante que encierra; al fin, obra de un religioso sumido en su celda, o que, cuando más, pasea en las contadas horas de asueto por el cercado huerto monacal, recogiendo las amarillentas y descuidadas florecillas que, entre otros frutos de más vulgar y necesaria sus-

(1) *Apophthegmas en romanze, notables dichos y sentencias de Sanctos Padres de la Iglesia, de Philósophos y otros varones ilustres observados por el P. F. Thomas de Llamazares de la Orden de San Francisco, Letor de Theología jubilado y natural de Valladolid. Dedicados al Excelentísimo Señor Don Iván Gaspar Henrríquez de Cabrera, Almirante de Castilla.* (Marca tipográfica.) *En León de Francia. A costa de Ivan Antonio Hvgvetau y Guillermo Barbier, MDCLXX. Con licencia et aprobación.* (Un volumen, 8.° menor, de XII ff. + 351 páginas.) Obra rara que no citan Salvá, Gallardo ni Foulché-Delbosc.

tancia, encuentra al alcance de su mano, radical diferencia que le separa de la obra de Rufo, bebida y tomada toda ella—como dijimos—del gran libro del mundo, inagotable siempre, rico y elocuente por extremo, y más aún cuando lo dictan maestros tan persuasivos y severos como el dolor, la privación y el infortunio.

Mayores fueron todavía, y esta vez descarados a toda luz, los hurtos que el plebeyo continuador de la *Floresta* de Santa Cruz, Francisco Asensio, hizo de LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS, cuando en 1730 publicó la tercera y cuarta parte de aquélla (1), alcanzando esta vez un éxito y favor de las prensas, que el desdichado cordobés no había gustado hasta entonces. Tres ediciones, que yo conozca, sin contar la que modernamente sacó a luz, con gran belleza tipográfica, pero mutilada de preliminares, la extinguida Sociedad de Bibliófilos Madrileños, arrojan las prensas del siglo XVIII de la destartalada ampliación de Asensio, para la cual éste, sin escrúpulo alguno, saqueó a su talante el libro de Rufo, insertando en su *factum* no menos de setenta y siete cuentecillos y dichos. Al fin, si el ingenio y la gracia son prendas genuinamente nacionales (2), y estos dichos apenas nacidos pierden la paterni-

(1) *Segunda parte de la Floresta española y hermoso ramillete de agudezas, motes, sentencias y graciosos dichos de la discreción cortesana, recopiladas por Francisco Assensio... En Madrid, en la Imprenta de Joseph González*, s. a. (1730). Las otras dos ediciones son de 1771 y 1790.

(2) No era de este parecer, sino, por el contrario, absorbente y monopolizador para su raza, Guy de Maupassant cuando, por un exagera-

dad y corren horros y libres por el mundo, prohijándoles mil labios y plumas—de lo cual el propio Rufo se lamentaba en su tiempo—, quien roba al común—asegura nuestro adagio vulgar—a ninguno roba, y debido a Asensio, el pobre patrimonio literario de nuestro infeliz Jurado sirvió de nuevo para hacer graciosos de molde y agudos de prestado, esperando que las aguas volvieran a su cauce y al paterno hogar, de donde salieron desgarrados picarescamente, sus agudezas y chascarrillos.

Quedó, pues, su libro como uno más, de gran rareza y muy difícil adquisición, adonde únicamente los investigadores y curiosos de las cosas de antaño veníamos acudiendo de cuando en cuando para ilustrar tal costumbre añeja desaparecida, tal particularidad literaria o biográfica olvidada, como si aquellos donaires vivos, graciosos, ágiles y prontos del insigne Jurado, petrificados con el transcurso de los siglos, hubieran adquirido la pátina cárdena y quebradiza y el exclusivo valor arqueológico de los objetos familiares, de los juguetillos infantiles que la moderna egiptología exhuma grave y ceremoniosamente del fondo de una milenaria tumba faraónica. ¡Quiera la mala estrella de Rufo que al salir de nuevo a luz cobren su

---

do nacionalismo literario, escribía estas radicales palabras: «Seul au monde le Français a de l'esprit; et seul il le goûte et le comprendre». *Sur l'eau...* París, Conard, 1908, pág. 138. La verdad es que los secretos de una lengua y los últimos perfiles del ingenio son patrimonio exclusivo de sus hijos, y hay matices y vislumbres a que los extraños a ellas no pueden llegar nunca, misteriosos e ineluctables efectos de la moderna ley de la herencia.

prístina jugosidad, su flexibilidad de antaño, para solaz y recreo de los amantes de la tradición española y puntual conocimiento de las castizas costumbres de nuestros mayores!

VIII

Cuatro palabras todavía, para dar fin a este largo prólogo, señalando de paso ciertas particularidades de mero orden bibliográfico.

El texto que sigue a estas páginas está fiel y cuidadosamente reproducido de la edición única de Toledo, Pedro Rodríguez, 1596 (1); pues aun cuando LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS, antes de imprimirse, corrieron manuscritas entre los muchos aficionados que entonces tenían estos pasatiempos, según manifestación expresa de fray Basilio de León, aprobante suyo (2), hecho que el mismo Rufo declara también en uno de ellos (3), sin embargo, a nos-

(1) Un volumen en 8.º, de 8 folios preliminares, contando la portada y 270 hojas. Su minuciosa descripción bibliográfica la hallará el lector curioso en Pérez Pastor, *La Imprenta en Toledo*, núm. 421.

El facsímil de la portada que sigue a este prólogo es reproducción exacta y al mismo tamaño del frontis de la susodicha edición.

(2) Sus palabras son terminantes. Dice en el Discurso preliminar: «Llegó a mis manos, *antes que se imprimiese*, el libro de las Apotegmas del Jurado Juan Rufo...»

(3) «Un galán muy grave por sí y por su edad... *habiendo leído esta obra cuando andaba de mano...*» (pág. 187 de esta edición).

otros no ha llegado más que un solo códice incompleto, sin valor literario, y en el cual se encuentran confusamente barajados los apotegmas de Rufo con los de su hijo, que antes reseñamos [1]. Además, como parece lógico que al tiempo de decidirse nuestro Jurado a estampar sus dichos los revisase con esmero, puliéndolos y mejorándolos, el texto impreso debe reputarse como la única y genuina lección.

De la referida tirada de Toledo, 1596, conserva nuestra Biblioteca Nacional—riquísima en todo—cinco ejemplares: tres, de los fondos antiguos; otro, incompleto, legado de Usoz, y el postrero, últimamente ingresado, procedente de la selecta librería de Gayangos [2].

El de Usoz ofrece la rareza de contener duplicados los folios 67 y 70; y en una nota manuscrita en las guardas, de letra que parece del mismo Usoz, después de señalar esta duplicación, «sin que se atine a explicarla», añade lo que sigue: «Los guiones o voces de llamada en las hojas precedentes casan bien en este ejemplar con una de las hojas duplicadas; pero no así con el ejemplar de la Biblioteca Nacional. Tal vez el editor del libro varió los apotegmas en las pruebas de las dos hojas citadas i este ejem-

(1) De este manuscrito dió amplias noticias su poseedor, Sr. Sbarbi, en el prólogo que puso a *Las Quinientas apotegmas* de Luis Rufo, op. cit. Posteriormente a su impresión adquirió un segundo manuscrito, pero conteniendo tan sólo dichos del hijo. (Vid. su *Monografía sobre los refranes*... Madrid, 1891, páginas 312 a 317.)

(2) Son sus signaturas R — 3823 =, R — 8770 =, R — 8820 =, R — 11544 y U — 10553.

plar conservó ambas, por componerse quizás de lo que los impresores llaman *defectos*, pues ambas están rotas de antiguo al parecer». Esta misma particularidad ofrecía el ejemplar que fué de Salvá, quien, con sus acostumbrados encarecimientos de envanecido bibliófilo, se ufanó de ello al describir esta obra en su inapreciable *Catálogo* [1].

Como realmente una y otra hoja duplicadas contienen apotegmas nuevos y variantes de importancia en los comunes a ambas, guardando la debida fidelidad, he pareado en esta reimpresión entrambos textos, y así el lector podrá no solamente poseer una y otra lección, sino que, cotejándolos por sí mismo, apreciará las mejoras que en el segundo introdujera Rufo.

Los libros antiguos, en efecto, ofrecían con mayor frecuencia que los modernos estas anomalías y extrañezas, cuyo hallazgo y explicación desespera tantas veces a los profesionales bibliógrafos. Por una parte, las impresiones se llevaban con mucha más lentitud que las modernas, faltas entonces de los eficacísimos elementos tipográficos de que hoy disponemos; por tanto, los autores, contando con más tiempo, podían estar, como quien dice, más al pie de la prensa que nosotros y en contacto personal con

---

(1) «Los poquísimos ejemplares que se conocen de esta obra—decía Salvá—suelen estar faltos de la hojita de los preliminares comprensiva de la *tassa* y *erratas*; el mío es bellísimo, y no sólo la tiene, sino que contiene además los folios 67 y 70 *duplicados con variantes de consideración*, circunstancia en la cual es único». (*Catálogo...*, número 2152.) Ya se ha visto que no, y que el de Usoz ofrece también esta rareza.

las cajas mismas, y así, con este recurso, mudábanse o interpolábanse pliegos u hojas nuevas, bien por capricho del autor, deseoso de mejorar un párrafo o suprimir un pasaje peligroso, bien por mandato u orden directa de los señores del Consejo de Castilla, autoridad suprema, e inapelable sobre todo, en lo que a los libros atañía [1]. Por estas causas es tan común tropezarse a menudo con variantes de importancia entre dos o más ejemplares de una misma edición, engañando a indoctos y primerizos bibliógrafos, que, alborozados con el hallazgo, pregónanlo a los cuatro vientos, diputando por nueva, desconocida, y aun príncipe, si viene a pelo, una edición cualquiera que, por supuesto, coincide siempre con el mismo ejemplar de que son venturosos poseedores.

La de los APOTEGMAS (Toledo, 1596) ofrece también estas esporádicas variantes [2], y además debió de tirarse con bastante descuido en lo que mira a los accidentes externos tipográficos (no en cuanto al texto, con puntuación superior a la corriente entonces, y, de seguro, reflejo fiel del original), pues, sobre la duplicación ya notada, adolece en la paginación de frecuentes yerros, bien por repetirse unas mismas cifras, bien por falta aparente de algunos folios, falta puramente formal [3], pues las signaturas

(1) De uno y otro caso pueden leerse ejemplos probatorios en Gallardo, *Ensayo*, tomo III, cols. 922 y 924.

(2) Nótanse sobre todo en las poesías y singularmente en la *Carta en tercetos a una dama*, la cual, tirados ya algunos ejemplares, debió de retocar Rufo, mejorando ciertos pasajes.

(3) Todos los ejemplares que he manejado carecen, desde luego, de

y reclamos confirman que el error obedeció tan sólo a descuido del corrector de la imprenta, justificando las acres y reiteradas censuras que en su tiempo Cascales, Suárez de Figueroa y otros escritores acumulaban sobre los practicantes de estos oficios [1].

En cambio, y a pesar de mis insistentes pesquisas, no he podido obtener ningún ejemplar que conserve la hoja de erratas y tasa que contenía también el que fué de Salvá, y que falta, no solamente en los cinco de la Biblioteca Nacional, sino en el particular de mi librería, y en otro que he disfrutado de la selecta y rica del marqués de Laurencín, nuestro benemérito consocio; el mismo que me ha servido para el facsímil de la portada que precede al texto de esta edición. Las erratas que contuviera la susodicha hoja debían de ser muy pocas, porque, en general, el texto es puro y correcto y las simples tipográficas el lector de este volumen las hallará salvadas entre cor-

dos folios: el 265 y el 268. La falta del primero es más significativa, porque careciendo también del registro *Ll 3*, correspondiente a la hoja 265, el pliego *Ll* tiene tan sólo 7 folios, en lugar de los 8 que debiera sumar. Pero tanto en uno como en otro caso, los reclamos de las hojas que anteceden y siguen casan perfectamente, aumentando más la confusión. Quizás a última hora, y por causas que desconocemos, suprimiría Rufo las poesías correspondientes a dichas hojas. Los errores de paginación son también más abundantes en los últimos pliegos que, conjeturo, debieron de tirarse con alguna precipitación o descuido.

[1] En mi edición crítica del *Coloquio de los perros* traté detenidamente tanto de esta cuestión como de la grafía que se debe emplear en este linaje de obras, aduciendo abundantes testimonios pertinentes a uno y otro caso. (Vid. op. cit., páginas 261 a 287.)

chetes, habiendo respetado fidelísimamente, en cambio, voces anticuadas, nombres propios, conjugaciones o formas gramaticales que, sonando mal a nuestros oídos de hoy, podrían parecer erratas, sin serlo realmente.

Todo ello hubiera podido aquilatarse en el crisol de un discreto comentario, los cuales, digan lo que digan ciertos espíritus fuertes que se lo saben todo, son de gran utilidad y hasta necesarios siempre que se exhuman libros antiguos, porque enseñando a conocerlos debidamente, enseñan también a amarlos y a gustar de sus mieles y primores (iluminándolos con todos los hallazgos de la erudición moderna, que no siempre es plúmbea, seca y desabrida, pues también sabe acudir al pródigo depósito de la belleza soberana y hurta pinceles y colores con que hermosear las obras viejas), primores y mieles tantas veces escondidos entre arcaísmos y ranciedades, donde lo viejo, egoístamente, se resguarda y defiende, rindiéndose tan sólo al esfuerzo sincero del perspicaz y porfiado trabajo. Pero, con tener a la mano abundantes elementos para un mediano comentario de Las Seiscientas Apotegmas, no me resolví a emprenderlo, porque la tarea hubiera requerido algún tiempo, dilatando la aparición de este volumen y el comienzo de la nueva era de nuestra Sociedad, justamente solicitada por todos, ya que nunca, ni en los tiempos de su mayor esplendor, conoció tan repletas y entusiastas sus filas como ahora.

La grafía adaptada en esta reproducción ha sido la moderna, con la única y natural limitación de respetar la

morfología y carácter propio de algunos vocablos antiguos.

A pesar de los años transcurridos desde que saqué a luz mi edición crítica del *Coloquio de los perros*, y de las enconadas polémicas levantadas en todo tiempo alrededor de esta tesis, no he mudado de criterio, y sigo creyendo, como entonces, que la copia ciega y rutinaria de la anárquica grafía antigua en las reproducciones de obras impresas desde el siglo XVI en adelante, siempre que se destinen a la vulgarización, buena y cómoda lectura de las mismas, no responde a criterio científico ninguno ni encierra utilidad estimable que la justifique; fuera de eso, aleja a los lectores modernos, con persistente y lastimosa barrera, de nuestras obras clásicas históricas y literarias, impidiendo su incorporación al acervo doctrinal de nuestro tiempo y deteniendo la reconstitución del genuino carácter español, el cual, como diluído en atómicas partículas, yace como preso y aherrojado en las obras inmortales de nuestros abuelos.

Los libros se imprimieron siempre para leerse; para comunicar su preciosa sustancia, alimentando el espíritu; y todo lo que entorpezca fin tan legítimo y hermoso, podrá ser, quizás, muy erudito y sabio; pero no es lógico, natural ni humano.

Y con estas leves advertencias, te dejo, lector amable, en la amena compañía del Jurado cordobés. Para que puedas conocerle mejor, va también su verdadera efigie, cuidadosamente reproducida, de la que, grabada en ma-

dera, ostenta la edición príncipe de su poema *La Austríada* (Madrid, 1584), pináculo de su gloria, que vanidosamente le llevaría a estamparla, para no ser menos que otros coetáneos ingenios.

El retrato tiene carácter: parece auténtico y tomado directamente del natural, y no caprichosa composición, como ocurría también entonces con frecuencia, pues coincide con los rasgos y datos fisionómicos que tanto él como su hijo nos dejaron de su persona. Alto, delgado en extremo, cara alargada y enjuta, labios gruesos, ojos rasgados, que debieron de ser muy negros, barba corrida, airoso bigote y ensortijado cabello; su ropaje corresponde al de un hidalgo estante en corte (lechuguilla almidonada, ceñido jubón con acuchilladas mangas y negro ferreruelo terciado briosamente sobre los hombros), emanando en su conjunto, y a pesar de la imperfección de los medios artísticos empleados, una impresión de melancólica tristeza, tan lejos de su genio alegre y festivo, como si tras de aquellos rasgos demacrados, presididos por una frente ancha y espaciosa, asilo de tantos donaires como reflexiones amargas, quisieran asomarse las feas cataduras del hambre, las privaciones y desengaños.

Que la reproducción de este libro sea como una póstuma reivindicación de su olvidada gloria, cumpliendo con el glorioso mote que campea en el escudo de nuestra Sociedad:

NE MAJORUM SCRIPTA PEREANT,

mote glorioso que, dando fin a este prólogo, quiero glosar con las mismas palabras que le dediqué en otro escrito mío, tocante también a los Bibliófilos Españoles [1]:

«Yo soy un convencido de que nuestros mayores nos dejaron en sus obras tesoros imponderables de energía espiritual, de aquel radio espiritual gracias al cual llevaron a la cima tantas y tan heroicas empresas. Y no menos persuadido estoy de que a la restauración política y material de España tiene que preceder forzosamente la restauración ideológica de nuestro pasado tradicional. Nuestras Sociedades de Bibliófilos no pueden juzgarse, por tanto, como agrupaciones de ociosos estrambóticos o maniáticos chiflados—como opina el vulgo—que malgastan su tiempo y su dinero en empresas inútiles o de adorno. Yo creo que, aunque superficialmente aparenten tal cosa, en su enjundia, en su entraña, vive una partícula espiritual que hace altos, nobles y patrióticamente generosos sus intentos. Por eso creo también que a nuestro restringido círculo toca asimismo una parte, poco bulliciosa y popular quizás, pero honda y austera, en aquella sublime misión regeneradora a que ha poco aludía, y que el modo de cooperar más eficazmente en ella es reimprimir, sin duelo ni descanso, tantas y tantas obras en que nuestros antepasados nos dejaron la porción más noble y des-

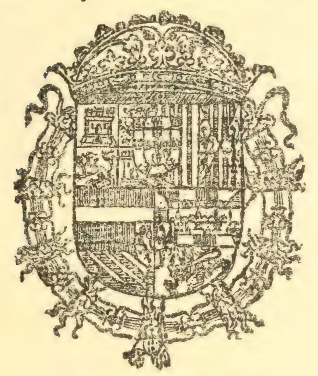
(1) *La Sociedad de Bibliófilos Españoles. Epístola a D. Francisco R. de Uhagón, Marqués de Laurencín.* Madrid, 1920, páginas 52-54.

interesada de su espíritu. *Ne majorum scripta pereant.* Cumplamos con nuestra hidalga divisa, pues con ello habremos coronado una labor patriótica y nacional.»

Agustín G. de Amezúa.

LAS SEYSCIENTAS APOTEGMAS DE Iuan Rufo. Y otras obras en verſo.

DIRIGIDAS AL Principe nueſtro ſeñor.



CON PRIVILEGIO,

En Toledo, por Pedro Rodriguez, Impreſſor del Rey nueſtro ſeñor.

1596.

Muy poderoso señor:

Por mandado de V. A. he visto este libro de Apotegmas y otras diversas poesías, compuesto por el Jurado de Córdoba Juan Rufo, y me parece que así por no tener cosa que ofenda como por ser obra de su tan buen ingenio, merece que acompañe a las demás suyas que andan impresas y V. A. le conceda el privilegio y licencia que suplica.

En Madrid, a 27 de Noviembre de 1596.

Tomás Gracián Dantisco.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Concedió el Rey nuestro señor a Juan Rufo, Jurado que fué de la ciudad de Córdoba, licencia y privilegio para que por tiempo de diez años sólo él o quien su poder tuviere pueda imprimir y vender un libro que el suso dicho compuso, intitulado LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS Y OTRAS OBRAS EN VERSO, so pena que el que sin su licencia lo imprimiere o vendiere incurra en las penas en el dicho privilegio contenidas, cuya fecha es a 30 de Marzo de 1596 años, firmado del Rey nuestro señor y despachado por Pedro Zapata del Mármol, escribano de Cámara de Su Majestad.

MEMORIAL

AL

PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR

Si este libro pareciera a los motivos de su autor, con mayor derecho de agradar llegara al real acatamiento de V. A. Mas ya que tan en la frente lleva la falta de ventura con que fué escrito, alcance de clemencia lo que no mereciere de aplauso, que con esto y algunas muestras que manifieste del verdadero y firme propósito que su desfavorecido dueño tuvo de servir siempre a V. A., se llamará feliz desde el día que llegare a manos tan poderosas, de quien espera, no las mercedes sin tasa que muchos, sino la que baste para emplear la vida en loables estudios, ya que por falta de arrimo ha perdido parte de lo mejor de su edad. Y así sólo presenta a V. A., como a sacro y excelso templo, las plumas y los cabellos que al Tiempo y a la Ocasión arrebató de las alas y la frente, en presencia de personas que viven hoy. A cuya instancia puso en ejecución el sacar a luz este breve compendio [que], aunque de parte de las Apotegmas es el más largo que se ha visto de uno solo. Por la variedad y ser cortos los capítulos merezcan

atención, y el atrevimiento de su autor disculpa, por ser causa dél, un eficacísimo deseo de agradar a V. A.

Cuya vida y estado alargue y acreciente Dios nuestro Señor, como sabe que importa al bien y tranquilidad de la Iglesia Católica.

DISCURSO

DE

FRAY BASILIO DE LEÓN

SOBRE ESTE LIBRO

Llegó a mis manos, antes que se imprimiese, el libro de LAS APOTEGMAS del Jurado JUAN RUFO, con el cual verdaderamente me juzgué rico, pues lo que enriquece al entendimiento es del hombre riqueza verdadera, y hay tanta, no sólo en todo el libro (que no es poco, según salen muchos a luz, grandes en las hojas y en las cosas pequeños), sino lo que es más, en cualquiera parte dél por pequeña que sea, que con razón puede juzgarse por muy grande: porque la pureza de las palabras, la elegancia dellas, junto con la armonía que hacen las unas con las otras, es de tanta estimación en mis ojos cuanto deseada en los que escriben. Allégase a esto la agudeza de los dichos, el sentido y la gravedad que tienen, la filosofía y el particular discurso que descubren. De manera que, al que dice bien, y muy bien, como el autor deste libro, se le puede dar justísimamente un nuevo y admirable nombre de maravillosa elocuencia; pues los que hablan mal son

innumerables, y él se aventaja a muchos de los que bien se han esplicado. El haber enjerido en el donaire y dulzura de las palabras lo que es amargo para las dañadas costumbres, nació de particular juicio y de prudencia: como el otro que a una dama a quien, por miedo o por melindre, espantaba el hierro del barbero, la sangró disfrazándole astutamente con la esponja.

En fin, no entiendo que habrá ninguno de buen gusto que no le tenga y muy grande con este libro, y Córdoba no menor gozo viendo cifrado en su dueño todo lo que en sus claros hijos luce repartido.

DON PEDRO MUDARRA AVELLANEDA

AL

JURADO JUAN RUFO

Recibe, España, con materno celo,
De tu Rufo el feliz fruto doblado;
Honra este nuevo cherubín del suelo
Con inmortal erudición honrado.
No le mal logres; que ha jurado el cielo
No volvernos a dar igual Jurado;
Antes, por gloria de uno y otro polo
Escoge a Rufo por primero y solo.

DEL MISMO, EN ALABANZA DEL AUTOR

Para coronista digno
De vuestros altos conceptos
Otro que vos no convino,
Pues tan divinos subjetos
Piden escritor divino.

Porque tan alto subís,
Tanto levantáis al cielo
Cualquier cosa que decís,
Que sólo alcanza su vuelo
La pluma con que escribís.

DEL DOTOR

GREGORIO DE ANGULO

AL AUTOR.

SONETO

Heroicos hechos de inmortal memoria
Ilustran (Rufo insigne) nuestra España;
Que, con afrenta de la gente estraña,
Subiste al cielo en la Naval historia.
Y aunque es por ella la deidad notoria
Que ese gentil espíritu acompaña,
En cuanto el rubio sol con su luz baña
Tu sabia lengua es digna de igual gloria.
Tus obras arribaron a la cumbre
Que raras veces tocan los humanos;
Mas, cuando de ésta los tesoros abras,
Verás que con igual celeste lumbre
Resplandecen tus dichos soberanos,
Pues son obras divinas tus palabras.

DEL CONTADOR

HERNANDO DE SOTO

AL AUTOR.

SONETO

Coge, España, otra vez el oro y perlas
Que da esta fértil mina y mar de Oriente:
Verás que te enriquecen nuevamente
Si sabes estimarle y conocerlas.
Al docto perlas da: llegue a cogerlas;
Al prudente ingenioso, oro luciente;
Porque sabrá estimarle el que es prudente
Y con razón el docto encarecerlas.
Este mar oriental y fértil mina
Es el Jurado Rufo, cuya pluma
Le ha hecho en Delfos príncipe jurado;
Seguro puede estar de su ruina,
Y de que el tiempo volador consuma
Tan ricas perlas y oro acrisolado.

A JUAN RUFO

DON PHILIPE DORIA.

SONETO

Después que de aquel sol resplandeciente,
Que ardor de fama y guerra producía,
Honor de la española valentía,
Cantaste, ¡oh Rufo!, tan gallardamente,
Después que en verso heroico y excelente,
De do tiene su cuna el claro día
A la tumba do muere en noche fría
Tu nombre eternizaste entre la gente,
Muestras en prosa la elocuencia tuya,
Y en peregrino estilo, fácil, claro,
La prontitud de ingenio y agudeza;
Por quien vienes a ser un Phénix raro
Que, con sólo mover la pluma suya,
Renueva en todo el mundo su belleza.

LUIS GAYTÁN

AL AUTOR.

SONETO

Cantaste ¡oh Rufo! del sangriento Marte
Los efectos y trances rigurosos,
Y de DON JUAN los hechos valerosos
En que fortuna nunca tuvo parte.
Y ya, con no menor prudencia y arte,
De agudos graves dichos ingeniosos,
En estilo y lenguaje milagrosos,
Tu pluma y lengua perlas nos reparte.
Diste muestras allí de nuevo Apolo,
Y en agudeza y elocuencia estraña
Aquí de otro Mercurio muestra has dado;
Pues si fuíste en aquello único y solo,
En esto ofreces a tu madre España
De bien hablar y bien vivir dechado.

DE JUAN DE QUIRÓS Y TOLEDO

JURADO DE TOLEDO

AL AUTOR.

SONETO

Bien es, Rufo, tu ingenio peregrino
Del mundo ingrato conocido apenas,
Pues a tu erudición falta un Mecenas
Amparo de ese espíritu divino.
Pero, pues, te ha traído tu destino
Desde tu amada patria a las ajenas,
Y divulgar aquí tu libro ordenas
De tanta estimación y gloria digno.
Irá seguro ya de gente en gente
Dando consejo, ejemplo, aviso y gusto,
Y del mordaz podrá partir sin miedo,
Cual obra de un varón tan eminente,
Y, saliendo limado tan al justo,
Pasado por los filos de Toledo.

AL LECTOR

Pasa los ojos por esa fácil lista, y si en algún número della hallares pliego para ti, tocarte ha sólo hacer memoria dél, y no por eso condenes por inútil todo lo demás, pues será bien posible que lo mismo que cuadra menos a tu gusto sea en propios términos a propósito para otro. El nombre de Apotegma es griego, como lo son muchos vocablos recebidos ya en nuestra lengua. Trújole a ella, con la autoridad de graves escritores, la necesidad que había deste término, porque significa breve y aguda sentencia, dicho y respuesta, sentido que con menos palabras no se puede explicar sino es usando désta. La *R* te sirva más para señal de respuesta que para obligarte a leella, y así evitarás el fastidio de su repetición. Donde hallares *u*, por disyuntiva en lugar de *o*, no pienses que es descuido, ni error de impresión, ni cuidado presuntuoso de introducir novedad. sino por templar alguna aspereza de sonido causada de otras *oes* u de alguna *d*, cuanto más que la lengua latina, grave y calificada madre de la nuestra, contiene cuatro partículas para significar división, y cada una dellas tiene *u*. Así que parece cosa llegada a buena razón suplir con su riqueza este vacío, adquiriendo por honesto camino variedad de lenguaje, sin incurrir en impropiedad ni licencia. Y nadie la tome de juzgar esta advertencia por menuda, porque, aun no siendo más que una letra, sin ser como es dicción, no se debía añadir ni quitar con menos requisitos.

LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS

DE

JUAN RUFO

Habrá de saber V. A. que, después que pasó a Flandes el señor don Juan, su tío, vino el Duque de Sesa de Italia con una escuadra grande de galeras la última vez, tan enfermo y tan impedido de la gota, que apenas comía por sus manos. Lo cual, y ser el tiempo asperísimo, le hizo esperar en Torre de Ambúcar más de veinte y cinco días sazón para engolfarse. Llegada, pues, la que parecía oportuna y juntos en la popa de la real el Duque y los consejeros a tratar del caso, entró Juan Rufo con un recaudo de Marcelo de Oria, marinero experto y soldado muy plático, y dijo al Duque: «Marcelo besa las manos de Vuesa Excelencia, y dice que por estar indispuesto no viene a hacer lo que se le manda, que es hallarse en este consejo; mas que su parecer es que, dando parte a la noche, después de prima rendida, se puede Vuesa Excelencia engolfar». Entonces un capitán de galera, que no debía de estar bien con Marcelo, dijo: «Brava resolución, ¿eso que el recaudo contiene dícelo más que Marcelo?» Respondió: «Y mar y cielo».

Fundóse en Madrid la Academia Imitatoria, cuyos principios parece que prometían que había de durar como imitadora de las famosísimas de Italia, porque el presidente, aunque era muchacho, era rico y principal, y siendo con esto poeta y de buen ingenio, acariciaba con liberalidad y cortesía a los hombres de aquella profesión. Esforzaba también las esperanzas de este noble edificio la multitud de personas eminentes que le servían de columnas, y, finalmente, el concurso de oyentes calificados, Grandes, títulos y ministros del Rey, que iban a oír con aplauso y atención. Pues como tras todo esto la Academia susodicha se acabase tan en flor, que no cumplió el año del noviciado, y le preguntase el Señor de la Horcajada la causa de haberse logrado tan mal, respondió: «Como el presidente era niño, murió la Academia de alferecía».

Un miércoles de ceniza dijo sospirando cierto hombre: «Notable ceremonia es con la que hoy nos avisa la Iglesia de quien somos: no cumple pretender ignorancia». Respondió: «Para quien tiene canas y algún seso, cada espejo es un miércoles de ceniza».

Había tratado con gran porfía pleito de divorcio cierta mujer hermosa y discreta, que vivía casada muy a su disgusto. Pues, como después de haber estado apartada del bueno del marido muchos días, mientras se seguía la causa, y sonádose por cosa cierta que el matrimonio estaba disuelto, como ella lo deseaba, la topase a boca de noche, y sin ver que el dicho su marido iba con ella le dijese que se había holgado infinito del buen suceso del pleito, y acabando de pronunciar la postrera palabra viese al hombre a su lado, coligiendo que estaban

ya en paz (como ello era, en efecto), acomodó el parabien comenzado y continúole de manera, que pareció que desde su principio se había enderezado a la nueva conformidad. Un amigo suyo y del otro, que se halló a todo presente, le dijo apartados de allí: «¡No me negaréis que hicisteis del ladrón fiel!» Respondió: «Hice con el parabién dos luces».

Casóse un caballero de clara estirpe con una moza villana y pobre, estimando por hacienda y calidad el oro de sus cabellos, sus pocos años y mucha hermosura. Y tratándose del mucho descontento que suele amenazar los matrimonios desiguales, dijo un amigo del novio: «No es posible que deje de vivir contento y ufano quien lleva tan gallarda mujer». Respondió: «Esa gallarda se danzará la noche de la boda, y toda la vida se zapateará el villano».

Dijo a un galán ansioso y desvelado por cierto martelo que no tenía discurso entero el que no moderaba su afición con un descuento infalible de pensar que aquello mismo que pretende no es lo que se le representa. Preguntado por qué, dijo: «que el objeto de la vista es mayor de cerca, y el del deseo, mayor cuanto más lejos».

El vivir, dijo «que es caballo desbocado que corre por fuera de camino. Y el morir, reventar el caballo descansado u despeñarse de furioso».

Oyendo cantar algunos romances de poetas enamorados, con relación especial de sus deseos y pensamiento, y aun de

sus obras, dijo: «Locos están estos hombres, pues se confiesan a gritos».

Como sea tan peligrosa prueba voltear sobre maroma, que, si no se hubiera visto, se tuviera por imposible, y, viéndose, pone horror a los que lo están mirando, dijo uno de los que asistían a vello: «¿Es posible que haya hombre que ponga vida y alma en tanto riesgo?» Respondió: «Lo mismo es dormir en pecado mortal, y se hace cada día».

Vino a propósito el tratarse del menosprecio en que se tiene todo lo que se posee, por mucho precio que cueste el deseallo, y dijo «que el humano apetito es como niño, que llora por haber a las manos cuanto vee, y, en teniéndolo en ellas, lo rompe o lo arroja».

Hablábase entre unos soldados de Flandes de la vida que allá se pasaba, los trabajos de la guerra y destemplanza del país, y que, con todo esto, el día que no se campeaba o había escaramuza todo era festines y banquetes y tomar mucho placer. Respondió: «De esa manera en Flandes siempre es martes o domingo».

Perdió al juego una persona grave doscientos escudos, y púsose luego a jugar la bolsa en que los traía. Pues como otro que llegó preguntase qué jugaba, respondió: «La capa». Aceleróse el perdidoso y dijo: «¿Qué capa?» Respondió: «La del dinero».

Solía decir que la invidia y el amor propio miran de una

misma manera, con ser tan contrarios. Preguntado cómo, respondió: «Con antojos de alinde».

Volviendo a su patria a cabo de diez años, y hallando menos tantos de sus conocidos, dijo «que no había batalla sangrienta que más aportillase el escuadrón de los amigos que diez años de tiempo».

La vida dijo que es «una puente flaca, por donde se pasa a la eterna, y que restribar mucho en ella es hundirse en el abismo».

Procuraba por medios muy lícitos casar con una señora cierto caballero que la merecía. Pues como ella le aborreciese de manera que no arrostrase aquel negocio, y topándola un día que iba a confesarse le dijese que le darían recia penitencia, pues mataba a quien la deseaba servir, ella respondió: «Ni yo mato a nadie, ni quiero». Respondió: «Y aun porque no quiere mata vuesa merced».

Sacaron de la cárcel a cierto hombre convencido de un grave delicto, para dalle tormento en casa de un juez. Y entendióse que, considerando diez años de prisión una restitución que hizo, el ser hombre viejo, y otras piadosas contemplaciones, sería el tormento ligero y que se le daba a fin de hacer más fácil su negocio. Y como después tardasen en volvelle a la cárcel cuarenta días, dijo «que era cuarentena de perdón».

Una señora que había sido riquísima, desposeída por pleito de toda su hacienda, vino a lo último de pobreza. Y entrando

en una iglesia con sola una moza y un escudero roto, dijo alguno, y no sin lástima: «Mirad qué acompañamiento lleva la señora ful[ana]». Respondió: «Pues por pequeño que es para en misa, es grande para la hora de comer».

Un año después que estuvo oleado, le dijo un amigo, viéndole bueno: «Harto mejor estáis de lo que os vi ahora un año». Respondió: «Mucha más salud tenía entonces, pues tenía más un año de vida».

Como sea tan gran compasión y negocio tan opuesto a todo bien vivir la facilidad con que los testigos se dejan sobornar, y viene por esta causa a padecer detrimento la verdad incorruptible sobre que se funda el guardar a cada uno su justicia, y por culpas de los hombres va esto cada día más en rompimiento, dijo: «que, pues, se sube el precio de las cosas siendo mal año dellas, se maravillaba de que, siendo ruin, era de ver no se encareciese el crédito de los Tribunales a más número de testigos».

Mirando a una fea, mártir de enrubios, afeites, mudas y de vestirse y ataviarse costosamente y con estraña curiosidad, dijo: «que las feas son como los hongos: que no se pueden comer sino en virtud de estar bien guisados; y, con todo, son ruin vianda».

Vivía en lo alto de una casa cierta señora principal que tenía hijas doncellas y hermosas y dos criadas de muy buen parecer, y en un cuarto bajo de la misma posada, una pública ramera en su oficio. Pues como, no sin escándalo, preguntasen

a la susodicha señora que quién posaba allí abajo, y él se hallase presente, respondió: «Una mina para volar la honra de esta casa».

Díjole un hombre viejo que no sabía para qué la Naturaleza daba canas a los hombres más que a todos los animales. Respondió: «Por bandera de paz entre el ardor de la juventud y la prudencia».

Preguntóle otro de sesenta años si se teñiría las canas, y respondió: «No borréis en una hora lo que Dios ha escrito en sesenta años».

Una persona grave, a quien tenía obligación, le hizo cargo de que había veinte días que no acudía a su casa. Y preguntándole qué disculpa daría, respondió: «Que la misma tardanza». «¿Cómo puede ser?», le volvió a preguntar. Volvió a responder: «A dos días de descuido, deciocho de vergüenza».

Los yerros en mozos de poca edad decía que eran disparates graciosos. Y los de los hombres, desgracias vergonzosas. Y los de los viejos, prodigiosas desventuras.

Sentíase tan cerca de caer cierto gran bebedor en un convite, que, con ser tósigo para su gusto el beber agua, pidió que se la diesen, y bebió un gran golpe della. Visto lo cual, le dijo: «Manos besa hombre que desea ver cortadas». «¿Por qué lo decís?», preguntó. Respondió: «Porque pedís favor a vuestro enemigo».

Uno de los abusos que sustenta la confusión de la Corte es que las mujeres comunes tratan y conversan con matronas honradas y castas doncellas, tan sin distinción, que es negocio vergonzoso, y donde se puede temer antes el daño de las buenas que esperar la enmienda de las que no lo son. Y así dijo a este propósito, viendo entrar dos mujeres de las que viven con libertad, en una casa honrada a visitar muy en forma: «Las Venus desta Corte son como las moscas: que se pasan de un vuelo del estiércol a la mesa del Rey».

Juraba un Obispo muy de ordinario a fe de caballero, y como, aunque lo era mucho, sonaba aquel término de hablar a capa y espada, dijo: «Quien debe preciarse de pastor, ¿para qué jura a fe de caballero?»

El agua encañada cuanto baja sube, y la palabra de Dios entra por los oídos y penetra hasta el corazón si sale dél.

El deseo del hombre, dijo «que siempre es mentira, porque aunque se cumpla a medida de su esperanza, nunca llega al justo de lo que pensó».

Por disculpar una necedad hizo cierto hombre otra más terrible, al cual dijo: «que era como hacer mohatra para pagar mohatra: que necesariamente la segunda ha de ser mayor».

Un hombre cano amaneció teñida la barba, a cabo de diez años que la traía como un papel. Visto lo cual, le dijo: «Ayer fuístes barbacana y hoy muladar».

A otro que usaba lo mismo, dijo «que su barba era calabriada, que aguaba tinto con blanco».

Dijo también a este propósito «que, con ser el color negro el más honesto, estaba allí tan por los cabellos, que era violento y cosa indecente».

Un afectado de los que se escuchan (vicio incomportable en buena conversación), era verbosísimo y usaba de circunloquios. Y como saliesen no sé cuántos cansados de oírle, dijo: «Basta, que circunloquea».

Mirando un ciruelo enjerto, como tuviese en las ramas que lo estaban mucho más gruesas y sabrosas ciruelas que en algunos propios suyos, dijo «que era ejemplo de lo que se debe a los que se entran por nuestras puertas a valerse de nosotros».

Besaba cierto hombre una niña que estaba a los pechos de su ama. Y como un gran bebedor de vino dijese que no besase la niña, porque se desmedraría, respondió: «Eso fuera a ser él vos, y la mochacha bota».

Como quiera que la verdad tenga en todo tanta fuerza, y principalmente en los culpados de algún delito, que muchas veces se descubren con las mismas trazas que estudian para encubrillo, dijo «que la industria del delincuente es averiguación de su culpa, y el descuido del inocente, segura defensa de su sencillez».

Acabando de cantar un músico maravillosamente, en lugar

de alaballe (como sin lisonja se podía hacer), comenzaron dos de los circunstantes a hablarse de oído. Los cuales, acusados en buen romance del mal latín, dijeron que estaban diciendo mucho bien de la voz que habían oído. Respondió: «A servicio de voz, mal cuadra alabanza en falsete».

Hablándose en la ventaja que hacen unos hombres a otros en el ingenio y la bondad, dijo «que los hombres inútiles y rudos no son personas, sino trasgos».

La vida humana dijo también «que es un miedo perpetuo, pues va siempre huyendo de los que nacen y corriendo tras los muertos».

Cegó de tierna edad el Conde de Cifuentes, y, con faltalle sentido tan importante, quedó tan gentil hombre, aseado y de buen aire, [que] templaba en parte con la maravilla desto la lástima de velle así. Tratándose, pues, un día de cuán galán y de buen arte era, y de la secreta causa porque Dios habría permitido que tan lindo mochacho careciese de vista, respondió:

«El cielo, sin duda, quiso
De piadoso y prevenido
Hacer al Conde Cupido,
Porque no fuese Narciso».

Como los griegos llamaron, y con razón, al hombre Microcosmos, que quiere decir mundo abreviado, y en cierta conversación de curiosos se fuese discurriendo sobre esta gran verdad, y cada uno alegase cosas a propósito, dijo, llegando

su vez, «que el alma era antípoda del cuerpo, y así amanecía para ella cuando anochecía para él».

Preguntado qué era la causa porque tan pocos maridos eran amantes verdaderos de sus mujeres, por amables que ellas fuesen, respondió: «Porque son ellos los enfermos, y ellas las gallinas».

Dejábase vencer de la cólera un caballero, si a caso se enojaba, de modo que era la ira en él, no sólo furor breve, como le suelen llamar, sino infamia perpetua por el desenfrenamiento de su lengua. Pues como fuese amigo suyo, y entrando los dos un día en su casa hallasen mucho humo y no buen olor, y después viesen la lumbre muerta y la olla vertida, porque al hervir se descuidó la cocinera, dijo al susodicho: «Mejor licor desperdicia, peor huele y más lumbre mata el que, estando airado, no se templa con la razón».

Salía de la cárcel (a cabo de diez años) un preso tan gordo, que era cosa notable, al cual dijo: «que era redondo preso para tan larga prisión».

Contaba un caballero una merienda que ciertos frailes tuvieron en un jardín del susodicho, y que, tras la abundancia de la vianda y diferencias de vinos que hubo, fué notable el gusto y alegría de todos aquellos reverendos. Y decía también que uno de ellos (devoto y compuesto religioso) se puso de industria a pescar en un estanque, por escusar la behetría de los demás. Oído lo cual, dijo: «No se podría decir por ése: no sabe lo que se pesca».

Cierto jugador de ventaja, viendo que un pobre hombre se había jugado a las galeras, dijo: «que aquel era verdadero guillote, pues había perdido la libertad contra cien reales». Respondió: «Más guillote es el que se juega al infierno».

Pidióle su parecer cierto letrado amigo, que comenzaba a ser abogado, en la forma que tendría para con sus negociantes. Respondió: «Que en las causas criminales ayudase a todos; pero que en las civiles fuese su industria como misa muzárabe (según dicen), y comenzase por sentencia, no defendiendo causa en que no hallase justificación».

Preguntándole en otra ocasión aquel mismo qué diferencia habría entre el abogado que defendiese todo lo justo y la turba de letrados que indiferentemente ayudan a quien se lo paga, respondió: «Lo uno es ser oráculo divino, y lo otro acantón de Esguízaros».

Suelen, sin pensar, hallarse atajados diversos hombres, con vergüenza suya y de los que los oyen, por haber dicho algo inadvertidamente que toque a alguno de los circunstantes, si bien se habla de diferente materia y persona. Pues como por un yerro de cuenta de éstos viese despechado a un galán, le dijo: «que de allí adelante hiciese cuenta, en conversación, que jugaba al Ajedrez, y que al mover de cada pieza hiciese en la fantasía una representación de cómo estaba entablado el juego, para no perderle».

Preguntado (como se verá) en verso, respondió de impro-

viso algunas veces, como en el tercero y cuarto verso de la copla que se sigue:

P. «¿Qué cosa es ¡oh buen Jurado!
esto que llaman vivir?»
R. «Temor de lo porvenir
y empacho de lo pasado».

En el estanterol de la Real estaba escrito un soneto áspero y terrible. Pues como el señor don Juan le mandase borrar, y que hiciese otro, respondió: «Dejémosle con su merecido; que no saldrá de galeras en toda su vida».

Trataba el señor don Juan una noche de cómo la muerte iguala en todo y por todo a los reyes grandes y a los humildes pastores. Y mandándole que respondiese en verso en poco más espacio del que pudiera hablando en prosa, lo hizo así:

«Pues de reyes sois hermano,
ved que el cielo diferentes
los hace de esotras gentes,
a lo divino y humano.
Porque el cometa que cría,
cuando a morir los emplaza,
rayo es que el cuerpo amenaza
y estrella que el alma guía».

El Duque de Osuna don Pedro Girón tenía a la hora de su muerte junto a sí una gran fuente de plata llena de nieve, y engastados en ella algunos vasos de agua, y dijo el Condestable de Castilla su yerno: «Ningún consuelo hay para el Duque igual a tener aquella nieve cerca de sí». Respondió: «Quie-

re morir en Sierra Nevada porque no le pregunten por don Alonso de Aguilar».

Un caballero rico y principal, diestro en la caza de volatería y bien inclinado, pudiendo en la Corte, donde tenía honrosas pretensiones, entretener su gusto con menos indecencia, estaba rendido a cierta mujer deshonesta con sobra de publicidad. Hablando, pues, un día en las propiedades de los halcones, dijo: «que a los neblíes llaman, con razón, en Italia *il pasaro pelegrín*, porque nadie hasta hoy ha sabido en qué parte anidan». Respondió: «De lo mismo se deben preciar los galanes, so pena de no serlo».

Tenía una señora hermosísimas manos, tan sin ayuda de artificio, que jamás se puso guantes. Y tratándose del un estremo y del otro, dijo: «no se las enfría el aire, por no perdellas de vista».

Puso a dos hijas el nombre de Ana cierta gran señora. Y como al baptizarse la segunda se tenía ya noticia de que la mayor era hermosa y discreta, y no faltase quien dijese que era bien fuera del uso llamarse dos hermanas un mismo nombre, respondió: «Es tal la primera, que se le hace duplicado, como a pliego de importancia».

Un hombre más inclinado a conservar su vida de lo que permiten las leyes del duelo, riñó con otro más viejo que él, y habiendo andado en la pendencia gran danzante de represas, daba por disculpa que no había querido llegar al vie-

jo. «No fué, le dijo, por no llegar al viejo, sino por llegar a viejo».

Cierta hermosísima portuguesa volvía un poco el ojo derecho, con la gracia que bastaba a no causalle fealdad. Pues como dos mujeres, invidiosas de su hermosura, le acusasen de aquel defecto, les dijo así:

«Si oblica luz nos envía
su vista de cuando en cuando,
es porque mata mirando,
y mira de puntería».

Llamábase Angela cierta fea, a la cual dijo: «Harto mejor suena vuesa merced que parece».

Tañía razonablemente una harpa cierto músico, y como estuviese desafinada y una vez y otra le pidiese que la afinase más, le dijo el que tañía: «Ya que seáis fiscal de las musas, no lo seáis también de la música». Respondió: «Esto que solicito no es ser fiscal de la música, sino abogado del oído».

Un pobre soldado andaba favorecido de una mujer rica y de buen parecer, la cual se desavino con él porque le sintió que miraba de buena gana a una criada suya que se llamaba Clara. Y como, sin querer que entrase por sus puertas, el soldado pasease su calle cada momento, y topando en ella a Juan Rufo, que sabía muy bien todo el caso, le dijese el desfavorecido: «Cada loco con su tema», respondió:

«No vi locura tan rara,
cómo, por comer la clara,
perder la clara y la yema».

El Duque de Alba don Fernando, a poder de los cargos de importancia que en paz y en guerra tuvo y de la gravedad de su persona, se salió con llamar *vos* a gente tan principal, que, por vía ordinaria, solamente reyes se lo podían decir. Tratándose, pues, desto y de lo mucho que la *excelencia* le debía, respondió: «Harto más le debe el *vos*, a quien en España armó caballero y en Flandes hizo del Tusón».

Un poeta que vivía de hacer coplas de repente dijo la primera vez que le vió:

«Yo juro a Dios consagrado,
Jurado, que sois la flor
del repente y del pensado».

Respondió:

«Al menos, si soy Jurado,
vois sois un gran jurador».

Hubo disciplinas en Madrid por la falta de agua; y como era en el mes de mayo y hacía calor, no salían hasta que anochecía. De manera, que toda la tarde no cabían las calles por donde habían de pasar los diciplinantes, de damas y gente de a caballo; y andaban los paseos tan en forma, como si algún grande regocijo fuera la causa de aquel concurso. Visto lo cual, al salir los penitentes, dijo «que parecía entremés a lo divino en comedia deshonesta».

En una de estas procesiones dijo un fraile, mirando al cielo: «¡Válgame Dios, que estaba dos horas ha nublado, y agora está el aire claro y sereno del todo!» Respondió: «Debe de

poder más en este caso toda la caballería del mundo que la infantería de la devoción».

Pudo decillo con justa causa, porque en semejantes días y en tales actos debría haber mayores muestras de mortificación, así por el fin que se pretende, como por el decoro que requieren tan piadosas rogativas.

Nombraba un gran señor, que era ya muerto, con sólo el título que tuvo. Pues como a la sazón le poseía un hijo que le sucedió, y por una parte el muerto había sido famosísimo y por otra el vivo se estaba muy mozo, y uno dijese: «Mirad, que no sabemos de cuál de los dos habláis, si no distinguís por su nombre a cada uno», respondió: «Ni el que pasó es muerto, ni el presente ha nacido». Como si dijera que los insignes y valerosos príncipes nacen cuando mueren, y los que les suceden están por nacer hasta que los imitan.

Tratándose del Cid y de sus grandes proezas, dijo «que fué catredático de valentía, pues enseñó a ser esforzado a Martín Peláez».

Habiendo hecho en la mitad de mayo el año de noventa y tres calor, con una sequedad que parecía de días caniculares, como por la falta de agua se trujese a Madrid la devotísima imagen de Nuestra Señora de Atocha, volvió aquel día tan fresco, que parecía dos meses atrás. Entrando, pues, la bendita imagen entre diversas maneras de ruegos y plegarias que afectuosamente el pueblo le hacía, dijo: «¡Virgen y Madre de Dios, matadnos la sed, pues nos sanastes la calentura!»

Acabó sus días una mal casada, y como su marido la hiciese retratar muerta, dijeron unos hombres «que se maravillaban de aquella ternura, y que era señal de habella querido mucho». Respondió: «Antes la hizo retratar el día que mejor le pareció».

Jugando dos caballeros a los cientos, como es costumbre a los tahures de aquel juego (a imitación de los del ajedrez), repetir cualesquier versos, proverbios o palabras desatadas que se les vienen a la boca, dijo el uno de los susodichos dos versos antiguos, que dicen así:

«¡Por cuántas vías y modos
se pierden los hijosdalgo!»

Respondió:

«Y más si no tienen algo,
aunque sean de los godos».

Dos hombres habían llevado en una silla al Marqués de Santa Cruz, y como por un breve rato le pedían mucho precio, diciendo que lo hiciese como gran señor, les dijo: «Hermanos, el Marqués os debe el peso; que no la hechura».

Enseñaba Luis de Torquemada, insigne músico de harpa, a una mujer de bien. Y como no le llevaba por ello interés y ella se descuidaba en estudiar bien las liciones, le dijo «que hacía mal en no estimar aquellos puntos por puntos de honra».

Trataba cierto personaje de hacelle ayo de un hijo suyo. Pues como antes de esto hubiesen sido muy amigos, y no se acabase de declarar la forma de aquel asiento, le dijo: «Sepa-

mos ya esta resolución, para que yo quede siempre en servicio de V. S., o a servicio de V. S., como siempre».

Pidió un pobre hombre barato a otro que ganaba estando jugando, el cual, no sólo no se le dió, mas díjole asperísimamente, que se fuese a Guinea. Respondió: «Para enviarle tan lejos poco le dais para el camino».

Saliendo de oír un gran músico de vihuela, que no tenía género de voz, dijo «que había comido muy bien, pero que venía muerto de sed».

Era un caballero, demasiado de altivo, con la pensión de ser mal quisto, que es el relativo de aquel antecedente. Éste, pues, había tratado mal de palabra y aun de obra a un hombre de buena suerte y obligádole a averiguar quién era. Pues como probase bien su intención y sacase su carta executoria, y otro caballero que lo supo antes se lo viniese a decir, dijo enojado, que juraba a tal que nunca aquél saliera con ser hijo dalgo, sino por querelle él mal y habelle apuñeado. Juan Rufo, que estaba presente, le dijo entonces: «Si ello es así, más hace vuesa merced que los Reyes de Francia». Preguntado por qué, respondió: «Porque ellos con santiguar, sanan lamparones, y vuesa merced con puñadas, arma caballeros».

Estábase entre algunos tratando de la ceguedad de los Troyanos, pues metieron en su ciudad el caballo griego, sin recelar su perdición. «También, respondió, meten dos o tres veces cada año la jaula de los toros en Madrid, y para los hombres que matan es tan Paladión como el de Troya».

El hombre que más largas narices tuvo en su tiempo, decía otro amigo suyo, que venía de Burgos a Madrid seis días había, y que le esperaba dentro de una hora. «No puede ser, le respondió Juan Rufo, pues no han llegado sus narices».

Pasando un caballero, mozo y galán, a oír misa a una iglesia en que la oía su dama, por el Monasterio de los Ángeles, que llaman en Madrid, como se quisiese comenzar una misa, dijo un amigo al que pasaba: «Don fulano, apeaos presto; que en los Ángeles hay misa». Respondió: «No busca él misa en los Ángeles, sino los Ángeles en la misa».

Decía que aunque los que matan los toros no fuesen nuestros prójimos, y los toros sí, la desigualdad y ventaja de la fuerza y armas naturales habían de hacer aborrecible y lastimoso aquel espectáculo.

Disputóse muy por estenso sobre esta forma de regocijo, y habiendo dicho cada uno su parecer, el suyo fué éste: «Que a mejor librar, tenían las fiestas de toros un tercio de gentilidad, porque sacada la común alegría del pueblo, que es necesaria, y la ocasión de ejercitarse algunos poquísimos caballeros, aquel universal deseo de que los toros fuesen como leones, sin reparar en que siendo así matarían indudablemente cien hombres o más, bien poco se diferencia de la hambre de los Caribes. Mayormente, siendo caso de fe católica que los que con manifiesto peligro se ponen en los cuernos del toro, aventuran o pierden cuerpo y alma. Y añadió a esto que si lo que se gasta en estos espectáculos se aplicase a precios de justas y torneos; a probarse la juventud en mañas, fuerzas y agilidad; a juegos de cañas y otros tales ejercicios, consi-

guiéndose mayor fruto y entretenimiento, se evitaría la atrocidad del ver por pasatiempo derramar sangre humana y sangre de españoles. Y si todo lo que es competencia más feroz tiene mayor derecho a entretener y alentar, peleen unas bestias fieras con otras, como se hacía en Roma cuando fue señora del mundo, y no bestias crueles contra el hombre, a quien Dios crió para rey y señor de todas ellas». Este breve discurso se pone aquí a V. A., no por apotegma, sino por advertimiento, con la misma intención que le movió al que le dijo.

Cierta señora, que al estremo de hermosa y discreta igualaba con el de apacible, como fuese algún tanto delgada y se tratase de sus manos, dijo que si hacían burla de sus manos de palo seco. Respondió:

«No son palo; y si lo son,
Son palo de aquellas flechas
Que tira el Amor derechas
Al alma y al corazón».

Un personaje, que por algunos respetos no se nombra, tenía su casa tan en orden, que era cosa de admiración; y llegaba a tanto, que hasta dos esclavos negros que traían la silla de su mujer andaban en hábito que cualquiera escudero se holgara de traer. Pues como trujesen siempre los cuellos de las camisas blanquísimos y de holanda, y se tratase del primor y puntualidad de aquella casa con el mismo señor della, dijo «que cada negro de aquellos parecía un mapamundi doblado, pues se vían en él G[u]inea y Holanda juntas».

Estando un carpintero labrando, aunque toscamente, los pa-

los para hacer una horca, y otro vecino suyo murmurando de la obra y del artífice, los puso en paz diciendo «que los palos de la horca son puntales de la república».

Sentía ásperamente un gentil hombre el hacerse viejo, y corríase de verse algo cano, como si fuera delito vergonzoso. Y como fuese su amigo, y le viese que en cierta conversación daba señales desto, le dijo para consuelo y reprehensión los versos que se siguen:

«Si cuando el seso florece
Vemos que el hombre encanece,
Las canas deben de ser
Flores que brota el saber
En quien no las aborrece».

Ensayándose para tornear un cortesano, como errase todos los botes de la pica y dijese «¡Voto a Dios, que los erré todos tres!» respondió: «Los botes fueron errados, y el voto, errado y culpado».

Tratándose de la gran máchina del universo, y de la divina providencia y orden con que todo está dispuesto, dijo «que los elementos y cuanto en ellos vive, y ni más ni menos luna y sol y estrellas, crió Dios para servicio del hombre, y al hombre solo capaz de servílle y contemplalle a él, para que lo hiciese así».

De cierto personaje, muy grave y muy viejo dijo un pariente suyo: «Basta que fulano está enamorado ahora». Respondió: «No es sino a deshora».

Entró un capitán en Madrid, y como no le hubiese visto desde que servía al señor don Juan y le hallase menos premiado que pensó, le dijo: «Yo creí que en la Corte os hubieran hecho una estatua, como a hombre famoso, y pésame de veros flaco y pobre». Respondió: «Vos habíades pensado bien, y acá lo han hecho mejor». «¿Cómo así?», dijo el capitán. Respondió: «Que me hacen estatua a mí por ahorrarse mármol y escultura».

Dijéronle unos caballeros que se decía en la Corte que una apotegma suya que comienza: «No fíes en prometido», la había hecho un hombre que llamaban Pico de Oro. A lo cual respondió: «Basta que me quiten el oro, sin que también me quiten el pico».

Por hacelle tiro un escudero pobre, topándole una noche de verano y con luna muy clara, le dijo: «Buenas noches, señor Iurado». Al cual respondió: «Muy buenas las hace».

Sin duda, este tiempo florece de poetas que hacen romances, y músicos que les dan sonadas, lo uno y lo otro con notable gracia y aviso. Pues como es casi ordinario amoldar los músicos los tonos con la primera copla de cada romance, dijo a uno de los poetas que mejor los componen que escusase en el principio afecto ni estrañeza particular, si en todo el romance no pudiese continualla; porque de no hacello, resulta que el primer cuartete se lleva el mayorazgo de la propiedad de la sonada, y deja pobres a todos los demás.

Querían sacar a la vergüenza a un hijodalgo, que le pidió encarecidamente fuese a suplicar a un ministro muy grave

mandase concederle un día más de término para descargarse. Fué volando, porque lo requería el negocio, y como volviese despacio, sin haber hecho nada, le dijo un caballero que le había visto ir: «¿Qué priesa era aquella y qué espacio es éste?» Respondió: «Alas de esperanza, y pasmo de un no ha lugar».

Suelen los hombres, con una confusa y rigurosa determinación, por lo que uno solo y muy por acidente yerran, atribuír la culpa a la patria donde nació y, a veces, a toda una provincia Pues como un galán andaluz cometiese cierto desalumbramiento, y un castellano dijese que había errado como andaluz, respondió: «No erró sino como anda a escuras; y vos lo andáis, si para acertar a la causa de un error particular apuntáis a toda una provincia».

Jugando un ginovés a la carteta, dejó de topar una gruesa parada, porque dijo, teniendo el naipe, que había conocido que salía un rey, y no podía ganar aquella mano con buena conciencia. Respondió: «No es poco que hombre natural de república libre conozca rey para no ganar con él».

Jugaba un fullero al mismo juego, y, valiéndose del ser de noche, hizo caedizos tres reyes, y dándose priesa a parar y otorgando poco, ganó todo lo que se jugaba. Descubierta, pues, la flor, ido el ladrón de allí, dijo a los perdidosos: «De puro ser vosotros brutos, lo fué el otro en imitar al que echó los reyes de Roma».

Solía decir que el artificio y primor que se requiere en todas las cosas de gala y discreción, había de ser como la mano

del relox, que, disimulando el movimiento, señala los lugares donde llega.

Tiene el Duque de Alcalá, a cosa de una legua de Sevilla, una hacienda que, aunque es de provecho y recreación y se llama Villanueva, no son más que dos casas, la una de placer y la otra una venta. Pues como, estando el Duque algo de asiento en aquella granja, un caminante que posó en la venta dijese que no sabía por qué causa llamaban aquel sitio Villanueva, respondió: «Antes es la más nueva villa que vos ni yo habemos visto, pues tiene solos dos vecinos, el uno Duque y el otro ventero».

Aunque tenía vasallos y más que mediana renta cierto caballero, no le tocaba el título de señoría, y holgaba de que se la llamasen, y sus amigos, de hacelle aquella lisonja. Pues como fuese tan sordo, que no oía palabra sino a voces y por una trompetilla de plata, dijo «que era más solene señoría aquélla que la de Venecia, pues siempre se pregonaba con trompetas».

Solía en un tiempo loar a cierto caballero mochacho de que tenía humos de honrado. Y como siendo ya buen mozo diese en demasiado de grave, y le hiciese cargo dello, le dijo otro: «Yo también os le había oído alabar, y de esos mismos humos». Respondió: «Señor, como creció el viento, son ya de manera, que nos echan de su casa».

Estando a la muerte un hijo único de cierto gran príncipe, contaba al Conde de Lemos algunas particularidades de su in-

genio y buena inclinación, que no sin lástima le había dicho un criado del padre de aquel infante. Estando, pues, el Conde atento y maravillado de lo que oía, un hombre de mala lengua y peor intención atajó la plática diciendo «Sabed que repetir virtudes de niños es muy de amas». Respondió: «No es sino de quien ama, y vos queréis mal a todo el mundo».

Cierto soldado de un castillo, tan miserable como el caso lo manifiesta, se loaba de que con tres ducados de paga que tenía cada mes se gobernaba en todo, tan cuerdamente, que le debían sus camaradas más de cuatrocientos reales. Respondió: «Más debéis vos a vuestro estómago».

Este mismo, que correspondía a la miseria de su condición con la vileza de su hábito, y que no mudaba camisa sino las pascuas, le dijo un día si quería ir a nadar. Respondió: «No quiero; que ensuciaréis la mar».

Si el susodicho no fuera materialísimo, no le fuera posible sufrir la vida que se daba. Siendo, pues, una noche de guarda, comenzó (como se suele hacer) a tocar la campana de la vela. Y diciendo el vicecastellano: «Ya da el que nunca dió...», respondió: «Sino badajadas».

A un hombre, el más feo y de peor talle que se ha visto en el orbe, que contaba que una piedra grande que hoy se ve en una de las puertas del Coliseo de Roma, sustentada sólo de la argamasa con que se labró sobre ella, se ha de caer cuando pasare por debajo el más lindo hombre del mundo, y matalle, respondió:

«Vivid de ese canto al pie
Y seréis tal para cual,
Vos, su más firme puntal,
Y él, vuestra arca de Noé».

Un caballero tan miserable por su término como el otro soldado, viéndose preso y poco visitado, dijo: «Malas amistades se usan: nadie hay para otro si no soy yo, que me sacaré por mis amigos la sangre de los brazos». Respondió: «Bien lo creo yo, como no sea de la vena del arca».

Túvose por cierto que un gran señor trataba de casar la heredera de su casa con el Duque de Alba don Antonio, y que la mayor dificultad que en tan gran casamiento por todas partes se ofrecía era que el otro quería que el Duque firmara su título, y luego, Duque de Alba. Oído lo cual dijo: «Eso fuera hacerse el Alba puesta de Sol».

Un hidalgo que servía a don Juan Pardo trataba de pasarse al servicio del Cardenal, y pareciéndoles a algunos que su primer amo no le había dado ocasión para dejalle, respondió: «La ocasión es que quiere trocar lo pardo por lo rojo».

Fué convidado de un avariento el martes de carnestolendas. Y como no fuese parte el día para exceder de la dieta ordinaria, ni el hospedaje para no descalabrar un paje el señor de casa, y vuelto a él le dijese: «Al fin es martes, aunque de carnestolendas», respondió: «El martes ya le veo; las carnestolendas ayer se acabaron para mí».

Murió de parto una señora, y contándolo cierto caballero, dijo que murió sin confesión y sin hacer testamento, por haber sido su muerte repentina. Respondió: «¿Cómo pudo ser, pues estuvo enferma nueve meses?».

Quedan los tahures tan encendida la codicia cuando se alzan gananciosos, que no se hartan de contar aquel dinero. Y como un caballero estuviese haciendo esta reseña, la cabeza baja y hablando entre sí, le dijo: «No piensan los jugadores que comen lo que han ganado, hasta que lo rumian».

Murió el Marqués de Denia de aproplejía; pero vivió de manera, que piadosamente se debe creer que se salvó, porque fué vida ejemplar la suya. Mas, como parece que esto de decir «cayóse muerto» en otros subjetos atemoriza, dando el pésame de esta muerte al ya Marqués su hijo, le dijo así: «Dios se hubo con su padre de V. S. como los muy amigos, que sin prevención, dadas las doce, dice el uno al otro: Veníos a comer conmigo».

Enviaba Su Majestad a Bretaña gente de guerra, y como era en tiempo que había muchas partes donde acudir, dijo: «Esto que se gasta en Bretaña, echara yo en lienzo casero».

Uno de los hombres que entretienen a V. A. en materia de solaz es un portugués que remeda y contrahace, no solamente a diversas personas, pero casi a todos los animales y aves de que se tiene noticia. Pues como la noche que llegó de Portugal preguntase el Duque de Pastrana qué le parecía de aquél, respondió: «Que puede ser faraute del arca de Noé».

Hablábase de propósito del poder de los reyes, y dijo: «Que los hacían más poderosos diez mil vasallos devotos que quinientos mil sospechosos, porque *volo*, *vis* no tiene imperativo».

Suelen decir que los mudos no pudiendo hablar, si oyesen, reventarían. A lo cual respondió: «Que antes tendrían la mitad del trabajo menos, teniendo aquel sentido más».

Hay opinión de que el Duque de Escalona sucede al Duque de Osuna a falta de hijos. Pues como el que lo era entonces no los tenía, y estuviese contando que pasó un día corriendo un caballo a rienda suelta por la puente del río de Sevilla, que despacio y con mucho tiento no es fácil ir por ella a caballo, respondió: «Si V. S. corre así, parará en Escalona».

Llamaba *merced* casi a todos un grande de Castilla, porque era afable naturalmente, y porque sin duda hallaba escabrosidad en el lenguaje que requiere el rodear las mercedes, sin llegar al *vos*. Mas como en todas las cosas se debe guardar decoro, y el estilo de la cortesía de cada persona es una parte de la discreción, le dijo: «Llamar a todos merced es comer y beber en un mismo vaso, y cortar cebolla y pan con un mismo cuchillo».

Hacíale amistad un caballero que se llamaba Robles, y como se le hubiese secado, dijo: «Que siempre fué roble para él, primero en hacelle sombra y en faltalle después de seco».

Sin duda las enfermedades que no privan del sentido lo le-

vantan de manera, que despiertan los hombres como de un pesado sueño, para conocer su miseria y acordarse de Dios. Y así dijo: «Que la salud del cuerpo es adormideras del alma».

Nacieron dos hermanos de un mismo parto, y aunque suelen estos mellizos parecerse infinito, eran aquéllos diferentes en estremo, porque el uno era ingenioso y el otro material: sanguino el uno y el otro melancólico. Y la misma desigualdad corría en los talles, costumbres y profesión. Visto lo cual, dijo «que no eran dos, sino uno mismo». Preguntado por qué, respondió: «Porque el uno es el cuerpo, y el otro el alma».

Íbase haciendo carnes un penitente con el brio y garbo que bastara para entrar de guardia en hábito de soldado, y ser loado de airoso y bizarro: porque se azotaba a compás, haciendo piernas y contoneando el cuerpo. Y como no era este solo el que, poco más o menos, se podía notar de este barbarismo, dijo: «Solo el disciplinarse, hecho con buen aire parece peor».

Tratábase de un matrimonio entre un caballero muy galán y una dama que lo era mucho, cuyas calidades se confrontaban de manera, que los deudos de la una y de la otra parte estaban conformes en que se hiciese. Pues como solamente la madre de la señora (que se llamaba doña Blanca) contradijese el efecto de aquel negocio, y se deshiciese, dijo: «Nunca vi que contrato tan grande se desconcertase por sóla una blanca».

Cosa recebida es que el primer inventor de los naipes se llamó Vilhan, pues se dice por tradición y no hay opinión en contrario, y así dijo «que fué nombre fatal y prodigioso, que significa *vil hambre* en el que pierde, pues la pasa por causa tan vil, y en el que gana, por la insaciable que le queda de ganar más».

Decía que la vida larga era prisión luenga, retablo de duelos, soledad de amigos, vergüenza de haber vivido y temor de no vivir.

Convidóle a hacer colación un labrador rico, el cual tenía en su aposento detrás de la cama una tinajuela de arrope, que no era miel, porque parecía almíbar. Y sacando a la mesa de otro común que estaba en un cuero, le dijo: «Yo no como arrope en cueros, sino de lo arropado».

Hablándose en el peligro a que se ponen las mujeres que sin recato comunican mucho con los hombres, dijo cierto galán: «Eso es en las mujeres, que son estopa que está mal cerca del fuego; pero las cuerdas, donde quiera están seguras». Respondió: «También se destemplan cerca de la lumbre».

Uno de los abusos más torpes que la malicia humana ha introducido es haber hecho simonía el amor, y sujetarse las mujeres a ilícitos abrazos, a precio de vil interés. Y uno de los mayores disparates que los hombres hacen contra su gusto y salud es procurar favores habidos tan de mala guerra. Y así, a un ansioso mozo rendido a su costa a una destas aborreci-

bles, que le aborrecía y engañaba, dijo: «Los abrazos de las mujeres vendibles son los que dan los verdugos a los ahorcados». Preguntado por qué, respondió: «Porque son para quitalles la vida y heredalles el vestido».

Tratándose del miserable oficio de pedir, dijo que su etimología era *peio dir*, que significa en toscano *peor decir*. Y que se probaba desta manera: «El dar es felicísima cosa, y el recebir, contrario estremo suyo, y el pedir, otra cosa muy peor que recebir».

[A] cierto hidalgo natural de Castilla la Vieja, que (si bien era virtuoso y apacible, tenía ademanes de mujer y remedaba al vivo a todas las que trataba), tenía una hermana severa y varonil, le dijo estos versos hablando en aquella estrañeza:

«¡Válgame la soberana
Virgen y Madre de Dios!
¡Qué mujer se pierde en vos!
¡Y qué hombre en vuestra hermana!»

Levantóse con un parche muy largo en la cara, sobre una herida que le habían dado, cierto maldiciente y mentiroso. Y visto con tales insignias, y no ignorando la causa los que estaban con él, dijo: «A lengua falsa, falsa rienda».

Entró a prender un alguacil a una mujer pública, porque había reñido con otra. Y como fuese a deshora, y sacase preso con ella un galán que halló en su posada, dijo al alguacil: «Paréceme que hicistes presa y pinta».

Deseaba un caballero que su hijo se fuese de la Corte, y la mañana que se quería levantar para hacer su jornada no le trujeron lumbre para vestirse, como otros días (porque era en Diciembre); pues como el mozo iba de mala gana y el padre le enviaba de muy buena, y dijese: «¿Qué es esto que hoy se hace conmigo?; ¿ya no soy de casa, que no me traen brasero?». Respondió: «No quieren que os quedéis, ni aun por lumbre».

Preguntado por qué se dijo «no pidas a quien pidió», dijo: «Que por dos razones: la primera, porque quien tuvo desenvoltura para pedir, la tendrá mejor para no dar; y la otra, porque lo que se pide, se compra tan caro, que estará lejos de darse».

Iban por una calle dos mancebos en pobres paños y con camisas no muy limpias, porque en efecto eran pobrísimos. Y como un caballero que no los conocía los oyese nombrar con sendos dones y razonables apellidos, y preguntase si eran hombres de placer, respondió: «No son sino de pesar, pues que no cenan».

Púsosele delante estando oyendo sermón un amigo suyo pequeño de cuerpo, al cual dijo: «A no ser tan mal crecido, fuérades mal criado».

Comía V. A. público una vez, y había en la sala tan gran silencio, que, con haber mucha gente, no parecía que hubiese un hombre vivo. No cantaba músico, ni entretenía loco, que suele ser una cierta salsa para que la comida sepa mejor y haga más provecho. Por lo cual dijo: «Para los pocos años de

Su Alteza, mal le entretienen todos los que le ven comer, pues ninguno, fuera de los que le sirven a la mesa, es aquí de provecho más que para contalle los bocados». Dijo entonces cierto hidalgo montañés: «Todo esto es guardalle el decoro». Respondió: «Antes parece que le guardamos el sueño».

Murmurábase de un gran murmurador de que lo era, y diciendo uno de la conversación que se dejase aquella materia para no incurrir en el vicio que se acusaba en el otro cuitado, respondió: «Los hombres de mala lengua son perros rabiosos, y los que murmuran dellos son saludadores».

Puso demanda en tela de juicio un hombre a otro sobre cantidad de cinco mil ducados, y ofrecíale quinientos porque se apartase del pleito; por lo cual dijo al actor: «Pues vuestro contrario tiene quinientos ducados de miedo, vos debéis de tener cinco mil de justicia».

Viendo a una niña como un ángel entre su madre y agüela, que eran muy hermosas, le dijo: «Vuesa merced es hermosa de solar conocido».

Hablábase en qué Orden era más estrecha, y en cuál tenían los novicios más trabajo, y dijo: «En ninguna Orden pasan los novicios tanta aspereza como los que se meten a caballeros».

Cantaba un mancebo bien y con buena voz, y tenía un dejo enfadosísimo, porque al mejor tiempo acababa soltando la guitarra de súbito diciendo alguna gracia, que no lo era, y

cerrándose para no cantar más, por muy rogado que fuese. Por éste dijo «que corría bien y paraba mal».

Hay hombres tan sin mañana, que toman fiado y se pierden por allí. Pues estando uno de los deste humor quejándose que de mohatra en mohatra había perdido dos mil ducados por soldar una de cuatrocientos, le dijo: «Al que come fiambre, pégasele al estómago».

También decía «que los que debían deuda de momento para algún plazo, no lo vivían, según se les hacía de corto».

Tenía un caballero grandísima boca y pequeñísimas narices, y costumbre de prometer sin cumplir cosa de las que prometía; por el cual dijo: «Que prometía con la boca y cumplía con las narices».

Si bien se mira, son pocos los hombres que no digan mal del tiempo de mil maneras: unos, de que hace calor, frío, sequedad, que llueve mucho, que anda desigual, que hace días de un año, y otras veces, de un soplo. Y si del tiempo por sí se hace esta anotomía, contando los años en otras personas, ¿quién hay que no sea fiscal riguroso, y ni más ni menos, al tratar de su edad, diligente y tramposo, quitándose años o confesándolos de mala gana? Supuesto lo cual, y que el tiempo consume y gasta la hermosura, la fuerza, la gracia, el donaire, la ligereza y la salud, dijo, hablándose en esto: «Todos murmuran del tiempo, y el tiempo de todos».

Sentándose a comer un Grande y con él algunos huéspedes calificados, entró un paje a decir que estaban allí tres músicos

no conocidos y pedían licencia para entrar a cantar. Oído esto, dijo aquel señor: «Entren, pero no querría que lo hiciesen mal». Respondió: «Si cantaren mal, todo será mandalles que no porfíen».

Mataron a puñaladas a un caballero que había muerto a algunos, y llegando la nueva a la Corte, otro, que tenía no sé cuantas muertes a su cargo, dijo a Juan Rufo: «Lastimosa muerte ha sido esta de fulano. Lo que hace al caso es que cada uno mire cómo vive». Respondió: «Y cómo mata».

Notablemente se tiene experiencia de lo mucho que importa en materia de reñir, llegado el negocio a rompimiento, anticiparse en la ejecución del dar. Y a este propósito dijo: «Que en el juego las menos veces se gana por la mano, y en las pendencias, las más».

En una conversación de gente moza se vino a tratar de lo que (no habiendo negocio preciso) se habla las más veces, que fué de mujeres. Y dándole cordelejo a uno porque siempre servía viudas, respondió: «Las tocas de las viudas son banderas de paz».

Danzando un caballero que estaba a pique de ser gran señor, como lo hiciese con mucha agilidad y buen aire, y uno de los circunstantes dijese estos versos:

«¿Qué os parece, buen Jurado,
Cómo danza Don Lüis?
¿Hay otro de aquí a París
Más digno de ser loado?»

Respondió:

«Estremadamente danza,
Pero mejor danzaría
Si hiciese una mudanza
De merced a señoría.»

Cierto poeta que, sin hacelle agravio, ni era bien dispuesto ni tenía buen rostro, escribiendo su retrato, se pintó tan lisonjeramente, que sólo acusó su gentileza de que tenía roma la nariz. Y dijo: «Si el retrato fuera verdadero, bien os pudiéramos llamar Narciso el romo».

Casóse un viejo de setenta años con una señora de quince, y como ella (por haber oído decir que por el aspecto juzgaba algunas veces la edad de cada uno) le preguntase el día de la boda que de qué años le parecía, respondió: «Ayer de quince, y hoy de ochenta y cinco».

Había en Nápoles un sastre que se llamaba fulano Evangelista, al cual dijo: «Mudad oficio, o nombre; porque sastre y evangelista, no puede ser»

Dijo un necio terrible que él se tenía por discreto porque deseaba mucho saber. Al cual respondió: «Vos moriréis con ese deseo».

Estaba un Capitán del tercio de Nápoles mal entretenido gran tiempo había con una mujer que se llamaba Ginebra *Giorni*, que quiere decir *días*. Y preguntando una tarde el

Duque de Sesa dónde estaría, respondió: «En Ginebra días y noches, y meses y años».

Preguntó un hombre, que no debía de ser muy leído, «si fué Séneca de Córdoba». Respondió: «Pues ¿de dónde había de ser?».

Estando en conversación de muchos, jugaba, y decíale tan mal, que movía a risa, como si cayera. Y sonando en esto recios ronquidos detrás de un cancel, dijo a un criado suyo: «Díle a ese que ronca que duerma y calle». El criado volvió muerto de risa y provocóla en los demás, diciendo: «Juro a tal que es el que duerme un perro». Respondió: «Pues no se lo digas».

Había un mochacho, hijo de nobles padres, dado un bofetón a otro que no era menos que él. Y como sus deudos tratasen del remedio, como si no fuera niñería, les dijo «que los mochachos son como mies pequeña; que aunque se pise, vuelve a levantarse».

Si Aníbal no cortara el hilo a su buena fortuna, al paso que iba, se tiene por caso sin duda que se hiciera señor de Roma y del mundo. Mas, ciego de los amores de una pobre moza en la ciudad de Cápua, perdió tiempo y ocasión, desanimó su ejército, dió lugar a los romanos para rehacerse, y finalmente vino a ser vencido y a tomar la muerte con sus manos. Pues como un soldado famoso estuviese en el mismo lugar, doliente desta misma enfermedad, no sin menoscabo de su repu-

tación, por mostralle espejo en que se viese, le dijo estos versos:

«Aníbal hecho animal
Sirve en Cápua una mozuela:
Infame y lasciva escuela
De su desdicha final».

Haciendo reseña de un tercio de soldados, acertaron a pasar algunos flacos continuadamente, y tras ellos otros tantos gordos, y dijo «que eran las vacas del sueño de Faraón, lo de atrás adelante».

En la cárcel de Madrid sucedió venir nuevo alcaide, y así, convino que el pasado le entregase por lista todos los presos que había. Y, hecha esta reseña, dijo a ciertos caballeros, después de escritos sus nombres: «Ya tengo puestos a vuestras mercedes». Respondió: «Del lodo».

Era discreto y apacible cierto hidalgo, y aunque el juego dicen que es crisol de las condiciones, a éste se la trocaba de manera, que era insufrible jugando. Por lo cual le dijo: «Vos no jugáis, sino jugaisos a galeras, y perdeisos».

Pidió matrimonio cierta moza de mala fama a un honrado mozo, y teniéndole preso, hízole echar un par de grillos por dalle molestia. El cual, viéndose apretado, le preguntó su parecer, y él le dijo: «Más valen grillos de hierro que esposas con yerros».

Era golosa una mochacha, y viniendo su ama de fuera, halló

la olla desnatada, y dijo: «Esta es hazaña de mi criada, de gloriosa memoria». «Respondió: «A lo menos, de golosa voluntad».

Tomó un soldado en la mano un panecillo muy duro y dijo: «Juro a tal que me atreviera a matar con este canto a un hombre». Y tomándosele de la mano, respondió: «Y yo a dar la vida con este buñuelo a uno con hambre».

A cierto soldado que bebía a la flamenca y se loaba estando sobremesa de que tenía profundo ingenio, respondió: «Harto profundo sois, pues que no rebosáis cada día».

Habiendo peste en Cicilia, pidió licencia al Marqués de Mondéjar, que era entonces Virrey de Nápoles, para que un caballero pudiese ir a Palermo. El Virrey decretó de su mano: «Vaya, con que no vuelva». Y él replicó al pie del memorial: «Ésta más parece maldición que licencia».

Estando en una granja algunos caballeros de Córdoba, y con ellos un poeta de mucho donaire, dió éste en decille algunos versos de repente. Y visto que a cada dos o tres versos le rebatía los dados (como dicen) con alguna ventaja y prontitud, pensó aquel poeta una entrada de copla que llevase apodo y fuese estéril de consonantes, y díjole así:

«Parecéis siete guarismo
Hecho en papel de añafea».

Respondió:

«Tú pareces a ti mismo,
Porque no hay cosa tan fea».

Estando en casa del Correo mayor de Roma él y otros soldados, acertó a llegar el ordinario de España sin nueva de vacante. Y como llegase una gran banda de pretendientes que pendían de aquella esperanza, les dijo: «¡A Dios buitres, que no hay cuerpo muerto!».

Sacó un soldado su rosario para rezar estando en misa, y como mal ni bien pudiese desmarañalle, dijo: «¿De qué están mis cuentas revueltas?». Respondió: «Porque habéis sisado muchas Ave Marías».

Un hombre altísimo de cuerpo, entremetido y de poco saber, se alababa de que sabía dar buenas matracas, y que era en su mano correr a cualquiera. Respondió: «Necedades pesadas y que caen desde un pino, en piedras harán señal».

Paseábanse dos Capitanes de galera juntos, orilla del mar, y el uno, que era Capitán de la patrona real y se llamaba el Capitán Domingo, traía una ropa de martas, y el otro una ruin capa y un pobre vestido. Por los cuales dijo un soldado: «Ambos son Capitanes de galera; mas el uno parece galeote». Respondió: «El uno es el Capitán Domingo, y el otro el Capitán entre semana».

Hurtóle un forzado que le lavaba su ropa tres camisas, fingiendo que el aire se las había volado a la mar. Y como se averiguase el hurto, y el cómitre le apalease sobre ello, dijo: «Del mal pagador, siquiera en palos. De lavandero os hacéis guardarropa: pues dadme mis camisas, o tomáos ese jubón».

Estaba a la cabecera de un personaje rascándole la cabeza un enano, el menor que se ha visto, al cual dijo: «Conjúrote que me digas si eres liendre que comes, o persona que rascas».

Cayóse en el suelo una vihuela, y alzándola, hizo dos consonancias, y metióla en su caja. Y uno a quien le pareció estrañeza le dijo: «Si tan presto la habíades de dejar, ¿para qué tañistes?» Respondió: «No fué más de para ver si resollaba por la herida».

Ganaba una mujer su vida perdiendo su alma, y estaba pobre, con ser moza y hermosa, porque tenía vergüenza de pedir a sus galanes, y así decía que era dar a logro fiarse de gente principal. Respondió:

«No fíes en prometido,
Pues que pecas de contado;
Que quien no paga tentado,
Mal pagará arrepentido».

Llamáronle unas mujeres enamoradas desde una ventana, y como se excusase con decir que iba de priesa, ellas dijeron «que por qué era tan grosero». Respondió: «No me quiero ir al infierno en mulas de alquiler».

Queriendo una gran señora dar una albérchiga en conserva a un niño, le dijo que cerrase los ojos y abriese la boca. Respondió: «Eso sería perder un cielo por una golosina». Y ella, haciéndose desentendida, preguntó «qué significaba aquéllo». Respondió: «Siendo Vuestra Señoría tan hermosa, no sé cosa más clara».

A un caballero altísimo de cuerpo, moreno y desgraciado, que le apodaba, le dijo «que parecía noche de invierno en lo frío, en lo escuro y en lo largo».

Muriósele a un hombre su padre, y a cabo de poco hurtáronle su ferreruelo, cuya falta le obligaba a salir aquella noche con la capa de bayeta. Y como preguntase otro que por quién traía luto aquel gentil hombre, respondió: «De día, por su padre; y de noche, por su ferreruelo».

El Duque de Alba don Fernando le apretó un día mucho en que dijese de improviso sobre algún subjeto en presencia del capitán Francisco de Aldana, que le había alabado su facilidad. Y no admitiendo el Duque sus excusas, antes diciéndole que era acto del entendimiento aquél, y que debía ejercitalle para tenelle más en su punto, respondió: «Los que hacen hábito en decir de repente son como los caballos de posta, que, corriendo siempre, pierden la ligereza de a todo correr y el asiento del buen paso».

Un personaje de los más validos de la corte le dió cuatro billetes para personas graves, en favor de su pretensión. Y recibiéndolos de un paje con quien se los envió, le dijo: «Si con estos cuatro sietes no gano este resto, señal es que mi ruin dicha hace flux conmigo».

Tratando el Conde de Palma y otros caballeros en presencia de algunos poetas de que el primer verso de la segunda copla de Jorge de Montemayor sobre la Fábula de Píramo y Tisbe era inglosable, por ser este,

«*Quien tuviere en poca estima*»,

le glosó de repente así:

«Dignidades da el dinero:
Al que es nada hace algo,
Hace al villano hidalgo,
Y al hidalgo caballero.
Pues si el no tener lastima,
Y el tener tanto se estima,
Que grandes suele hacer,
No se debe de tener,
Quien tuviere, en poca estima.»

Caminando por Catalunia, y viendo algunos árboles de que pendían cuerpos de ahorcados y muchos esqueletos, dijo «que eran más fructíferos que los de la Vera de Plasencia».

Causó gran risa entre los que iban con él el ver que, tras haber dicho esto y que era importante el castigo de los malhechores, se quitaba el sombrero al pasar por aquellos miserables trofeos. Y preguntado a quién hacía aquel acatamiento, respondió: «A cristianos que supieron que iban a morir».

Sabida cosa es en España que las mujeres que decienden de Antona García tienen privilegio para hacer a sus maridos hidalgos, aunque sean plebeyos. Pues como a un soldado que era noble le tratasen de casar con una mujer de aquel linaje, le dijo: «Quien es sol, ¿para qué quiere parecer luna?». Aludiendo a que el sol tiene la luz de suyo, y la luna no más de la que él le presta y comunica.

Había un pobre hombre alcanzado a ser barrendero de la santa Iglesia de Toledo, con cien ducados de salario. Y como no cupiese en sí de placer y preguntase otro: «¿De qué está aquél tan alegre?», respondió: «De verse hecho hombre del polvo de la tierra».

Navegando por el golfo de Narbona en la capitana de Marcelo Doria, que fué (como está dicho) gran marinero, íbale preguntando cosas tocantes a la navegación; y como le dijese, algo alta la voz, «¡Juro a tal que queréis ser marinero en sola una hora», respondió: «No lo seré en treinta años si me respondéis de esa manera».

Hacía sentimiento un grande arco que está a la entrada de Castil del Ovo, de Nápoles, y comenzaban a caer algunos terrones, visto lo cual dijo: «Paréceme que este arco se hace de bodoques».

Pretendía con instancia un soldado del dicho castillo ser sobrestante de aquella obra, al cual dijo: «Señor soldado, mirad no sea la obra sobrestante de vos».

Habiendo una noche de Navidad jugado a los naipes con otros amigos, uno de los que juegan de manera que los pierden jugando, ganó todo lo que se jugaba. Hecha colación, y tratándose de que se volviese a jugar, dijo aquel mal tahur: «Yo no valgo nada después de cenar». Respondió: «Ni antes tampoco».

Valió un año el vino en Córdoba casi de balde, y algunos

que acertaron a hacer pasa tuvieron buen despacho en ella. Pues como el año siguiente casi todos la hicieron, vino a ser peor granjería que el vino. A esta sazón, a un vecino de su heredad que le pidió dos panes prestados diciendo que por las grandes lluvias no había moliendas, le dijo estos versos, tras habelle dado los panes:

«Buen vecino, no el molino
Nos da la masa por tasa,
Sino el mal que vino al vino
Y pasa agora a la pasa.

Cierto napolitano idiota y mal poeta le mostró un soneto obra de sus manos, en alabanza de una gran señora, y en acabando de leelle dijo satisfecho de sí: «Este hice en loor de la Duquesa de Nochera». Respondió: «Y noche será, si la ce[le]bran poetas como vos».

Estaba a la ventana cierta señora hermosa que se preciaba dello, algo a costa de su reputación. Pues como asomase por la calle su marido y estuviese debajo de la ventana gran caterva de gente mirando su belleza, dijo: «Dichoso el marido a cuya mujer se le hace cuerpo de guardia, como ella guarde el suyo».

Vendía una andadera de monjas una bolsa, y pedíale por ella diez escudos. Respondió: «Hermana mía, las bolsas se hicieron para guardar el dinero, y comprar ésta sería desperdiciallo.

Y así, dinero sin bolsa
Para mi contento quiero,
Más que bolsa sin dinero».

Como los días que les toca ser de guardia a los soldados no se ponen capa, y uno que había jugado la suya anduviese por el cuartel de Nápoles con menos vergüenza que ropa, le dijo: «Soldado de solo el dado, de puro no guardar, parece que sois de guardia».

El Duque de Sesa estuvo muchos años tan impedido de la gota, que le traían siempre unos turcos en una silla de manos. Yendo, pues, así, y hablándole un soldado cojo un Viernes Santo, dijo: «Con ser el día que es, andan aquel General y aquel soldado en muy malos pasos».

Jugando a la pelota un caballero que no sabía jugar, acertó a dar un boleo tan desaforado, que nunca el prior de Funes le dió mayor, con ser el más notable jugador del mundo. Y preguntando algunos la causa de aquella estrañeza, dijo «que no había sido boleo, sino palo de ciego».

Tenía razonables partes cierta dama, y como fuese demasiado de comunicable y se alabase de liberal, respondió: «Soislo tanto, que lo sois de vos misma».

Estaba en Corte una moza de buen gesto, de ruin trato y peor salud, la cual, con sus yerros, había hecho de su hierro a no sé cuántos caballeros mozos. Iba, pues, ésta en cierta procesión vestida de verde con guarniciones encarnadas, y preguntando un estudiante forastero «que quién era aquélla», respondió:

«Es una hermosa mata
De adelfa florida y verde,

Que a la bestia que la muerde
Luego mata».

Cierta señora que había sido delgada y hermosa, era ya de más de cincuenta años, y tras haber engordado muchísisimo, martirizábase por meterse en pretina, negando su edad y aderezando su rostro, y traía en los cabellos matices dorados en campo blanco. Pues como un día estuviese terrible en una porfía que tenía poca razón, le dijo: «¡Calle vuesa mer ced; que quiere ser delgada a pesar de lo que pesa, y moza a pesar de sesenta años!»

Iba esta misma en una litera de camino, y el uno de los machos era romo y malicioso y comenzó a hacer bramuras y corcovos; visto lo cual le dijo: «Gorda señora, vuesa merced me vengara de ese macho».

Cierto ministro grave estaba comiendo en presencia de infinitos negociantes, flaco, viejo, gotoso, y tardó en comer una suplicación un cuarto de hora. Visto lo cual, dijo a los circunstantes: «Quien tanto tarda en comer una suplicación, ¿cómo podrá responder a mil?».

Habiendo dos días que una escuadra de galeras estaba esperando tiempo para engolfarse, no sin incomodidad de los soldados, amaneció un día claro y sereno, y, aunque perseveró hasta la noche, no había rumor de partencia. Venida la noche, decían algunos soldados «que un capitán viejo, que era cabeza de aquella armada, fué mozo, liberal y arrojadizo, y que se había hecho mezquino y recatado». Respondió: «En lo re-

catado no me entremeto; pero nunca tan pródigo fué en su vida como hoy, pues pierde tal tiempo».

Cierto soldado amigo de su quietud estaba tratando de casarse con una mujer que tenía dos mil ducados ganados deshonestamente; y alegaba que no lo había por los ducados, sino por ser hijadalgo: que era sobra para soldar esotra falta; pero que, en fin, le dijese su parecer. Respondió:

«Podrá bien su liviandad
Haceros de hombre carnero,
Pero no su calidad,
De villano, caballero».

El capitán Domingo de Rauri padeció en el puerto de Villafranca de Niza un lastimosísimo naufragio, y acabado de llegar a Nápoles y estando viéndole jugar a los dados, paráronle a trece cien escudos; y como echase quince puntos y perdiese (siendo como son encuentro para otras suertes), dijo, vuelto al capitán Domingo: «También me anegué yo en el puerto».

Aunque los más sucesos del juego penden de la buena o mala dicha, toda vía el discurso y la experiencia alcanzan algunos lances, aunque no sean de ajedrez. Y lo que entre la gente cuerda (si jugando la puede haber) se tiene por cosa perdida es, cuando el contrario va haciendo suertes, írselas parando todas. Pues como por haberlo hecho así quedase sin un real, dijo: «Quien tal para, que en tal pare».

[A] una vieja, tan vieja que era madre de la de los cincuenta

y tantos años, toda vía rubia y afeitada, y puesta en ser niña, con tener más nietos que dientes, que le dijo que le mirase las rayas de la mano para ver si tenía vida larga, respondió: «Escusada diligencia será esa, pues se os parece en mil que tenéis en esa cara».

Habiendo perdido todo su dinero, salía solo del cuerpo de guardia. Y como las veces que ganaba le acompañaban muchos, y topándole un soldado le preguntase cómo le había ido, respondió: «Preguntaldo a los que vienen conmigo».

A un soldado que se le quejaba de cierta genízara que mostraba querelle como a su vida, y a cuatro días de amistad le aborreció de muerte por solo que le dió una coz, respondió:

«La lumbre bien encendida
A coces se enciende más;
Y si está poco emprendida,
De un soplo la apagarás».

Habiendo comido una gallina hermosísima otro amigo suyo y él, que iban camino de Madrid, supieron la muerte del Cardenal Espinosa, y cómo sus criados, (muertas con él sus esperanzas), andaban descarriados. Pues como acabando de comer hiciese aire, y en el patio de la posada anduviesen las plumas de la gallina, parte pegadas por las paredes y suelo, y parte volando por los tejados, dijo «que parecían criados de prelado muerto».

Un soldado poeta partía a un presidio desde la ciudad de Nápoles receloso de un lacayo, porque hacía el amor con la

criada del amo que servía, que era requiebro del dicho soldado. El cual, habiendo tratado del estado de sus amores y la pena con que partía, puesto ya a caballo, preguntó en los dos versos primeros y fué respondido en los siguientes. Pregunta:

«Jurado de mucha ciencia,
¿Qué sentís de mi pasión?».

Respuesta:

«Que un lacayo y ocasión
Podrán más que vos y ausencia».

Una de las excelencias de Homero es habelle imitado cuantos poetas famosos hay, y aun filósofos y oradores, y no saberse que él tomase prestado de otro ninguno. Pues como el Masescuela Covarrubias dijese «que no faltaba quien afirmase que Homero había hurtado lo más que escribió a una mujer», respondió: «Ésa se debió de llamar Invidia».

A un hombre, que en la disposición parecía enano y en la soberbia más que gigante, que dijo que era hombre de mucho valor, respondió: «Aunque fuérades de oro valíades poco: ¡mirad que hará de tierra!»

A un avariento dijo: «Vuestra bolsa tiene boca de infierno: porque en entrando el dinero en ella, *nulla est redemptio*».

Hablando con una dama algo de propósito, le dijo ella: «Baste lo dicho, que palabras y plumas el viento se las lleva». Respondió: «Mas a veces llegan donde hacen provecho».

Como se requiere modo en todas las cosas, y un personaje,

por dar en humilde, diese en menospreciable, le dijo «que la estimación honrosa y decente es como la caridad, que comienza en cada uno de sí mismo».

Una señora que se llamaba Margarita, habiéndola dejado de ver algunos días, le preguntó, topándole en la calle, que cómo se había pasado la vida aquellos días. Respondió:

«El tiempo que estoy sin verte,
Margarita esclarecida,
No son días de mi vida,
Sino noches de mi muerte».

La moderación dijo «ser tan importante, que aun en la riqueza era necesaria: porque difícilmente se salvan el muy pobre y el muy rico».

Decía misa mayor un fraile con la peor voz del mundo, y dijo al comenzar: «¡Qué buena voz para un *Ite missa est!*».

Leyendo su obra, cuando estaba de mano, a Juan Andrea y Juan de Soto, buenos testigos de la Batalla Naval, se dificultó entre ellos si cierto personaje de los que murieron allí murió de arcabuzazo o no; y díjoles: «Cuando no haya sido de arcabuzazo, ¿qué importa que se le demos de limosna, pues nadie le querrá al precio?».

Una dama, a quien por vía de conversación solía pedir celos de cierto caballero que la visitaba, le dijo acabando el mismo de irse: «Ya no me queréis como solíades, pues que no me pedís celos». Respondió:

«Hallo que es el pedir celos
Pedir, y dar pesadumbre,
Y sufrillos, ruin costumbre;
Mas esta vez callarélos».

Acabó un excelente músico de cantar La Susana, y tratóse luego de que otros tonos admirables por sí y por sus letras suelen envejecerse en el gusto, como las demás cosas, y dar en rostro, y que esta canción siempre regala el oído, como la mejor y la más nueva del mundo. Respondió: «Eso es providencia divina, para que siempre se cante la inocencia de Susana».

Cierto soldado pobre y valiente llamó al campo a un hombre grave, aunque no estaba tenido por león. Y diciendo todos que había sido osadía, respondió: «Más fué mala crianza que atrevimiento».

Con la codicia de los alquileres se labran casas en Madrid a poder de palos y taibiques, con tanta priesa como allí se vive. Viendo, pues, edificar desta manera, dijo «que se levantaba una casa en aquel lugar tan presto como un falso testimonio».

Quejábase un necio de que todos le roían los zancajos. «Mucho es eso, le dijo, para no estar sitiados».—«Pues, ¿qué hacen los sitiados?», le preguntó. Respondió: «Comen carne de bestias».

Tocóle un día ser cómitre de una galera a cierto marinero

infamado de ladrón. Y como castigase rigurosamente los hurtos que se hacían, dijo el Capitán: «No es posible que ha sido ladrón quien los aborrece tanto». Respondió: «¿Qué sabéis si es de ahito?»

Contaba un hombre chico, débil y estropeado, que había muerto en Túnez un morazo grande, y más negro que una pez. Respondió: «Harto más negra fué su ventura, pues vos le matastes».

En una solemne procesión había grande apretura, y como se pasase de la acera de los hombres a la de las mujeres, y el Corregidor le dijese que para qué se había pasado allí, respondió: «Porque la apretura de los hombres me rae la capa, y la de las mujeres me la aprensa».

Quejábase una mujer enamorada, llegando a su ventana de noche unos paseantes, que acababa de salir de su casa un caballero de tan mal trato, que, habiendo perdido una rifa, no la pagó. Pues como tras contar esto hablase de oído (por ser la ventana baja) con don fulano Pareja, que era uno de los de la camarada, le dijo a ella: «Eso me parece bien: ganar la pareja ya que perdistes la quínola».

A un galán de muy buen cuerpo y mala cara dijo «que sería muy gentil hombre si hiciese una traición al Rey». Preguntado por qué, respondió: «Porque os cortarían la cabeza».

Estando jugando a la primera un día de Santa Cruz de Mayo con otros amigos suyos, en casa de uno dellos, un

hijo de aquél, disformísimo mochacho, cojo, flaco y negrestino, llegó a su padre diciendo a voces que dijese a su madre que le hiciese Mayo; al cual dijo:

«Aunque de perlas te siembre,
Mico enfermo y con desmayo,
¿Quién basta a hacerte Mayo
Si Dios te hizo Diciembre?».

Acabando de oír una comedia, y preguntado qué le había parecido, dijo: «Que retrato de Judas, que vivió Apóstol y murió demonio». Esto dijo porque la farsa fué muy buena y tuvo mal fin.

A una mujer cortesana que no se rendía sino a fuerza de interés, y dijo en cierta conversación que las damas no tenían precio, respondió:

«Las que sin él se mantienen
Verdad es averiguada;
Mas tampoco valen nada
Las que a darse en precio vienen».

Preguntó cierto señor a dos hijos suyos, meninos de V. A. y muy bonitos: «¿Qué habéis tomado hoy de lición?». Y como respondiesen: «Andamos en los pretéritos», replicó: «Harto más tienen vuesas mercedes de futuros».

Andaba un caballero mozo y gentilhombre tan perdido por una vieja, que, si no era locura, eran hechizos. Tuvo la buena mujer cierto infortunio, de que el galán hizo tan notable sentimiento, que se dejó crecer la barba y se le mostraban

algunas canas. Preguntándole otro amigo qué canas y qué barba larga era aquella, dijo: «No son sino las colores de su dama».

Para ser tan ágil, brioso y esforzado el Conde de Palma confesaba que era pequeño, aunque era cosa que llevaba mal, porque para su grande ánimo le parecía su cuerpo estrecha posada. Pues como estuviese a oír una comedia con Simón el enano del Duque de Osuna arrimado a sí, dijo:

«Aunque pequeño, su salmo
Bien sabe el Conde de Palma,
Y curarse con ensalmo,
Pues busca un hombre de a palmo
Para llevalle la palma».

Jugaba un caballero a las quínolas, sin dejar de estar hablando lo que en el juego iba sucediendo, en esta forma: —«Yo aseguro que me acuda a lo que me descarté, que así fué la mano pasada». —«¿No os digo yo?, cincuenta había hecho; yo tengo mi merecido». Y echando otra mano volvía a decir: —«¿Venís a disculparos? A fe que yo pierda». —«Cuando pitos, flautas». Y añadía a esto lo que no se puede escribir, cuánto más sufrillo el caballero con quien jugaba, que era enfermo. Pues como sintiese el fastidio que recebía, dijo al otro, para advertille de lo que pasaba: «Señor don fulano, no parece que juega vuesa merced, sino que enseña retablo».

Perdió un soldado mil reales sobre una cadena que pesaba mil y quinientos. Y como la acabó de vender por el peso y pagar la deuda, quedándose con los quinientos reales en las

manos, llegó otro amigo suyo que no sabía el caso y díjole: «Rico estáis, señor fulano; buen dinero es ése». Respondió: «No son dineros los que veis, sino narices sacadas de brazo».

Entraba en la iglesia un día de Navidad (frío cuanto podía ser) una señora coja, haciéndose aire con un abanillo. Causó risa en algunos que lo notaron, interpretándolo de diversas maneras. Y él dijo, «que aquella señora iba a la vela, porque no podía a remo».

Cenando una noche con don Alonso de Guzmán, caballero natural de Córdoba y criado del Rey, él y Burguillos, el decidor de repente (que fué la primera vez que se vieron), le dijo Burguillos: «Si vos me glosáis un verso que os daré, me obligo a reconoceros ventaja, aunque ha cincuenta años que metrifico de repente y de pensado, sin concocer igual en lo uno ni superior en lo otro». Sabido, pues, el verso difícil, fué éste:

Tan sin él, que es mejor medio.

Y le glosó de esta manera:

«En mi desdicha crecida
Yace muerta mi esperanza,
Y mi fe nunca vencida,
Llena de desconfianza,
Espera el fin de mi vida.
Viénenme en este intermedio
Deseos de otro remedio;
Mas, en un dolor tamaño,
Llega luego el desengaño
Tan sin él, que es mejor medio».

Ardían a un tiempo una chimenea de buena leña y un brasero de carbón. Y como la llama de la leña era tan hermosa y eficaz, y la del carbón tanto menos, y echando chispas tocaba el humo en las cabezas, como es ordinario, dijo «que el amor de la doncella ardía como leña, y el de la viuda como carbón».

Tratábase del *mentís* en presencia del señor don Juan, y condenaban por riguroso estilo que sola esta palabra fuese tan injuriosa. «No es sino trinchea de la honra, respondió, y para que el temor de la afrenta escuse muchas que los hombres se dirían. Pues por una vez que el *mentís* dicho causa discordia, mete mil veces paz el recelo de no oírle».

Estando enfermo, prometióle un personaje grave de envialle un criado que se llamaba Medina, para que viese lo que había menester (por algunas honestas causas). Pues como al caballero se le ofreció un viaje a Estremadura, y Medina no acudió, preguntóle otro que le fué a visitar cómo lo había hecho fulano. Respondió: «Él se fué a Estremadura, y yo quedé en estremo duro; y Medina, que pensé que fuera Medina Celi, se me volvió de Rioseco».

Trataba de reducir cierta moza libre a una casa[da] honrada. Y como ella a veces se determinase a hacerlo, y otras buscase largas, a persuasión de algunos sus servidores vino a resolverse en no hacerlo. Y diciendo que la dejase por amor de Dios, él le respondió: «Yo te dejaré por amor de Dios, pues tantos te tienen por amor del diablo».

Deseaba mucho parir hija cierta mujer preñada. Y como

pariese varón y le pesase, le dijo así: «¿Queréis saber cuánto va de lo uno a lo otro?: que de un buen hijo se hace un Santo Padre, y de una buena hija no se puede hacer un monacillo».

Escribió a una dama estando ausente una carta de quejas y agravios. Y diciéndole un amigo, a quien la mostró, que era buena carta, si no fuera larga, le respondió: «Por eso es capa de luto».

El agua en la mar (como es cosa sabida) en pocos días cobra mal olor, y el vino, si no es bueno, le pierde luego de todo punto. Pues como yendo navegando le diesen en una copa agua que hedía y vino que no olía, dijo: «Tan malo es oler más el agua que el vino, como mandar en casa más la mujer que el marido».

El Conde de Valencia don Manrique fué gordo y bien agestado siendo mozo. Y como, siéndolo mucho en edad, el Rey le proveyese por Virrey de Catalunia, dijo «que era Virrey de la Vera de Plasencia».

Díjole una mujer pública que de balde le quería mal. Y respondió: «Yo sé bien que, a ser por precio, dijérades que bien».

A cierto caballero de Córdoba, hermano segundo, le hizo su madre un mayorazgo razonable, y una de las posesiones dél fué un cortijo llamado Mudapelo. Sucedió que éste, cuando fué menos rico, se le mostraba muy aficionado, y entonces, aunque sabía que estaba enfermo, había tardado en

venille a ver. Pues como lo hiciese tarde y algo mesurado, le dijo:

«Si mudáis con Mudapelo
Amigos y condición,
Más os quisiera pelón
Que mayorazgo torzuelo».

Este mismo, antes que su madre pusiese en su cabeza aquel vínculo, receloso de que le iba haciendo para el hijo mayor, escribía por las paredes de su casa su nombre propio con una *d*, al cabo, en lugar de sobrenombre. Y apretándole un día la dicha su madre en su presencia a que le dijese qué denotaba aquella *d* a solas, el caballero le remitió la respuesta, y con un carbón puso estos versos:

«Si me enriquece mi madre
Será della aquella *d*;
Si no, será de mi padre,
De quien la forma tomé».

Maravillándose un pasajero de ver los forzados gordos y de buen color, preguntó: «¿Con qué se sustentan estos desventurados?». Respondió: «Con azotes, y bizcocho, y esperanza».

Encontró a una mujer preñada de las que no paren, o no pueden bien saber de quién. Y preguntándola él: «¿Con qué viento hicistes el bastardo?» Ella le respondió: «No lo sé por

Considerados los desasosiegos, escándalos y peligros, gastos de hacienda y menoscabo de salud que proceden de amorosos devaneos, dijo que los pasatiempos del amor son co-

cierto». Y él replicó: «Yo te lo creo».

Preguntado qué voz holgaba más de oír en un hombre, dijo: «Que el contra alto». —«Pues, ¿qué le falta al tiple?», dijo uno. Respondió: «Si es hombre, mucho; y si mochacho, poco para perder la voz».

Cantando en Sevilla cierto músico un romance duro y escabroso, y que casi en cada verso decía *mis males, mis dolores, mis penas*, cuando acabó, preguntóle el Marqués de Tarifa si aquél era buen romance. Respondió:

«No puede ser buen romance
El que tiene tanto mal,
Si no famoso hospital,
Si he de hablar en romance».

Tenía opinión de ancho de conciencia un hijodalgo en el lugar donde vivía, con tanto exceso, que le nombraban más por un mal nombre que le habían puesto que por el suyo propio, aunque era muy cono-

mo el tesoro de los alquimistas, que, costándoles mucho tiempo y trabajo, gastan el oro que tienen por el que después no sacan.

Preguntado qué voz holgaba más de oír en un hombre, respondió que contra alto. «¿Pues qué le falta al tiple?», dijo aquél. Respondió: «Si es hombre, mucho; y si mochacho, poco para perder la voz».

Habiendo cantado cierto músico un romance duro y escabroso, y que casi en cada verso decía *mis males, mis dolores, mis penas*, le dijo el Marqués de Tarifa que le declarase en verso si era buen romance aquél. Respondió:

«No puede ser buen romance
El que es por su mucho mal,
De incurables hospital,
Si he de hablar en buen romance».

En un concurso y oposición de curas de almas, negocio donde tanto se requieren letras y virtud, andaban los pretendientes disputando entre sí el derecho que algunos tenían a salir con vitoria; el cual regulaban

cido. Y como los que padecen algún defecto suelen procurar cubrillo con aparencias, contaba éste de sí hazañas en materia de justificación, y una dellas fué decir que no se acostaba noche debiendo algo a criado de toda su casa. Respondió: «Y al criador de todas las cosas, sí».

diciendo que el licenciado y el dotor fulano y otros cuatro o cinco tenían grande acción a ser proveídos, porque habían traído para los examinadores cartas de poderosos Príncipes y de otros privados y ministros. Oído lo cual, les dijo: «Si aquí se gana con las mejores cartas, más parece juego que pretensión» *.

Un flemático y porfiado jugador de ajedrez, marido de mujer más hermosa que honesta ni calificada, amanecía jugando, muy en conformidad de algunos que visitaban su casa. Pues como aquel tahur perdiese, tras el sueño y lo demás, el dinero que jugaba, casi siempre, dijo: «¿Cómo ha de ganar al ajedrez quien al primer lance pierde la dama?».

Preguntado por un amigo suyo cómo sabría cuál era primer movimiento y cómo lo distinguiría de pensamiento o deseo consentido, respondió: «Que la presteza de pasar la mano por una hacha encendida, sin recebir daño, era ejemplo del primer movimiento; y exceder de aquí, pecado».

Estando para tomar unos bocados de casia delante del médico y dos amigos suyos, el uno dijo que los tomase con azucar; otro, envueltos en oblea, y otro, que con polvos de

* Los Apotegmas de esta columna corresponden al folio 67 duplicado, que excepcionalmente se halla en el ejemplar de Usoz-10353 de la Biblioteca Nacional.

orozuz. Respondió: «Mejores son con polvos de ahora sus»; y tragóselos como si fueran de conserva.

Preciábase una mujer de las comunes de que conocía por las rayas de las manos. Y como un amigo suyo hiciese asombros del negocio, respondió: «¿Qué mucho que conozca de manos quien siempre mira los hombres a ellas?»

Había en un lugar grande dos hombres deslenguados, y por diferente camino, porque el uno mordía lisonjeando, y diciendo donaires; pero el otro descalzamente se restaba y decía mal de todo el género humano; y así decía del otro que era un bellaco desvergonzado y de mala lengua. Respondió: «Ese que decís (aunque de almendras amargas), confitero es; pero vos labráis solimán».

Estaban al principio de mayo cuatro mujeres o cinco comprando unas manzanas, tan duras como de espada, y tan verdes como alcacel, y poco más gruesas que avellanas, por lo cual les dijo: «¡Oh hijas de Eva, amigas de comer fruto vedado, ya por naturaleza, ya por su autor!».

Contábale un estudiante que, andando celoso en rastro de una dama, se entró en casa de su competidor, donde halló una mujer peinándose, y, aunque cubierto el rostro, no se le pudo esconder, porque un cabello negro como una pez y unas manos como la nieve, de que hizo el embozo, eran señas tan suyas como lo demás. Respondió: «¡Cuán cierto sería ponérseos la cara de la color de sus manos y el corazón de la de sus cabellos!».

Viniendo de Aranjuez sin haber podido hablar a Su Majestad unos días que hizo grandes aires, preguntáronle unos amigos qué había negociado en Aranjuez. Y dióles por respuesta:

«De los álamos vengo, madre,
De ver cómo los menea el aire».

Pasando por Guadalajara, le dijo un caballero algunas particularidades de aquel lugar, y entre ellas ésta: que jugarían cañas (si prometían hacello) aquel mismo día, sin más prevención. Y él le respondió: «Bien lo creo yo, como no pase noche de por medio». Aludióse al refrán que dice: «Hidalgos de Guadalajara, lo que dicen de noche no es a la mañana».

Aunque el número de los pródigos comparado con el de los avarientos es pequeño, es muy grande si se mide con los pocos que se hallan verdaderamente liberales. De donde se infiere que esta generosa y resplandeciente virtud, por lo que tiene de imitadora de Dios y de justicia distributiva, es tan difícil de ajustarse con la humana capacidad. Y así, tratándose de sus excelencias, dijo que los liberales son quinta esencia de los hombres.

Un hombre mentiroso y de grandes defectos era el más feo del mundo; y diciendo muchos mucho mal dél, dijo: «Lo mejor que tiene es la cara».

Un hombre mentiroso y de grandes defectos era poco menos feo que los lindos y confiados; y diciendo muchos mucho mal dél, dijo: «Lo mejor que tiene es la cara».

Dióle un lencero una mohatra de lienzos, y, demás de ser malos y caros, ejecutóle el día

Dióle un lencero una mohatra de lienzos, y, demás de ser malos y caros, ejecutóle el día

que se cumplió el plazo; por lo cual le dijo: «Por cierto que vos sois lencero de mortajas».

Estaba concertada de casar cierta dama con un gentilhombre que, demás de serlo, se llamaba fulano Galán. Pues como estuviese de visita el Marqués de Peñafiel, y él se hallase allí, asomó el esposo, que vió desde una ventana, y dijo a la desposada:

«Uno que es galán dos veces
Os las viene a besar mil;
Salid, casada gentil,
Y habrá paz si no hay jüeces».

que se cumplió el plazo; por lo cual le dijo: «Por cierto que vos sois lencero de mortajas».

Estaba concertada de casar cierta dama con un gentilhombre que, demás de serlo, se llamaba fulano Galán. Pues como estuviese de visita el Marqués de Peñafiel, y él se hallase allí, asomó el novio por frente de una ventana, y viéndole venir dijo estos versos a su mujer:

«Uno que es galán dos veces
Os las viene a besar mil;
Salid, casada gentil,
Y habrá paz si no hay jüeces» *.

En un auto de la Fe que hubo en Sevilla se estaba por la mañana calentando a un brasero cierto penitente relapso, que se entendía (como en efecto sucedió) que le quemarían. Dijo, pues, un hombre: «¿Para qué se calienta aquél». Respondió: «Estáse perdigando».

Partió de la corte un señor dejando quejosos algunos que justamente debía favorecer. Hablándose desto, le preguntó un caballero si le había visto partir, y respondió que no. Volvió a decille: «Pues estuvistes presente, ¿cómo no le vis-

* Los Apotegmas de esta columna corresponden también al folio 70 duplicado del ejemplar de Usoz-10353 ya citado, de nuestra Biblioteca Nacional.

tes partir?». Volvió a responder: «Vile irse tan entero y sin partir nada, que juraré con verdad que no le vi partir».

Vistió una señora dos hijos suyos de nuevo, y guardaba de manera los vestidos, que en entrando de fuera se los hacía quitar. Y de aquí resultó que con posar Juan Rufo en su posada, y habérselos puesto cuatro o cinco veces, no se los había visto encima. Y preguntándole la madre si había notado cuán bien les estaban a sus hijos los vestidos de raso, respondió: «Yo pensé que eran de relámpago».

Andaba en la corte un mal músico, y viejo. Y como cantaba, muriendo en la demanda, le dijo un día:

«Veinte años de buen letor
Os hubieran jubilado;
Y a hacello no han bastado
Cuarenta de mal cantor».

Era chismoso por el cabo un hombre natural de Nápoles, y otro hermano suyo había perdido una sortija. Pues como tratase de pregonalla, le dijo: «Ahorraos el gasto si queréis pregonalla bien». ¿Cómo?, le preguntó. Respondió: «Decídselo a vuestro hermano, y encomendalde el secreto».

Estando en una iglesia, dijo un mancebo a una vieja: «Tía, hacedme lugar por donde pase». La vieja, muy colérica, le respondió: «Pasad, bachiller». Y Juan Rufo le dijo: «No sé por que os enojáis, que el agüela os hizo de cortesía».

Una señora muy hermosa y celebrada dél, le preguntó que dónde vivía en Madrid. Y respondió:

«Vivo en la amorosa red,
Satisfecho con mi daño,
El cuerpo en la calle el Baño,
Y el alma en vuesa merced».

Tirando un arcabuz el Duque de Osuna, le reventó de manera que le llevó la cabeza del dedo pulgar de la mano derecha. Y como algunos, doliéndose dello, pareciese que le afligían preguntándole con demasiada congoja: «¿Cómo quedará Vuestra Señoría después que la llaga se cicatrice?», respondió Juan Rufo: «¡Cómo ha de quedar, sino como león con una uña menos!»

Tardaba mucho en sanar, porque si bien le curaban con el cuidado que era razón, él se paseaba de noche muy de ordinario. Y preguntando cierto caballero: «¿Hasta cuándo se ha de alargar la cura deste dedo?», respondió: «Mucho, pues es la tela de Penélope».

Una dama hermosa y sin señal de corta de vista traía un antojo, a la cual dijo: «Otras le traen por ver más, y vuesa merced por ser más vista».

Estaban nadando algunos mancebos en día que corría aire tan fresco, que hasta los brutos irracionales se arrimaban a algún reparo; y a esta sazón comían otros peras y manzanas, tan verdes y duras, que, después de haber empedrado sus estómagos con parte dellas, se apedreaban con las demás. Visto lo cual, y reduciendo a la memoria los soles y serenos que por su gusto pasan los mozos, el riesgo en que cada hora

ponen su salud, con otras desórdenes exorbitantes, dijo: «Tan peligrosa es la mocedad por sus excesos, como la vejez por sus achaques».

Uno de los más gordos hombres de Europa, y tan cobarde que se preciaba dello, se dijo que era ido a Flandes. Y riéndose los que lo oyeron, como de caso imposible, dijo que sería correo cierto y diligente. Preguntado cómo, respondió: « Con ir rodando y volver huyendo».

El administrador del hospital de los niños que llaman expósitos u de la piedra estaba diciendo que, con ser Madrid lugar tan insigne, no tenían un solo real de renta, ni había persona devota ni falta de hijos que en su muerte les mandase alguna hacienda. Respondió: «Niños tan desdichados que los niegan sus padres, no es mucho que lo sean antes y después del parto».

Alabando algunos, justísimamente, la rara habilidad del doctor Salinas, Canónigo de Segovia, dijo «que era salinas de gracia y donaire, con ingenio de azúcar».

Riñeron dos bravos, y antes de echar mano, dió el uno al otro un grande bofetón. Acuchilláronse; y aunque hasta allí estaba el que le recebió en posesión de tan valiente y más que el otro, perdió tierra y sangre en esta pendencia. Y maravillándose algunos del suceso, y diciendo que nunca pudieran pensar que aquél perdiera en aquella lid, respondió: «¿Por qué no había de perder, si le llevó el contrario de ventaja cinco puntos y la mano?»

El secretario Juan de Soto trataba en Nápoles (por comisión del señor don Juan) de resumir lo que tocaba a su asiento, y dalle ciertas relaciones de la guerra de Granada. Y como esto se dilatase una vez porque llegaba una escuadra de galeras, y otra porque se despachaba un correo, ya por un regocijo, ya por un mortuorio, le dijo: «Enfermos andan mis negocios, pues cualquiera mudanza de tiempo les hace mal».

La Baronesa de San Fradelo, mujer del susodicho, aguaba el vino que bebía hasta reducillo a más que agua envinada. Y diciendo su marido, que, con todo aquello, se preciaba de conocer qué tal era el vino, respondió: «¡Pues no es el tormento de agua el que hace al vino decir la verdad!»

Estando don Alonso de Leyva con su esposa, que tenía manos blancas en estremo, le dijo que se las alabase, y lo hizo así:

«Estas manos ¿son cristal?
No son tal.
Mas, pues tal cuestión se mueve,
El que amor en ellas bebe
Díganos si son de nieve.
Mas encienden, dije mal,
No son tal».

Hablando con el mismo, le dijo un día: «¿Qué reina vive en este corazón?» Y como le preguntase esto poniéndole la mano al lado derecho, le respondió, riéndose, que era mal anotomista en pensar que era aquel el lado del corazón. Res-

pondió: «A quien le tiene tan grande, donde quiera se le hallarán».

Estando comiendo en el estado de un gran señor y gran avariento, le dió a un criado suyo una manera de opelensía; y llegando en esto, dijo: «Saquémosle de aquí, porque no muera en tan mal estado».

Estando de camino para Italia don Luis de Guzmán, derretido por amores de una dama de Palacio, de quien andaba declarado servidor, le pidió una letra que se cantase otro día, a propósito de que no esperaba volver con vida, según iba aquella jornada. Y en el espacio que bastó para escribillos, le compuso estos versos, a quien el vulgo ha dado tantos padres como letras tienen:

«El dolor que me destierra,
Ése me habrá de enterrar,
¿Cómo vivirá en la mar
Quien deja el alma en la tierra?»

Hase dicho cuándo y cómo y por quién se hizo este villancico, porque no ha faltado quien lo aplique a diferentes pro pósitos, ni poetas que lo prohijen.

Estando en una ventana de las casas del Virrey de Nápoles tratando con don Bernardino de Mendoza, su hijo, de la sazón que perdía lo bien dicho siendo fuera de propósito, asomó por la calle que va a dar a Chaya un fraile muy reverendo en un caballo que venía dándose con las manos en las cinchas. Visto lo cual, dijo: «Un fraile a caballo parece dicho fuera de propósito».

A cierta dama que se llamaba fulana de Mesa, y comenzaba a ser demasiado de tratable, le dijo: «Señora Mesa, si tantos comen en vos, llamáos tinelo».

Llamábase cierta mochacha Esperanza, bonita como un oro; y con ser de once años no más, andaba muerto por ella un soldado; a quien dijo (preguntándole qué le parecía de su dama), «que era buena para esperanza y mala para posesión».

Un hombre que se llamaba fulano Díaz gastó todo un verano con prodigalidad banqueteando a sus amigos; y llegado el invierno, reformó su mesa de suerte que no hacía poco en sustentalle a él. Por lo cual dijo: «Llamáos de aquí adelante no Díaz, sino día». Él preguntó que por qué causa. Respondió: «Porque sois largo de verano y corto de invierno».

Caminando el capitán Aldana y él, vieron un hombre que cogía espárragos, con aruños en las manos de las púas de las esparragueras, que a buena cuenta habían sido espárragos tiernísimos que comieran los hombres, y ya eran maleza intratable y espinosa, de que el ganado, por hambriento que estuviese, no se apacentaría; sobre lo cual dijo:

«Vuélvese la primavera
De la edad en triste invierno,
Como el espárrago tierno
En silvestre esparraguera».

Decíase en una conversación que cierto señor de titulo, cuando un Grande de Castilla deudo suyo pedía de beber, iba

él corriendo y se lo traía. Respondió: «No os espantéis: que esa agua es como la del Tajo, que cría arenas de oro».

Un mal poeta, y que perecía de hambre, oyendo una estancia de las suyas donde decía *tridente,* dijo: «Ese tridente está ocioso en esa octava». Respondió: «Harto más lo están ocho que tenéis en esa boca».

Topando con un señor, anticipóse a quitalle la gorra, de puro comedido. Y como se hallase atajado, le dijo: «Basta que vuestra señoría me gane por mil puntos, sin que me quiera ganar por la mano».

Casóse un hombre que se decía Mercado, y el primer año gastó a la mujer su dote, y dejándola pobrísima y en días de parir, el buen hombre cumplió los suyos. Parió la viuda una mochacha, que se criaba enfermísima, y de noche y de día no hacía otro oficio sino llorar. Pues como su madre, estando hablando con ella, la tuviese en brazos, sin poderla acallar, dijo a la mochacha:

«Fueras cara para dada;
Cuanto más para mercada».

Loaba de que sabía latinidad cierto hombre a un amigo suyo, mero romancista. Y porfiando con uno que le contradecía, llegó el oráculo de la duda a la conversación, y consultado en latín, se corrió, pensando que le echaban bernardinas. Viendo, pues, corridos a un tiempo al uno y al otro, dijo: «Este latín debe de ser a días, como gracia de saludador».

Decía un cortesano que, en dando el discreto en grave, era tan necio como el grave y necio. Respondió: «Eso es como decir que, porque el oro y el plomo pesan, son una misma cosa».

Riñeron dos hombres, y, escapando el uno sano y el otro mal herido, no escaparon ambos de quedar presos *in fraganti.* Otro día, el herido, por esta ocasión, y el otro porque le dió una recia calentura, le encargaron que sacase fe del médico y cirujano que los curaba, para salir en fiado a curarse en sus casas. El doctor dió fe de que el uno tenía calentura y el otro corría riesgo de la vida, por ser la herida mortal. Volviendo, pues, con esta fe a la cárcel, comenzó el de la calentura (antes de leella) a tomar grande alegría y rendille las gracias por el buen oficio. Y pidiéndole que le diese aquella fe, respondió: «No es ésta en la que vos os habéis de salvar».

Una hermosísima moza, que tenía en la barba un gracioso hoyo, le preguntó qué le parecía dél. Respondió: «Honrada sepultura para el corazón de un hombre de bien».

Teníase noticia de que dos hombres ricos y avarientos tenían en un cofre de Flandes unos pellejos de gato llenos de moneda, y que siempre los embutían más. Pues, como esta ansiosa ceguedad los traía desvelados, macilentos y deslucidos, hablándose en su miseria, les dijo así:

«¡Oh ayunadores cautivos!
¿Quién vió tales desconciertos
Que, engordando gatos muertos,
Se enflaquezcan hombres vivos?»

Importunándole que repitiese los dichos de que se acordase, dijo que no se podía hacer sin perderse por lo menos la hechura, como quien vende oro viejo, pues cuando el oro del buen dicho se estuviese entero, era la hechura la ocasión en que se dijo; el no esperarse entonces la admiración que causó. Y que, en fin, fuera de su primer lugar, eran piedras desengastadas, que lucen mucho menos. O como pelota de dos botes, que por bien que se toque, no se ganan quince. Aunque el escribirlos podría suplir algo desto.

Hurtáronle a un labrador en su cortijo una docena de cebo nes, y, andando por las calles de Córdoba como loco, topó un perro perdiguero con una oreja en la boca, y, como por la señal conociese que era de su ganado, siguióle cuando la acabó de comer, y lanzándose tras él, halló en la casa que entró cuatro ladrones haciendo la partición de veinte y cuatro tocinos. Sabido el caso, dijo «que era aquél el mejor perro de muestra del mundo, pues de una vez paraba cuatro ladrones y dos docenas de tocinos».

Es tan natural en los hombres el ansia de disculpar sus yerros, que si un avariento quiere justificar su escaseza, trae luego a consecuencia al más pródigo del lugar. Y si no halla en él un ejemplo destos, le busca en la comarca; como si entre aquel estremo y el suyo no tuviese la virtud insigne de la liberalidad su medio honesto y saludable. Y así, el temerario dice que lo es, por no ser cobarde. Y el cobarde, que no quiere ser temerario. Y desta manera corre el desigual jui cio con que los hombres miden sus propias inclinaciones. Esto

se ha dicho a propósito de que un hidalgo de rudo y torpe ingenio murmuraba de un hermano suyo, que era discreto y buen cortesano, diciendo que era hablador de ventaja, y que él se hallaba dichoso con su encogimiento, porque los sabios han de hablar poco. Respondió: «Vuestro hermano habla mucho y bien, y vos, poco y mal; y siendo así, él sabe callar, y vos sois un palabrero».

Contaba un cortesano viejo que en tiempo del Emperador vino a la Corte un señorazo que deseaba ser Grande; y aunque su calidad, su mucha hacienda y servicios de sus antepasados y suyos le hacían capaz desta merced, no la facilitaba con pretendella declaradamente; porque como la grandeza es reina de las pretensiones, desdéñase de verse recuestada como las demás. Pero, al fin, puesto ya en este punto, solicitaba su honroso fin, asistiendo en la Corte con excesivo gasto, haciendo plato con esplendor y curiosidad no vista, empleando su persona en sortijas y torneos, y despertando el gusto destos ejercicios, que días había estaba postrado en los caballeros cortesanos. Sucedióle también que una dama muy hermosa, tras haberla servido lo mejor que pudo y supo, le pagó con ingratitud; de manera que lo uno y lo otro fué causa de que le derribase una grave enfermedad. Y decía también que, estando con la fiebre fatigadísimo, oyó decir que había sortija, y, con estar así, pidió de vestir y se quiso aderezar para salir a ella. Concluído el cuento, se le preguntó qué mote pudiera sacar, y dijo que éste:

«De honra y de amor que lidian conmigo
Dos accidentes me traen cual me veo:
Deseo de Grande y grande deseo».

Dijo «que los Reyes están en manifiesto peligro de enfermar de los oídos, porque como los dientes se dañan de comer mucho dulce, así el sentido del oír se estraga oyendo siempre dulzuras y lisonjas».

Contaba un gran mentiroso una novedad, y daba por autor a otro que también lo era, y así, causó el oírla más risa que crédito en alguno, que dijo: «¡Oh, hi de puta, y qué bien se pone este negocio para ser verdad, dicho por vos y siendo el autor fulano!». Respondió: «Por eso mismo se puede tener por cierto; porque así como dos negaciones afirman, dos mentirosos dirán una verdad: el uno contándolo al revés de como sucedió, y el otro repitiéndolo al revés de como se lo dijeron».

Era muy galán un gran señor, y para ser tan lucido deslustrábale alguna escaseza, que, por muy rico y muy mozo, sobre las demás partes le sentaba ésta peor; y así, otros caballeros le estaban, sin lisonja, diciendo que no había en España quien tan bien se supiese vestir como él, cuando le dijo: «Todo eso es así; pero lo que yo suplico a Vuestra Señoría es que se sepa desnudar». Dijo entonces aquel señor que, si no hubiera partidc su recámara a una jornada larga que pensaba hacer, juraba a tal que le diera el mejor de sus vestidos. Y replicóle «que no era aquel consejo tal, que mereciese premio; mas que, para de balde, no le tuviese por malo».

Tenían dos hombres avarientos ganado en compañía, porque, como eran de una condición, hacían granjería cada uno en la del otro. Pues como las ovejas, por no pagalles dehesa, andaban por los montes, y los perros con el poco pan estaban

flacos, viniendo al trasquiladero, las ovejas llegaban peladas y los mastines mansos y lanudos, con la hambre que pasaban. Mirando, pues, los miserables trofeos de sus condiciones, dijo a sus dueños (que eran los mismos hombres vivos de los gatos muertos):

«De vuestras miserias viejas
Dan fe, por valles y cerros,
Las ovejas como perros,
Y los perros como ovejas».

Tardó una gran señora en tener hijos de bendición, y a cabo de muchos años y devociones parió un hijo ciego. El cual pasando por la Encoronada de Nápoles, dijo un soldado: «Pues allí donde le veis, es hijo de oraciones». Respondió: «Bien se le parece en lo ciego».

Hay en Madrid un sitio que llaman la Puerta Cerrada, y preguntándole un pobre dónde era, respondió: «Para vos, aquí». Y señaló una casa de un rico miserable.

A una vieja fea y arrebolada, que vió cuando quería anochecer, dijo: «Arreboles a la noche, y a la mañana sin sol».

Repuntáronse dos soldados, y puestos ya en cólera, dijo el uno al que era más mozo: «Cosa muy propia vuestra es hacer siempre necedades». «¿Yo necedades?», respondió el injuriado. «No dijo sino mocedades», replicó [Rufo] muy a priesa; y con esto, y afirmar lo mismo otros, se previno el inconveniente y quedaron buenos amigos.

Contaba el Duque de Pastrana que, siendo niño, un criado de los del Príncipe su padre, pareciéndole que estaba durmiendo sobre una silla, le tomó de la faltriquera unos guantes de ámbar. Y hecho esto, en espacio breve, apañó un candelero de plata de dos que estaban sobre un bufete, y se salió de la pieza. A todo lo cual, por no afrentalle, se hizo del dormido. Alabóle aquella grandeza, y dijo: «¡Oh, qué olorosos guantes y qué hermoso blandón!»

Estando a oír una comedia, púsosele delante un viejo y después se le subió sobre un canto, sin dejarle por donde viese. Por lo cual dijo: «Padre honrado, sepa que los hombres no crecen cuando son de tanta edad».

Un galán honrado y de grandes partes nació cojo, y, aunque casi no le afeaba y era esforzado, ágil y mañoso, parecíale que el pie le deslustraba; y así, le dijo «que no se quejase, pues que para esperar le sobraban pies y para huír nunca los había de haber menester». «¿Y para alcanzar?», preguntó el susodicho. Respondió: «La puente de plata».

Viendo cierto galán de copete alto y que en todos sus ademanes daba bien a entender lo mucho que se preciaba de aquella inútil diadema, dijo «que era Sansón vuelto por pasiva».

Un niño simple solía abrir la boca, y, sin decir palabra, hacía con los ojos mil visajes. Por el cual dijo: «Este habla con los ojos y mira con la boca».

Un poeta de poco ingenio tenía un amigo que se llamaba Ventura, que tampoco lo era bueno; y refiriendo ciertas coplas ajenas y estremadas, decía «que él y Ventura las habían hecho». Respondió: «Esa no fuera ventura, sino milagro».

Jugando a los dados, paró cinco escudos, y echándole azar, reparólos y topáronle con encuentro. Por lo cual uno de los que miraban le dijo: «Quien mucho abarca, poco aprieta: más valiera no haber reparado». Respondió: «No pensé que érades adivino; pero ¡cuántos hay que por ganar quince hacen una falta!»

Un hijo de padres muy discretos, que, como suele suceder, no lo era, pasó por donde estaban él y otro que conoció al padre de aquél que degeneraba, y no tenía noticia dello por no habelle tratado; el cual, con la buena fe de su padre, dijo: «Discreto debe de ser este caballero». Respondió: «Sí debe, pero no lo paga».

Un señor llegó a ser gran privado del Rey y ministro suyo, por sus letras y prudencia; pero faltóle la salud de tal manera, que le daban dos amas leche, porque apenas digería otra cosa. Y subiendo una mañana a visitalle, halló que aún no habían alzado la cama que en bajo hacían para su mujer, hermosísima y ejemplar señora, y halló al enfermo abrazado con una perrilla lanuda que, porque le diese calor, echaba cabe sí. Bajando, pues, de ver y notar aquella estrañeza, preguntado qué hacía el susodicho, respondió: «Allí está hecho un Tántalo, entre los favores de su mujer y la privanza del Rey, imposibilitado para lo uno y lo otro; gobernando como viejo, y

mamando como niño; su mujer, durmiendo en el suelo, como si fuese una perra, y una perra en la cama, como si fuese su mujer».

Tenía el mismo en su aposento muchos relojes, y como un día diesen dos o tres a la par, dijo: «Muchos contadores son estos para tan poco caudal de vida».

Partió de Madrid un señor para su tierra, casi muerto y sin esperanza de mejoría. Y preguntado a qué iba, dijo: «A llevar sus tripas a la sepultura». Y así fué, porque espiró en llegando.

Una dama de las más hermosas de España le dió unos antojos de cien vistas para que la mirase con ellos. Y como luego los quisiese romper y ella le preguntase por qué, dijo: «Por mentirosos, pues me enseñan muchas como vuesa merced».

Llamó un caballero a grandes voces un paje suyo, diciendo: «¡Apriesa, hola, hola!» El paje se salió huyendo a la calle, y su amo dijo: «¿Qué le tomó a aquel diablo para huír?» Respondió: «Como vió tan grandes olas, temió la tormenta».

Cayó de un caballo cierto caballero, y obligóle el quedar cojo a traer siempre bordón. Éste, pues, se lamentaba un día de que sus criados no le estimaban como antes. Respondió: «No sé yo por qué, pues tenéis siempre el mando y el palo».

Un hombre que ni era principal ni tenido por valiente fué a matar a la iglesia a un caballero que le había hecho un

enojo. El caballero se dió tan buena maña, que dió con su contrario en tierra, y le pasó de una estocada por el vientre. Y maravillándose los médicos de que la herida no tocase en tripa ninguna, les dijo: «Cómo le había de tocar en las tripas, si no posaban entonces allí».—«¿Cómo así?», le preguntó el uno dellos?—Respondió: «Porque había hecho de las tripas corazón».

Hospedóle cuando vino de Italia cierto gran señor en su misma casa, el cual tenía cantidad de mal francés. Pues como una noche a deshora, viniendo de pasearse, no pareciese la llave de su aposento, y el señor le dijese: «No importa; que por esta noche partiremos mi cama», respondió: «Yo aceptara esa gran merced si no fuera mayor el peligro».

Tenía un soldado cierto primo médico de los de menor cuantía, y estando enfermo, mandó llamar a otro que le curase; y como le dijesen: «Cúrese con fulano, que al fin es primo, respondió: «¿Qué aprovecha, si no lo es en su arte?»

Tratábase entre algunos cortesanos qué sería la causa de que personas no beneméritas administraban cargos que excedían su capacidad. Y la razón que dió fué decir «que los grandes negociadores no tenían mal derecho para salir con sus pretensiones, y que los que menos merecen suelen ser los que más solicitan».

Topando una dama que había estado enojada con él, le preguntó secamente cómo estaba. Respondió: «Como vuesa merced fuere servida».

Casóse un caballero pobre con una mujer rica, si rica se puede llamar para mujer una labradora vieja, fea y celosa, y no la más discreta del lugar. Éste, pues, escusaba su matrimonio con decir que él quería alargar su vida y pasalla con mucha comodidad, porque la buena salud procede del bien comer y del bien dormir». Respondió:

«No es regla tan general;
Porque yo conozco quien
Por comer de día bien,
Duerme de noche muy mal».

Tenía cierto clérigo curioso gran copia de animales y sabandijas de yeso y madera, tan bien matizados y hechos tan al vivo, que parecía que lo estaban. Púsolos un día de procesión solemne sobre un tablado que para ello hizo, y comparandolos los que pasaban a diversas cosas, dijo [Rufo] que parecía desembarcación del arca de Noé.

Y aunque todo lo que allí parecía mostraba el primor posible, un gato, que aposta había puesto por sí sobre una ala de un tejado bajo, causaba admiración a la vista. Y como el clérigo dijese que le tenía aparte por ver, entre tantos como le alababan, quién lo encarecía mejor, respondió: «Ése os le alabará mejor que le rompiere de una pedrada».

Cierta mujer algo vieja, que había cantado mejor que vivido, tenía una voz un poco crespa, no tanto del tiempo como de achaques que siguen a aquel género de vida. Estando, pues, cantando a una guitarra un villancico que dice así:

«De vuestros ojos centellas,
Que abrasan pechos de yelo,

Suben por el aire al cielo,
Y en llegando son estrellas»,

como al tercer verso el músico que compuso la sonada subió el punto por guardar la propiedad, y la buena de la mujer se quedase con una desentonación y aspereza insufrible, le dijo: «Como su voz de vuesa merced es tan pecadora, no puede subir al cielo».

Habiendo dado un padre a su hijo una juradería, apretábale a que se la volviese, por lo cual le dijo: «Vuestro padre cuando érades mozo os juró, y ahora que sois hombre, reniega de vos».

Sabida la queja y lo que él había dicho, replicó el padre diciendo: «Yo no le di ese oficio, sino púsele en su cabeza». Respondió: «¿Para cortársela con él?»

Una mujer casada, de quien sè presumía por más que conjeturas que amaba más a otro que a su marido, apartaba cama y decía que le agradaba la continencia, y que así, bastaba dormir maridablemente la mitad del año, y lo demás estarse sola por amor de Dios». Respondió: «Mirad no sea por amor de dos».

Andaba gotoso un grandísimo borracho, y preguntado qué enfermedad tenía aquél, respondió: «Bebe puro y vive aguado».

Contáronle en su presencia a un obispo que la noche antes había parido una pobre mujer a escuras, por no tener con qué encender luz. Respondió: «La primera es que haya oído decir que parió sin ser alumbrada».

Repetía un poeta ignorante sus versos. Y siendo, como eran, ásperos y duros, decía que eran versos hinchados. Respondió: «De hidropesía, que es mal incurable».

Un caballero que debía a otro cincuenta escudos hizo una mohatra de raso; y como fuese Juan Rufo amigo del acreedor, le dijo: «Acudid a cobrar con tiempo, porque si se acaba el raso, se anublará la cobranza».

Preguntóle un caballero si haría una glosa sobre un pie que le daría. Respondió: «Y sobre éste». Y puesto sobre un pie, sin llegar el otro al suelo, oyó el verso (que fué el que se sigue), y glosóle como aquí se verá:

«*Estoy tal, que ya no oso.*

Ícaro fuí en el volar,
Y acerquéme al cielo tanto,
Que, sintiéndome abrasar,
Caí en el mar de mi llanto,
Donde me habré de anegar.
Y como mi sol hermoso
Niega el puerto venturoso
A tan honrada osadia,
En medio de mi porfía
Estoy tal, que ya no oso».

A un mal representante dijo «que para qué había tomado oficio cuyo fin era agradar a todos, pues a ninguno agradaba». Él le respondió que a él le parecía que podía representar sobre las nubes. Y replicóle: «Y a mí también, porque no os oiríamos desde acá».

Ahogóse cierto hombre borracho nadando en Guadalquivir, y dijo: «Al fin murió aquel hombre a manos del mayor enemigo que tenía».

Trataban unas señoras de labrar en una heredad suya un palomar, y comenzando a abrir la zanja, hizo sentimiento el cuerpo de la casa, de suerte que se salieron huyendo al campo, donde las topó; y sabido el caso, les dijo: «Vuesas mercedes trataban de hacer un palomar, y hánse vuelto palomas».

A un chocarrero viejo y pesado en cuanto decía, le dijo «que era cascabel de plomo».

El año de setenta y nueve se helaron las viñas por el mes de Mayo; y después, en los meses de Agosto y Setiembre fué tanto el calor, que se abrasó y secó el poco fruto que había madurado. Y como se tratase dello, dijo: «Este año han tenido las viñas frío y calentura».

Decíale el Duque de Alba don Fernando que Su Majestad era tan despreciador de sus propias alabanzas, que no tenía ni quería tener coronista. «Pues Ambrosio de Morales, ¿qué plaza es la que tiene?», preguntó. Respondió el Duque: «Ese es coronista del Reino». Replicó entonces: «Según eso, él es coronista del Reyno y del Rey no».

Andaba enamorado cierto estudiante de una moza en Salamanca, y yendo por su calle él y otros, topó un frailecillo lagañoso, hermano de la dama, y comenzó a dalle mil besos. Viendo este exceso, y no ignorando la causa, dijo a los demás:

«Al son que el amor ordena,
¿Qué seso habrá que no baile,
Pues besa este necio un fraile
Por alivio de su pena?»

Tenía un caballero un esclavo que valía trecientos ducados, porque era mozo, leal, sano, de buen talle y razonable voz, y, con todo, era tanta su codicia, que le hacía en días caniculares trabajar al sol en una obra por dos reales cada día. Pues como este caballero se loase de que no era tahur, respondió: «Y aun guillote, pues jugáis cada día trecientos ducados contra dos reales».

Él y un amigo suyo, que le solía reprehender porque no componía la segunda parte de *La Austríada*, pasaron por donde estaba un pajarillo destos que suben la comida y la bebida con el pico, entre otros que estaban enjaulados. Y como todos cantasen y aquél no, dijo: «Veis aquí un retrato del silencio de mi pluma: porque no soy pájaro enjaulado, sino aquel que está con la cadena al cuello». Preguntado por qué, dijo estos versos:

«Para el hombre que no es rico,
Cadena es el matrimonio,
Y tormento del demonio
Sustentarse por su pico».

Una mujer que desollaba a otros se aficionó a un tahur, y tras haberle dado muchos ducados (de que él dió mala cuenta), no teniéndolos ya para acudille como solía, suplió la falta con envialle un día al tablaje tres sortijas con dos rubíes y

un diamante. Visto lo cual, dijo: «Loca fina es esta mujer, pues tira piedras finas».

Loaba unas coplas, porque en efecto eran buenas, aunque de un poeta que decía mal de todo cuanto él había escrito. Y diciéndole un tercero que para qué alababa obras de quien tan mal le correspondía, respondió: «Que siempre sería discreta hazaña echar pensión de justa alabanza sobre ajeno beneficio».

Apenas hay hombre tan sin noticia de historias que no la tenga muy cierta del mal tratamiento que hicieron a las hijas del Cid los Condes de Carrión. Pues como por una calle pasase cierto hombre de los que merecen paseallas por justicia, y fuese su persona en orden y a caballo, porque estaba rico con las maquilas de los aficionados de una hija suya, que eran personas graves y ricas, y, sobre ciertos debates que con él tuvo, le viniese a decir este hombre que él se tenía por tan bueno como el Cid, respondió: «Yo entiendo que, en cuanto a yernos, le hacéis mucha ventaja».

Advertía a un conocido suyo de que a la mesa de un gran señor que servía no hiciese meneos. Y como él se escusase y dijese: «Esa falta es aire», respondió: «No es sino desaire».

Compró un hombre un caballo viejo que había sido bueno, y pensando que hurtaba bogas, examinándole para padre, dió por él más que valía. El caballo se mancó, y desmoronándose como casa vieja, no bastaba, a poder de albéitares y curas, a

reducillo a que fuese de algún provecho, y así le dijo: «Este caballo compraste para padre, y háseos vuelto padrastro».

Topóle un hombre que había doce años que no le vía, el cual, en lugar de la primera salutación, le dijo (casi al tono que se habla riñendo): «¡Viejo estáis! ¿Es posible tal cosa? ¡Diferente os vi ahora doce años!» Respondió: «Por cierto, señor, que me tratáis como si yo fuera vestido que me prestastes».

A un hombre que traía hecha andrajos la capa le preguntó cómo se llamaba, y como dijese que Domingo, respondió: «No es ésa capa de domingo».

Estaba rezando un señor que era valiente y se preciaba dello. Y como preguntasen ciertos amigos suyos: «¿Por quién reza fulano?, respondió: «Por los que ha de matar».

Cierto poeta y músico componía ruines letras y dábales buenos tonos, por lo cual dijo «que eran sus coplas delitos bien pregonados».

A un mozo que, por serlo en todo, se juzgaba inmortal, dijo: «¡Oh peligrosa seguridad; pues no hay mozo que no pueda morir hoy, ni viejo que no pueda vivir mañana!»

Llamábase cierta mujer fulana Hermosa. Pues como también lo hubiese sido, y perdídolo con pobreza y enfermedades, topándola él y otro, dijo aquél: «¡Oh, qué pobre está la Hermosa!» Respondió: «Y tanto, que hasta el nombre no es suyo».

Quedó picado cierto hombre de que le hubiese ganado una libra de diacitrón, tanto, que rompió los naipes; y díjole: «Más son las circunstancias que el pecado; yo os gané una libra, y os ha pesado más de cien arrobas».

Un negro que se llamaba Domingo traía a rifar dos pares de perdices, y rogóle que en una casa donde entraba hiciese que le dejasen entrar a rifallas. Y así dijo a los demás: «Señores, ahí está Domingo en la noche, que nos la quiere dar buena con una rifa mansa que trae».

Tratábase un día del gran puesto que ocupaba García de Loaysa, maestro de V. A. y limosnero mayor de Su Majestad, y cómo era naturalmente apacible, venerable y jovial, y hubo quien dijese «que hasta el nombre tenía agradable», lo cual oído por él, dijo: «Es así: que García parece que quiere significar gracia»; y prosiguió diciendo:

«*García*, gracia es tu nombre,
Sin que una letra le falte,
Y *loa*, el precioso esmalte
De tu felice renombre.
La *y* griega es conjunción,
Y el *sa* significa sabe;
Mas como todo en ti cabe,
Es nombre y difinición».

Estando en el campo de Tablada, en Sevilla, día de San Sebastián, infinito número de gente que aquel día sale, por ser allí la ermita del bienaventurado Santo, hacíale muy bueno y estaba toda aquella gran llanura poblada de hombres y

mujeres. Visto lo cual, le dijo otro que iba con él: «Si cada persona se vòlviera una casa, bien populosa ciudad quedara aquí fabricada». Respondió: «Y si esa ciudad hubiera de durar por el tiempo de las vidas que cada cual había de vivir, no más, ¡qué lastimoso espectáculo fuera ver caerse casas por horas, y qué vacías estuvieran aunque las dieran de balde!» El otro dijo que tenía razón; y así, concluyó diciendo: «Pues ¿cómo andamos, comemos y dormimos descuidados; pues somos edificios con esa condición, casas sin cimientos y árboles sin raíces?»

Un amigo suyo, flemático y muy compuesto al parecer, se enojó por liviana ocasión, tan fuera de término, que desacreditó su modestia. Pasado que fué el enojo, le preguntó: «¿Qué os ha parecido de mí?» Respondió: «Que estáis guarnecido de flema y aforrado en cólera».—«Pues, ¿qué remedio?»—Respondió: «Que, al tiempo del enojaros, os volváis lo de dentro afuera».

Fué un día de cuaresma a su heredad, donde tenía unos podencos excelentísimos. Y como no se cazaba en aquel tiempo, así por ser vedado (a causa de la cría), como por no serlo de comer carne, [y] el casero no les daba toda la ración de pan que se les enviaba, halló tales los perros, que no los conocía de flacos. Vuelto a la noche a Córdoba, entre otras cosas, le preguntó su padre: «¿Cómo trata el casero los perros?» Respondió: «Como a soldados en tiempo de paz».

Este término *homicida*, que, como V. A. sabe, quiere decir matador de hombres, es puramente compuesto de dos pa-

labras latinas, y así los demás: fratricida, el que mata a su hermano; parricida, el que a su padre; y el que a su madre, matricida. Hablando, pues, él y otro hombre que trataba muy mal a su hijo y le tenía en una áspera prisión, le dijo: «No queráis con oprobio y mengua vuestra añadir (matando a vuestro hijo) un término más a la lengua latina y española». «¿Cómo así?» le preguntó. Respondió: «Porque los que antiguamente compusieron los vocablos desde homicida hasta matricida no compusieron *filicida*, pareciéndoles que se ofendía la piedad de los padres en solo oírlo, y que nunca había de ser menester». Pudo esta persuasión tanto, que sacó lágrimas de los ojos del padre, y al hijo de la cárcel en que estaba.

Entrando a visitar a prima noche una hermosa y discreta dama, aunque le hizo sentar, estábase la criada, que tenía la luz, en pie; y así, pidió licencia luego para irse. Pues como la dama dijese «que por qué tan apriesa», respondió: «Porque está la visita con la candela en la mano».

De quinientos ducados que el Rey le hizo de merced por un libro de *La Austríada*, fué gastando en el sustento de su casa, hasta que no le quedaban sino cincuenta, los cuales se puso a jugar. Y preguntado por qué hacía aquel exceso, respondió: «Para que las reliquias de mis soldados venzan o mueran peleando, antes que el largo cerco los acabe de consumir».

Tratábase en una conversación de curiosos qué era la causa porque Br^e^ quería decir Bartolomé, y no Bernabé. Respondió: «Porque San Bernabé cae en el mayor día del año, y no sufre abreviatura».

Iba un hidalgo en un muy mal caballo; y como ciertos conocidos con quien se paró a hablar le dijesen algunas cosas de muchas a que el rocín daba materia, el dueño dijo algo colorado: «Pues en verdad que en su tanto corre bien». «Si él corre en su tanto—dijo—y no vale nada, será inmovible».

A un hombre infame por su oficio y no menos por sí mismo (porque era lo menos ser juglar), que lo echaba por lo valiente, le dijo: «Tan grande impertinencia es ser valiente vos, como si hiciérades lumbre de canela para asar un rábano. O como si diérades la capa en tiempo de frío por unos guantes, no teniendo manos».

Estando muy malo de una enfermedad aguda, le preguntó el médico que cómo le iba de catorceno. Respondió: «Tan mal, que les irá a mis hijos bien de bayeta».

Topando a un caballero, ya hombre con barbas, el cual habia visto nacer teniéndolas ya él, dijo:

«Barbas del que vi nacer
Teniéndolas yo en la cara
Son prueba evidente y clara
De que viejo debo ser».

Quedó huérfano un soldado vergonzosamente, y queriendo darle otro el pésame, hizo buen oficio a entrambos en estorballe que no se le diese. Y apartados de con él, preguntó el tercero: «¿De qué murió su padre de fulano?» Respondió: «De un aprieto en la garganta». Preguntó aquél: «¡Ay Dios, si pudo confesar!»—«Y aun supo su muerte dos días antes». Pre-

guntó: «¿Revelósela Dios?»—«No fué revelación divina, sino sentencia difinitiva de juez competente».

Salió a un tablado a echar la loa un representante grande de cuerpo, con una ropa que apenas le llegaba a la rodilla. Y como uno dijese: «Éste se llama Toro». Respondió: «Y la ropa es de cuando era novillo».

De palabra en palabra, sobre ciertos debates, le dijo un íntimo amigo suyo: «A lo menos no se ríen de mí, como de vos». Respondió: «Yo no sé si ríen de mí, porque lo deben de hacer en mi ausencia; ni tampoco si se ríen de vos, porque no lo osaran hacer delante de mí». Que fué deciile que sabía mejor ser amigo que él, y probárselo con su misma confesión.

En cierta conversación dijo un fraile: «¿Cuál es el fraile que no tiene devota?» Respondió: «El que es devoto».

Murió un gran señor que, aunque en efecto no había hecho mal a nadie, había hecho tan poco bien, que apenas se echó de ver su muerte, ni se hablaba della. Pasados cosa de ocho días después de su fin, se dijo en una conversación: «¡Qué poca falta hace el haberse muerto fulano!» Respondió: «Señor que sale del mundo con pasos de ladrón, poco era menester en él».

Tuvo un criado que se llamó Ramos, que bebía por seis hombres, al cual envió por una garrafa de vino de diez años a casa del Obispo de Córdoba. El insolente Ramos se bebió la

mitad, y aguó lo demás, como mala tabernera. Llegado que fué, el mismo vino y él descubrieron el hurto, por el bravo tufo que al Ramos le salía por la boca, y así le dijo: «Tú eres taberna en pie, pues la traes en el estómago, y el ramo en el nombre».

Quería herrar un esclavo cierto amo suyo, y para ello hizo llamar un barbero afamado, que acaso se halló hablando con Rufo, al cual dijo: «Pues siempre acertáis, no herréis; porque indigna cosa es que manos diestras en beneficios para la salud esculpan caracteres feos en la cara de un cristiano».

Pasando por Toledo de paso, se detuvo de propósito más de ocho meses, porque no le obligó a menos aquella imperial ciudad, cifra de las siete maravillas del mundo, segunda Roma y madre del divino Garcilaso; digna, por cierto, de que tal hijo la celebrara en historia particular, con la suavidad y alteza de su estilo. Considerando, pues, las excelencias de tan notable lugar, vió con evidencia que su templanza y las influencias de su clima producen generalmente buenos ingenios y nobles inclinaciones, de donde resulta que los hombres, amando más que temiendo la justicia, obedecen las leyes, no por la fuerza, sino por la razón que tienen; y así, raras veces suceden riñas, homicidios ni otros sucesos escandalosos. Pues como, tras haber notado esto, viese que, a causa de ir por allí el Tajo muy veloz en su corriente y ser desigual en sus orillas y centro, se ahogaban un verano muchos que, por su regalo y salud, se iban a bañar, y oyese decir que algunos años solía pasar de treinta el número de los ahogados, respondió: «Basta: que en Toledo mata más el Tajo que la estocada».

Estando detrás de una gelosía con ciertas damas muy hermosas, desempedraban la calle a carreras una banda de galanes a la jineta, por los cuales dijo: «Aunque corran de aquí a mañana, no llegarán donde yo estoy».

Envió a pedir un macho prestado cierto caballero a otro que era anciano y demasiado de guardoso, y como no se le diese, enviándole a decir que no era a propósito para camino por ser muy nuevo y pasicorto, respondió: «No es sino porque es su amo viejo y no manilargo».

Díjose que una mujer adúltera escapó de su marido por no tener con qué matalla. Respondió: «¿Teniendo cuernos le faltó con qué?»

Estando condenado a muerte afrentosa por delito infame cierto delincuente, le sobrevino una aguda y peligrosa enfermedad, de la cual dijo «que no moriría: porque el temor de la muerte era el mayor accidente de las enfermedades, y éste faltaba en aquélla».

Estaba cantando un hombre muy mal, y otro que cantaba mucho peor le dijo: «Vos sois el que peor canta en el mundo». Respondió: «Decídselo cantando, y sacaréisle de la puja».

Preguntóle un conocido suyo «si se teñiría la barba, porque se le iba encaneciendo y se usaba esta gala». Respondió: «Ya que otras finjan, diga la vuestra verdad». — «¿Cómo fingen?» preguntó aquél.—Respondió: «¿Qué mayor ficción que hacer de lo blanco negro?»

En otra conversación que se trataba desta materia dijo «que, siquiera por ser las barbas orla de la lengua, habían de ser puntuales y verdaderas; y que él esperaba que la consideración de la pregmática de las lechuguillas [había] de ser ensalada y principio de lás barbas, por quitar a los hombres de cuidado tan sin provecho».

Preguntóle un curioso qué quiso decir en cuatro versos que, amonestando a su hijo a que fuese bien criado, dicen así:

«Y ya que no por igual
Trates a los desiguales,
No les quites, sino dales
En su tanto a cada cual».

Respondió «que la copla era bien clara; pero que aun decía más de lo que sonaba: porque ningún hombre del mundo está contento con su suerte, y de la misma manera ninguno huelga de oír al justo su difinición, condición, calidad, estado, talle ni figura: y así, al rey agrada más el título de monarca; al señor, el de príncipe; al caballero, el de señor; al hidalgo, el de caballero; al villano, el de hidalgo; y que al chico de cuerpo se le ha de llamar mediano; al moreno, trigueño, y al negro, moreno; al ventero, huésped, y al oficio, arte; al que es gordo, fresco y corpulento; a las necedades, descuidos. Y finalmente, el que quisiere ser bien quisto, conviene que en los términos de hablar eche siempre ensanchas y alforzas. Hasta el ciego se consuela con oírse llamar privado de la vista».

Estando a la mesa de un Grande algunos convidados, uno dellos, entre la vianda y el postre, comenzó a raer con el cuchillo las migajas que estaban sobre los manteles, teniendo

la cabeza baja y como imaginativo. Pues como todos lo echasen de ver, y él toda vía perseverase en su capricho, le dijo: «¡Ah! caballero: ¿ha de pasar por ahí alguna procesión, o para qué barre su pertenencia?»

Preguntado cuál había sido el más feo hombre del mundo, dijo «que el más lindo lo es, si se echa de ver que se precia dello».

De la manera que el oro fino sufre esmalte y otros metales no, decía «que las canas son esmalte del tiempo, y que sientan bien sobre el oro de la prudencia».

Habíase introducido en cierta casa de conversación una costumbre de jurar tras cada palabra, tan hecha hábito, que, no sólo no se abstenían de hacello, más antes juraban sin parar mientes ni echarlo de ver. Visto lo cual, les dijo: «Basta, señores; que es ya el jurar puntos y rasgos desta conversación».

Predicó cierto fraile presentado con poco espíritu y menos gracia y sin ninguna erudición; y preguntáronle: «¿Qué os parece del presentado?» Respondió: «Que si le presentamos a otros, nos le han de volver a la cara».

Estaba un verdugo ahorcando a un ajusticiado, y dijo uno de los que le miraban: «Este verdugo es más liviano que una onza». Respondió: «Si el que está debajo de sus pies tuviera lugar de decillo, él jurara que pesa más de mil arrobas».

Ciertos galanes dieron a una mujer ocho puñaladas, queriéndola matar porque no descubriese un secreto de importancia. Pues como quedase viva y lo dijese a todo el mundo, dijo: «Por cerralle a esta mujer una boca, le abrieron ocho más».

Vino de ver un hombre a quien había herido en la cabeza un amigo suyo, que estaba retraído. Pues como estuviese peligroso y éste le preguntase: «¿Qué os [ha] parecido del enfermo?», respondió: «Harto peor de lo que vos quisiérades». —«Pues, ¿qué me aconsejáis?», volvió a preguntar. Respondió: «Que no seáis barbero, porque tenéis muy pesada mano».

Tañendo una harpa cierta mujer, saltó una cuerda, y dejó de tañer con un gran temblor, por lo cual le dijo estos cuatro versos:

«Nunca cuerda mató a loca;
antes es muy de ordinario
verisímil lo contrario;
tocad, u dirán que os toca».

Mató a un napolitano un soldado que se llamaba Pozo, y fué grave el delito, por ser liviana la ocasión y porque el Virrey, por justas causas, deseaba aquellos días tener grato el pueblo. Estando, pues, junto a la Encoronada diciéndole al soldado homicida lo mucho que le convenía guardarse, y él respondiendo que no se le daba un cornado, llegaban por sus espaldas seis u ocho a prendelle, y tan cerca ya, que no tuvo lugar más que para decille: «¡Ah, señor Pozo!»—«¿Qué mandáis?» dijo él.—Respondió: «¡Dios os perdone!» No fué sin

propósito, porque le echaron mano, y otro día hicieron justicia dél.

Iba por una calle un padre con seis hijos, que para ser todos de una madre, tenían estrañeza: porque había entre ellos algunos bermejos, y otros rubios más claros, y otros morenos garzos y de pelo negro, que son extraordinarios matices; por los cuales dijo «que parecían cama de gozques». Y preguntado por qué, respondió «que entre ellos hay diferentes colores, aunque sean de un mismo parto».

Hablaba un gentilhombre muy delgado y espaciosamente, de manera que le llamaban todos un nombre de mujer. Era este un hombre de bien, aunque mezquino, encogido y para poco; y habiendo en una conversación motejado de insolente a cierto hombre por quien él volvía, dijo el tiple: «No tenéis por qué contradecir lo que tengo dicho, pues consta dello que fué este hombre único; y ser famoso es cosa que se debe estimar, sea en lo que fuere». Respondió: «Luego por éso habláis vos delgado».

Determinadas madre y hija a poner escuela de Venus, que es negocio mal usado y peor consentido, le dijeron que querían tomar casa en la calle de Atocha, más abajo de la Trinidad. Respondió: «Y harto más abajo será, cuanto va del cielo a los infiernos».

Habiendo vendido un ginovés un caballo, entregado ya al que le compró y embolsado el dinero, hablábase dello entre ocho o diez caballeros que estaban con él, el cual les dijo:

«Por cierto, señores, que si supiera que cualquiera de vuesas mercedes se contentaba del caballo, que gracioso y de balde se le diera yo». A este cumplimiento respondieron todos (como coro) con un «Beso las manos de vuesa merced», a ocho voces. Y así, vuelto al ginovés, le dijo: «No quiera vuesa merced con una hija tantos yernos: ¿con caballo ajeno y tan bien vendido quiere que todos le den gracias? Más es éso que ganar ciento por ciento».

Dejó de ser Lucrecia una que se había traido muy honesta, y regalándola un médico rico, andaba cubierta no sólo de oro y seda, mas de alguna pedrería. Y aunque no todo se lo daba aquel doctor, era, en fin, el más de casa. Pasando, pues, esta dama por delante de un corrillo, de los que suelen ser escollos en que padecen naufragio semejantes galeras, hubo quien dijo: «Si tan medicinal, ¿cómo tan empedrada?» Respondió: «Hánla empedrado después que se hizo calle pasajera».

Vendió su heredad un hombre pobre por mucho menos de lo que valía, y dijo: «No la vendiste, sino la mal distes, pues que fué como dada, y no os lo han de agradecer».

A un hombre que valía su hacienda más de cuarenta mil ducados, que usaba un oficio vil, le dijo: «De tanto os sirve la riqueza como al jumento ser hovero, o como el sayo de seda a quien trujese la capa de sayal».

Poniéndose a tañer una vihuela cierta mujer tenida por mudable, tardaba en templalla, y dijo: «El tiempo quiere mudar-

se; que estas cuerdas lo sienten». Respondió: «Por lo que tienen de cuerdas, son enemigas de mudanza».

Un curioso hombre hizo un jardín en su casa, tan lindo y tan aseado, que podía ser orla de los de Aranjuez. Pues como entrase a verlo, y entre otras particularidades halláse escrito o formado entre varias figuras el nombre del dueño, le dijo: «Quien tan discreta cosa hizo, bien fué que la firmase de su nombre».

Pasaba un contrabajo de la capilla del Rey, y preguntó uno que no le conocía: «¿Quién es éste?» Respondió: «Es uno que canta con trabajo y vive con descanso».

Estando sentada en el claustro de una iglesia cierta señora hablando con él, un caballero mozo muy carrilludo comenzó a paso algo apresurado a dalle vueltas, haciendo paradas de cuando en cuando. La señora se amohinó y dijo «que parecía perro de muestra». Respondió: «No parece sino hombre por mostrar».

Prestó un hombre a su padre trecientos escudos, el cual se los pagó en vino de su heredad, no al precio que entonces valía, que era poco, sino a razón de como había de valer de allí a seis meses. El hijo fué a Sevilla a cosa que no pudo escusar, y cuando vino, pasado el tiempo, halló que su padre, en cuyo poder había quedado el vino, lo había vendido y gastado el dinero. Pues como él se quejase desto a algunos caballeros, y uno dellos, en lugar de consolalle o de ofrecerse a tercialle bien, no le respondiese palabra más de preguntalle:

«Y ¿en qué pago es la heredad?», respondió: «Paréceme que en el que dió el diablo a los suyos».

Uno que vivía de hacer comedias tenía en el dedo una sortija buena, y preguntándole cuánto le había costado, respondió que era presentada; y replicóle: «No es sino representada».

Yendo caminando por Aragón, después de tres años de ausencia de su casa, posaron en una misma posada él y una señora que iba camino. Pues como después de cenar ella suspirase por su marido, que le tenía lejos y había días que no le había visto, y él estuviese con el mismo sentimiento por su mujer, escribió estos versos en una pared de la posada:

«En esta casa han dormido
Muy sin gusto ni placer
Un marido sin mujer
Y una mujer sin marido».

Imprimió sus obras un mal poeta, y fué notable cosa que, aun siquiera por novedad, no pudo su fama alzar alguna llamarada, sino que luego se sepultó en un perpetuo silencio como castigo oculto de algún mal religioso. Pero como éste a los del coro de las Musas no pudo dejar de ser notorio, dijo un poeta: «¡Qué sordos están fulano y su libro!» Respondió: «No parece que imprimió libro, sino que cayó en un pozo, sin que nadie le viese».

Un enamorado gordo por estremo, para que su dama le saliese a hablar una noche, pasó cantando por la calle:

«De los álamos vengo, madre».

Juan Rufo, que era su amigo, acertó a llegar a esta sazón, y como oyó el cantarcillo, entendido que era seña, le dijo:

«De los álamos venido
Son de ti señas indinas;
Díle que de las encinas,
Y serás bien conocido».

Pedía a un galán una mujer de más de cuarenta un precio excesivo por admitille en su casa, al cual dijo: «Si tan caro os ha de costar, mejor es sacarlo de la tienda que vestiros de ropa vieja».

Decía un caballero que cierto Cardenal salió quejosísimo de una gran señora, porque, al visitalla, anduvo muy limitada en las cortesías. «De esa manera—respondió al que lo contaba—, él entró Cardenal y salió postema».

Porfiaban ahincadamente dos grandes amigos, y viendo que el negocio iba a más andar en rompimiento, apartó al que tenía razón y le dijo: «Aunque os reverencio como a padre, os quiero referir un consejo de los que di a mi hijo, que dice así:

«Deja siempre la porfía
Primero que se comience:
Porque sin duda la vence
El que della se desvía».

Y prosiguió diciendo: «El que sustenta razón es a quien toca tenella también para esto, pues al que le falta no es mucho que no caiga en la cuenta, o que pertinazmente quiera partir el hijo, que es la amistad verdadera, como la madre fingida

del juicio de Salomón». Y así, debe el prudente decir como la otra que le parió: «Más quiero que se le den entero que ver tal sacrificio». Y los que esta templanza juzgaren, aunque Salomones no sean, sentenciarán en su favor.

Iban en un coche dos señores de título de los más modernos y menos ricos, y un obispo de anillo, y preguntándole: «¿Quién va en aquel coche?» respondió: «Una señoría en menudos».

En el consejo de guerra dijo «que se requiere que haya soldados muy pláticos y experimentados, entre los que por su mucha prudencia y noticia universal de negocios de Estado pueden alumbrar a los de menos suficiencia. Y que así, los consejeros de guerra habrían de ser como procesión de disciplina: unos de luz y otros de sangre».

Estando a la muerte, le consoló un poeta con decille que, si Dios se le llevase, le haría un solemne epitafio. Al cual dijo que, «pues para otros muchos los había hecho, quería hacerse uno a sí mismo, siquiera porque en semejante sujeto son voces más vivas las de los muertos»; y así, en presencia del mismo, hizo éste que se sigue:

«Aquí yace un pecador,
Que al morir, nacer quisiera,
No por vivir como quiera;
Mas para vivir mejor»

Un marido celoso, sin ocasión dió a su mujer con la olla que estaba puesta al fuego; a la cual dijo: «A vuesa merced

le han dado con todos los cuatro elementos, tierra, agua y fuego, que la olla hirviendo incluía en sí». Preguntó ella: «Y el aire, ¿dónde se queda?» Respondió: «Más hubo de eso que de todo, pues fué aire la causa del terremoto».

Para pagar una deuda, vendió cierto caballero un buen caballo, y teniendo en la mano quinientos escudos, que fué el precio, le preguntó si sería bueno probar la mano y ver si los doblaba. Respondió: «Haber vendido el caballo y pagado lo que debéis, es haberos apeado vos; y si le jugáis, es haberos arrastrado él».

A un barbiteñido dijo «que no era gran hazaña acostarse cisne y levantarse cuervo».

Decía también «que las barbas de los hombres se habian vuelto girasoles, quitando a la vejez el consuelo de ser autorizada; y que algunos refranes antiguos daban claro testimonio de cuán estimada cosa es la barba del hombre, pues al decirse alguna desenvoltura o palabra mal sonante, se suele disculpar con decir: «Hablando con perdón de las barbas honradas». Y para obligar a ser verdaderos los hombres de bien, se dice: «Diga barba que haga». No se aborrezca, pues, aquello que tanto se deseó, como es llegar a viejo; y el tiempo que vanamente se ocupa en alheñarse el pelo, por dalle librea del verdor de las costumbres, aplíquese a moderallas, pues lo van enseñando el tiempo y la naturaleza. Y si en las rencillas se ofrecen ocasiones en que no queda uno más cargado de como él da a entender que lo está, aquél recibe agra-

vio de la vejez que más se corre de ser viejo y más se desvela en querello disimular».

En los lugares donde hay personas poderosas por cargos o grandeza, decía «que no se debía permitir que, especialmente en negocios criminales, se escribiesen a los jueces billetes de favor, porque un ministro se labra con los recaudos del que también lo es, como un diamante con otro».

Contaba una dama muy hermosa que un día antes había pasado un desmayo mortal; y como no se le echase de ver, dijo:

«Maravilla es nueva y rara
Que ayer tuviese desmayo
Quien hoy representa un Mayo
En las rosas de su cara».

Un mal poeta era tan confiado, que, para que sus letras se cantasen y llegasen a noticia de todos, tenía muy a su costa granjeado cierto músico que de sol a sol se las componía a tres voces, y, como los tonos eran buenos y nuevos, no resonaba otra cosa en la Corte sino la tempestad destos cantares. Y tratándose del artificio del músico y de cuán bien premiado era del poeta por aquella ocasión, respondió: «Él se lo paga, porque le hace majadero a tres voces».

Revestíase para decir misa cierto clérigo que la decía muy de espacio, y como los que estaban para oírsela mostrasen descontentamiento por la tardanza que esperaban, les dijo «que se obligaba a persuadir a lo divino [a] aquel sacerdote que dijese apriesa la misa»: y llegando a él le habló desta manera:

«Las ánimas de purgatorio dicen que se les quema la casa, y ellas con ella; piden agua para aquel fuego, y ésta ha de ser de oblaciones y sacrificios; vuesa merced las socorra con brevedad». El dicho clérigo dijo que lo haría, y así lo cumplió.

Un caballero mozo comía unos bocados de mermelada, confeccionados con mucho ámbar y curiosidad, y preguntado a cómo le costaron, respondió con aquel inconsiderado encarecimiento que justamente no es permitido, y dijo que eran más caros que el bocado de Adán. Reprehendido de la exageración temeraria, le pidió que le disculpase si era posible, y lo hizo así:

«Lo dicho es temeridad;
Nadie habrá que no os lo tache;
Mas si el *caro* fué con *h*,
Es católica verdad».

Y porque no todos saben la ortografía y propiedad del escribir como V. A., se advierte aquí que *caro* escrito con *h*, entre la *c*, y la *a*, significa *dulce*, *querido* y *estimado*, *agradable* y *acepto*.

Cenaban una noche por Diciembre dos amigos suyos y él en una casa cerca de la famosa Galera en Madrid. Pues como los otros dos fuesen aguados y él sólo bebiese vino, de lo bueno que en aquella taberna se vendía, y otro amigo de los tres entrase preguntando: «¿Qué se hace con este frío?», respondió: «Como veo que estos señores se anegan en el agua, no oso salir un paso de galera».

Como fuese delgado en estremo y otro, gordo y gran apo-

dador, topándole Miércoles de Ceniza le dijese: «¡Cuán lejos estamos de parecernos!», respondió: «Con todo eso, parecemos vos y yo ayer y hoy».

Entró en la iglesia cierto caballero dadas las doce a buscar misa, y, como no la halló, dió por escusa que había hecho media noche y cenado tanto, que se había sentido mal dispuesto Respondió: «De esa manera, vuesa merced hizo mala media noche, y peor medio día».

Había un señor dado una espada buena con todo su aderezo a un poeta, porque le acompañase en cierto viaje. Pues como el poeta le dijese que se sentía muy malo, y no para ponerse en camino, y que si no hacía el viaje, el señor le quitaría la espada, respondió: «Menos mal es que os quite la espada, que no que os mate con ella».

Estando oyendo misa con mucho aprieto, entraba a oilla cierto personaje que no podía andar si no le llevaban en una silla, por algunas mocedades que había hecho contra su salud. Pues como al metelle así estrechase más el aprieto y causase inquietud en toda la capilla, le dijo:

«Si fuérades enfrenado,
No os hubieran ensillado».

Habían otro amigo suyo y él alquilado asientos en un tablado de cinco o seis gradas, y quedando en el concierto que habían de sentarse en la más alta, como llegasen tarde y estuviese todo ocupado, entraron por las ventanas que estaban casi en ras de lo más alto. El dueño les dijo que perdonasen

el sentarse un poco más abajo, y así, de grada en grada, no obstante que ellos se querían volver, los fué llevando hasta la más baja, donde les dijo: «Bien se pueden vuesas mercedes sentar, y no tomen pesadumbre; que ya no hay más que bajar». Respondió: «Hombre que nos consuela con esto, talle tiene de dar plácemes en el infierno».

Aunque es tan natural a todos los hombres el engañarse en el juicio de sus propias cosas, sobornados del amor de sí mismos, en ninguna acción parece que les comprehende esta plaga tan universalmente como en las obras de poesía, o que por ser muy hijas del entendimiento, y siempre tan semejantes a él, que le enamoran y enhechizan, o que porque no hay copla que tan mal suene, que deje de hallar orejas de Midas a quien aplazga y contente, para mayor engaño del autor que la compuso. En fin, no hay herejes más obstinados en la opinión de sus setas que los rudos profesores desta divina y mal premiada arte, y de aquí procede que los que menos della alcanzan presumen más de poetas. Pues como uno destos llegase a él con quejas y fieros, sobre que le habían dicho que censuraba sus versos, muy metido en cólera, diciendo que él estaba estimado con justa causa por famosísimo poeta, y que él se la había dado para perderse, a todo lo cual le respondió: «Por cierto, señor, yo os tengo por mejor poeta que al Rey».

Desde muy niño mostraba inclinación a pintar cierto hijo de un amigo suyo que, aunque era hombre honrado, no le sobraba hacienda. Pues como estuviese en duda si le dejaría seguir aquel arte, o le haría estudiar latinidad, y le pidiese

su parecer, le dijo: «Muchos me han pedido limosna en muy elegante latín: sepa vuestro hijo pintar, y podrá darla; pues si algún tiempo se viere pobre, le servirá de oro; y si rico, de esmalte».

Acabando de cantar, tañer y bailar una moza que, sobre tener buen parecer, lo hacía con gracia estremada, como estuviese delante un su aficionado, aunque desfavorecido, y la dama, que se llamaba fulana de San Matías, le preguntase «qué le parecían ella y el enternecido galán», respondió:

«Vos, Matías; y él, Macías;
Vos, sirena; y él, delfín;
Y vos, en fin, serafín,
Que será fin de sus días».

Estando con tres poetas en conversación, dos de los cuales eran sus apasionados, y el uno opuesto por diámetro a todas las cosas que había escrito, aunque en presencia sabía adular, y habiendo deseado ocasión para dalle a entender que estaba informado del mal oficio que ausente le hacía, se vino a ofrecer desta manera: y fué que trataba aquél mismo de que en algunas partes de las Indias, dentro de poca distancia, era a un mismo tiempo invierno y verano. Respondió: «No es tan de maravillar eso como algunos piensan; pues en solo este aposento se ve otra mayor diferencia en el juicio de tres hombres acerca de mi difinición, y va más de hábil a rudo que de invierno a verano».

Oyendo decir que don Diego de Haro había salido con el pleito de tres lugares, que se llamaban Sorbas, Lubrín y

Alumbres, dijo «que parecían nombres de recepta para hacer gargarismo».

Un amante desfavorecido le decía que daría un brazo por vengarse de su cruel dama. Respondió: «A menos costa os vengarán diez años». «¿Cómo así?», dijo el galán. Respondió: «Porque no hay hermosura que tantos dure perfecta».

Dos hombres muy maldicientes estaban murmurando de una persona tan mala como sus lenguas y conocida de todo el mundo por tal. Pues como otro les dijese que no se tratase a nadie mal en ausencia, dijo: «Dejad estos lobos cebarse en esa bestia muerta; pues mientras lo hacen, estará seguro el ganado».

Una hermosa y agradable dama le preguntó en qué signo le parecía que había ella nacido. Respondió:

«Pues no tenéis un si nó,
Claramente determino
Que fué venturoso el signo
En que tal mujer nació».

Viviendo en Alcalá de Henares el cardenal Ascanio Colona, estaba allí el hermano Francisco, hombre sencillo y de bonísima alma, que no cantaba otra cosa de día ni de noche sino esta que se sigue:

«¿Qué haré para me salvar?
Creer y obrar».

Estando, pues, una noche este buen hombre con el dicho Cardenal y otro hidalgo pobre que jamás faltaba de su mesa,

preguntáronle: «¿Qué hace el señor Ascanio?» Respondió: «Allí está con creer y obrar, y comer y callar».

Tratándose de los copetes que algunos daban en usar, dijo «que eran higas para los que eran calvos, y muy mal estofo para las celadas, y aun cometa que amenazaba la ferocidad de los españoles».

Daba un gran señor una ración a cierto escudero, y como, faltando de la corte seis meses, se la dejase de dar, y vuelto a ella se la volviese, dijo: «Esta ración solía ser cuartana, y ahora es cuartana y Guadiana». Preguntado por qué lo decía, dijo: «Porque él gasta cada día seis reales en su casa, y ella es de real y medio; y porque habiéndose hundido, vuelve a salir a cabo de algunas leguas».

Estando ciertos amigos comunicando entre sí algunas poesías, recitó uno de ellos un villancico que había hecho al velo de una monja, que decía así:

«Hoy una prudente esposa
Muy bien se descasa y casa,
Pues del mundo se descasa,
Y con Cristo se desposa».

Acabado de recitar, le preguntó qué sentía de aquella copla. Respondió: «Que parecía pleito ante el Vicario».

Concurrieron en cierta conversación el menor enano y uno de los más altos hombres de España, y así, dió algo que decir entre los circunstantes aquel altibajo; pero, llegados a medirse, vióse manifiestamente que, con toda su desigualdad, no

tenía el hombre grande [dos veces] tanta estatura que el enano. Visto lo cual, dijo al enanillo: «En mucho defraudan al que engañan en la mitad del justo precio, pues un cuerpo tan menoscabado como el vuestro aun no puede alegallo».

Mentía un hombre con terrible exceso, y como no se le conociese padre, por ser de la puerta de la iglesia, y tratándose de sus condiciones preguntase uno: «¿Cúyo hijo será este cuerpo de verdades?» Respondió: «Hijo de mentís, y se le parece como si él fuese».

Esta glosa hizo de improviso sobre aquel verso que dice:

Ojos que no ven.

«Cuando Dios quería,
Todos mis enojos
En placer volvía,
Mirando unos ojos
Que dan luz al día.
Mas, pues mi ventura
Me trocó este bien
En ausencia dura,
Llorar es cordura
Ojos que no ven».

Un hombre que se llama fulano Paniagua salió de una enfermedad en los puros huesos, y preguntándole otro que le desconocía en lo flaco: «¿Quién es aquél?», respondió:

«Uno que parece hombre,
Que ayuna siempre a su nombre».

En la plaza de la Puerta del Sol, en Madrid, hay solas dos

boticas, y, como se sabe, gran cantidad de vendederas. Pues como fuesen caniculares, y a una misma hora estuviesen algunas personas tomando recaudo de las boticas, y otras muchas comprando diversas frutas, dijo: «De lo malo siempre hay mucho, y poco de lo que es bueno: para cada botica, treinta banastas de fruta; la salud por dragmas, y la enfermedad por arrobas».

Trujeron a Madrid el cuerpo de un hombre que habían muerto por roballe, y mirándole en la plaza, dijo:

«Tan viles torpezas hallo
En la gente racional,
Que, a ser el alma mortal,
Quisiera más ser caballo».

Preguntado qué cosa era más pesada que el oro, respondió: «No tenello».

Recibiendo cierto galán el primer billete de mano propia de su dama, despechábase, por ser la letra ruin y no muy legible. Visto lo cual, le dijo: «Buena letra arguyera mucho uso de escribir; y favores en letra escura son de mayor gusto». Preguntado por qué, respondió: «Porque es beber en taza penada».

Un caballero que se llamaba don Bernardino y tenía más sarna que un pupilaje de Salamanca, le dió unos guantes de ámbar por nuevos, habiéndoselos calzado algunas veces. Pues, como inmediatamente se hinchó de sarna, y la pegó a su mujer y hijos, y un amigo suyo le preguntase de qué había

procedido aquella comezón, respondió: «De una merced bernardina, que es mucho peor que bienes enriqueños».

Díjole un caballero que cierto personaje de los más graves y hacendados de la Corte había dicho que, si no fuera casado y con hijos, le metiera en su casa y le regalara en ella como si lo fuera suyo. Y como le contase esto el que lo oyó, en la misma posada de aquel personaje, respondió:

¿Que, por ser casado, yo
No tengo ya casa en ésta...?
Casar que tanto me cuesta
Casa fué que se cayó».

Cierto poeta estancó en el componer versos con perpetuo silencio, y después enfermó de gota. Pues como un amigo le echase menos y dijese: «Qué se ha hecho fulano, que ni suena ni parece?». Respondió: «No suena, porque está agotado; ni parece, porque está engotado».

A una muy hermosa y discreta, que se llamaba Celada, dijo:

«Ese nombre de Celada
Ofende vuestro valor,
Pues sois la guerra de Amor
Más justa y más declarada.»

Trataba un hombre de otro ausente, y, sin nombralle, decía que era estraño en mil cosas, y entre ellas dijo que, siendo toda su hacienda algunos pares de casas que tenía, hacía largas esperas a sus caseros, y después soltaba parte de los

alquileres; y que para sí era tan corto, que comía dieta ordinaria sin estar enfermo, y traía un sayo roto y manchado. Preguntado aquél quién era el susodicho, dijo que para qué lo quería saber. Respondió: «Para alquilalle sus casas, y no sus sayos».

Vínose a hablar de que hay nombres que parece que se conforman en algo, o en todo, con sus dueños; y habiendo dicho uno que Chapín Vitelo fué un ejemplo déstos, por haber sido gordo y cariancho notablemente, y otros alegado con algunos a este propósito, dijo «que Julio César fué el que más conforme nombre tuvo a su hazañosa vida, pues en cinco sílabas que su nombre contiene, se incluyen distintamente las cinco letras vocales con que se habla en tantas y tan diversas lenguas».

Había en cierto lugar gran cantidad de alguaciles, y viniendo en plática el gobierno dél, dijo que tenía esto por un gran inconveniente. Preguntado por qué, respondió: «Porque si cien viñaderos guardan una viña, ellos mismos le comerán todas las uvas».

Jamás compró cosa que le pusiese más de un precio: tomalla (como dicen), u dejalla. Porque decía «que el regatear tiene ciertos lejos de mentir y sombras de porfiar».

Preguntado que por qué había tantos Juanes necios, respondió: «Porque los más de los hombres lo son, y hay muchos que se llaman Juanes».

Habiendo oído leer *El llanto de San Pedro*, compuesto en verso por don Diego de Mendoza, y luego otra obra sobre el mismo sujeto hecha por un poeta de los que sirven a los consonantes, y pidiéndole su parecer acerca de aquellos papeles, dijo «que el segundo le parecía a la negación, y el primero, al arrepentimiento».

Entró en corte un soldado viejo, más venturoso en armas que en amores, porque habiendo salido de muchos asaltos y recuentros sano y salvo y con buena reputación, había perdido por causa del mal francés, a manos de cirujanos, parte de sus cascos, quijadas y narices. Pues como pasase así, disforme, por una calle de Madrid, y preguntase cierto caballero si aquellas heridas se las habían dado enemigos, respondió: «Los del alma».

Quejósele ásperamente cierto caballero, buen soldado, de que, según le habían dicho, no hacía relación de su persona en la historia que escribió, pues no era posible dejar de haber tenido larga y especial noticia de su valor y servicios. Pues como no admitiese bien ni mal el decille que ni las relaciones por donde escribió trataban dél, ni por otra vía hasta aquella hora había tenido luz de su particular, como fuera razón, le preguntó últimamente «si había leído *La Austríada*». El caballero respondió que no había topado con ningún tomo della, más de que se lo habían dicho. Respondió: «Si de cinco mil cuerpos que se han impreso no habéis topado con uno, ¿qué mucho que yo no haya topado con vos, que sois uno solo?».

Madrid, dijo «que no tenía forma de lugar, sino de ejército de varias naciones, alojado en campaña».

Tuvo un caballero rico y principal por su paniaguado a un fulano Piña, que, estando después en algo mejor fortuna, hospedó al dicho caballero en otro lugar, donde pocos días estuvo algo retirado. Pues como el Piña le encubriese de Juan Rufo, aunque era íntimo del otro, y acaso los topase una noche juntos, dijo al caballero huésped estos versos:

«Menguada transformación
Es esta que os sobrevino,
Pues fuistes a Piña pino,
Y agora le sois piñón».

Vivía una neutral mujer en pobre y estrecha casa, y aunque se dejaba regalar y servir, era con algún recato, y procurando que, aunque la verdadera voz de que era doncella se le había acabado, resonasen todavía sus ecos, tan repetidos como en las Termas de Diocleciano. Rindióse en fin a la libertad, y declarándose por dueña, compró una casa mayor y aderezóla con buen menaje, dando materia a que un curioso preguntase que para qué mejoraba aquella moza de casa. Respondió: «Para empeorar de vida».

Hubo en Córdoba carrera día de San Juan, y como el calor era grande, y la arena fué mucha, y acertó a regarse poco, levantose una polvareda que parecía niebla muy escura. Pues como al venir de la fiesta preguntasen unas damas qué tal había sido la carrera, respondió: «Aunque yo fuera lince, no lo pudiera juzgar». «No tratamos (dijeron ellas) de jineta,

sino si aconteció alguna desgracia». Respondió «que la mayor del mundo». Y volviendo ellas, con mucho sobresalto, a informarse della, respondió: «Que a cuantos corrieron se los tragó la tierra».

Un dezmero insolente y revoltoso tuvo en el campo, sobre el cobrar el diezmo, una rencilla en que perdió dos dedos de la mano. Y viéndole entrar en el pueblo quejándose de su infortunio, y no ignorándose de qué pie cojeaba, dijo:

«Tal iba lana a buscar,
Que dió vuelta trasquilado;
Mas éste la dió quintado
Donde pensaba dezmar».

Uno que había consentido los cuernos mandó en su testamento que le enterrasen al umbral de la iglesia, para que todos le pisasen. Oído lo cual, dijo: «Buena humildad, si no sentara sobre tan vergonzosa paciencia».

Almorzando de un jamón de los de Galicia, como fuese estremadísimo y le preguntase otro que almorzaba con él: «¿Qué os parece deste tocino?», respondió: «Que puede predicar en Argel y convertir en Salónique».

Echáronle en un convite una copa de vino por cima a uno que bebía por cuatro, y como él mostró demasiado sentimiento, díjole uno de los que allí estaban: «¿Para qué hacéis melindres con lo que os sabe tan bien?». Respondió: «Quiérelo para aforro, y no para guarnición».

Un hermano de un veinticuatro de Córdoba fué a pedir al Corregidor un negocio, y como se lo negase, y después lo hiciese por su hermano con mucha facilidad, y el primer rogador se le quejase en presencia suya dello, le respondió: «¿Por qué os agraviáis de que se haga más por veinticuatro que por uno?».

Jugándose un día al parar en rueda, se le puso al lado un hombre con un sayo hecho pedazos y sin género de botón, parándole un puñado de cuartos, y diciendo: «Pues que es Pascua de Navidad, juguemos todos». Y enojado de que no le quisiese otorgar, volvió a decir: «Pues juro a tal que si me pico, que haga paradas de a diez escudos». Respondió: «¿Quién bastará a pícaros, pues que no os pica el invierno para hacer un sayo?»

Un día de feria de los de Madrid, yendo con unos estudiantes, como son días que hasta del hablar parece que no se paga alcabala, y se dice y se oye de los hombres a las mujeres algo más que en otras ocasiones, iba una embozada descubriendo un talle el mejor que podía ser, y unos brazos hermosísimos, a la cual dijo: «¡Oh, qué brazos para abrazos, y qué cuerpo para alma!».

Entró en Córdoba un decidor de coplas de repente, y como se quejase de que en diez u doce días que había que llegó, tenía empeñada la ropa que traía, le dijo: «Venir a ganar de comer a Córdoba con hacer coplas es traer a vender a ella naranjas desde Valencia; mas, si queréis feriallas, bien hallaréis muchos que os den a ciento por una».

Cantando cuatro músicos, ofreciósele al contrabajo haber de bajar un punto que no se atrevió a formar, y dijo: «Este punto, bájele Lucifer». Respondió: «Harto más bajó, pues que cayó del cielo».

Preguntado qué será la causa que los brutos irracionales aciertan mejor los caminos, y tienen en el reconocer los sitios y lugares a escuras más tino que los hombres, respondió: «Porque sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena». Y que «así como este mundo es patria de los animales y destierro de los hombres, no es mucho que en esta parte suceda tal estrañeza».

Salían de su posada unos amigos suyos, gente de muy buen gusto, y como le preguntasen al despedirse cuándo quería que se viesen, respondió: «Siempre».

De una dama que él celebraba por hermosa le dijeron que mirada de lado no lo era tanto. Respondió: «Porque no hiere de tajo ni revés, sino mata de estocada».

Caminando por el mes de Julio él y otro, sestearon en una venta tan ruin, que aun para las moscas que había era posada estrecha. Por lo cual, y porque el cielo estaba como espejo empañado, le dijo el otro: «Vámonos, que nos pican los tábanos; que sol con uñas hace». Respondió: «Por eso son de león, y nos podrá matar con ellas». Esto respondió porque, como V. A. sabe, está en aquel tiempo el sol en el signo del León.

Llevaba un caballero mozo siempre los caballos inquietos y sobresaltados, a puro cuidado en los pies y en la rienda, obligándolos a ir dando de la cola. Por lo cual, viéndole ir así, le dijo «que parecía más mosca que caballero».

Un lacayo era diestro en cantar canto de órgano, que parecen estrañas profesiones; y como le ensillase un caballo y le dejase los estribos con notable desigualdad, le dijo: «Estos estribos me pusistes en otava, y han de estar *unisonus*».

A cierto hombre que cantaba bien y tañía mejor, y que a sombra desto cortesaneaba con más abundancia de palabras que subtileza de ingenio, le dijo: «Cantad, o callad; porque cantando, parecéis un ruiseñor, y hablando, un ruin hablador».

El tiempo, dijo «que daba la vida como mal pagador, que no luce lo que paga, por darlo poco a poco. Y más: que no hay vida si no es la que pasó».

Tuvo una pendencia con un hombre que se murió dentro de seis días aunque estaba bueno y sano, y dijo cuando lo supo: «¡Qué necio fuera yo en matar aquel hombre, que había de vivir seis días, y me le hicieran pagar como si hubiera de vivir cien años!».

Opinión de prudentes ha sido que, si cesara la precisa necesidad que tienen de comer los hombres, se descuidaran de todo lo demás; de manera que, con una negligencia y pereza infame, fueran salvajes, sin género de policía; y que de todas las comodidades, gala y ornamento que hacen la vida más

apacible, es el primer móvil esta forzosa solicitud de buscar de comer. Vióse un ejemplo desta verdad en Nápoles, donde hubo un hombre que, así por músico como porque tenía muy buena gracia, manaba en oro, hasta que, topando con una huéspeda, con quien se entretuvo con demasiada familiaridad, se fué empoltroneciendo de manera (por tener allí la mesa puesta y la cama hecha de balde), que, dejando de acudir a los que le acudían, vino a hallarse pobre y encogido. Pues como éste se le quejase de que, por ser desdichado, había venido a estar así, le dijo «que no era mala fortuna, sino una causa que él le diría antes de mucho tiempo». Entrando, pues, una tarde en Castilnovo, halló al músico reformado mirando un león hermosísimo del señor don Juan, retozando con un sardesquillo, tan de bueno a bueno, que, huyendo a veces el león dél, parecía que habían trocado naturalezas. Visto lo cual, dijo al susodicho: «¡Mira al rey de los animales huír del más torpe y menos ofensivo, porque tiene el comer seguro como tú!».

Como hay mujeres feas que, siendo ricas, se dan a entender que a poder de atavíos han de suplir con curiosidad los defectos de naturaleza, de la misma manera piensan algunos que, por ser estudiosos y leídos, han de salir buenos poetas, siendo cosa, si no del todo ajena de sus ingenios, a lo menos, cuesta arriba y llena de aspereza. Y para más confirmación deste engaño, nunca les faltan aficionados que los desvanezcan. Pues como un hombre que era apasionadísimo de un poeta por accidente defendiese sus Musas con decir que era hombre que sabía, le dijo: «No es todo uno ser maestro de capilla y tener buena voz».

Reprehendido de miserable un caballero mozo y rico, dijo que antes era un perdido, y alabóse de que echaba en un resto, no una sola, sino muchas veces, docientos escudos. Riéronse los circunstantes, por no poderse presumir de su condición, y preguntado cómo podía ser posible, respondió: «Y muy gran verdad, si el cofre se llama resto».

Este mismo le convidó con otros amigos un día de carnestolendas, y como la merienda, que fué en el campo, pareciese más principio de cuaresma que fin de carnal, y a la venida les preguntasen otros si se habían holgado, respondió: «Sí hubiéramos, si no holgaran los dientes».

Vivía en la Corte un pintor que ganaba de comer largamente a hacer retratos, y era el mejor pie de altar para su ganancia una caja que traía con cuarenta o cincuenta retratos pequeños de las más hermosas señoras de Castilla, cuyos traslados le pagaban muy bien, unos por afición, y otros por sola curiosidad. Éste le mostró un día todo aquel tabaque de rosas, y le confesó los muchos que le pedían copias dellas. Respondió: «Sois el rufián más famoso del mundo, pues ganáis de comer con cincuenta mujeres».

Pasábalo mal un pasante, por ser pobrísimo, al cual dijo: «Vuesa merced pasante es; pero su ordinario no es llegante».

Un día de los del estío hubo fiesta en Écija, que es el más caliente lugar de Andalucía, en un templo pequeño. Fué el concurso de la gente grande, y mucha la cera que ardió; el

sermón largo, y el calor incomportable; y saliéndose unas mujeres antes de acabarse la misa mayor, dijeron que iban a dar priesa a sus ollas, que no estarían acabadas de cocer. Respondió: «Trujéradeslas acá».

Compró el Marqués de Tarifa un caballo, y mandó que le llamasen Truhán. «¿Truhán y bestia.....?», le dijo. «¡Morirá de hambre!»

No comía sal en cosa ninguna un señor destos reinos, lastimadísimo de bubas, al cual dijo: «¡Maravíllome que sea enemigo de sal quien por tantas partes se daña!»

Saliendo de ver jugar toda la noche él y otros y viendo que amanecía, dijo uno dellos: «Ya ríe el alba». Respondió: «Será de unos necios que no han dormido por ver jugar».

Iba con dos hombres, uno de los cuales servía una dama sólo hermosa a sus ojos, y a los de todos, negra, fría y desgraciada. Pues como viéndola, sin saber que tocaba al tercero, dijese el otro que parecía hecha de terciopelo de tripa, respondió: «Pues aquí va quien jure que es de las telas del corazón».

Concertóse en la Corte una sortija con el mayor aparato y solemnidad que se ha visto, y dilatóse tantos días por causa de las grandes lluvias, que convino mudar de letras algunos aventureros, unos por mudarse la ocasión, y otros porque divulgados sus motes llegaran al tribunal de los jueces como vestido que se envejece en casa del sastre. Llegó, en fin, el

día del regocijo, poco menos llovioso que los pasados, y estando para ponerse a caballo don Alonso Girón, le pidió que en todo caso hiciese luego un mote, y así, de improviso le hizo éste:

«Por invidia que el sol tiene
A otro sol que yo me sé,
Estos días no se ve».

Adoraba un gentilhombre a una mujer de color de membrillo cocido, y con ser verdad que suelen las de aquel color tener cierto brío y donaire natural, ésta era más fría que la más blanca flamenca que nació debajo del Norte. Pues como dándole al galán la vaya de la mala eleción de su gusto, él se escusase con decir que aquella era mujer maravillosa, respondió: «Harta maravilla es haber nieve en Sierra Morena».

Un sabio hombre quería más a su nieto que a su hijo, y como hiciese espantos desto uno que se lo oyó decir, respondió: «No es mucho querer un hombre más que a su enemigo a quien le ha de vengar dél». Habló según la abominable costumbre de los ricos, como lo era aquél.

Hablándose en las perversas propiedades de las chinches, dijo «que con todo eso parecían algo al Cid». Preguntado en qué, dijo «que en vencer enemigos después de su muerte».

Cuando Su Majestad casó a Su Alteza en Aragón, anduvo la Corte la más lucida que jamás se vió; y un caballero pródigo y que por serlo estaba pobre, valiéndose de este acha-

que para seguir su inclinación, no sin mucha diligencia, se empeñó de nuevo y hizo el esfuerzo posible para andar, como anduvo, de los más galanes; y así, se loaba él mismo de que las damas de Zaragoza le decían alguna vez, viéndole pasar:

«Damas, armas, amor, empresas canto».

Respondió:

«Ese verso será un mes,
Y vos cantaréis después:
«Deudas causaron mi llanto».

Estaba retirado a pasar en una aldea cierto estudiante con estrecha necesidad, y aunque en su casa se hacía pocas veces humo, él los tenía de salir de allí a gobernar diez mundos. Enviándole, pues, a convidar un caballero desde otro lugar cercano a que se fuese por seis días a holgar con él, respondió que le perdonase, porque estaba pasando, y que no le era dado el divertirse. El criado, que no era plático en aquellos términos y volvía espantado de la esquiveza del estudiante, topando a Juan Rufo y contándole la respuesta que llevaba a su amo, le preguntó: «¿Qué pasa fulano, que dice que está pasando?» Respondió: «Hambre terrible».

Un ministro que gobernaba cierto lugar dió en aficionarse a una hermosa doncella, no sin escándalo, porque, demás de ser contra su oficio, corría peligro en la opinión del pueblo la fama de la moza, a la par con el poder del galán. Éste, pues, hacía que los oficiales de la limpieza tuviesen siempre la calle limpia como un jaspe, si bien era antes de las menos pasajeras y más olvidadas de la villa. Pues como en cierto corrillo se tratase dello, y uno dijese: «A lo menos, no se ha visto

calle limpia a tan poca costa como ésta», respondió: «Reniego yo de limpieza que hace a un ministro almotacén, a una doncella escoba, y a su fama muladar».

En una ciudad de Italia dió un hombre una gran cuchillada por la cara a cierta moza; y después de haberle dado docientos azotes por ello, hubo de casarse con ella. Viéndolos, pues, en el tálamo, y considerando cuán a fuego y sangre eran aquellas bodas, dijo: «Ni la novia tiene segura la cara, ni el novio las espaldas».

Un hombre esforzado había sacado harta sangre, riñendo de bueno a bueno, a un personaje que, de más de sello, era muy hombre; y tratándose de si aquél era valiente, respondió: «Testimonio tiene de que lo es, escrito con sangre, y en papel de marca mayor».

Loábase cierto personaje tan licenciosamente, que apuraba los encarecimientos, hipérboles y superlativos. Por lo cual le dijo: «El que dice bien de sí, murmura del mayor amigo que tiene».

Dióle un caballero una comedia que enmendase y se valiese della, con tal condición, que le volviese un traslado. Y después que la vió corregida, dijo que un criado vizcaíno que tenía, llamado Larrea, la trasladaría volando. Pasaron quince días, un mes, y dos meses sin que el dicho Larrea trasladase cuatro hojas, de doce que la comedia tenía; y echando de ver que era la culpa del amo y no del criado, aunque le reñía por la tardanza, le dijo:

«Si no es la promesa rea,
Como claramente veo,
Yo quiero un traslado arreo,
Y no al paso de Larrea».

Pocos romances de los que tienen bordón que se repite desde el principio al fin dejan de torcerse algo, o que en la sentencia, o que en la buena gramática; y así, oyendo uno de los que padecían este defecto, dijo: «Los hombres traen bordón porque son cojos, y los romances son cojos porque traen bordón.»

Notable cosa es cuánto saca de sus quicios a cualquiera condición de gente la competencia, aun hasta en las cosas que de suyo parece que no la admiten. Y así, aconteció que, cavando en la Sierra de Córdoba una cuadrilla de peones, fué tanta la porfía y coraje con que procuraron aventajarse los unos a los otros en aquel material y trabajoso oficio, que uno dellos acabado el aliento, fué menester que cayéndose muerto refrenase el ímpetu y furia con que los demás iban corriendo el mismo riesgo. Viendo, pues, al miserable hombre muerto y caído sobre su azada, dijo: «Éste es el primero que cavó su sepultura».

A un maldiciente que siempre hablaba por superlativos, dijo:

«Lengua de escorpión tenéis
Para el amigo y estraño,
Y condición de mal año;
Que todo lo encarecéis».

En casa de un señor napolitano había tanta limitación en lo que tocaba a su mesa, que, aun teniendo convidados, si algunos acababan el panecillo del primer servicio, les ponían después sendos medios. Y preguntándole un filósofo qué le parecía de aquel medio, respondió: «El fin de la miseria».

Sacó un plumajero un mazo de martinetes para rifar, y como fuese pequeño y porfiase que eran seis veces más los martinetes de lo que parecían, respondió: «Deben de tener ceros».

Envióle a decir una dama, estando a dos leguas della, que le escribiese un renglón. Y no teniendo recado para hacello, dijo al mensajero «que él holgara de que el renglón fuera de dos leguas, y ser él la postrera letra».

Estando enfermo en Sevilla, le prometió un caballero cierto regalo para el día que viniese el harriero de Güelva, que está dos pequeñas jornadas de allí. Y como se pasase más de un mes sin que la promesa se cumpliese, y siempre se escusase con la tardanza del recuero, le dijo un día:

«O Güelva debe de ser
Al Garamante postrero,
O pascua su harriero,
Que tarda un año en caer».

Hablándose en las trampas y desasosiegos que el juego trae consigo, dijo «que era la cátreda donde mejor se aprendía el oficio de hurtar». Preguntado por qué, respondió: «Porque la causa necesita, y el efecto facilita».

Reprehendiendo a un grande amigo suyo de un notable desalumbramiento, y disculpándose él con toda la diligencia posible, le dijo: «La disculpa es nuevo yerro cuando el cometido carece della».

Un manda potros y da pocos, persona calificada, había prometido unas calzas que traía puestas a tres soldados, a cada uno por sí, para el día que partiese del lugar donde estaba, diciendo a cada cual que, por haber llegado allí a la ligera, no había traído más de aquel par, y en efecto era así. Pues como el día de su partida concurriesen todos en su casa, y, de lance en lance, se descubriese la promesa incompatible, salió el gran prometedor, y con un semblante de un rey los saludó, y preguntó: «¿Cómo están vuesas mercedes?» Respondió:

«Como en prometer barato
Sois, y tan caro después,
Están, señor, todos tres
Como tres con un zapato».

No sólo la vida del hombre está cercada de trabajos y miserias, que son las pensiones de haber nacido mortal y subjeto a enfermedades, sino que muchos dellos se toman con sus manos mil géneros de tormentos y disgustos, que con razonable discurso podrían escusar. Disputándose, pues, de algunos y de muchos déstos, y viniéndose a hablar en la fatiga y cuidado con que los más procuran encubrir la vejez, y la pena que les da el ver que ya están dentro o cerca del puerto de la vida, dijo «que la vejez sobre sano entendimiento y buenas costumbres hace a los hombres pasas de sol; y que si los coge viciosos y mal apercebidos los hace agraz seco,

que es la cosa más inútil y de menos sustancia que hay en el mundo».

Trataba un contemplativo de la quietud de la vida monástica, y decía que es castillo bien guardado de los enemigos del alma, y también de los del cuerpo, como los frailes hiciesen de su parte una cosa. Respondió: «Guardarse de navegar hacia el Sexto, para no anegarse en el estrecho».

Cierto señor de ganado, de puro codicioso, lo destruía y echaba a perder, porque destetaba los corderos antes de tiempo, y esquilmaba sus madres cuatro meses continuos. Pues como el ganado ovejuno no es menos delicado que provechoso si le tratan bien, y unos días le metiesen a aquel hombre codicioso muertas las ovejas a docenas, y él se afligiese y lamentase de su pérdida, le dijo estos sentenciosos versos:

«Si trasquilas las ovejas,
Darán vellones cada año;
Pero si las despellejas,
Pastor, para ti es el daño».

Loaban de muy hermosa a una que se llamaba fulana del Espinar, y hubo quien dijese que tenía áspero nombre para ser tan linda. Respondió:

«Antes es nombre propio de hermosa,
Pues hasta el Espinar tiene de rosa».

Dos mujeres tenían sendas hijas de buen parecer, y como la una a vista de todo el mundo fuese cigüeña por mal camino, y hiciese moneda con su hija, embuste mal usado y no bien

consentido, llegó el negocio a términos que, con haber sido antes pobre, compró su casa a la otra, que era algo más rica y mucho mejor madre. Tratándose, pues, del trato y del contrato de las dos, dijo: «La una compra casa porque vendió hija; y la otra, por no vender hija, vende casa».

Aconsejábale un amigo que se volviese a Córdoba; que, al fin, por ser su patria, se hallaría mejor que en tierra ajena. Respondió: «El hombre pobre siempre está en tierra ajena».

Prometióle un caballero que le pagaría unos dineros para el día de Todos Santo[s]. Y como se pasasen tres semanas y se escusase con decir que noviembre se entendía hasta en último día, y que sin duda le pagaría por San Andrés, respondió: «Lo que no se hizo por todos los Santos, menos se hará por San Andrés».

Partía de Nápoles un alférez a cierto presidio donde estaban muchos que eran amigos de los dos, y dándole recaudos para algunos, a manera de cartel iba escribiendo el dicho alférez. Y preguntándole qué diría a uno que se llamaba Rui González, respondió:

«A Rui González decilde
Que mire mucho por sí,
Porque el punto de la *i*,
Se le va haciendo tilde».

Abriéndose la almoneda de un gran señor y gastador, llegaron al mismo punto dos caballeros a ganar por la mano y

comprar lo que bien les estuviese, a los cuales dijo que llegaban tarde. Ellos se rieron, diciendo: «Somos los primeros, y ¿decís que venimos tarde a la almoneda?» Respondió: «Por eso ha cuarenta años que la hace su dueño».

Tenía un galán, natural de Lombardía, fuerza estraordinaria y agilidad en la persona; mas vino a rendirse al amor de una mujer algo anciana y más deshonesta que hermosa, tan rematadamente, que no causaba poca sospecha de que había alguna fuerza de hechizo en aquella obstinada voluntad. Pues como el susodicho anduviese pobre, corrido y desasosegado, y aun algo roto el vestido, y un día, entre otras pruebas de su fuerza y maña, hubiese roto baraja y media de naipes de una vez con sus puños, le dijo: «Agora me maravillo más de que una sota vieja os rompa a vos».

Como quiera que desdenes y necesidad le habían hecho, mal de su grado, no proseguir algunos buenos intentos de su pluma, y uno dellos (cuyo principio va inserto en este volumen) se marchitó en flor, porque el Duque de Alba don Antonio no fué servido de apoyar aquella empresa cuando se la dedicó; y como el capitán Diego de Escobar le dijese que de qué podía servir el enjerir en su libro aquel principio, sino de dentera para los que se habían señalado honradamente en las guerras de Flandes, respondió:

«Sirva de letra de aviso
Para que ninguno dude
Del Duque el desdén preciso:
Quise servile, y no pude;
Pudo mandarme, y no quiso».

Salía un enano disformísimo y desgraciado de la cámara de un gran señor, que le hacía mucha merced, diciendo a otros criados: «El Duque mi señor no echa de ver en pocas cosas». «Sí echa (dijo uno dellos), pues echa de ver en vos». Respondió el enano: «Es verdad que soy muy poco; pero soy muy poco, y bueno». Respondió:

«Lo muy poco ya lo vemos;
Esotro no lo creemos».

A cierto mancebo que perdía el juicio por una mujer dijo «que el hombre cuerdo, cuando se viese lastimado de un gran deseo, había de considerar (antes ver con demostración) que, lo que con mayor ansia se desea, se representa a la fantasía como a los ojos tabla de pincel desde lejos; que, llegada a tocar, es una superficie lisa de lienzo, tabla o papel».

Jugando cuatro o cinco, entró un mal músico, y, dando a las manos a uno dellos cierta rifa de poco precio que traía, comenzó a cantar mal y porfiar. Por lo cual dijo uno de los jugadores: «Dénle este real de a cuatro a aquel hombre, con que no cante más». Pues como, al recebillo, el músico preguntase si aquellos cuatro reales eran por la rifa, o si se los daban de barato, respondió: «No son sino tapaboca».

La materia en que los hombres más impropiamente hablan es sin ninguna duda, la del morir, así por el amor de sí mismos como por lo aborrecible que es a cualquiera individuo la memoria de su final caída y asolación, si con gracia especial y fuerza de muy buen espíritu no se hace de la necesidad virtud y se acude a los verdaderos y saludables desengaños.

Porque si la vida se considera como un medio para salvarse, cada hora della es un felice siglo y un tesoro inestimable. Pero si se restriba en pensar que en la más larga hay ni puede haber reposo ni satisfación, es falta de conocimiento; y de aquí procede hablar de los muertos como de gente que no es de casta de los que viven, y en vez de tenellos por ejemplo, tratar de su memoria con cierto horror y espanto, como si no fuésemos en pos dellos con más ligero vuelo que el pensamiento. Estando, pues, en buena conversación, diciendo un galán que si viese a la persona que más quiso en este mundo después de muerta, que echaría a huír, le dijo desta manera:

«Si tan corto es el vivir
Y el morir caso tan cierto,
¿Qué más hace haberse muerto
Que el haberse de morir?»

Esta copla puede servir de consuelo a la más afligida vejez, y de freno al orgullo de la juventud.

A un gran amigo suyo que le escribió desde lejos encargándole un secreto de mucha importancia que le había antes descubierto, respondió: «Jamás supe secreto vuestro; y, si alguno me fiastes, ya os le pagué con no acordarme dél».

Un sacerdote viejo y predicador era fácil en cantar y tañer con una guitarra. Y demás de que, por no tener buena voz, debía estar menos ocasionado para cometer este exceso, era causa de hacelle con mayores circunstancias, porque estremecía el cuerpo, y cantando tonos que no eran graves por sí ni por las letras, correspondían los ademanes a lo uno y a lo otro,

a más costa de su decoro. Tratándose, pues, desto, porque era negocio público, y poco después, de lo mucho que anduvo Magallanes, respondió: «Más anda fulano de sol a sol, pues amanece en el púlpito y anochece en la guitarra».

Armándose en Flandes don Lope de Acuña para un hecho de armas algo de priesa, dijo a dos criados que le ayudaban a armar que le pusiesen mejor la celada; la cual, como fuese borgoñona y al cerralla le hubiesen cogido una oreja, le daba mucho fastidio. Los criados le respondieron una, y dos, y más veces, que no iba sino muy en su lugar. Y como las ocasiones no lo daban para detenerse mucho, entró así en la refriega, que fué sangrienta y porfiada. Y desarmándose después don Lope, como se le saliese la una oreja asida a la celada, en vez de enojarse, dijo con mucha mansedumbre a los que le armaron: «¿No os decía yo que iba mal puesta la celada?» Refiriéndose este cuento en presencia del señor don Juan de Austria, dijo don Juan de Guzmán, su gran privado, que juraba a tal que si él fuera don Lope hiciera pepitoria de las orejas de aquellos ganapanes. Respondió: «Fuera haber vendido mal la suya, y no haber comprado con ella todas las lenguas de la Fama, que alabarán siempre tan generosa paciencia».

A este propósito contó su tío de V. A. que, estando una noche en el Alcázar de Madrid hablando con el Rey nuestro señor, llegó el príncipe don Fernando, que a la sazón era niño, tan cerca de la contera de su espada y tan sin echarlo nadie de ver, que, a cualquiera movimiento que hizo con la persona, le encontró tan recio entre el ojo y la nariz que le

derribó en el suelo y le corrió sangre. Y como el señor don Juan se congojase en gran manera, le dijo Su Majestad: «Dad gracias a Dios que no le quebrastes un ojo». Entonces Su Alteza, más acelerado, dijo: «Si esa desdicha me hubiera sucedido, ventanas había cerca para haberme echado por una». A lo cual replicó Su Majestad con una ejemplar templanza: «¿Para qué decís eso? ¿Fuera más que una desgracia?»

Un caballero mozo, ni muy hábil ni muy enseñado, hablaba tan arrojadizamente cuanto se le venía a la boca, que ejecutaba en sus palabras lo precipitado del primer movimiento; por el cual dijo «que todo lo que decía era perdido por descaminado, pues no lo registraba en la aduana del entendimiento».

Contaba un platero que el esmalte rojo es el que más precisamente requiere estar sobre oro, y que sobre otro cualquiera metal se demuda y pierde el color. Respondió: «En lo cierto estaban los romanos, pues no consentían vestirse de púrpura sino a los hijos de los nobles patricios».

El que jura lo mismo que el tercero ve y sabe, dijo «que es tan inconsiderado como el que encendiese hachas para alumbrarse al sol del medio día».

Tratábase de cuán estragadas y respectivas amistades son las de los cortesanos, y cuán verdaderas y en su punto se hallan entre los que profesan la guerra. Para lo cual dijo «que había cuatro causas: la una, el renacer en los peligros y quedar entre los partícipes dellos un virtuoso principio de hermandad; la otra, porque cada uno, como testigo del valor de

sus compañeros, los ama y estima por él; la tercera, porque cada soldado es recíprocamente padrino y ahijado del otro; y la última, porque los que han sufrido los trabajos y peligros militares, sólo con verse después se dan alegres parabienes».

Sirvió de fruta de postre en una buena conversación el decir cada uno de los presentes alguna novela que, pareciendo gran mentira, fuese verdad o tuviese apariencia dello. Y llegándole su vez, dijo la siguiente: «En casa del Conde de Monsanto, que es en el reino de Portugal, todos los días que son tan nublados que no se descubre el sol poco ni mucho, llueve carneros». Éste fué el texto; y la explicación es que en la villa de Monsanto está cada vecino obligado a dar un carnero al dicho Conde los días que no se pareciere el sol.

Dijo que teñirse las canas es como representar con barba postiza.

Oyendo referir una fábula de Ovidio, donde dice que el cuervo, que antes era blanco, se le volvieron negras las plumas por una mala nueva que dió, dijo «que lo mismo sucedía a las canas cuando las testan».

Habiéndose disputado de lo poderoso que es el dinero, dijo «que era engeridor de linajes, y que así, hacía que un tronco de peruétano produjese peras bergamotas, y de un cerezo silvestre un guindo garrofal».

Pasando de camino por cierto lugar, cabeza de obispado, donde el obispo tenía fama y obras de poco limosnero, como

llegase al amanecer y hallase en la plaza una pobre, muerta de puro mal pasar, dijo a dos que pedían limosna para enterralla: «¿Por qué no pedís al mayordomo désta difunta que dé para su entierro, ya que la forzó y la mató?» Preguntado quién era aquel mayordomo, respondió «que el clérigo más rico; que la forzó a no comer y la mató de hambre».

Llevaban dos alguaciles preso un hombre porque le hallaron viendo jugar, y sabida la causa, les dijo: «Si un hombre puede alquilar una ventana para ver los toros, que matan gente, ¿por qué no podrá tener una de balde donde se apuesta sólo el dinero?»

Un caballero rico de hacienda, aunque andaba alcanzado, le pidió prestados veinte escudos, y como tardase en pagárselos y se escusase un día que se los pidió con decir que estaba pobre, respondió: «Más lo estaba yo el día mismo que os los presté, y, pues hice lo que no debiera, haced vos lo que debéis».

Oyendo el reloj, dijo: «¿Qué hace este badajo de citarnos de remate?»

Las casas de Madrid dijo que eran las más enfermas de todo el mundo. Preguntado por qué, respondió: «Porque cada noche a las diez o a las once tienen *colica passio*».

Preguntáronle cuál era el mejor predicador de la Corte. Dijo «que el mejor religioso; porque los elocuentes y no ejemplares dan a comer frío y lavan sin jabón».

Representóse una comedia que apenas se pudiera oír si no fuera porque un lacayuelo (que fué uno de los interlocutores) era muy gracioso, y nunca en toda ella casi faltó del tablado. Acabada de representar, le preguntó un caballero qué le había parecido; respondió: «Una mala mula; pero el lacayo la tuvo bien».

Había en cierto lugar de los mejores de España un alguacil muy útil y diligente, aunque tan cruel y estraño, que el efecto de hacer muchas prisiones buenas procedía en él de mala causa; y así, a vueltas dellas, hacía otras injustas o con pequeña ocasión. Apuntándose, pues, con él, le dijo: «Vos no prendéis los hombres porque se enmienden, sino deseáis que todos delincan para prendellos a todos; y así, cuando acertáis, es por yerro, como el veneno en las purgas».

Una de las causas que más estragan las buenas costumbres y vivienda de los hombres es la opinión mal introducida y el pervertido juicio con que diversas veces se confunde la estimación de las cosas, de donde procede llamar valiente y muy hombre al temerario y fuera de razón, y liberal al pródigo injusto que lo quita a otros para dallo a quien no lo ha menester, y sin tenerle obligación; al desvergonzado y parlero tienen por discreto cortesano; al murmurador por gracioso; y basta que alguno haga del mal contentadizo para que se diga que es profundo y sustancial. Pues como cierto hidalgo, con profesar una esquisita estrañeza, hubiese tenido en su vida gratos y admirados oyentes, con tanto aplauso, que, aun después de su muerte no cesaban de referir cuentos y donaires suyos, y, entre otros, contase un caballero que, yendo el suso-

dicho a caza de halcones con cierto príncipe, cayó un halcón desde las nubes con una garza en las uñas, y un cuervo sobre él haciéndole pedazos, pues como esto fuese cerca de donde aquél estaba, y el dueño con los demás se hallase lejos, visto que el hombre estraordinario se estaba quedo en su caballo, sin guarecer el neblí, no con poco trabajo, corriendo a toda rienda, le socorrió. Y vuelto después al que se estaba pasmado, le dijo que por qué sufría una crueldad como aquélla. Y él le respondió: «¿Cómo sabe Vuestra Señoría que yo sea más amigo del neblí que del cuervo? ¡Par Dios que antes estuve siempre de su parte dél!» Acabado que fué el estraño discurso, se celebró de los presentes con risadas, y duraran más si no les dijera: «Aborrecer las aves que con tanta razón todos los nobles aman y estiman no arguye buen natural, ni menos el no acudir a las cosas de sus amigos; hombre que eso hizo, dejara el cuervo el día del diluvio, y matara la paloma».

En una iglesia de las de la Corte entraba cierta mujer en días de parir, y como hubiese aprieto y ella hiciese lugar con demasiado brío, dijo uno de los que allí estaban: «Por cierto, señora, que parece que tiene vuesa merced un león en el cuerpo». Respondió: «¡Qué mucho, si está preñada de español!»

Cantó cierto músico un romance que, como si fuera el mejor del mundo, obligó el estremo de ser malo a que los oyentes inquiriesen el nombre del autor. A los cuales dijo que, sin duda, le habría compuesto aquél mismo que le había cantado. Preguntado en qué lo echaba de ver, respondió: «En que hijo tan avieso y malo, sólo el que le engendró le pudiera tener en su casa».

Un poeta de los que el aplauso del vulgo engaña, como la mala voz a los que cantan en tinaja, dió en hacer coplas para monjas muy de ordinario. Sabido lo cual, dijo: «Como sus coplas son tan feas, mételas monjas, porque no halla con quien casallas».

Acabando de leer unos papeles suyos, le dijo uno de los oyentes: «No sé yo por qué no os proveen en un corregimiento de los buenos de España: mas a fe que si en algo errárades y yo fuera Presidente, que os había de echar a galeras, pues no podíades hacello de ignorancia». Respondió: «Rigurosísimo andáis conmigo, pues antes que acepte el cargo me tomáis la residencia».

Una huéspeda de cierto hidalgo amigo suyo estaba quejándosele de que un criado de aquél le había quemado un par de sábanas, y le pedía que se las pagase a cuenta de su soldada. El criado del amigo se escusaba reciamente, y, cuando más no pudo alegar, dijo a la huéspeda que se fuese aquéllo en descuento de la carne y fruta y carbón que ella y una hija suya habían sacado por una ventana. La mujer, ofendidísima desto, daba voces, y se quejaba de tan gran maldad como aquel mozo le había levantado. Respondió: «No se espante tanto dello, señora vecina; que como el mozo ve quemar su soldada, procura escapalla por la ventana».

Desde que el señor don Juan murió, que le hacía mucha merced, nunca tuvo suceso que fuese de hombre bien afortunado, y tanto, que era ya como proverbio su mala dicha. Es-

tando, pues, un día con dolor en un pie, diciéndole un doctor que era gota, respondió:

«Aunque pobre y en pelota,
Mal de ricos me importuna,
Porque al mar de mi fortuna
No le faltase una gota».

Preguntóle un maestro en artes qué quiso decir cuando llamó al tiempo mal pagador, porque da la vida poco a poco; pues parece que, según la brevedad della y la velocidad con que el tiempo vuela, todo es priesa cuanto dél se puede decir. Respondió: «Supongamos que un hombre se halla de cien años y que el tiempo remata cuentas con él; ¿no os parece que podría pedirle dos horas más siquiera, por el más largo plazo de la vida pasada, pues nunca en toda ella alcanzó a tenellas con seguro de vivir?»

Díjole un amigo suyo que parece que había apostado con todos los del mundo a ser más desdichado. Respondió: «No he hecho tal; porque si eso fuera, a puro ganar apuestas fuera ya dichoso».

Estando comenzándose una misa, hallábanse tan lejos del altar otro amigo suyo y él, que no se podía oír. Pues como el otro comenzase a caminar hacia el altar, y le dijese: «Ganemos tierra», respondió: «Y cielo».

El Duque de Medina Sidonia dió una Pascua de Navidad docientos escudos para ayuda a soltar presos de los que estaban por deudas. Pues como, por honra de la Pascua, se com-

pusieron de manera con los acreedores, que se libraron muchos, y vino a montar lo que se satisfizo más de mil escudos, dijo: «Si con tal augmento cunde la limosna en la cárcel, que es casi infierno, ¿qué será en el cielo?»

Loándole un soneto que había compuesto a cierta señora que tenía mil cosas buenas, respondió: «No le compuse, sino trasladéle del sujeto».

Estando una mujer preñada en ocho meses, le dijo un amigo, no sabiendo que lo estuviese, que estaba más gorda que solía. Al cual respondió: «No es gordura lo que veis, sino estar aforrada en lo mismo».

Al Conde de Haro, que andaba servidor de una menina hermosísima, saliendo a tornear por ella, le hizo de repente este mote:

«Si, al nacer mi sol, me abrasa,
¿Qué sería
Estando en el medio día?»

A Don Diego de Bracamonte, en el mismo torneo y con la misma prontitud, le compuso éste:

«El nombre tengo de monte
Y el Etna debo de ser,
Pues nunca dejo de arder».

Cierta mujer había pedido licencia en el Consejo de Indias para pasar a una provincia de la Nueva España, que se llama Honduras, en compañía de Carranza el famoso, que iba por

gobernador della. Pues como la dicha mujer se desaviniese con el Gobernador y se embarcase en diferente navío con fin de no ir a Honduras, sino a otra parte de las Indias, y el navío con toda la gente que en él iba se anegase en el viaje, dijo: «Aquella mujer fué a honduras por donde lo pensó escusar».

En una mesa opulentísima y regalada, donde dos Grandes y otros personajes comían y cenaban, se servían algunas noches bellotas asadas, después de alzados los manteles. Y como, tras tanta abundancia de manjares, entrasen aquellos señores en la rústica vianda con demasiado gusto, dijo: «Basta que con lo mismo que los pobres matan la hambre resucitan la gula los poderosos».

Leyendo unas coplas que había compuesto a instancia de un personaje grave sobre subjeto gracioso, le dijo un señor destos reinos que se las diese a un ciego, porque era poco valelle docientos reales, y que así acudiría al autor con los cincuenta. Respondió: «Yo sería el ciego si, teniendo buenas cartas, tomase el cuarto».

Una muy hermosa y discreta señora tenía dulce el tono de la habla, y tras ser sus palabras como nacidas de su gran ingenio, pronunciaba lo que decía con sonoridad y gracia. Por lo cual dijo: «Cuanto esta señora habla, escribe con letras de oro».

Amaba perdidamente un galán a cierta mujer que podía ser su madre; y como estando de rodillas el susodicho en medio de una iglesia al tiempo que decían misa en tres o cuatro

altares, se volviese a un lado y a otro, reparando siempre, no sin gran cuidado, hacia la parte donde estaba su dama, aunque había otras más mozas y de mejor parecer alrededor della, dijo cierto poeta que parecía aquél, cuando se giraba, palillo de suplicacionero. Respondió: «Y que siempre para en el mil».

A unas damas que estaban cantando les pidió cierto gran señor vizco que cantasen: «*Ojos claros y serenos*». Y otro de los circunstantes dijo: «¿Cómo se acordó agora fulano desta vejez?» Respondió: «Cada uno pide lo que ha menester».

Sucedió en Córdoba un caso atroz, y dábanle vaya de que los cordobeses tenían malas mañas, y que en la común opinión corría esta voz por toda Europa. Respondió: «Principio es de derecho que cuya es la utilidad debe también ser el daño, y Córdoba es patria tan esclarecida, que todos los hijos eminentes que produce no se entiende que nacen acaso, sino por sus notables influencias; y así como éstos la acreditan, la infaman los ruines; tanto más cuanto la invidia está a la mira de lugar tan señalado; y así, el filósofo, el capitán, el orador, el poeta, el médico, el galán, el gran jinete, son, si son estremados, finos cordobeses; y el traidor, el ladrón, el falsario y otros tales (sin acordarse que dondequiera nacen algunos), se atribuye, si nacen en Córdoba, a que les basta para sello».

Los huéspedes, dijo «que eran como los huevos: que frescos son vianda saludable y regalada, y añejos, no hay quien los pueda llevar».

Saliendo él y otro de oír misa a fray Jerónimo de Vallejo, religioso de muy santa vida, como la dijese con espíritu y afectos de gran devoción, dijo al que salía con él: «Edificado voy de haber oído esta misa, porque sin duda este padre es buen maestro de sus divinas ceremonias». El otro le respondió: «Bien estoy con eso; pero tardado ha cerca de tres cuartos de hora»; y replicóle con los versos siguientes:

«Si nos predica una misa
Dicha con tal devoción,
Tal misa es misa y sermón,
Todo bueno y todo aprisa».

No sin causa, muchos sabios filósofos y poetas han dicho notables sentencias de los trabajos que trae consigo el envidiado y absoluto poder de los reyes; mas no es el menor de los inconvinientes que padecen el nunca oír verdad, porque apenas hay quien se la diga; y así, dijo «que hasta en las enfermedades eran lisonjeados, de manera que a sus desmayos llamaban reposo, a los paroxismos sueño, y al peligro mejoría».

Para que el papel se disponga a recebir las formas de las letras y caracteres de la imprenta, se moja algunas horas antes; y es cosa para notar que, haciéndose a trechos, se va compartiendo entre ello mismo el agua, de manera que sale después todo humedecido por igual; porque el pliego mojado humedece al seco, y el seco enjuga al que le sobra humedad, todo con una recíproca y admirable correspondencia. Visto lo cual, dijo «que aun desde entonces podían los hombres leer en el papel cómo se han de valer unos a otros».

Mirando a los Buratines voltear sobre maromas, haciendo cabriolas, y a veces dentro de un saco, sin otras pruebas tan monstruosas, que parece que los entendimientos negaban el crédito que suelen dar a la vista, dijo: «Si el cuerpo humano con el ejercicio y hábito continuado se aligera para hacer tan difíciles y no esperadas cosas, ¿qué hará un alma si con alta contemplación y actos de virtud se empleare en el fin para que fué criada?»

También dijo «que la hermosura sin honestidad es como jardín sin agua, o como flores pisadas».

Oyendo las fábulas en que Isopo, tan moral y sutilmente se esplica, introduciendo animales hablando, dijo que se maravillaba de que no se hubiese acordado este filósofo de una justísima queja que el jumento podría tener de los hombres: pues, habiendo entre ellos tantas especies de necios como hay de animales, y con especial semejanza, se infama sólo su nombre, aplicándolo indiferentemente a todos los que poco saben, con faltar en el susodicho la inutilidad, la soberbia y la malicia, que son las cualidades más conjuntas a la necedad.

Al buen amigo llaman espejo del hombre, y así había de ser, si la niebla de la lisonja no escureciera el cristal puro de las verdaderas amistades. Sucedió, pues, que un poderoso, intratable y recatado de modo que era mártir de su condición y martirio de los que le comunicaban, se puso un día a preguntar a otro íntimo suyo y a él, con grandes protestaciones, qué les parecía de su manera de proceder. Y como el otro comenzase a decille dulzuras y lindezas, y concluyese con certificalle

que era uno de los más justos caballeros que había, respondió: «Es tan justo, que es estrecho».

Sacó a leer unos buenos versos cierto poeta que los hacía tales, y dijo que no osara hacer muestra dellos si no hubiera consultado antes al médico y al cura de su lugar, que se los habían aprobado. Respondió: «Esa prevención más parece de licencia para comer carne».

Algunos que le habían oído decir diversas veces algo en defensa de las canas, le preguntaron curiosamente si se le ofrecía cosa de nuevo sobre este caso. Respondió: «Que las barbas teñidas son testadas, como errores de escritura pública».

Tan fácil y propio dijo que sería a los prelados gastar todas sus rentas en hacer bien, como al sol el dar luz y calentar.

Es habla del vulgo que los duendes solían dar noticia de algunos tesoros, y que los que callaban los hallaban ciertos; y los que no, vueltos carbón. Y como se tratase del origen que esta fábula había tenido, dijo «que la privanza de los Reyes era semejante a esto, y que aquél la gozará que menos demostraciones hiciere de privado. Y que cualquier secreto que se fía de tercero es también tesoro de duendes: porque si se calla como se debe, es un rico tesoro; y si se descubre, se convierte en carbón, y a veces, encendido».

Entre las novedades que la gente vulgar esparcía cuando el mal aconsejado de don Antonio se opuso al Reino de Por-

tugal, pasó la palabra de que se le consentía reinar por su vida, sin que pudiese casarse ni pasar el reino a sus decendientes. Oído lo cual, dijo: «Eso fuera hacelle ablativo absoluto o verbo impersonal».

Entró un día a besar la mano a Su Majestad, bien advertido de lo que le había de decir y muy puesto en que no se había de turbar, porque decía que, consideradas las condiciones humanas, eran las más dellas comunes a todos, y que era falta de discurso estrañar tanto la presencia de un rey, especialmente tan católico y que con tanta atención y apacibilidad oía, y de quien se sabía cierto que jamás había hablado a nadie con enojo ni díchole palabra de que le pesase. Pues como llegado al recio toque de la majestad real, no las tuviese todas consigo, dijo, en saliendo, «que le había sucedido como a los que miran al horizonte: que les parece que el cielo y la tierra se juntan y abrazan, y llegando después a aquel mismo punto se hallan con las mismas leguas de distancia».

Buen corazón, como dicen, quebranta mala ventura, cosa bien esperimentada por él, pues cuando más le apretaban infortunios, más se apercebía a no sentillos, y se salía con ello. Saliendo, pues, un escribano de decille cómo ciertas prendas suyas se habían vendido, entró otro a requerille que quitase otras, o que también se rematarían. Respondió «que se vendiesen norabuena»; y volviendo a un amigo, le dijo riéndose: «¡Bendito sea Dios, que ya me voy desempeñando!»

Un personaje de más de sesenta años, que tenía un hijo mozo y galán que se llamaba don Tello, topó una noche a

deshora al Corregidor de su lugar andando de ronda, y fué tanto lo que se turbó, que, preguntado como es costumbre, «¿Quién va ahí?», respondió muy embozado: «Mi hijo don Tello». Celebróse este descuido en una conversación que se refirió el cuento. A lo cual dijo: «No es sólo ese caballero el que ha incurrido en respuesta tan desacordada, pues nadie disfraza de propósito sus años que no responda lo mismo con el hábito, vida y costumbres, no sirviéndole de más para con los que le conocen que al otro para disimularse con su Corregidor».

Sucedió jugando a la primera una estrañeza, y fué parecer en mano de coyuntura, en las de un tahur, un siete, medio de espadas y medio de oros; y refiriéndose el negocio, dijo: «Yo he visto una sota de cuatro manjares, de bastos por lo necio y de copas por lo beb[i]do, de espadas por lo revoltoso y de oros por la codicia insaciable». No tuvo necesidad de comento ni fué escandalosa la respuesta, porque el tener una mujer pública estos defectos la reservó de lo uno y de lo otro.

Los hombres muy bien acondicionados dijo «que eran intratables, porque sufrían cabe sí a los que por mil defectos no cabían en otras partes».

Mirando una bella criatura, que estaba a los pechos de su ama, un letrado y él, enterneciόse el susodicho con afectos de hombre que deseaba hijos o que los tenía ausentes. Y como le preguntase si era padre de algún hijo, respondió sobresaltado: «No, por cierto, señor; no tengo tal, ni aun me pasa por pensamiento». Respondió: «No os pregunto si habéis parido».

Un poeta de buenos deseos acertó a hacer una comedia de un santo más bien de lo que dél se podía esperar; y como en la dicha obra se fuesen contando los milagros de aquel santo, dijo: «Uno se olvida, y no de los menores que él hizo». Preguntado cuál, respondió: «Ser buena esta comedia».

Estaba un hombre, con pequeña ocasión, diciendo injurias a uno que mondaba servidumbres, y, entre otros oprobios, llamóle bellaco, mondador de inmundicias, sucio. Respondió: «Ingratitud es llamar sucio al jabón, cuyo oficio es limpiar».

Como sea tan nueva cosa cantar una mujer bien contrabajo, y aún más esquisita que tener un hombre tiple mudado; y cierta doncella, moza hermosa y de buen entendimiento, cantase estremadamente contrabajetes, le dijo: «No he visto angel con trabajo sino a vuesa merced».

Fué empeñando cierto galán su hacienda, de manera que, corriendo después fortuna, por necesidad fué menester que echase ropa a la mar, empeñando preseas y vendiendo algunas alhajas. Llegó el negocio a término, que un solo candelero de plata que le quedaba hubo de venderlo. Visto lo cual, dijo un amigo suyo que de allí adelante se acostaría el susodicho con candil. Respondió: «Por quedar su bolsa con la candela en la mano».

Contóle un caballero que en casa de cierto hombre plebeyo había hallado usurpadas sus armas en reposteros, negocio digno de remedio y que tiene algo de hacer moneda. Y dijo

más: que unas bandas rojas que sus armas contenían lo estaban más que un rosicler. Respondió: «De vergüenza de vos».

Contaba un correo que se había hallado en las galeras de España el día que hirieron al Adelantado de Castilla unas naves inglesas que rindió, después de una brava batalla que con ellas tuvo. Respondió:

«Correo que no se ausenta
De semejante trofeo,
Tras vivir a las cuarenta,
Debe de tener deseo
De morir a las ochenta».

De la misma manera temen muchos hombres el parecer viejos como si el serlo fuese un grave insulto; de donde resulta que, como el tiempo es testigo fidedigno, pudiendo parecer viejos graves, limpios y apacibles sin trabajo, pierden a costa de mucho gran parte desto, y parecen viejos, mal que les pese, siendo ridículos a los ojos de los que fueran venerables. Estando, pues, uno destos rebelados contra el tiempo muy a lo corto en mañana de invierno, con la gorra sobre las cejas, enlechuguillado, teñida la barba, y haciendo piernas, dijo: «Cuanto parece de bien un mozo viejo, parece de mal un viejo mozo».

Refería un romance cierto poeta, y llegando a un verso que decía: «*El Dios herrero*», le dijo: «De puro indecente llega a ser impropio ese lenguaje, y más por no tratarse de forjar rayos, ni armas, ni de otra cosa que llegue a fuego». Respondió el poeta: «Bajad la consideración a Vulcano y veréis que

es herrero del infierno». Replicó: «Renegad de disculpa que se ha de hallar en el infierno».

Un poeta de los muchos usaba en sus escritos muy a menudo destos términos: *infierno* y *cielo*; y como otros lo notasen, dijo: «Como la torpeza de su entendimiento no halla qué decir en todo ese gran vacío, pásase de claro, como de las clavijas de la vihuela al lazo mano de hombre que no sabe tañer, o como hojea apriesa tal vez un gran libro el que no sabe leelle».

Tuvo un día por convidados a un alférez, valentísimo soldado y hombre de los más callados que pudo haber en el noviciado de las escuelas de Pitágoras, y a otro que tenía en la lengua callos de nunca callar, porque era verbosísimo, en tanto grado, que le faltaba tiempo para hablar, aunque no le ocupaba en otra cosa. Pues como estuviese Juan Rufo esperándolos a comer, y asomando los dos estremos le preguntase otro: «¿Quién son los que vienen allí?», respondió: «Hacer y decir, que comen hoy a mi mesa».

Dos hermanos casi de igual edad eran tan desiguales en cuerpo, que no lo parecían, y diciéndole que eran hijos de un padre, respondió: «que más parecían dedos de una mano».

Un pobre mozo traía una cadena de alquimia, que era lo más a que su caudal se estendía, y, apurándole en que era falsa, dijo que era de oro, y que no era suya. Respondió, volviéndose a un caballero que estaba presente: «Él quiere pro-

bar con una mentira otra; porque ella es suya, y no es de oro».

Hubo en Madrid, en el terrero de Palacio, unas fiestas señaladas, y, estando a verlas, al tercero o cuarto toro, que habían sido muy mansos, hundiósele un tablado encima, y, escapando de allí muy mal tratado, al irse a la posada topó al Conde de Salinas, el cual le preguntó por qué se iba. Respondió: «Porque son los toros mansos y los tablados bravos».

Este mismo día se puso a dar lanzada un caballero debajo de los miradores de Palacio. Y contándole otro día que había el toro hurtado el cuerpo, y dado el caballero, con la fuerza que puso, una fiera caída, aunque no se había hecho daño, uno de los que allí estaban al contarse esto, preguntó que de dónde era natural, y dijo otro que de Talavera. Respondió: «No es sino de acero, pues no se quebró de tal caída».

Cierta vecina suya comenzó a dejarse visitar, atendiendo más a cumplir su gusto que a conservar su buena reputación; de suerte que, habiendo sido amiga de una mujer muy honrada, que le tocaba, fué necesario que cesase la conversación. Pues como la festejada enfermase, y se quejase después de levantada, diciendo que había sido crueldad grande la que su vecina había usado en no visitalla estando mala, y que se lo riñese, respondió:

«Si fuera no más de estallo,
Yo le riñera sobre ello;
Mas estallo sobre sello,
Basta; mejor es dejallo».

Andaba el sábado santo un mancebo galán, para entrar a confesarse, estremeciéndose y con el mismo semblante y ademanes que si tomara una purga a fuerza de los médicos. Y preguntándole qué haría para no rehusar la carrera, respondió: «Haced cuenta que estábades sentenciado a muerte y que os acogéis a sagrado».

Había estado en su buena reputación una moza hermosa, hija de padres honrados, y, llevada de la vanagloria de verse mejorada de ropaje, prefirió el vivir licenciosamente a la virtud, que no tiene precio. Pues, como un solemne día llevase una saya puesta que valía trecientos ducados, que tras la modestia y pobreza pasada daba testimonio de que no se los levantaban, le dijo, topándola, así:

«Esta saya te pregona
En el mundo por liviana,
Pues no digo una persona,
Mas consultada una mona,
Nos dirá cómo se gana».

Quedóle a un hombre, de haberse sacado una muela, tal flujo de sangre, que se iba su camino. Y como cauterios de fuego ni otros remedios no fuesen parte para restañalle la sangre, quemaron alguna de la que salía y con ella hecha polvos y puesta sobre la encía rota, estuvo luego bueno. Sabido lo cual, dijo: «No hay mejor remiendo que del mismo paño».

Julián Romero, español de los más fuertes y animosos, se congojaba de verse una sortija en el dedo, de manera, que si no se la quitaba muy apriesa, le tomaba desmayo; supuesto

lo cual y que se hablaba en cuán peligrosamente se averigua algunas veces la verdad de los delitos ocultos por vía de tormento, dijo «que la sortija de Julián Romero nos prueba que hay complexiones de hombres a quien no basta ánimo ni inocencia para no decir en el potro lo que no hicieron».

Debíale cierto caballero una rifa de poca cantidad, y tras mil escusas, que nunca faltan al que no tiene gana de pagar lo que debe, le entretuvo una tarde diciéndole que esperase que viniese un criado, y le pagaría. Pues como él los conocía a todos, y viese que no faltaba persona dellos, cansado del mal despidiente, dijo al despedirse:

«Voyme, para no tornar
Quejoso y maravillado
De que tengáis por criado
Hombre que está por criar».

Pleiteaba un caballero con cierto señor de algunos lugares, hermano suyo, con más justicia, aunque con menos poder; y como en un auto interlocutorio se le respondiese: «No ha lugar», y otro dijese que por qué razón, respondió: «Porque no ha lugares como su hermano».

Cierto personaje, cuyo nombre se calla, porque es digno de mayor elogio que el que permite la intención deste libro, era muy bien casado, y tan enamorado galán de su mujer, que no tomaba vez la pluma para poetizar (cosa que, entre otras, sabía muy bien hacer) que no fuese para celebrar sus grandes partes y lo mucho que la quería. Estando, pues, en presencia della misma leyéndole un gran volumen de diversas poesías,

todas conformes en ser de aquel subjeto, le dijo: «Versos amorosos y buenos suelen ser engendrados en pecado mortal; mas éstos son hijos de bendición».

La noche de la boda de cierta señora, un hermano suyo mozo y galán le dijo: «Mirad lo que quiero a mi hermana, pues, por no hacelle falta esta noche, la hago en una calle donde por una ventana me habían de hablar, y es negocio en que pierdo ocasión, y podría ser matrimonio, sin estarme mal». Respondió:

«No cantarás aleluyas
En la gloria de tus penas,
Pues por las bodas ajenas
Dejas de gozar las tuyas».

Ocasionados están los poderosos, si no se van mucho a la mano, a hacer ley de su gusto y condición, aunque en abstenerse dello darán muestras de mayor poder, mandándose a sí propios, que pueden mandar a todos los demás. Pues como en un soldado, sea el que fuere, es buena suerte el no marearse, que es un acidente que navegando da terrible fastidio a quien lo padece, y, tras hacer lanzar, como dicen, las entrañas, prostra totalmente la gana de comer, el señor don Juan, que fué de los que más se marearon, le dijo estándolo un día: «Yo tengo por cosa de ganapanes dejarse de marear: ¿paréceos que es esto así?» Respondió: «Si los que se marean los pierden, claro está que los otros los han de ganar».

Diéronle noticia de un poeta incógnito, y preguntáronle qué le parecía de sus versos; dijo que muy mal. Pregunta-

do si los había leído, dijo que no. Si acaso conocía al autor, dijo que tampoco. «Pues ¿cómo le condenáis sin conocelle?» Respondió: «Por eso le conozco; pues con ser el hurtar oficio que se hace a escuras y con tanto silencio, no hay hombre que sepa lo que se hurta, que deje de ser famoso entre los de su profesión».

Convidóle un hidalgo que cantaba bien para su boda, y no se le hizo la noche della buen hospedaje al novio, porque acertó a sentirse la desposada con el mal de cada mes; antes le notificó la suegra que cantase alguna letrilla y se fuese con la bendición de Dios. El yerno respondió que cantaría algún romance de ausencia o destierro, por el cuarto tono, que es triste, o algunas endechas de soledad amarga. «Ninguna compostura de esas es aquí a propósito (dijo Juan Rufo), pues no se vió destierro de tres días, ni será ausencia ni soledad la que se puede entretener visitando cada hora a vuestro cuyo». —«Pues, ¿qué letra podré cantar?», preguntó el desposado. Respondió:

«Turbias van las aguas, madre,
Mas ellas se aclararán».

Nicolao Franco, poeta italiano, fué tan mordaz y satírico, que, provocando contra si la justicia de Pío Quinto, de gloríosa memoria, fué condenado a muerte, porque sus reincidencias alcanzaron de cuenta la piedad de tan santo Pontífice. Diciendo, pues, cierto curioso que el dicho Nicolao Franco había sido muy agudo, respondió: «Y tanto, que se cortó la cabeza».

Preguntado por qué causa nos parece, como dice don Jorge Manrique, que cualquiera tiempo pasado fué mejor, respondió: «Por tres razones, suficientes cada una por sí, y, juntas todas, poderosa causa de semejante efecto». «¿Qué causas son ésas», preguntó un estudiante; y él se las dijo así:

«La primera, por cierta especie de martelo y soledad que causa lo que ya fué para no ser. La segunda, porque de tres tiempos que hay, es el pasado nuestro más conocido, así porque el presente es momentáneo y dudoso, como porque el futuro es del todo incierto y no conocido. Y la otra porque si bien un hombre en diez o veinte años mejora de suerte, juzgará lo mismo, pues, a mejor librar, tanto cuanto se acuerda está más cerca de la muerte; y es infalible verdad que no tiene el mundo riqueza ni estado que cuando se acerca el fin de la vida, no trocase un hombre por dilatalla un mes».

Estándose leyendo una comedia que ni tenía buen verso ni traza ni se dejaba entender, como de tres jornadas se hubiese acabado de leer la una, y en los demás oyentes reconociese que la oían de cumplimiento y muy contra su gusto, dijo al que la leía: «No pase vuesa merced de ahí, o váyase solo». Preguntado por qué, respondió: «Porque en una jornada larga y de mal camino que esa comedia ha hecho, y con ir ella harta de cenas, no nos habemos desayunado de lo que quiere decir».

Cantaba un hidalgo un contrabajete con todas las partes que se requerían para ser el mejor de España: porque el metal de la voz era bueno; la garganta, veloz y distinta; el quiebro, muy blando; y como, tras todo esto, era diestro, cantaba

a compás, al son de una vihuela, letras escogidas y tonos maravillosos. Y como habiéndole oído la primera vez le dijesen que el susodicho se llamaba Asián, respondió: «Así han de cantar los hombres».

Dos soldados bizarros y valientes llegaron a la Corte, y aunque venían galanes y bien puestos en el traje que por allá se usa, no salían de la posada, esperando que les acabasen sendos vestidos negros. Sabido lo cual, les dijo: «Tan bien les están a los soldados sus colores y hábito militar como a las colunas de jaspe sus diferencias y labores naturales».

Una vieja más venerable por su edad que por sus costumbres se estaba afeitando, no sólo el gesto, sino los pechos y garganta; y cogida con el hurto en las manos, dijo que se estaba remozando. Respondió: «Si vuestra casa tiene necesidad de reparos y puntales, ¿de qué sirve enjalbegar la superficie?»

Representóse una comedia mal compuesta y peor estudiada, y como al fin della se entremetiese un paso de un vizcaíno, natural de Bilbao, frívolo como todo lo demás, dijo: «No pudiera esta comedia tener tanto yerro sin alguna correspondencia en Bilbao».

En un lugar que se llama el Tiemblo, no lejos de Madrid, hacen husos buenos y en abundancia. Pues como las mujeres de la Corte por la mayor parte son poco caseras, y un hombre que vendía husos pregonase que eran del Tiemblo, dijo: «Y aun con eso las mujeres de Madrid tiemblan de hilar».

Despertando una mañana, y creyendo que apenas era de día, preguntó a un criado suyo qué hora era, y como le respondiese que eran las nueve dadas, dijo estos versos:

«Todo el tiempo que vivimos
Hacia el morir caminamos,
Rodeando, si velamos,
Y atajando, si dormimos».

Esta copla, por lo que tiene de moralidad, la ingirió en la carta que escribió a su hijo, y porque cada uno puede, como dicen, hacer de su capa un sayo.

Murió un avariento (si es que viven los que lo son), y dijo un vecino suyo: «¡Desdichado de fulano: cuán martirizado va deste mundo, sólo por dejar veinte mil ducados!» Respondió: «Aun de eso no se podrá alabar; que antes ellos le dejaron a él».

Si no fuera enfermedad tan ordinaria la avaricia, hubiera casa de orates para los que enferman deste mal, pues todos sus efectos repugnan a la razón y son indignos de hombres a quien Dios dotó de libre albedrío y entendimiento sano. Pues como se dificultase entre algunos curiosos qué secreta causa podía haber para que los hombres caigan tan a costa suya en error tan manifiesto, respondió: «Porque el oro tiene propiedad de piedra imán, y los avarientos, corazones de acero».

Llamó una mujer viejo a un galán, que lo iba siendo ya, y, viéndole atajado, le dijo: «Asienta ese nombre tanto peor en las mujeres; que es mayor desventura para ellas poder ser viejas que para los hombres el sello».

Llególe a un galán ausente pliego de su dama, y el mensajero, con tres costillas quebradas de una fiera caída que dió en el camino; y visto el suceso del correo y que la señora enviaba a pedir por una carta docientos escudos a aquel su apasionado, le dijo que era su dama pesquisidora. Preguntado por qué, respondió: «Porque a unos hace costas y a otros deshace costillas».

Llegó la hora en que se le notificó que no tuviese juego en su casa a cierto pobre hidalgo, que mediante el tenelle, vivía como rico, aunque no sin escándalo. Sabido lo cual, dijo que aquel mandato parecía mandamiento de iglesia. Preguntado por qué, respondió: «Porque es justo y santo y obliga a ayunar».

Dijo «que el mundo es cárcel; y el nacer, sentencia de muerte; y la vida, término por horas».

Y otra vez, «que la vida no es otra cosa sino un estudio de bien o mal morir».

Trataba familiarmente mucho tiempo había con cierto hombre vizco. Pues como, tras habelle visto y hablado infinitas veces, dijese un paje suyo que parecía que aquél era tuerto, respondió: «Y tú también, pues lo echas de ver agora».

No sabía un hombre hablar verdad, y, sin la lengua materna, había aprendido curiosamente griego y latín; por el cual dijo «que era mentiroso trilingüe».

A uno de los que litigaban sobre el condado de Buendía, estando el negocio muy en los principios, le envió un amigo suyo un recaudo, y dijo a su paje: «Dí al Conde de Buendía que le beso las manos». Respondió: «Eso es dar lòs buenos días antes de amanecer».

Entró en la Corte un gran señor a pretensiones de importancia, donde estuvo más de dos años; y, tras no haber conseguido cosa de las que deseó, le fué mandado salir de Madrid, por ocasión nacida de un negocio bien insustancial; y así, dijo que había entrado y salido en la Corte como por embudo. Preguntado cómo, respondió: «Entró por lo ancho, y salió por lo estrecho».

Habiendo dicho de memoria su hijo la carta que le escribió en verso, cuyo principio trataba de todos los juegos y ejercicios pueriles, y lo que se seguía, de consejos y documentos para bien vivir, una señora muy moza, hermosa y recién casada fué la que, entre muchas que estaban en el corro, alabó la dicha carta. Pues como otra preguntase a Juan Rufo qué sería la causa de haber agradado tanto la epístola referida a la tal persona, respondió: «Las niñerías, por lo poco que ha que fué niña; y los consejos, por lo presto que espera ser madre».

Acabado que hubo de decir cuatrocientos versos que la carta contenía, y compuesto algunos sobre subjeto que se le dió, se quedó dormido el mochacho. Alabándole, pues, de buen ingenio y de mucha memoria los circunstantes, y diciendo que, en fin, era niño, y que sólo lo había mostrado en dor-

mirse, respondió: «No está a más obligado un viejo que a cobrar buena fama y echarse a dormir».

Cierto caballero cortesano le había prometido una cosa, fácil por sí y mucho más por causas honestas que para ello hubo. Ofreciósele ir a Toledo por pocos días, y volvió tan fuera de cumplir su palabra, que a ocasiones que precisamente se la podían traer a la memoria, se hizo sordo; por lo cual le hizo oír estos versos:

«Si el agua de Tajo es,
Como en vos se ha parecido,
La del río del olvido,
No es Tajo, sino revés».

Un personaje de la casa real le preguntó si había estado en cierto acto público, donde le había echado menos; y como a un privado del susodicho le pareciese que se humanaba demasiado, respondió: «Muy de águilas es mirar al sol y devisar las cosas pequeñas».

Holgaba un caballero principal de que en su casa se jugase con algunas honestas condiciones, una de las cuales era que quien jurase a Dios pagase cuatro reales, aplicados a un hospital. Pues, como se ejecutase inviolablemente, y un tahur de dos que jugaban acabase de pagar la pena, porque juró, y dentro de breve espacio el otro se diese a Satanás, y el que jugaba con él dijese al señor de casa que por qué no hacía dar cuatro reales también a aquél, pues que se había dado al diablo, respondió Juan Rufo: «Al que se da al diablo no le queda que dar».

Mandándole una gran señora, y de las más hermosas de España, que glosase un verso que dice asi:

«Los ojos con que os miré»,

le glosó de esta manera:

«Porque os vi, conozco y sé
Que no es segura la fe
De los más ciertos amigos,
Pues que son mis enemigos
Los ojos con que os miré.

El cardenal de Toledo don Gaspar de Quiroga le confirmó su hijo siendo de cinco años; y enviándole aquel mismo día quinientos reales y mandándole su padre que respondiese, con el paje que se los trujo, en verso, comenzó con los dos primeros versos, y él [a]cabó con los que cierra la copla:

«Los dineros son muy buenos
Para comprar de comer,
Y también son menester
Para no venir a menos».

Mirando un lienzo de mala mano, entre otros cuadros que por ser de muy buena, le afeaban más, preguntó uno de los que lo miraban qué le parecía de un plato de higos y otro de moras que estaban pintados en él. Respondió: «Que los higos son higas, y las moras, herejes».

Estábase retratando un caballero, y no por eso dejaba de hablar con los que allí estaban y moverse a una parte y a otra; y pidiéndole el maestro que le persuadiese a que se dejase retratar, le dijo: «Para que el retrato parezca vivo, ha de pa-

recer pintado su dueño; y para que el traslado hable, conviene que calle su original».

Comía carne cierto gran señor, y pescado los que comían con él, y sirvióse un plato dulce de fruta que, si bien era de pescada cecial, llevaba masa de mazapán riquísima con mucho azúcar y canela. Era, pues, el susodicho escrupuloso en comer pescado y carne, por lo que tocaba a su conciencia y también por su salud, y preguntándole si comería de aquella fruta, aunque era de pescado, le dijo «que sí, porque *materiam superabat opus*».

Sentó a servir de paje a un soldado cierto mozo que, trayendo mangas de tela de Milán de la muy fina, se obligó a comprar de comer y todo lo demás que se requería en una casa donde él solo había de servir. Preguntado si tenía otro jubón, y respondiendo que no, le dijo: «Más comerán tus cobdos que tu boca».

Debíale un amigo cosa de tres escudos, y entrándole a visitar una mañana en que, tras otras, había quedado de pagárselos, el susodicho le entretuvo contándole cuentos a diferentes propósitos. Y despidiéndose dél, pidió a sus pajes de vestir, por lo cual le dijo, puesto en pie: «Prestar a vuesa merced es dar a usura, pues por tres escudos llevo tres cuentos».

Un buen poeta le comenzó a recitar unos malos versos de otro, y pidiéndole que cesase, dijo que le quería enseñar otros suyos. Respondió: «Enseñadme esos, que me enseñarán; que esotros me hacían más necio».

Contaba un fraile descalzo, de los que habían ido a convertir a las islas de Congo y Angola, que, con ser tan brutas las mujeres de aquel país y andar en carnes, tienen una natural vergüenza que las obliga, cuando pasan delante de alguno, a volverse de espaldas. Respondió: «Por peor tengo el envés que la haz, aunque todo es malo».

Estando tratando de alquilar casa, sonó un reloj que daba cuartos cerca de allí; y como dejase la materia de que se hablaba y el huésped le preguntase por qué no concluían lo comenzado, respondió: «No quiero vivir cerca deste reloj, que da la vida en ruin moneda».

A una altiva y presuntuosa dama, que prefería el sexo femenino a los hombres y alegaba que siempre las mujeres son regaladas y puestas sobre la cabeza, respondió: «También la espuma anda sobre el agua, y es liviana, inútil y superflua».

Dos clérigos, uno estremo de decir misa apriesa y otro que no lo era menos en decilla despacio, disputaron sobre ello, dando cada uno sus razones, a los cuales dijo: «Si el mucho espacio aventura la devoción de los oyentes, y la mucha priesa la de el preste, media hora es tiempo proporcionado, y lo de más u de menos, si es notable rato, es como quitallo del altar».

Salía de una grave enfermedad cierto gran ministro, y como estaba flaquísimo y con achaques que en muchos días no prometían entera convalecencia, ni bien se hallaba para despachar negocios de importancia que estaban represados, ni se re-

solvía a remitillos a tenientes suyos. Pues como la necesidad daba voces, y las partes padecían, dió un memorial al susodicho con solas estas palabras: «Vuestra Señoría cometa, o acometa».

Dió en soldado cierto marido por dejar a su mujer, la cual era fama que aborrecía de muerte, y así le dijo viéndole partir: «¿Cómo será buen soldado el que huye de una mujer?»

Como hubiesen probado a enhilar una aguja una vieja y una moza, y por ser cortas de vista no pudiesen acertar, y la anciana dijese, enojada con la otra: «Quien no ve más que yo, tan vieja es como yo», respondió: «Diferencia hay de nublado a puesta de sol».

Prendieron un pajecillo de un canónigo con una loba que le llevaba hurtada, por lo cual dijo: «Basta que ya los corderos se comen a las lobas».

Un mayorazgo mozo y hijo único de una gran casa, tras haberse sangrado y purgado, quería el día siguiente, con hacer mucho frío, irse a pasear; y como su madre le encargase que le fuese a la mano disuadiéndole aquella salida, le dijo: «Los mismos remedios que abren puerta para salir las enfermedades, si sobrevienen excesos, dan entrada a la muerte».

Tratándose de los oráculos que antiguamente respondían, y de las sibilas, que fueron tan sabias y profetisas, dijo «que había siempre una muda en el mundo, y de las que mejores

consejos y respuestas habían dado». Preguntado quién era, dijo «que el almohada».

Cometió cierto delito uno que se llamaba Cuadra, de que se le recreció larga prisión. Quejábase, pues, éste de que sus amigos no le conocían. Respondió: «¿Quién os basta a conocer, si de cuadra os habéis vuelto calabozo?»

Decía una hermosa y discreta dama que todo el tiempo que había posado en ciertos aposentos bajos le había ido mal de salud; pero que debía mucho a unos entresuelos donde se había pasado, pues estaba en ellos bonísima. Respondió:

«Los que ya fueron sin vos
Saludables entresuelos
Hicistes vos entrecielos,
Porque os hizo un ángel Dios».

Estando arrimado al espaldar de una silla harto vieja, le dijo el dueño que no tratase mal su silla. Respondió: «Es tan vieja, que creí que sufría ancas».

Llegando un gran señor y él al devotísimo monasterio de carmelitas descalzos de la villa de Mancera, salió a abrir un monje llamado fray Gonzalo, tan extenuado y flaco, de los ayunos y penitencia, que le preguntó aquel príncipe si acaso estaba enfermo. Y como el bendito hombre, alegrando el semblante, dijese: «Bueno estoy, bendito sea nuestro Señor», replicó así:

«Este color de centeno
De nuestro padre Gonzalo

No procede de estar malo,
Sino de puro ser bueno».

Haciéndose pagado una noche cierto platero de algunas joyas que había vendido a un novio, como en lo que tocaba al peso se estuviese a lo que dijo, sin fe del contraste, decía un criado del galán que se quedase alguna resta hasta que otro día las dichas joyas se apreciasen. El platero dijo que él trataba siempre mucha verdad; pero que, con todo eso, traía allí un ángel de oro que dejaría en resguardo. Respondió: «No digo yo ángel, mas demonio, siendo de oro, será hermoso y acreditado».

Dábanle a este mismo, porque le vían casado, brava batería mercaderes y oficiales a que les feneciese todo su remate de cuentas; a los cuales dijo: «Recia cosa es dar mate ahogado a un hombre con su misma dama».

Nacióle un hijo, y habiendo convidado a un caballero para que fuese su compadre y el susodicho aceptádolo, se disculpó. Después, por el consiguiente, sucedió lo mismo con otros. Y, finalmente, uno que se había ofrecido a ello envió el propio día que se había de baptizar a decir que no podía hacello. Oído lo cual y estando con el niño en los brazos, le dijo estos versos:

«Hijo, ya eres desgraciado
Por herencia de tu padre,
Pues, buscándote un compadre,
Con mil he descompadrado».

Compraba cierto caballero una obra de ingenio, y diciendo otro que no había que hacer caso de que aquél la supiese conocer ni pagar, dijo uno que le conocía más: «Si lo decís porque es hombre sin juicio, por eso la pagará como loco». Respondió: «No la pagará sino como menguado».

Un galán muy grave por sí y por su edad, porque era de setenta años, y el más barbinegro que se ha visto, habiendo leído esta obra cuando andaba de mano, preguntó qué le había hecho la vejez para haberla fiscaleado y perseguido tanto. Respondió: «Que antes oraba en su defensa, porque los mozos, viendo que se encubre como si fuese defecto, no tengan materia de menosprecialla».

El año de noventa y tres fué en Castilla el invierno muy seco, de manera que en más de tres meses no se vió en el cielo una nube. Pues como, viniendo de tomar el sol, le dijese don Pedro de Toledo que había hecho el mejor día del mundo, respondió: «Muchos buenos días hacen un mal año».

Doblaban un verano muy a menudo en la parroquia de San Martín, y el Marqués de Almazán dijo acaso este verso primero, y él los tres últimos:

«Mucho dobla San Martín.
Señal que no nos doblamos,
Y que, si sordos no estamos,
Toca al arma nuestro fin».

Nacióle un hijo muy deseado a un señor, y púsole tres nombres de santos porque se lograse. Sabido lo cual, dijo: «Mejor fuera llamalle Ledanía».

Siendo su hijo de once años, le sucedió una noche quedársele dormido en dos o tres sitios muy desacomodados, por lo cual dijo uno que lo había notado: «Este niño halla cama dondequiera, y debe de ser de bronce, o trae lana en las costillas». Respondió:

«¿Qué más bronce
Que años once?
Y ¿qué más lana
Que no pensar en mañana?»

Una persona grave prometió al mismo mochacho aguinaldo la Pascua de Navidad, y habiéndole hecho ir por él más de seis veces, se lo mañaneó otras muchas, hasta que un día le preguntó qué consonante había para *aguinaldo*, y respondió el mochacho: «*daldo*». Venido, pues, a su casa con veinte reales que entonces le dió, dijo su padre: «Cuando vi idas y venidas creí que eran cientos; mas, aunque fuesen quínolas, ¿cómo con tantos descartes no hiciste más de veinte?»

Debíale una resta de dineros otro caballero, y habiendo diversas veces aplazado alguna hora para resumir la cuenta, todas ellas tomaba por despidiente que viniese otro día y perdonase; hasta que le obligó a respondelle «que no siendo Papa, no quería conceder cuentas de perdón».

Tenía un caballero principal tres caballos, uno de los cuales se llamaba el Capitán, que lo menos que tenía de viejo era haberse vuelto de rucio rodado en blanco, porque para treinta años no le faltaba el diezmo. Pues como su dueño vendiese los otros dos, quedando solo aquél, le dijo, oyéndole relinchar

muy a menudo: «El Capitán se queja de que, cuando esperaba ser maese de campo, le quitastes la compañía».

El Marqués de Tarifa, cabeza de los Riberas y gran señor en el Andalucía, iba por los caniculares a medio día algo de priesa por una calle de Sevilla; y como, viéndole así cierto competidor suyo, dijese que parecía catarribera, respondió: «Quien tan buena la ha hallado, no tiene para qué buscalla».

Dos maneras de personas decía «que haría mucho quien las consolase: al rico viéndose morir, y a la mujer hermosa haciéndose vieja».

Encareciéndose cuán terrible plaga es la necesidad, dijo que era el mayor mal del mundo si no se padecía voluntariamente, y probólo con que las enfermedades más vergonzosas y las mayores miserias deste siglo sacan los hombres a plaza y las pregonan a voces, por acudir a su necesidad.

Daba un reloj cerca de donde se hablaba alto, y preguntó uno de la conversación qué campana era aquélla. Respondió:

«La de la vela es temida,
Cuyo oficio nos advierte
Que la inexorable muerte
Nos da por horas la vida».

Quedó tan agradecido a un sacamuelas, liberal en su oficio, un hidalgo pobre, que por una que le sacó le dió ocho reales, que era todo su caudal y la ración de aquel día; al cual, sabido el caso, dijo: «No fué el tal sacamuelas, sino creciente

que os llevó una piedra del molino y el trigo que había de moler hoy».

Solía decir que el amor para con su príncipe hace de vasallos hijos buenos; y el aborrecimiento, malos esclavos.

Y también que el temor, sin amor, de los súbditos es como la cal sin agua para edificar.

Oyó lamentarse a un hombre de buena traza de que, habiendo sido rico, estaba en el hospital por una fianza que hizo. Oído lo cual, dijo: «¡Oh fiadores, capas de los que andan al coso; que pocas veces escapan de arrastradas o hechas pedazos!»

A una gran señora que tenía por nombre Ana y era hermosísima, dijo estos versos la primera vez que la vió:

«Ana, de anas como vos
No hay acá tapicería,
Sino allá en la jerarquía
De los ángeles de Dios».

Tratándose de que Toledo y Córdoba son lugares opuestos en materia de hermosura, porque como Tajo en esta parte produce bellas mujeres, Guadalquivir en aquélla carece de buenos rostros, dijo que él probaría haber más hermosura en Córdoba que en Toledo, en esta manera: «Porque en Toledo hay más mujeres hermosas; y en Córdoba, mujeres más hermosas. Y que, así como en las piedras finas cada quilate más en una vale más sin comparación que muchos repartidos en muchas, así en la hermosura de las damas, obra tan perfecta

de naturaleza, deben ser muy considerables los quilates de la perfección».

Yendo a visitar a cierto poderoso, topó antes de llegar a su posada gentes que salían de negociar con él, y pajes que le dijeron que estaba en casa y quedaba solo. Y, con todo esto, al entrar por la puerta, salió corriendo un pajecillo, y, antes de recebir el recaudo le dijo que no estaba su señor en casa; pero que si quería que le dijese algo después. Respondió: «No, sino luego le decid que es grande para escondido».

Topando después a la misma persona, que por algunos justos respectos hacía profesión de amigo suyo, y debía serlo, como dijese: «¿Qué dice ahora el señor cordobés, una palabra cierta?» Respondió: «Que quien niega a su amigo, confiesa un delito grave».

Decía por grande injuria un hombre a otro con quien reñía que era zapatero. Al cual dijo: «Por cierto, vos merecéis andar descalzo, y os importa traer la barba sobre el hombro: pues haciendo infame oficio que no lo es, agraviais a cuantos le usan, obligándoos a más que el retador de Zamora».

De los ladrones dijo «que, por ser la infamia y hez de la tierra, renuncian en todos los oficios la honra que pudieran tener siendo hombres de vida santa y ejemplar».

Preguntáronle cómo se diría en un verso de un soneto cien mil hombres de a caballo, porque cierto poeta no lo había po-

dido encajar. Y antes que se lo acabasen de decir, dijo que él lo dijera desta suerte:

«Diez veces diez mil hombres de a caballo».

Crea V. A. que no hay cosa que más desemeje la república, ni que así repugne a su conservación, como el no acordarse los hombres de que son un mismo cuerpo que la forman, y cada uno miembro della, dependiente de todos los demás, como lo son entre sí los que dan ser a cualquiera persona. Y así, contra leyes divinas y humanas, profanando el derecho natural y defraudando el trato político, falta cada cual a todos y todos a cada cual, en daño notable de la causa del bien público y del provecho particular. Y aunque esto es reprehensible en cualquiera gente, debe serlo más entre católicos, y mucho más entre los que tienen y gozan grandes beneficios y rentas eclesiásticas, a quien la sucesión de la familia no inquieta, ni el temor de venir a pobreza ofende ni lastima, cuando sin nada desto no fueran tan precisas las obligaciones que tienen de ser liberales y caritativos. Sucedió, pues, que era un prebendado descuidado en esto; y diciendo que él gastaba su hacienda con comodidad, respondió: «Con esa misma palabra habla Dios a los clérigos y les dice: *Como di, dad*».

Estando entre duerme y vela, como se suele decir, compuso las dos coplas que se siguen:

Pregunta: «Guardando cinco postigos,
¿Cómo de tres enemigos,
Sola el alma,
Llevará victoria y palma?

Respuesta: Altas son sus preminencias,
Poderosas sus potencias,
Si obedece
La razón que la guarnece».

FIN DE LAS APOTEGMAS

Dar más de lo que se promete no es dejar de cumplir la promesa; aunque nunca se entendió que el número destas APOTEGMAS llegara (como parece que ha llegado) a setecientas, porque, en tal caso, hubiera sido el título más puntual, y escusárase el hacer agora este advertimiento.

POESÍAS

ROMANCE DE LOS COMENDADORES

Mueva mi voz sus acentos,
Haciendo triste sonido;
Deme de su aliento Apolo,
Las Musas lloren conmigo,
Pues he de cantar llorando
Amores que, en fuerte signo,
Nacieron de dulces yerros,
Condenados al cuchillo:
Un caso con fin terrible
Y lisonjeros principios;
Hazañas de aquel dios fiero
Que el mundo llama Cupido.
Tú, pues, ídolo de amantes,
Informa y rige mi estilo,
Pues tu néctar y ambrosía
Son lágrimas y suspiros;
Que si de ti una centella
Enciende mi pecho frío,
Haré eterno este suceso,
Y tu nombre, más temido.
Córdoba, ciudad famosa,
Madre de famosos hijos,

De Sénecas, de Lucanos,
Capitanes y caudillos,
Fué del romano Marcelo
Ilustre y claro edificio,
Por lo fértil del terreno
Y lo admirable del sitio:
Debajo de fausto clima,
Junto al Betis, sacro Nilo,
En lo mejor de Vandalia
Y su más llano distrito.
Añadió a la diligencia
Con que esté donde previno
La curiosidad del cuándo
En su dichoso principio;
Contempló el celeste curso,
Los planetas y los signos,
Observando todo aquello
Que a su intento satisfizo.
Bien lo muestran las edades,
Y bien son dello testigos
Los años autorizados
Y los venerables siglos:
Que es mina producidora,
No de los metales indios,
Sino de sabios y fuertes,
Que son al mundo prodigios.
Uno déstos fué Hernando,
Que el Veinticuatro se dijo,
Subjeto de este poema,
Y de más elogios digno.

Córdoba, pues, fué su madre
Y le dió noble apellido,
Por ser de sus ganadores
Ramo ilustre y florecido:
En el valor excelente
Fué un Licurgo, un Censorino,
Respetado por valiente
Y por cortés bien querido.
En la guerra y en la paz
Fué capitán y ministro,
Hasta privar con el Rey,
Sin ambición ni artificio.
Casó con Doña Beatriz,
De linaje esclarecido,
Perdona, lector curioso,
Si el renombre no te digo;
Baste para ver quién era
Ser mujer de tal marido;
Que no es bien, nombrando un muerto,
Avergonzar muchos vivos.
Vivieron algunos años
Alegres y sin fastidio,
En el recíproco lazo
Del trato honesto avenidos,
Hasta que la suerte dura
Dió lugar a los lacivos,
Y la femenil flaqueza
Perdió la rienda y estribos,
Y a la virtud prefiriendo
Un pensamiento atrevido,

Abrió puerta a grandes males,
Con memorable castigo.
Díme, Amor tirano, injusto
Fiscal del libre albedrío,
Si diste siempre más pena
Por los mayores servicios
Y a los que adoran tus aras
Eres mortal enemigo,
¿Cómo está por todo el orbe
Tu poder tan estendido,
Y tu pendón levantado
Es de más huestes seguido
Que las banderas de Xerxes,
Cuando agotaban los ríos?
Dí, falso, ¿qué aguas Leteas
Das al humano sentido,
Que los daños que nos haces
Parece que desmentimos,
Sin que nos valga esperiencia
De ningún costoso aviso,
Que el mayor mal de tus males
Es cebarse de sí mismos?
Tú echaste a Troya del mundo,
Y de Roma a los Tarquinos,
Los Reyes Godos de España,
Con espantosos prodigios;
Y pues tus hechos atroces
Proceden en infinito
Baste el ultraje de Urías
Por quien lo mandó y lo quiso,

Y lo que por causa tuya
El hombre más sabio hizo,
Para que el linaje humano
Te juzgue por enemigo.
Truéquese tu falso nombre
En el contrario sentido:
No te pinten ya desnudo,
Sino de engaños vestido;
Ni tampoco niño tierno,
Sino viejo antojadizo;
Ni ciego, pues no has cegado,
Habiendo hecho infinitos;
Y aquellos dulces poetas
Que siempre hablan contigo,
Yo ignoro su presupuesto
Y sus canciones no invidio:
Porque debe la violencia
De tu furor encendido
Destemplar su sentimiento
Con encantados hechizos,
Y así, hacen disonancias
En el lenguaje y estilo,
Que a veces en un momento
Padecen calor y frío,
De un agravio están quejosos
Y del mismo agradecidos;
Ya tiemblan de muy cobardes,
Ya se pierden de atrevidos,
Ya mueren, ya resucitan...
¡Oh bienes mal espendidos!

¡Oh ingenios mal ocupados,
Llorad el tiempo perdido!
  Cuántas guerras, cuántas famas
Se hubieran esclarecido
Con el estudio que os cuestan
Las travesuras de un niño;
Y aun por tales eleciones
Toma licencia el Olvido,
Y escurece la memoria
De sucesos peregrinos,
Como este que celebramos,
Del cual sin recelo digo
Que si mi pluma y cuidado
Algo tienen merecido,
Y las musas castellanas
Siguen lo griego y latino,
Todo el tiempo que de Homero
Resonaren los escritos
Y con aplauso se oyere
La Eneida del rey Virgilio
Será tu nombre ¡oh Fernando!
Muchas veces repetido,
Pues tanta fama ganaste
Donde tantos la han perdido,
Unos por mucha ignorancia
Y otros por mucho sufridos.
  Estando, pues, la Fortuna
Cansada de haber subido
Este insigne caballero
Al punto de más peligro,

Determinó derriballe
Desde la cumbre al abismo,
Y, tentando varios modos,
No hubo efecto en su designio,
Hasta que de Amor cruel
Invocó el poder y auxilio,
Retrato suyo en mudanzas,
Y en sinrazones su hijo.
Era en aquella sazón
En su misma patria obispo
Don Pedro de Solïel,
Devoto y caritativo;
Dos hermanos, hombres de Orden,
Tiene el prelado consigo,
Galanes en sumo grado,
Comendadores y ricos:
Uno es Jorge, otro Fernando,
Y Córdoba su apellido;
Que en el monte nace a veces
Lo que abrasa al monte mismo.
Parientes del Veinticuatro
Ellos eran; mas fué visto
Ser para deudos, estraños,
Y crueles para amigos.
Mas antes que se entendiese,
Eran en casa admitidos
A visitas agradables
Entre nobles bien nacidos;
Que mal puede prevenirse
El mal, si viene vestido

En hábito de virtud
Y a tiempo que no es temido.
Jorge y Beatriz se miraron
Con un afecto encendido,
Y, entrándoles por los ojos,
Nunca vieron el peligro,
Hasta que ambos se hallaron
De flecha mortal heridos;
Que quiso el rapaz artero
Matar dos aves de un tiro,
Aunque, si mejor se advierte,
Mató cuatro veces cinco.
  Ya la penetrante vira
da a la tragedia principio,
Y la venenosa yerba
Va labrando en lo más vivo:
Ella en Jorge se transforma,
Y él en ella es convertido;
Crece el trato, crece el verse,
El orden ya pervertido;
Y la visita, que un tiempo
Guardó de cuartana estilo,
Era ya fiebre contina
Con frenesí y paroxismos;
  La guerra es a fuego y sangre
Y el capitán, fiero y niño,
Hace que los elementos
Los traten como a enemigos:
Lágrimas les daba el agua,
El aire tristes suspiros,

La tierra siglos de ausencia
Y el fuego hace su oficio.
Destos contrarios cercados
Y otro número infinito,
Les dió el Amor batería
Y les fué estrechando el sitio;
Sobre un fuerte de esperanza
Les plantó cien basiliscos,
Que el deseo y pensamientos
Disparan como atrevidos.
¿Qué harán dos corazones
En tan estraño conflito,
Si no les viene socorro,
Y vacilan sus presidios,
Y si las puertas del alma
Las dan a sus enemigos,
Para entender la flaqueza
De sus tres altos castillos?
Ya Jorge y Beatriz se sienten
Tan ajenos de sí mismos,
Que ni saben defenderse
Ni rendirse a buen partido:
Ambos huelgan de engañarse
Con aparente artificio,
Por no darse espresamente
En tal error por vencidos;
Y porque del torpe intento
No les dé el honor aviso,
Las dulzuras y requiebros
Matizan con trato limpio.

¡Oh imposibles pretensiones,
Sofísticos desatinos!
Si no ponéis tierra en medio,
Si no escapáis del peligro,
¿De qué sirven circunloquios
De elegantes atavíos,
Si es añadir leña al fuego
Cuando está más encendido?

Entretanto iba el tirano
Minando aquel circuito
Con gastadoras congojas
Y pólvora de apetito;
Luego aplicó la centella
Con ocasión, y al proviso
Voló por alto la mina,
Con horrísono bramido.
El son subió por el aire,
Vino al suelo el edificio,
El muro de la vergüenza
Fué asolado y destruído,
Y del adúltero incesto
El casto lecho ofendido.
Cobra fuerzas la licencia,
Anda libre el desvarío,
Inconvenientes se allanan
Y sobórnanse testigos.
Menospréciase la parte,
Aunque es para ser temido;
Que Amor no teme ni debe,
Si se ve puesto en dominio;

Antes de dificultades
Alimenta sus cautivos
Y acrecienta sus vitorias
Con despojos de peligros.
Esta es la mísera suerte
De los que, con mal instinto,
A la amistad verdadera
Prefieren sus apetitos.
No alcanza mi entendimiento
Cuál de los dos haya sido
U deba ser más culpado
En la pena del delito;
Que si Beatriz le es mujer,
Jorge también es su primo,
Y, caso que [no] lo fuera,
Bastaba el nombre de amigo,
El cual entre honrada gente
Es linaje conocido,
Estrecho feudo, y sagrado
Homenaje no rompido.
Iba la maldad creciendo,
Con el odio del marido,
Cosa cierta en las mujeres
Que hacen lo que ésta hizo.
¡Oh martirio de los hombres!
¡Oh doméstico enemigo,
Desventura inevitable,
Monstro desagradecido!
¿Quién fué aquél tan riguroso
Que nos dejó introducido

Un gravamen tan enorme
Y fuero tan esquisito:
Que el honor de los varones
Justamente merecido
Restribe en un fundamento
Fácil de ser combatido?
Mas como el daño primero
Guiado por mujer vino,
Y el valor del primer hombre
Se abatió a ser inducido
De la engañada consorte,
Contra el precepto divino,
Quedó el masculino sexo
Muy subjeto al femenino,
Partícipe de su mal,
Cómplice de su delito,
Como ya mancomunado
En el bien había sido,
Y así, conviene que sean
Agraviados y ofendidos
Siempre que erraren las Evas,
Los Adanes, sus maridos,
Y más, que si esto cesase,
Sería mayor peligro
El de la disolución
Que el del contrapeso esquivo.
Por tanto, préciate, ¡oh patria!,
Del justo rigor y estilo
Con que a las otras ciudades
Eres espejo y aviso.

Y tú, Fernando, que en esto
Parecerás bien su hijo,
Eternícese tu nombre,
Y el de mis versos contigo,
Porque si hombres te leyeren,
Te alaben siempre conmigo;
Y si mujeres, aprendan
A temer a sus maridos.
Ausente estaba a estas cosas
El caballero ofendido;
Que no reserva la ausencia
De semejante martirio.
Hállase en Corte, y no acaso,
Sino atendiendo de oficio
A negocios importantes
De Córdoba y su distrito.
Soledad y ausencia llora,
Porque de pocos que han sido
Amantes de sus mujeres,
Éste fué el superlativo.
Era su fe tan entera
Y su querer tan sencillo,
Que no supo qué eran celos,
Ni dió lugar a sentillos.
En esta misma sazón
Jorge, aunque favorecido,
Hubo, a pesar de su dama,
De dar en Corte consigo,
Ora fuese de importancia
La causa de este camino,

Ora, por disimular,
Hiciese aposta desvío;
Que nunca el que mucho yerra
Se halla entre sí bien quisto,
Y la culpa, aunque secreta,
Tiene en sí propia el castigo;
Porque es fiscal la memoria,
La conciencia mil testigos,
La verdad recto jüez,
Verdugo el pecado mismo.
Llegado que fué a Toledo,
Fué a ver su cumblezo y primo,
De quien, con limpias entrañas,
Fué abrazado y recebido.
Preguntóle por su casa,
De la cual nuevas le dijo,
Si no todas las que sabe,
A lo menos, las que quiso.
Después besó al Rey la mano,
Y en la suya llevó anillo
Que de la traición oculta
Descubrió bastante indicio:
Don que no le fué, por cierto,
Para tal fin concedido,
Ni a tan triste ministerio
Se pensó ser ofrecido.
Era un claro dïamante,
De gran fondo, limpio y fino,
No menos por sí precioso
Que por su engaste esquisito.

Esta fué la última prenda
Que, recelosa de olvido,
Dió Beatriz a sus amores
Cuando le vió de camino.
  No del real aposento
Hubo don Jorge salido,
Cuando el Rey mandó llamar
A Fernando, y tal le dijo:
«Confuso y maravillado
Me tienes, por cierto, amigo,
Por dos cosas que no puedes
Escusarte si las digo:
La primera es que, sin orden,
Enajenaste mi anillo,
Que debieras vinculalle,
Siquiera porque fué mío.
La otra, que más pondero,
Es el haberme mentido
En decir que a tu mujer
Le diste, y tráele un vecino.
Mucho mejor te estuviera
Mostrárteme agradecido
Que a Jorge tan liberal,
Y negarme lo que he visto».
  Nunca sentencia de muerte
Impresión tamaña hizo
En pecho de algún culpado
Como en el sin culpa el tiro;
Porque siente sus agravios
Y el verse reprehendido

A tiempo que la disculpa
No carece de peligro;
Y así responde a su Rey,
Que le juzga convencido,
Como verisímilmente
Daba en el semblante indicios:
«No quiero darte descargo,
Buen Rey, de quien soy y he sido,
Aunque dalle tal pudiera,
Que me bastara contigo;
Mas, por ciertas ocasiones,
Al tiempo se lo remito,
Que será de mi entereza
El verdadero testigo.
Yo haré una información
De la verdad que te he dicho,
Que en los anales de España
Permanezca su registro.
Sólo a tu benignidad
Por merced pido y suplico
Licencia de ir a mi casa
A componer mis litigios».
  Tal le vió de lastimado,
Que, aunque no se satisfizo
De su inocencia, el Monarca
Lo quedó de su castigo;
Y moderando el enojo,
Conforme a real estilo,
Le consoló en lo ya hecho
Y le otorgó cuanto quiso.

Ya parte de su presencia,
Y, de Jorge despedido,
Juzga el curso de las postas
Por carro lento y tardío;
Pasa la puente del Tajo,
Famosísimo entre ríos;
Llega a Orgaz, villa nombrada
Por el temple de los filos;
Luego a Yébenes, que es pueblo
Partido en dos señoríos,
Y después a Malagón,
La del proverbio esquisito,
Dejando atrás los oteros
Del funesto Peralvillo,
Asombro de los traidores
Que saltean los caminos,
Porque la horrible memoria
De los atroces delitos
Vive en tristes cuerpos muertos,
Para que tiemblen los vivos.
Atraviesa a Guadïana,
Aquel que es dos veces hijo
De la tierra, pues su centro
Le da segundo principio:
En esto es previlegiado,
Y en lo demás lago estigio,
Pues tiene saladas aguas
Y pescado desabrido;
Ya toca en Ciudad Real,
Humilde en sus edificios,

Aunque sana por su temple
Y famosa por su vino.
Pasando más adelante,
Caracuel sale al camino
Y Almodóvar la del Campo,
Próspera de vellocinos,
Ricos campos ara y siembra
Y valles pace floridos,
Vacas sustenta a millares
Y de ovejas mil apriscos.
Ya la gran Sierra Morena
Muestra los cerros erguidos,
Abrigo del frío invierno,
Sombra del ardiente estío,
Y, al fin, regalo ordinario
De cualquiera peregrino,
Por la caza y por las ventas
De que abunda su gran sitio.
Era en el tiempo que Febo
De Aries había salido;
Cuando la naturaleza
Restaura lo que ha perdido:
Al árbol vuelve las hojas
Que le quitó el yerto frío,
Dando a las mieses y prados
De esperanza los vestidos;
Las aves, con dulce canto,
Fabrican sus dulces nidos,
Y los brutos animales
De amores andan heridos;

Los peces pueblan las aguas
De hijos no conocidos,
Incomparable estrañeza
Contra el natural cariño;
Las solícitas abejas,
Con el blando susurrido,
Sacan preciosos licores
De romerales floridos;
El aire suave y templado
Consolara a cualquier vivo,
Sino aquel a quien fortuna
Trataba como a enemigo.
Pasando por Adamuz,
De muchos fué conocido,
Aunque, de pura tristeza,
Pasar encubierto quiso.
Prosiguiendo su viaje
Por el torcido camino,
Pasando de venta en monte
Solícito y pensativo,
Vió desde un alto collado
El asiento esclarecido
De ti, Córdoba la llana,
Y de tus campos elíseos,
Y vió más que Tolomeo
Dejó en sus tablas escrito:
Tu cuerpo bello, apacible,
Con admirable atavío;
Tu cabeza, que es la sierra,
Tocada de un paraíso;

Tu cinta rica y preciosa,
Que es el caudaloso río;
Otros varios ornamentos
De tu ropaje lucido
Son las fértiles campiñas,
Dehesas, huertas, baldíos,
Sotos, prados y olivares,
Granjas, viñas, cotos, sitios
Que califican tu seno
Y enriquecen tu distrito.
Revolviendo sus memorias,
Entre mil ansias metido,
Los umbrales de su casa
Dieron fin a su camino,
Si fin se puede llamar
El escabroso principio
De entrar tropezando en trasgos
En un ciego labirinto.
Ya pendía de su cuello
La que un tiempo fué su alivio,
Y agora es sierpe enroscada,
Que se le tiene ceñido.
Allí la cruel sirena
Salva (sin estallo) hizo
De mentirosos abrazos
Y algunos besos fingidos.
Maldice la ausencia larga
Que, a su pesar, ha podido
Eclipsar con cinco lunas
El sol de sus ojos vivo.

¡Oh mujeres, las que errastes
El verdadero camino!
Decidme: ¿cómo, engañadas,
Es engañar vuestro oficio?
¿Quién os enseña el lenguaje
Halagüeño y fementido,
Y las blandas ceremonias
Entre el rigor y el cuchillo?
Trato doble que en tal caso
No aprendieron vuestros hijos,
En quien el amor o el odio
Fácilmente es discernido.
Verdad es que el justo enojo
Y el importante castigo
Piden agora en Fernando
Sagacidad y artificio:
Finge que trae calentura,
Por disimular lo tibio;
Mas ¿qué finge, si es honrado,
Y en su honor hay entredicho?
Y en su amor sacramental
Le hay también, porque el inico
Incesto violó sus aras,
Y lo tiene interrumpido.
La noche pasa, y el sueño
De ninguno es admitido;
Que él vela porque está malo,
Y ella, porque mala ha sido.
Teme que ha de preguntarle
Por el trasportado anillo;

Aunque puede estar segura
Entonces deste peligro:
Que no es sabio quien no sabe
Hacerse desentendido.
Ya el sol las cumbres doraba
Con su resplandor divino,
Cuando Fernando salía
De aquel lecho aborrecido.
Apenas de su aposento
Salió, triste y pensativo,
Cuando en otro retirado
Llamó a su siervo Rodrigo.
Éste fué un gallardo esclavo
Que, de incierto padre hijo
Y de cautiva africana,
Nació en su casa cautivo;
El cual, como algunas veces,
Por mano de un simple niño,
Con palabras generales
Le hubiese a Toledo escrito
Que diese vuelta a su casa,
Le preguntó cuál designio,
Qué ocasión o qué sospecha
Le movió a dalle este aviso.
El esclavo, por estenso,
El caso infame le dijo,
Aunque no tuvo paciencia
Para acabar bien de oillo.
Encomendóle el silencio,
Y aceptóle por amigo;

Que no se mejora menos,
Si es fïel, un libertino.
  Fernando tiempla su furia,
Que fué aplacar el abismo,
Porque una rabia celosa
Es infierno de hombres vivos.
¡Oh memorable hazaña,
Raro y singular aviso,
No tomar satisfacción
Cuando faltan requisitos!
Como el cazador astuto
Que a las redes le ha venido
Alguna simple avecilla,
Y la deja sin ruido,
Hasta que llegue la banda
Que, hendiendo el aire limpio,
Se acerca a la que primero
Ocupó el armado sitio.
Vuela el tiempo, pasa un mes
Y otro medio, aunque es un siglo
Para el que sufre y espera
Entre abrojos y cilicios.
Pero ya la poderosa
Fuerza del fatal destino
Trujo de Toledo a Jorge
A pagar el mal que hizo,
Y de Sevilla a Fernando,
Su dulce hermano y amigo,
Porque hermandad tan conforme
Nunca en la tierra se ha visto:

Semejantes en los talles,
En los rostros y en el brío,
Uno su tono de habla,
Y uno mismo era su estilo,
Dulce engaño de sus padres
El tiempo que fueron niños.
Cruces traen de Calatrava,
Comendadores antiguos;
Y aunque no fueron de un parto,
Los hizo iguales un signo,
Pues su vida y condiciones
Fueron desto claro indicio,
Y sus muertes desastradas,
Dos verdaderos testigos,
Ejemplo y materia al mundo
Con memorable prodigio.
A doña Beatriz visitan,
Y en secreto intempestivo
Le restituyen la prenda
Que tan costosa había sido,
Cosa que antes se hiciera,
A no ser mayor peligro
El descubrirse a un tercero
Que el habello diferido.
El Veinticuatro, abrazando
La ocasión que ya previno,
No perdiendo un solo instante,
Trató de cortar el hilo.
Porque está de gusto pobre
De hacerse perdedizo,

Y cualesquier dilaciones
Dañan al apercebido.
Convidólos a comer
Para el primero domingo,
Por sustanciar el proceso
Y averiguar los indicios.
Sentados, pues, a la mesa,
Los ojos, que son testigos
De los secretos del alma,
Callando hablan a gritos;
Y aun hubo quien estuviese
Del manjar tan divertido,
Que de la mano a la boca
Erró el derecho camino.
¡Pobre del que disimula,
Y comiendo basiliscos
Finge que le saben bien,
Y brinda a sus enemigos!
Alzada que fué la mesa,
A sus cazadores dijo
Que en comiendo se aprestasen
Para el usado ejercicio,
Porque se quiere ir a monte
Por cuatro días o cinco,
A un bosque fragoso, entonces
De fieras albergue y nido,
Y agora dicho Trassierra,
Que es de granjas paraíso:
¡Tanto es padre de mudanzas
El tiempo, y antojadizo!

Jorge y Beatriz desta nueva
Sintieron tal regocijo,
Que un buen letor en sus caras
Lo pudiera ver escrito.
La casa de dentro y fuera
Resonaba con bullicio;
Las criadas fervorosas
Traen viandas, pan y vino,
Y enfundan los almofrexes
Con el regalado lino,
Subtil y rara invención
Para el humano atavío.
Los caballos en el patio
Daban soberbios relinchos,
Y los canes de trailla,
Alborozados ladridos.
Todo sale puesto a punto,
Y Fernando iba vestido
De verde, que presto espera
Ver en rojo convertido.
  Por la puerta del rincón
Sale, de muchos seguido,
En un gallardo caballo
De color rucio tordillo.
Con él van sus convidados,
De los cuales despedido,
Se fué hacia la Merced,
Y ellos hacia San Francisco.
Risueños van y contentos
De la suerte que han tenido,

Cuando Jorge a don Fernando
Estas palabras le dijo:
«Si suele el comunicarse
Hacer el bien más crecido,
Mucho añado en el que tengo
Si esta noche os vais conmigo.
Ya sabéis que donde amo
Soy muy bien correspondido,
Y la ocasión, que pintada
A las manos me ha venido
Para que juntos gocemos
El premio de mis servicios.
Yo estaré con mi señora;
Vos, señor, entretenido
Con Ana, su secretaria,
De quien sois galán bien quisto;
Y vos sabéis que no es fea
Ni para echar en olvido,
Y yo, que sois algo tierno,
Templado a lo de Calisto.
Vaya por nuestro Sempronio
Mi camarero Galindo,
Porque es hombre confidente,
Secreto y bien entendido».
Mientras esto se concierta,
Fernando deja el camino,
Mandando marchar su gente,
Sino fué a solo Rodrigo.
  Ya el sol su cara escondía,
Cuando se quedó escondido

En un montecillo espeso,
Donde estuvo sin ser visto,
Aguardando la hora y punto
De ejecutar el castigo.
Graves cuidados le cercan,
Y así hablaba consigo:
«¡Oh infame Elena segunda!
¡A qué tiempo me has traído,
Sin que te diese ocasión
Para haberme así ofendido!
Y si lo fué para ti
Haberte tanto querido,
Temiérasme por honrado,
Si no por aborrecido.
Y caso que por ventura
Te fuera indigno marido,
Degenerar no debieras
De tu linaje patricio,
Y el lustre que en sus matronas
Al mundo ornamento ha sido,
Para más vergüenza tuya,
Para más agravio mío.
¡Oh Ulises griego, dichoso
Entre cuantos han nacido,
Pues, tras los grandes trabajos
De aquel destierro prolijo,
Hallaste el tálamo casto,
Por más que fué combatido,
Y siendo de Penelope
Casi por muerto tenido,

Fuiste como tal llorado,
Y esperado como vivo!
Cielo, tú que eres agora
De mis agravios testigo,
Y mueves tus influencias
Sobre este mundo mezquino,
No quieras que culpa ajena
Prevalezca en daño mío.
Favorece mis intentos
Que justos son, yo lo fío;
Y si allá tienes dispuesto
Por algún hado preciso
Que no consiga vitoria
De mis fieros enemigos,
Esta despreciable vida
Ofreceré en sacrificio;
Porque quien vive sin honra,
No puede llamarse vivo.
Y tú, mudable fortuna,
Que me tienes ofendido,
Pudiste con fuerza esquiva
Dar en el suelo conmigo;
Pero no podrás privarme
Del poder en que restribo,
Que es hacer lo que en mí fuere
En la demanda que sigo».
La sombrosa noche estaba
En medio de su camino;
Callaban montes y valles;
Los pueblos hacen lo mismo;

El dulce sueño profundo
Daba el sosiego y olvido
Al humano entendimiento,
De mil congojas archivo,
Y a los miembros trabajados
En diversos ejercicios,
(Tregua piadosa del tiempo
Adormecer los sentidos),
Cuando deja el verde lecho
El caballero afligido,
La rienda toma en la mano,
Poniendo el pie en el estribo,
Y puesto firme en la silla,
Para Córdoba se vino,
Como el que a reconocer
Llega el contrario presidio.
Dejó a recado el caballo,
Y rastreando un portillo,
Le halla y entra por él,
Aunque estrecho se le hizo.
No encuentra ronda en las calles,
Ni menos hombre nacido;
Todo estaba en un silencio
De ninguno interrumpido;
Hasta los canes caseros
No dan molestos ladridos,
Que a los hurtos amorosos
Son mortales enemigos;
Sólo de noturnas aves
Se escuchan tristes aullidos;

Que siempre en casos funestos
Endechan con más ahinco.
Quebranta su propia casa,
Y en cierta pared subido,
Ayudado de su esclavo,
Le ayuda y lleva consigo.
Fueron a dar a las piezas
Donde estaban repartidos
Los huéspedes mal mirados,
Torpemente entretenidos,
Con luz y mucho sosiego,
De su daño inadvertidos,
Y de pensar que la Parca
Les quiere cortar el hilo.
   Agora ¡oh hijo de Venus!
Invoco otra vez tu auxilio,
Para contar tus hazañas
En versos con sangre escritos;
Pues, aunque en ocio y blandura
Naces, dulce, afable niño,
Después, como rey tirano,
Bebes la de tus amigos.
   Ya está Hernando en la sala;
Deja a la puerta a Rodrigo;
La espada lleva desnuda
Y él va de esfuerzo vestido;
Arremete contra el lecho,
Mal guardado y bien sabido,
Ardiendo en honrosa saña,
Como honrado y ofendido.

Jorge, medio sin acuerdo,
Con su espada se le vino;
Mas, vergüenza y sobresalto
Le embotan la punta y filos.
Hernando cierra con él,
Después de habelle herido
De un terrible tajo abierto
Cerca del siniestro oído,
Y dióle tres puñaladas,
Que al morir dieron postigo,
Con sangre y dolor inmenso
Y mal formado gemido.
Ya andaba el triste bascando,
Y el cuerpo en tierra caído
Celebraba con el alma
Aquel divorcio temido,
Cuando a su hermano, que estaba
En un retrete dormido,
Ana despertó diciendo:
«¡Señor, que somos perdidos!»
—«¿Cómo así?—dijo—¿Esto pasa?»
Y saltó despavorido,
Con la que antes fué acerada
Y entonces era de vidrio;
Y así, embistiendo con él
Aquel severo ministro,
Le hizo igual a su hermano
En la muerte y el castigo.
Ana imploraba clemencia,
Pero poco le ha valido;

Que de servicios y vida
Le dieron el finiquito.
Beatriz estuvo a estas cosas
Presente y fuera del siglo;
Porque un desmayo mortal,
Causado del temor frío,
Le suspendió las potencias
Y privó de los sentidos;
Y así, le fué por entonces
Su amargo fin diferido,
Porque despierta pagase
El mal que despierta hizo.
En un rincón de la sala
Hubo señal de ruido,
Y fué que detrás de un cofre
Estaba el pobre Galindo,
El cual, de puro temor,
Aun no osó estar escondido,
Y más porque el presentarse
Desagrava los delitos.
«¡Por Dios todopoderoso
—Al Veinticuatro le dijo—,
Valeroso caballero
Que te humanes hoy conmigo!
¡Alza de mí la venganza,
Pues nunca te hice tiro
Con obra ni pensamiento
Más que a la luz con que miro.
Ya sabes de los que sirven
Cómo no son de sí mismos,

Y que traen la voluntad
Con esposas y con grillos.
Arrastrando entré en tu casa,
Por los cabellos traído,
Y más como buen criado
Que no como mal vecino.
Si yo a mi disposición
Usara del tiempo mío,
Si lo que tengo de noble
No me faltara de rico,
¡Cuánto mejor estuviera
En mi reposo dormido,
Que de pecados ajenos
Hecho, por mi mal, testigo!
Califique, pues, tu nombre,
La fama, y cuente en sus libros
Que en el día de tu saña
Fué piadoso tu cuchillo.
Yo, que, víctima inocente,
Deslustro tal sacrificio,
Seré eterno blasón suyo,
Si por tu clemencia vivo».
Hernando al humilde ruego
Estuvo casi movido,
Y preguntóle a su esclavo:
«¿Qué te parece, Rodrigo?»
Respondió: «Señor, los menos
Vivan de tus enemigos».
Y así, fué éste suplicante
Sangriento yunque a los filos.

Tiénese por caso cierto
Que fué hecho del cautivo,
Y que le pesó a su dueño
Del negocio compasivo;
Aunque de enojado ciego
Y lince de prevenido,
Siguió la matanza fiera,
Como lobo en el aprisco:
Mató ancianos escuderos,
A los porteros ariscos,
Las dueñas y las doncellas,
Los pajes grandes y chicos,
A los mozos de caballos,
Y hasta los perros mismos
Aullaron pasando muerte,
Y gatos dieron maullidos.
A una mona y papagayo
No les valieron graznidos,
Ni los inquïetos saltos
A un atribulado jimio.
Esta confección de sangres
Hacen de la casa un río,
En que el honor se restaura,
Cobra fuerza y queda limpio.
Los racionales y brutos
Murieron como se ha dicho,
Porque del juicio final
Diese esta venganza indicios.

Ya el alba se levantaba
De su lecho alabastrino

Y sus rosadas mejillas
Mostraban color distinto
En todo lo que la noche
Tuvo en uno confundido,
Siendo capa a pecadores
Y sombra de maleficios,
Cuando Beatriz en sí vuelve,
Y recupera el sentido;
Suspirar, porque aun vivía,
Fué lo primero que hizo,
Y, vuelto el rostro turbado
Al indignado marido,
Le vió de sangre cubierto,
Con el color amarillo,
Horrible el ceño y semblante
Y de cólera encendido.
  Bajó los ojos al suelo,
Temerosa de lo visto,
Y vió el destrozo sangriento
Para dolor más esquivo,
Sintiendo los grandes males
De que la causa había sido.
En esta cruel reseña
Vió su túmulo preciso;
Cuajósele allí la sangre,
Quedó el cuerpo helado y frío,
Los labios se le secaron,
Los ojos hacen lo mismo;
Que el licor faltaba al llanto
Y el aliento a los suspiros,

Porque la pena rabiosa
Cerró todos los caminos
Que a los tristes lastimados
Suelen ser de algún alivio.
La lengua sola probaba
A defender su partido,
Aunque la culpa y el miedo
La privaban del oficio.
Tres veces probó a hablar,
Y otras tantas perdió el tino;
La voz salió sin efecto,
Formando un ronco sonido;
A la cuarta, como pudo,
Dijo, como desde el limbo,
La desdichada señora
Estas palabras que escribo:
«Pues mi yerro es sin disculpa,
Del remedio desconfío;
Y porque sé que es muy fea
La traición que he cometido,
Si ya perdón te pidiese,
¡Oh Hernando, señor mío!,
Sería irritar tu enojo
Con otro nuevo delito.
Satisfágate mi muerte
De lo que mal he vivido:
Justo es que mi cuerpo pague
La maldad torpe que hizo,
Pues fué siervo de la pena
Cuando se rindió a los vicios.

Tú lavarás con mi sangre
Tu agravio y mi desvarío,
Y yo saldré de la deuda,
De tal caso, y tal marido,
A quien tan mal conocí,
Por no habelle merecido.
Sólo para arrepentirme
Un breve tiempo te pido;
Confesaré mis pecados
Con doloroso gemido,
Porque si el alma no pierdo,
Todo es poco lo perdido;
Y si acaso, porque es mía,
También la has aborrecido,
Debes por fuerza estimalla,
Porque Dios la ha redemido».
  Tal eficacia tuvieron
Las verdades que le dijo,
Que sacaron tierno llanto
De aquel pecho diamantino;
Mas el noble corazón
Jamás se ve tan esquivo,
Que no acuda blandamente
A lo justo y bien pedido.
Hizo oficio de albacea
El verdugo de Galindo,
Y trújole un confesor,
Que confesión pidió a gritos;
Porque, ignorando la causa
Y pisando un mar sanguino,

Entre veinte cuerpos muertos,
Juzgó su fin por venido.
Su penitente le anima,
Y puesto Dios por testigo
Le manifiesta sus culpas,
Y él la absuelve enternecido.
Perdón la deja pidiendo
A los pies de un Crucifijo,
Y él, puesto a los de Hernando,
Tales palabras le dijo:
«Si la más alta vitoria
Es tenella de sí mismo,
Y es generosa venganza
Perdonar al enemigo,
Católico caballero,
Por muerta a Beatriz te pido.
Viva a Dios, y muera al mundo,
En penitencia y cilicio;
Que, trocado nombre y señas,
En un convento me obligo
A hacella monja oculta,
Donde sirva al que la hizo».
«Padre—entonces le responde—,
Muy bien estoy con lo dicho,
Pues a cada cual le toca
Hacer su debido oficio:
Vos habláis conforme al vuestro;
Yo haré conforme al mío,
Y aun hiciera el de Saturno
En comer mis propios hijos

Si desta enemiga mía
Alguno hubiera tenido,
Como ya lo deseaba
Con mi corazón sencillo».
Estas palabras diciendo,
De justo enojo movido
Más que de coraje ardiente
Ni deseo vengativo,
Entró donde en mármol pario
Pensára ver (por Lisipo)
Un angel, si de los ojos
No le descendiera un Nilo,
Y tras él, la roja sangre,
Por el nevado camino
Que abrió en el hermoso cuello
Con su puñal acerino.
Tal quedó como la rosa
Que de su lugar nativo
Destronca el robusto arado,
Aunque por más beneficio.
¡Oh belleza, a los humanos
Agradable paraíso,
Gloria y vida de los ojos,
De las almas dulce alivio,
Retrato de todo el bien,
Proporción con señorío!
¡Qué pensiones son las tuyas!
¡Cuán costosos son tus tiros!
¡Cuán graves tus contrapesos!
¡Cuán minados tus castillos!

Mal segura es tu defensa,
Muchos son tus enemigos,
Terribles tus asechanzas
Y espantosos tus peligros.
Por tanto ¡oh vos las hermosas,
Que, imitando al blanco armiño,
Moriréis por no enlodaros
A manos del Rey Tarquino,
Tened honesta mancilla
De las torpes que, sin juicio,
Deslustran de la belleza
El esmalte más divino!
No hay luna pura eclipsada,
Ni espejo empañado limpio,
Ni hermosura sin honra,
Ni sin modestia atavío.
 Ya de Francia a toda furia
Se mete por el camino
El recién viudo Hernando,
Con gusto recién nacido.
No tuvo en todo el viaje
Caso de memoria digno,
Por ser tal la causa dél,
Que deja atrás infinitos.
Luego, pues, que tuvo el Rey
Del negocio entero aviso,
Y por sus pasos contados
Se halló el primer testigo,
Por esto, y porque la Reina,
Honra de cuantas lo han sido,

Justificó heroicamente
Aquel ejemplar castigo,
El Católico perdona
Al Cordobés forajido,
Y, vuelto a su patria cara,
Honrado y favorecido,
Celebró segundas bodas
Y a Costanza fué marido,
Estremo de honestidad,
De hermosura, y aviso
De la estirpe generosa
De Haros, crisol antiguo,
Y clara más por su fama
Que por sus altos principios.
De ésta tuvo sucesión,
Y después, de padre a hijo,
Nunca han faltado herederos
De su casa y de sus bríos.

FIN

CANCIÓN

AL

DUQUE DE PASTRANA

SOBRE SU CASAMIENTO

Tú, que el laurel estimas por trofeo,
De la lira inventor resplandeciente,
Asiste a mis intentos favorable,
Honesto Amor, amparo de la gente,
Infunde en la razón de mi deseo
Sonora voz de aliento perdurable,
Para que de ti hable
Y de tus leyes santas.
Tú, mundo, que levantas
Un ciego dios, en vano idolatrado,
Oye, y sabrás que vives engañado;
Teme del grave error justo castigo,
Pues es de ti adorado
Tu implacable mortal fiero enemigo.

¿Dios llamas y señor al apetito
Cruel, lascivo, torpe, incorregible,
Ajeno de razón y de medida?

¿Al miserable ardor concupiscible
Acatas por deidad con falso rito?
¡Oh costumbre dañosa y pervertida!
Mejórese la vida,
Y viva el amor puro
En diamantino muro
De fe y honestidad y de firmeza;
Que sí nos obligó naturaleza
A desear, querer y ser queridos,
El alma y su franqueza,
A no pasar los límites debidos.
  Y así, el inmenso autor de cielo y tierra
Previno aquel recíproco concierto,
Y al hombre original dió compañía
Con que surgiese en el celeste puerto,
Como despojo habido en buena guerra,
Por lícito contrato en causa pía.
¡Oh angélica armonía!
¡Oh santo matrimonio!
¡Cuán claro testimonio
Nos da tu dignidad amplificada,
Pues la Virgen bendita inmaculada
Honró tus fueros y se llamó esposa
De aquél que fué guardada
Como joya de Dios la más preciosa!
  ¡Oh bien andante Duque! ¡Oh bien regido,
Que, en verde juventud y tiernos años,
Renuncias ya los libres pensamientos!
Dichoso tú, que huyes los engaños
Del cuidoso galán desvanecido,

Mártir de vanagloria y movimientos.
Dichosos tus tormentos,
Dichosa tu cadena,
De honor y gloria llena,
Pues es la perfeción de tu ventura
La mayor que se vió de hermosura;
Y es la parte menor que hay en tu Ana,
Ante cuya figura
Se escurecen los rayos de Diana.
Lo menos que se ve en aquel subjeto,
En que te transformó tu buen destino,
Es belleza sin par y peregrina;
La beldad representa un sér divino,
Y es por sí de la vista amado objeto,
Que al mismo Dios en algo se avecina.
Mas, en tu prenda digna,
Con proporción suave,
Mezcló lo dulce y grave,
Lo deleitoso y útil con lo honesto:
Y así, parece un ángel manifiesto,
A los ojos, hermosa y agradable,
Y júntase con esto
Todo lo que en el mundo es más amable.
Linaje antiguo, clara decendencia,
Entera fama, raro entendimiento,
Y bienes los que bastan de fortuna;
Felice unión, felice ayuntamiento,
Donde con natural correspondencia
Hace Amor de dos almas sola una.
Si del Sol y la Luna

Progenie se esperara,
Nadie dificultara
Que habían de nacer partos hermosos,
Ni los vuestros nos tienen ya dudosos,
Porque si en ti, señor, nos muestra Marte
Aceros generosos,
De Febo hay en tu rostro mucha parte.
Resplandece doquiera en tu persona
Una serenidad afable y bella,
Tan llena de grandeza, que asegura,
Y tal, que te ilustrara solo ella,
Debajo el polo y de la ardiente zona,
Entre cualquier nación bárbara y dura.
Tu gala y compostura,
Tu ingenio y cortesía,
¿En quién no imprimiría
Firmísimo concepto de quién eres?
Ten luego por amigos cuantos vieres,
Y rinde gracias a tu diestro hado,
Cuando en esto advirtieres,
Y lo bien que en sazón te has empleado.
Vengan las Gracias de la escelsa cumbre.
De nieve y roja púrpura vestidas,
De verde oliva y palma coronadas;
Las Ninfas en los bosques escondidas
Dejen la soledad, muden costumbre,
Y cerquen este tálamo adornadas;
Las Nueve celebradas
Por sabias y elocuentes
En lenguas diferentes

Vengan himnos dulcísimos cantando
Y el néctar de sus fuentes derramando,
Con nuevas flores que el Parnaso cría,
Y vaya resonando
De gente en gente el gozo deste día.
  Cuando el planeta lúcido y clemente
Que allá en la sexta esfera tiene asiento
En conjunción está dulce y benigna
Con la amorosa estrella que, al violento
Girar, se muestra en el rosado Oriente,
Al tiempo que la Aurora se avecina,
Entonces determina
La ciencia judiciaria
Que hay gracia estraordinaria
En favor de los que entran en la vida,
Que con reyes les da larga cabida,
Alegre y blando trato les influye,
Y otra virtud cumplida:
Que nadie su amistad esquiva o huye.
  Así esta junta suerte y bienandanza
Un fausto agüero a todos pronostica,
Que las puertas nos abre del consuelo:
Porque si la esperiencia testifica
Que unirse en dos tamaña semejanza
Es orden y merced del alto cielo,
Ya pueden sin recelo
Ni temor de desmanes
Las damas y galanes
Las cervices ligar al casto yugo:
Porque el piadoso influjo (a quien le plugo

Ayuntar cuerpos y almas tan conformes),
Al desamor verdugo,
Impedirá los lechos desconformes.
¡Vivid, vivid por siglos prolongados,
Oh par sin par, iguales sin iguales!
¡Vivid en paz, amor, descanso y gloria!
Vuestros alegres años y cabales
Os dejen ver de nietos rodeados,
Que hagan inmortal vuestra memoria.
Y tú, que por vitoria
¡Oh rico Tajo ameno!
Incluyes en tu seno
Arenas limpias que producen oro,
A Lusitania irás, ledo y sonoro,
Y díle que, pues Silvas nos ha dado,
Que por mayor tesoro
Silva con Portugal hoy se ha mezclado.
Canción, yo no os enseño
A que andéis por el mundo derramada,
Pues que no tenéis partes para ello;
Buscad a vuestro dueño
Y presentáosle humilde y obligada,
Como sabéis que yo suelo hacello;
Que si le sois acepta,
Poca falta os hará no ser perfeta.

CANCIÓN

A LA MUERTE DE

MARCO ANTONIO COLONA

Deja la furia del sangriento Marte
¡Oh Calíope! y llore enternecida
Melpomene conmigo en triste pena,
Pues Átropos cruel, fiera, homicida,
Se opuso al gran varón cuyo estandarte
Hizo temblar la gente sarracena.
Y tú, de triunfos llena,
Ciudad reina del mundo,
Que el hijo sin segundo
Con daño universal difunto miras,
Dignamente del tiempo y de sus iras
Te puedes querellar al justo cielo,
Pues con razón suspiras,
Postrada tu columna por el suelo.

Postrado en tierra yace ¡ay, dura suerte!
El coloso más alto y peregrino

Que tu patricia gente sostenía;
Haz obsequias ¡oh padre Tiberino!
Y en roja sangre tu cristal convierte,
Para memoria triste de aquel día.
Murió la cortesía,
El lustre y la grandeza;
Cayó la fortaleza;
El valor se cubrió de niebla escura.
Llora, Italia, tu grave desventura;
No ceses de plañir, pues que te sobra
Ocasión fuerte y dura;
Que el ya perdido bien tarde se cobra.
Y no con menos sentimiento España
La pérdida común llore y lamente,
Pues le toca también, y tan de lleno;
Llore por quien le fué hijo obediente,
Con fe constante y afición tamaña,
Como ya fué testigo el tiempo bueno.
No es este daño ajeno,
Ni parece sufrible,
Según es de terrible;
Que quien por varios términos y modos
Se ha visto que nació por bien de todos,
A todos obligó con lazo estrecho,
Romanos como godos,
A lamentar ¡oh Parca! el mal que has hecho.
Pues si redunda en tantos la querella
Deste funesto caso y dolorido,
Por ser tal el subjeto que se llora,
¿Qué sentirá al eclipse entristecido

La amorosa consorte, casta y bella,
Que fué del almo sol bendita aurora?
Dadme, Musas, agora
Del colegio suave
Lo más flébil y grave;
Suene mi voz con vuestro sacro aliento,
Y consentid que guste mi talento
Las científicas aguas de Elicona,
Para que el sentimiento
Al mundo dé a sentir desta matrona.
  Cuando el decreto esquivo y riguroso
Y de los hados la final sentencia
A intimar le llegó la libre fama,
Murió el deseo y hizo el mal de ausencia
Período en el término dudoso;
La esperanza escondió su verde rama.
La generosa dama,
Viendo rota la guerra,
Besó la dura tierra
Y dijo con acento tierno y pío:
«Columna de mi alma, señor mío,
Pues la gran madre en sí os incluye y sella,
Triunfe de mi albedrío,
Y trágueme, pues vos sois parte della».
  Apenas acabó la interrumpida
Queja, cuando de luz desamparados
Quedaron ¡gran dolor! los bellos ojos:
Los ojos que, a luceros comparados,
Les hicieron ventaja conocida,
Y Amor les ofreció ricos despojos.

Mas ya son mar de enojos
Y un ejemplo evidente
De que hay entre la gente
Reliquias de firmeza verdadera,
De fe constante y voluntad sincera,
Bien que a todos los otros se prefiere,
Pues en él persevera
El dulce amado objeto, y nunca muere.

Vuelta en sí, puesto que otra semejaba,
La que tarde ha tenido semejante,
Honor y gloria de la casa Ursina,
dijo: «¿Cuál pecho habrá tan de diamante,
Qué hircana tigre, o condición tan brava,
Que no se rinda a un mal sin medicina?
¡Oh militar dotrina!
¡Oh mi bien y descanso,
En la paz dulce y manso
Ministro, y capitán justo y osado,
Pacífico galán, fiero soldado!
Con vos perdí mi ser, perdí mi nombre,
Pues el acerbo hado
Felice no permite que me nombre.

»¿Cómo pudo ser parte la distancia
Para impedirme la postrer jornada
Con mi bien y señor, como quisiera,
Sabiéndose que es cosa averiguada
Dos cuerdas cuando están en concordancia,
Moverse a un tiempo con herir cualquiera?
¡Ay, suerte lastimera!
¿Por qué me reservaste

Cuando me arrebataste
A hurto mi alegría y cara prenda?
¿Quién hay que mi dolor sepa ni entienda?
¿Que pueda vivir yo, muerta mi vida?
¡Llévame, muerte horrenda,
Pues no hay salud en mí que te lo impida!
»¡Oh provincia de España, que en justicia
Como en armas floreces, y es tu oficio
Defender de la Iglesia el nombre santo,
Cuán bien pensaba yo que mi Fabricio
A tu seno bastara por primicia,
Y a mis ojos por causa de su llanto!
Mas ya que a daño tanto,
Por gran desdicha mía,
Mayor se le seguía,
Te pido, así cual yo nunca te veas,
Que, pues me privas del piadoso Eneas,
El tierno Ascanio ya me restituyas;
Que, como madre seas,
Sentir podrás mis ansias por las tuyas».
Nunca pusiera fin al llanto amargo
La viuda nobilísima romana,
Si la razón, universal señora,
No le mostrara que la vida humana
No puede durar término tan largo,
Que no parezca espacio de una hora,
Y que en vano se llora
El que en el cielo gloria
Y en la tierra memoria
Adquirió por hazañas inmortales;

Y mostróle también claras señales
De que su docto Ascanio ordena el cielo
Que vuelva a sus umbrales,
Con toga carmesí y rojo capelo.

CARTA

QUE

JUAN RUFO ESCRIBIÓ A SU HIJO

SIENDO MUY NIÑO

Dulce hijo de mi vida,
Juro por lo que te quiero
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.
Mas no cumplirás tres años
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provea
Al proceso de mis daños.
A Dios, que mi pecho entiende,
Le pide, pues ángel eres,
Lo ordene como tú quieres
Y tu padre lo pretende.
Dos veces al justo son
Las que Febo ha declinado
Hasta el Capricornio helado
Desde el ardiente León,

Después que, hijo querido,
Puse tanta tierra en medio,
Más por buscar tu remedio
Que mi descanso cumplido.
Espérame, que ya voy
Dó te veré y me verás,
Puesto que conmigo estás
A donde quiera que estoy.
Mas al fin de esta jornada
Espero, sin falta alguna,
A pesar de la fortuna,
Que seremos camarada.
Prenderé tu blanca mano
Con esta no blanca mía,
Y hacerte he compañía,
Como si fueras anciano.
Y si algún camino luengo
Te cansa, o causa embarazos,
Llevarte he sobre mis brazos,
Como en el alma te tengo.
Darte he besos verdaderos,
Y, transformándome en ti,
Parecerán bien en mí
Los ejercicios primeros:
Trompos, cañas, morterillos,
Saltar, brincar y correr,
Y jugar al esconder,
Cazar avispas y grillos,
Andar a la coxcojita
Con diferencias de trotes

Y tirar lisos virotes
Con arco y cuerda de guita.
  Chifle en hueso de albarcoque;
Pelota blanca y liviana,
Y tirar por cerbatana
Garbanzo, china y bodoque.
  Hacer de la haba verde
Capilludos frailecillos,
Y de las guindas zarcillos,
Joyas en que no se pierde.
  Zampoñas del alcacel,
Y de cogollos de cañas
Reclamos, que a las arañas
Sacan a muerte cruel.
  Romper una amapola,
Hoja por hoja, en la frente,
Y escuchar a quien nos cuente
Las consejas de Bartola.
  Llamaremos, si tú quieres,
Por escusarnos de nombres,
Tíos a todos los hombres
Y tías a las mujeres.
  Columpio en que nos mezcamos,
Colchones en que trepemos,
Nueces para que juguemos,
Y algunas que nos comamos.
  Cuarto lucio en el zapato,
Mendrugos en faltriquera
Con otra cosa cualquiera,
Y sacar de rato en rato.

Tener en un agujero
Alfileres y rodajas,
Y asechar por las sonajas
Cuando pasa el melcochero.
Y porque mejor me admitas
De tus gustos a la parte,
Cien melcochas pienso darte
Y avellanas infinitas.
Mazapanes y turrón,
Dátiles y confitura,
Y, entre alcorzada blancura,
El rosado canelón.
Mas cuando sufra tu edad
Tratar de mayores cosas,
Con palabras amorosas,
Te enseñaré la verdad,
No con rigor que te ofenda,
Ni blandura que te dañe,
Ni aspereza que te estrañe,
Ni temor que te suspenda;
Antes con sana dotrina
Y término compasado,
Conforme soy obligado
Por ley humana y divina.
Mas pues la vida es incierta,
Y no sé, por ser mortal,
Si al entrar tú por su umbral
Saldré yo por la otra puerta,
Esto que escribiere aquí
Con paternal afición,

En los años de razón
Traslada mi hijo, en ti.
  Verás la fe encarecida
Con que pude y quise amarte
Y quisiera gobernarte
En las ondas de tu vida,
  En cuyo corto viaje
Hallarás tormentas largas,
Mudanzas, disgustos, cargas
Y mal seguro pasaje.
  Verás cómo nace el hombre
Llorando, pobre y desnudo,
Tan miserable y tan rudo,
Que aun no muestra solo el nombre.
  Verás después las potencias
Ir valiendo, y los sentidos
Ser dellas ennoblecidos
Con avisos y esperiencias.
  Verás que cada animal,
Conforme su inclinación,
Sigue la disposición
De su instinto natural,
  Y sólo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones,
Como valeroso y fuerte.
  Relox es cierto y solar
El bruto, y así nos muestra
Lo que otra causa le adiestra,
Sin dello un punto faltar.

El hombre es globo y esfera,
Y al de ruedas comparado,
Que, estando bien concertado,
Trae su cuenta verdadera.
Mas si prudencia no rige
De su curso el movimiento,
Por una da hasta ciento,
Y el tiempo no le corrige.
Sabe, hijo, que, si vas
Por el derecho camino,
Un espíritu divino,
Un ángel parecerás.
Mas si tuerces la carrera
En esta vida mortal,
Quedarás de racional
Transformado en bestia fiera.
Tu secreto en cualquier cosa
Comunícale contigo,
Y no obligues a tu amigo
A carga tan peligrosa.
Si te es difícil cubrillo,
Como muchas veces suele,
El otro, a quien menos duele,
¿Qué hará sino decillo?
De la dudosa esperanza
Nunca hagas certidumbre,
Pues, por natural costumbre,
Aun en lo cierto hay mudanza.
Deja siempre la porfía
Primero que se comience;

Porque sin duda la vence
El que della se desvía.
  Afable comedimiento
Alaben todos en ti,
Porque resbalar de aquí
Es de bajo entendimiento.
  Y ya que no por igual
Trates a los desiguales,
No les quites, sino dales
En su tanto a cada cual.
  Lo que cierto no supieres,
No te hagas dello autor:
Callarlo es mucho mejor,
Mientras dudoso estuvieres;
  Que quien afirma lo incierto
Es hombre de poco vaso,
Y el decir verdad acaso
Imita el mentir más cierto.
  Aunque sustenta el honor
El haber que poseemos,
De los dos males estremos
Ser pródigo es el mejor.
  Es hacienda peligrosa
La que se gasta sin tiento;
Mas la del triste avariento,
Necesidad muy forzosa.
  Al hombre que fuere así,
Que no le trates te digo,
Porque mal será tu amigo
El enemigo de sí.

De los celosos casados
Algunos vimos caer;
Pero no vienen a ser
Tantos como confiados.
Porque si la sujeción
(Cuando es mucha) las despierta,
¿Qué hará abrilles la puerta
De libertad y ocasión?
Tú, hijo, en este contrato
Abraza el seguro medio;
Que no es áspero remedio
El moderado recato.
Ten siempre puesta la mira
En tratar pura verdad,
Porque es gran calamidad
El ser cogido en mentira.
Esto es fácil de inferir;
Pues no hay razón que consienta
Que sea el *mentís* afrenta,
Y que no lo sea el mentir.
Y los que usan juramentos
Por ser más acreditados,
Tenlos tú por defraudados
Del blanco de sus intentos;
Porque bien está entendido
Que suele fabulizar
Quien piensa que sin jurar
No merece ser creído.
También se jura por uso;
Mas, comoquiera que sea,

Deshonra y culpa acarrea
La licencia deste abuso.
  No aflijas al afligido;
Que, a las veces, el que ha errado
Tiene enmienda consolado,
Mejor que de reprehendido.
  No fíes en los placeres,
Porque pasan como viento;
Y cuando estés descontento,
Disimula si pudieres;
  Porque el mal comunicado,
Aunque dicen que es menor,
No arguye tanto valor
Como el secreto y callado.
  Ten mancilla al invidioso
Que se aflige sin provecho,
Alimentando en su pecho
El áspid más ponzoñoso.
  Es la invidia testimonio
Que denota vil flaqueza;
Es malicia, y es simpleza;
Es desdicha, y es demonio.
  Holgar con el bien ajeno
Es ser partícipe dél,
Piedra de toque fïel
En que se conoce el bueno.
  Las blancas sienes, que son
Lustre, corona y riqueza,
Si el seso tiene pobreza,
Lastiman el corazón.

Porque a la florida edad,
En vicios desenfrenada,
Sucede vejez pesada,
Con torpe simplicidad.
Y así, pasando los años
Con su curso acelerado,
Crece el martirio pesado,
Y huyen los desengaños.
Las horas y su medida
Debes, hijo, conocer,
Y echar en ellas de ver
La brevedad de la vida.
Son números compasados,
Leguas de la senda humana,
Descripción fácil y llana
De los esféricos grados.
Son métrica distinción
De los cuadrantes del día,
De cuya acorde armonía
Trastes y compases son.
Son del tiempo y su vejez
La más corriente moneda;
Joyas de rica almoneda;
Sellos del número diez.
Son del sol alternamente
Centinelas veladoras;
Discretas compartidoras
De los tratos de la gente.
Son alivio del tormento,
Son esperanza del bien,

Y aun alfabeto por quien
Discurre el entendimiento.
  Son macizos eslabones
Que abrazan los elementos;
Condutos y ligamentos
De las anales sazones.
  Son principio desde cuando
El primero comenzó;
Tiempo que se anticipó
A todos los de su bando.
  Porque el minuto y momento
Y los átomos instables
No fueron considerables
Hasta llegar a su aumento,
  Así como no es persona
Un miembro, ni una fación,
Ni la unidad, con razón,
Por número se pregona.
  Así que las horas fueron
Términos fundamentales
De tiempos inmemoriales
Que en siglos se convirtieron,
  Y serán al fin postrero
Remate de la jornada,
Cuando vuelva el primer nada,
Y cierren ellas el cero.
  Las horas son para orar,
Y el que ignora es un orate,
Como el que espera combate
Sin armas para lidiar;

Y son, mi hijo querido,
Para consideración
De que las cosas que son
Pasarán cual las que han sido.
Obra con peso y medida,
Y cojerás con decoro
De las horas aquel oro
Que enriquece más la vida;
Y contino se te acuerde
De que el tiempo bien gastado,
Aunque parezca pasado,
No se pasa ni se pierde.
Pásase y piérdese aquél
Que los hombres gastan mal,
Y es desdicha sin igual
Que se pierden ellos y él.
Todo el tiempo que vivimos,
Hacia el morir caminamos,
Rodeando, si velamos,
Y atajando, si dormimos.
Del que te burló primera,
Guárdate la vez segunda;
Y si en efecto segunda,
Vélate bien la tercera.
Y piensa que el trato vil
Redunda en tu menosprecio:
Que si eres tres veces necio,
Lo serás trecientas mil.
Nunca digas mala nueva,
Y, si descanso codicias,

No le arriendes las albricias
Al correo que la lleva.

Esto, hijo, no se entiende
Cuando pueda el desengaño
Evitar un nuevo daño
Que del primero depende.

Más vale un tardar prudente,
Aunque cause pena esquiva,
Que la priesa intempestiva,
Si el caso no la consiente.

Que mejor es con trabajo
Esperar lo deseado
Que perder lo trabajado
Por codicia de un atajo.

No quiero decirte más;
Que lo divino y humano
Es un fácil canto llano,
Si razón lleva el compás.

Si el colegio de Talía
Te diere furor divino,
Sigue el honesto camino,
Y nunca dél te desvía.

Sean por ti celebrados
Los generosos motivos;
No los amores lascivos,
Ni gustos desenfrenados.

Los insignes caballeros
Que murieron en la guerra;
No sátiros en la tierra,
Ni en el mar ninfas en cueros.

Las obras dignas de fama
Cantarás en grave estilo;
No las riberas de Nilo,
Ni mudanzas de una dama.
Oye misa cada día,
Y serás de Dios oído;
Témele, y serás temido,
Como un rey decir solía.
Ama su bondad, y en Él
Amarás sus criaturas,
Y serán tus obras puras
En este mundo y aquél.
Téngate Dios de su mano;
Y, para que el bien te cuadre,
Sirve a tu hermosa madre,
Ama a Juan tu dulce hermano,
Y no me olvides. Tu padre.

INCLUSA

La vida es largo morir,
Y el morir, fin de la muerte:
Procura morir de suerte,
Que comiences a vivir.

AL DUQUE DE SABOYA

CUANDO VINO A MADRID

Rey de los duques del mundo,
Duque de mil reyes hecho,
Por sucesión, rey derecho,
Por obras, Marte segundo,
Príncipe amable y jocundo,
Que de lo heroico lo grave
Templais, al trato suave
De amorosa majestad,
¿Cuál será la voluntad
Que de sí no os dé la llave?

Bien la suya os muestra España
En la inestimable joya
Que tiene vuestra Saboya,
Nuestra ya por tal hazaña,
Y en que agora no os estraña,
Aunque volvistes sin ella,
Deseando tanto vella;
Mas es, Duque, por ser vos
La cifra de ambos a dos,
Con que Amor sus triunfos sella.

¡Oh sacrosanto himeneo,
Que con lazos de fe pura,
Tras la temporal ventura,
Das el inmortal trofeo!
Reduce sin más rodeo
Este sol a su horizonte;
Sé pío con el Piamonte;
Que está su real Princesa
Con ausencia, que le pesa
Más que a Sísifo su monte.

Y vos, esposo y amante,
Deste tiempo maravilla,
Aunque la gloria Castilla
De veros celebre y cante,
Volved la proa a Levante:
Halláréis la Rosa austrina
Más fragante y más begnina *(sic)*
Con el celestial rocío,
Que el dolor deste desvío
Distila en su faz divina.

Quejosa y agradecida,
Agradecida y quejosa
De soledad enojosa
Y vuestra fe no rompida,
Sostiene por vos la vida,
Porque fama verdadera
Le ha dado noticia entera
De que, sin ella placer,
Nunca le podréis tener,
Aunque todo el mundo quiera.

Y que a palacios reales,
Con todo lo que se encierra
En el poder de la tierra,
Que del cielo da señales,
A edificios inmortales,
A bosques altos sombríos,
Entre caudalosos ríos,
Decis vos: «Aquí fué Troya,
Mientras no alumbró en Saboya
La luz destos ojos míos».
Tales mensajes le lleva
La voz de quien nada calla,
Y no es parte en consolalla,
Aunque lo que dice prueba;
Antes la turba y eleva
La fuerza de un bien tamaño;
Efecto raro y estraño,
Llorarse lo que se alaba:
Milagros Amor acaba
Cuando es limpio y sin engaño.
Cese, esclarecida Infanta,
De la ausencia el sentimiento;
Que tan breve apartamiento
No requiere pena tanta.
En toda la esfera santa
No hay estrella que no acuda
Favorable, dando ayuda
A Carlos y sus intentos:
Dánsela los elementos,
Y Aquél que es verdad sin duda.

Capitán de su milicia
Le ha hecho en su mente eterna,
Por el Rey que nos gobierna
En religión y justicia;
Ya la herética malicia
Y la gente de Ismael
Del nombre de Emanüel
Infieren su perdición,
Por ser quien de Faraón
Ha de librar a Israel.

Éste domará britanos
Y abatirá los ingleses,
Haciendo que entre franceses
Perezcan los no cristianos;
Ensangrentará las manos
En ti, ciudad... cuyo nombre
Callaré, porque no asombre;
¡Oh teatro de maldades,
Piélago de iniquidades,
Dios de ti la tierra escombre!

Este sucesor famoso
de los césares sajones
Contra injustas opresiones,
Su reino obtendrá dichoso;
Y donde el supersticioso
Vulgo adoraba a Mahoma,
Vivirá el culto de Roma
Con el lenguaje de Atenas,
Puesto el Scita en las cadenas
Con que agora a Chipre doma.

Reina, pues, y coronada
Con vuestro dulce consorte,
Vendréis a honrar esta corte,
Y de infantes rodeada;
Entonces será entonada
Del paterno corazón
La voz, como Simeón,
Pues verá en su edad madura
Tales hijos, tal ventura,
Y tan bella sucesión.

Y si llegaren mis días
A ver, Duque, el que deseo,
De coturno sofocleo
Compondré las Musas mías,
Para que desde las frías
Regiones que argenta el hielo
Hasta donde el Rey de Delo
Dora y abrasa la tierra,
Hagan al olvido guerra
Vuestras armas y mi celo.

AL PATRIARCA DE VALENCIA

DON JUAN DE RIBERA

ESTANDO EN MADRID

AL NEGOCIO DE UNA GRAN SEÑORA

Clarísimo Patriarca
Que al más excelente imitas,
Manos sin llave benditas,
Rico que no tienes arca,

Ribera donde el que arriba
Parece que llega al cielo,
Por ser vidas de tu celo
La activa y contemplativa,

No desistas: persevera;
Que al fin vence la virtud;
Dios mira por tu salud,
Porque tu razón no muera;

Y así, te manda que esperes
Mucho, pues mucho mereces;
Que eres bueno, y lo pareces;
Pareces bueno, y lo eres.

Con la dotrina predicas
En la cátreda del templo,
Y en la cumbre del ejemplo
Altos bienes comunicas.
Hanme dicho que, en amor
Y caridad abrasado,
Suspiras por tu ganado,
Y él gime por su pastor.
Su soledad te importuna,
Tu ausencia a dolor le mueve,
Porque las noventa y nueve
Dejas, buscando la una.
Síguela, pastor clemente;
Que anda sola y afligida,
No como oveja perdida,
Sino cordera inocente.
No es de ti hazaña indina
Haber della compasión,
Pues tienes obligación,
Por ley humana y divina.
Y cuando a tu diligencia
Corresponda su reposo,
Trïunfante y vitorioso
Volverás a tu Valencia.
Que el Cid querrá en propiedad
Darte lo que suyo fué,
Pues si él le introdujo Fe,
Tú le enseñas caridad.
¡Oh ejemplo de prelacía!
Haga Dios tu fama estable,

Por estrella saludable
De los que a tu oficio guía.
  Y tú, reino, que en fineza
Más te señalas y esmeras,
Pues que libre te moderas
Y obedeces en franqueza,
  Tú, que en el mundo pareces
Al terrenal paraíso,
Tú, que en letras y en aviso,
Como en lo demás, floreces,
  Da al pincel buril y pluma
Que pinte, esculpa y escriba,
Blasones que fuerza esquiva
De tiempo jamás consuma.
  Celebra el justo varón
En quien tal gracia respira,
Que infunde en el que le mira
Una intensa devoción.
  Solemniza su templanza,
Religión y santidad,
Probable seguridad
De su bienaventuranza,
  Y de que el Jüez eterno
A su derecha le siente,
Junto a Beltrán y Vicente,
Cerrando el precioso terno.

ELEGÍA

A LA MUERTE DE

DOÑA ANA DE TOLEDO

MUJER DEL CASTELLANO DE CASTILNOVO DE NÁPOLES

Voces del alma salidas,
Entonad triste lamento:
Lloremos glorias perdidas,
Con las mortales heridas
Que padece el sentimiento.
Y tú, Musa, olvida el canto
De las armas, entretanto,
Y bravo furor de Marte;
Que ya no quiero invocarte
Sino en materia de llanto.

Y pues murió quien solía
A todo el mundo alegrar,
Muera el placer y alegría,
Y hágannos compañía
La tristeza y el pesar.

La tierra se vista luto,
Y, negando el dulce fruto,
Produzga marchitas flores,
Porque los graves dolores
Tengan poder absoluto.
¡Oh Febo resplandeciente,
Que, de justo amor vencido,
Mirabas entre la gente
Aquel retrato excelente
Donde estabas esculpido!
Cubre tu rostro divino,
Pues en el largo camino
Que en tantos siglos harás,
Nunca otra vez la verás,
Aunque la busques contino.
Buscarásla entre las rosas,
Jazmines y clavelinas
De las selvas deleitosas,
Y en las corrientes hermosas
De las aguas cristalinas.
Y al fin, toda cosa bella
Te hará acordarte della,
Y no para consolarte;
Antes para renovarte
Lo que perdiste en perdella.
¡Ay, pérdida sin reparo,
Mal que no sufre consuelo,
Hado infelice y avaro!
¿Dónde está el semblante claro
Que era sol acá en el suelo?

¿Qués de los ojos suaves,
Y aquellos donaires graves,
Dignos de su condición,
Por quien amor y razón
Tuvieron juntas las llaves?
  Agradable filomena,
De tus desdichas cantora,
Olvida la antigua pena,
Y no tengas por ajena
Esta que es común agora.
Tú, Eco, ninfa lozana,
Que eres propicia y humana
En darnos prontas respuestas,
Canta con voces funestas
Solamente el nombre de Ana.
  Las fieras en la espesura
Y los peces en el mar,
Las aves allá en su altura,
Por instinto de natura
Muestren dolor y pesar,
Pues la Parca invidïosa
Rompió la estampa hermosa,
Y no queda original,
Ni la fuerza natural,
Basta a semejante cosa.
  Bienaventurada tierra
La que tan alto tesoro
En su humilde seno encierra,
Ganado de buena guerra,
Como nuestro afán y lloro.

Que si hace ella su oficio
En gozar el sacrificio
De la terrible homicida,
El nuestro es pasar la vida
En lamentable ejercicio.
  Y pues la pena crecida
Es general y tan fuerte,
Cuanto el sol los años mida,
Unos cantarán su vida
Y otros llorarán su muerte.
El aviso y gallardía,
La gala y la policía,
Que son ya tierra sabemos,
Y yacen tales estremos
Debajo una piedra fría.
  En la cual del gran subjeto
Escriba quien acertare
La fuerza de su concepto,
Por un estilo perfeto,
Si el llanto no lo borrare.
Y toda curiosa mano
Aqueste caso inhumano
En duro metal escriba,
Con letras de sangre viva
Y lenguaje soberano.
  En las plantas, por mil vías
Se entalle y fije la historia;
Y, creciendo con los días
Las arboledas sombrías,
Crezca también la memoria.

Y los músicos pastores,
Cuando cantaren amores
A las Ninfas desdeñosas,
Hagan endechas y glosas
Sobre tan altos loores.

¡Oh alma bendita y pura,
Que desde el impíreo cielo
Ves el bien que siempre dura,
Y miras leda y segura
Las miserias deste suelo!
No desprecies los gemidos
A causa tuya esparcidos,
Pues que solos nos dejaste;
Que si en partiste ganaste,
Acá quedamos perdidos.

Cuanto más tu caridad
Nos dejó satisfación,
Ejemplo y seguridad,
Tanto más tu soledad
Nos lastima el corazón.
Con ánimo firme y fuerte,
Reconociste la suerte,
Y, entendida la asechanza,
Llena de fe y esperanza,
Saliste al paso a la muerte.

Y aunque en el trance terrible
Fiera apareció y con ceño,
Como te halló invencible,
Ser muerte no fué posible,
Sino blando y dulce sueño.

Duerme, pues; duerme y reposa,
cuerpo bello, en paz gozosa,
Hasta que el último día
Te lleve en su compañía
El alma sin fin gloriosa.
Canción de consuelo llena,
Aunque engendrada en tormento,
No os quedéis en tierra ajena;
Que esta vida toda es pena:
Volad al celeste asiento.
Y cuando paséis ligera,
Veréis en la quinta esfera
A Marte fiero y airado,
Que me tiene amenazado
Si no vuelvo a su bandera.

CARTA EN TERCETOS

A UNA DAMA

Aquel que te ofrecí, Filena mía,
Amor constante, firme y verdadero,
Que con tu vista en mí crecer solía,
Está dentro en mi alma tan entero,
Que, cuanto más de ti me lloro ausente,
Menos de ti me aparto y más te quiero.
Mas pues que mi ventura no consiente
Que pueda de mis penas informarte
Con la dulce ocasión de estar presente,
Estos versos recibe, que sin arte
Salen de un corazón enamorado
Que no sabe otra cosa sino amarte.
No es lírico su estilo, ni adornado
De la subtil labor artificiosa
Que un ingenio sublima delicado;
Mas es la relación compendïosa
De la tragedia triste de mi vida,
Que agora va doliente y peligrosa.
Después que tu figura esclarecida

En tinieblas dejó estos ojos míos,
Como ordenó el rigor de la partida,
No aplacan mi dolor fuerzas ni bríos,
Ni aprovechan los bienes de presencia
Para apartar de mí temores fríos.
Todo me hace guerra y competencia,
Sin que me alcance parte de consuelo:
Tal es la gravedad del mal de ausencia.
Testigo en mis verdades hago al cielo
De cuanto por tu causa voy sufriendo
Y cuanto de mi dicha me recelo.
Las velas van apriesa discurriendo
Por el húmedo mar tempestuoso,
Y en medio dél me siento yo ir ardiendo.
Tocan al arma, y turban mi reposo
Las memorias del bien que poseía,
Cuando era en tu presencia venturoso.
Luego la despechada fantasía
Contempla la miseria de mi estado
Y aumenta mis pesares a porfía.
¡Ay de mí!, que, a destierro condenado,
Me voy, de ti huyendo a mi despecho,
Pobre de gloria, rico de cuidado,
Y llevo las heridas en el pecho,
Como al ligero ciervo le sucede
Cuando, herido, corre largo trecho.
Es tanta mi firmeza, que no puede,
Aunque la siento, ser de mí esplicada,
Y así, a la vida y al decir excede.
Mas ya te juzgo a nuevas inclinada,

Y que serás servida que te cuente
Las que ofrece por horas la jornada.
  Las velas dimos al feroz tridente
A los nueve del mes de los amores,
Volviendo las espaldas al Poniente.
  Algunos vi poner de mil colores,
Del agua temerosos por ventura;
Mas yo, de ausencia y sus embajadores.
  La noche sobrevino en forma escura,
Tiempo oportuno para que el cuidado
Refuerce el daño y doble la tristura.
  Yo, que en navegaciones no era usado,
Estrañé el sitio, el aire, el aposento,
Y apenas escapé de mareado.
  Después me fuí a dormir, no soñoliento,
A la estancia mejor de la galera,
Y enjaulado me vi en aquel momento.
  Cuan paso pude, dije: «¿Aquéste era
El que en galera llaman escritorio?
Yo digo que es embudo de madera».
  En esto, ya venía a consistorio
Gran copia de malditos animales,
Que hicieron del lecho purgatorio.
  Comenzaron a dar bocados tales
En el flaco aduar de mi persona,
Que en mármol se mostraran las señales.
  Y yo, con más visajes que una mona,
Comencé a requerirme, y era en vano;
Que estaban de los pies a la corona.
  La solícita pulga, con liviano

Salto, se me escapaba de los dedos,
Cual liebre de los galgos en lo llano.
  Los otros, cuyos pasos son más quedos,
Hijos de la pobreza vergonzosos,
Armaron sobre mí torpes enredos.
  Éstos, al fin, por ser tan perezosos,
Hallaban en la mesa sepultura,
Pagando más que pena de golosos.
  Mas no paraba aquí la desventura;
Que otra parte peor es la que resta
De una generación inicua y dura,
  Así para morder aguda y presta,
Como en el retirarse diligente,
Y en vivir y morir siempre molesta.
  Velando estuve así, harto impaciente,
Hasta que por la puerta del Aurora,
Las aguas plateó la luz de Oriente.
  Nunca el sol me salió tan en buen hora,
Ni le vi trasmontar con más contento
Si alguna noche te hablé a deshora.
  La armada vuela en tanto; crece el viento,
Y siempre adonde estás retrocedemos,
Yo, mi fe y mi verdad y pensamiento.
  Ya las proas vecinas y los remos
Tocan el fértil suelo de Alicante,
Donde la aguada hecha rehacemos.
  Ya baja por las calles adelante
Tan gran copia de gente a la marina,
Que no se vió concurso semejante.
  Yo (a quien mi oficio a ser curioso inclina),

Desde un ligero esquife salto en tierra,
Aunque otros lo hicieron más aína.
  El Ciego aquí a los ojos hace guerra
Con armas de ventaja, que le viste
Estremada beldad, que fuego encierra.
  Mas el que por no verte vive triste,
Con la razón, que en verte se alegraba,
Todo seguramente lo resiste.
  Podrás decir: «¿Cuál Troya se abrasaba
Para que éste escapase fugitivo
A su Italia fatal, si tanto amaba?
  Y ¿qué lealtad no arguye en un cautivo
El irse de su dueño sin licencia,
No le haciendo tratamiento esquivo?»
  ¡Oh miserable condición de ausencia,
Cómo son tus escusas desvalidas,
Aunque las solicite la inocencia!
  Mas ¿quién las puede dar tan conocidas
Como tú, por mí propio, si ya ajeno
No me juzgas de ti, porque me olvidas?
  Bien sabes que del Betis dulce, ameno,
Hice a la Corte mi primer jornada
De obligaciones de mi patria lleno.
  Vine en su nombre por la bien llegada
A visitar el hijo vitorioso
Del César más temido por la espada.
  Ya sabes que este Príncipe famoso
Me dió el cuidado ilustre de su fama,
Con gajes de escritor y asiento honroso.
  No el deseo de Italia (aunque me llama

Ser mi propia nación) me lleva a ella;
Que el hombre sólo es de adonde ama.
  Si tú fueres constante como bella,
No temas de que tuerza mi constancia
Ausencia, tiempo, buena o mala estrella.
  Que es poca de los polos la distancia,
Y de los siglos el espacio breve,
Vil precio todo el oro y su importancia,
  Para hacer que yo jamás no apruebe
La palabra, la fe y el juramento,
Y la justa razón que a ti me debe.
  Mas quédese esto aquí, porque ya siento
Pedir al gran caudillo valencianos
Les honre un general contentamiento;
  Que quiere, a imitación de los troyanos,
Jugar las cañas la caballería,
Y con toros probar ardid y manos.
  Su Alteza con alegre cortesía
Responde que admitiera aquella oferta;
Mas que ha de navegar antes del dia.
  En esto el sol cerró tras sí la puerta,
Y dejando sin luz estas regiones,
Su faz mostró a los indios descubierta.
  Mas arde tanta copia de lampiones,
Que suple en el lugar la escura ausencia
Del que a los años mide y da sazones.
  Comiénzase una alegre diferencia,
Un alboroto, al gusto no confuso,
De trabada y pacífica pendencia.
  Vióse imitado de la guerra el uso,

Los alaridos, golpes y las sañas
Que el común regocijo contrapuso.
  Digo que, usando cada cual sus mañas,
Se arrojaban pesadas alcancías,
Que nunca en mi poder las vi tamañas.
  Acabáronse, en fin, las alegrías,
Y no pude escapar de lastimado
Del ejemplo y memoria de las mías.
  Los gallos cantan; lloro yo cuitado;
Dan relojes la una, y toca a leva
En la real galera el son usado.
  Está a caballo el que estos versos lleva:
A Dios, señora, a Dios; al mar me vuelvo;
Que, como río, es fuerza que a él me deba,
Pues en amargo llanto me resuelvo.

REDONDILLAS

A INSTANCIA DEL

MARQUÉS DE TARIFA

SOBRE LA MUERTE DE UN RATÓN

Tú, que los héroes famosos,
Lira, un tiempo celebraste,
Y del olvido libraste
Sus ánimos valerosos,

Lamenta con triste son,
No de amor casos fundados;
Mas los días mal logrados
De un sin ventura ratón.

No murió en la ratonera,
Que más era su recato;
Ni entre los dientes de un gato,
que de mil gatos huyera:

Matóle el ser cuïroso,
Y entrar a ver un baúl
Forrado de lienzo azul:
Debiera de andar celoso.

¡Oh, caso nuevo y estraño
(Al fin no hay hora segura):
Que entró a probar su ventura,
Y probó el último daño!
Seis vueltas le dió, y no había
Solo un pelo que comer,
Y entonces echó de ver
Que era archivo de poesía.
Halló latinos autores,
Al Petrarca, al Dante y Taso,
Juan de Mena y Garcilaso
Y otros poetas menores.
Sintiendo, pues, de repente
El pobre animal ruïdo,
Dejose estar escondido
Entre aquella buena gente.
Su dueño el baúl cerró,
Y el paso de su esperanza;
Viendo el ratón tal mudanza,
¿Quién dirá lo que sintió?
Con boca y uñas intenta
Hacer el camino llano;
El trabajo sale vano,
Y el peligro se acrecienta.
La falta de libertad,
La pena de verse preso,
Sus amigos pan y queso,
Que le hacen soledad;
La hambre, que no perdona
Al hombre más esforzado,

También obligó al cuitado
A temer de su persona.
Ya no desea la luz,
Porque algún decendimiento
No le cause fin violento,
Como tiro de arcabuz.
Estuvo en esta agonía,
Cercado de ansias mortales,
Veinticuatro horas cabales,
Que fué traspaso de un día.
Mas cuando sufrir no pudo
La hambre dura y cruel,
Del sequeroso papel
Apeló para el engrudo.
Con la lengua lo humedece,
Con el aliento lo ablanda,
Van cuadernos a una banda,
Come el ratón, y apetece.
Y tanto tanto comió,
Que, embutido en pergamino,
Por desusado camino
De ahito y hambre enfermó.
¿Qué debe el triste hacer,
Viéndose en tamaño aprieto,
Y que muere de repleto
Adonde no hay que comer?
Gime y lamenta su ultraje,
Publica sus afliciones;
Que también hablan ratones,
Y aun bestias, en su lenguaje.

Oyó las quejas su madre,
Y acudió toda turbada;
Llegaron de camarada
Sus hermanos y su padre.
Tamaño como un conejo
Era el terrestre animal,
La barriga y lomo igual,
Blanco ya de puro viejo.
Con ronca voz lastimera
Comenzó sin perder punto,
Y al hijo casi difunto
Exhortó desta manera:
«¡Oh tú, mi hijo, que estás
Como en vientre de ballena,
Condenado a eterna pena,
Pues que dél nunca saldrás!
Duéleme tu juventud,
Duéleme haberte engendrado,
Porque veo en tal estado
Mi descanso y tu salud.
Socorro no puede entrarte,
Ni hay disposición de mina:
La muerte se te avecina;
La desdicha vence al arte.
Mas téngote, en parte, invidia,
Aunque mueras mal logrado,
Pues quedas hoy libertado
De la gatesca perfidia.
Y débeste consolar,
En trance tan doloroso,

Con que tu nombre famoso
Para siempre ha de durar.
  Porque con eso que roes
(Aunque no es sustento pingüe),
Irás poeta trilingüe,
Y cuatri con el Camoes.
  Testa, si acaso pudieres,
O haz algún codicilo;
Que aquí están llorando un Nilo,
Tu madre y los que más quieres».
  «—¡Sí estamos!», todos dijeron
Con voz penosa y doliente;
Memorias para el paciente
Que el corazón le partieron.
  Y con quebrados acentos,
Del dolor interrumpidos,
Dijo: «Pues ya son cumplidos
Mis días, estadme atentos:
  Yo muero de mala gana,
Que así en el mundo se usa;
Pero, pues que no se escusa,
¿Qué más hace hoy que mañana?
  Este mi cuerpo, os encargo,
Por la parte que le habéis,
Que a la mira dél estéis:
No será término largo.
  Que por fuerza ha de arrojallo
Quien su reposo interrompa;
Luego, o como se corrompa,
De rastro habrá de sacallo.

De cualquiera suerte, digo,
Que de mis carnes donceles
No se ceben las crueles
De aquel común enemigo,
Ni triunfe, muerto, de mí
El ladrón fiero y esquivo
Que, con tales odios, vivo,
Mortalmente aborrecí.
Y esconded mi cuerpo bien,
Porque no sepa Musgosa
Mi tragedia dolorosa;
Que se morirá también.
Musgosa cariaguileña,
Mi rata, flor de las flores,
A quien yo, preso de amores,
En un pajar hice dueña.
Y porque está embarazada,
Que parirá esta menguante,
Decilde que fué importante
Y segura mi jornada.
Tendréis gran cuenta con ella
Y los hijos que pariere;
Que ya mi vida se muere,
Sin esperanza de vella».
Esto dijo, y más se esfuerza
A hablar; pero no puede:
Que lugar no le concede
La que se hospeda por fuerza.
El padre en los circunstantes
Reprehendió el alboroto,

Y enmendó el silencio roto
Con palabras semejantes:

«Para la muerte nacemos,
Para la muerte vivimos;
En los medios diferimos,
Mas unos son los estremos.

Ello es deuda general,
Sin tiempo a pagar obliga
Al león y a la hormiga
Como al hombre racional.

Y así, por el hijo muerto
No quiero ese inútil llanto,
Aunque yo le quise tanto
Como ya tendréis por cierto.

Mayor mal hay que llorar,
Terrible y sin esperanza,
Que a nuestro género alcanza
Y al mundo debe espantar.

Dí, cruel naturaleza,
Madrastra de los ratones,
Si nos diste disensiones,
¿Para qué tanta flaqueza?

¿Fuimos acaso engendrados
De materia discordante?
¿No es la carne semejante?
¿Por qué somos tan odiados?

Los gatos, hechos guzmanes;
Nosotros, salamanquesas;
Los gatos, entre las mesas;
Nosotros, por los desvanes.

Y que son del hombre amigos,
Con la mayor golosina
Que cupo en hambre canina,
Porque nos son enemigos.
¡Cuántos se acuestan sin cena
Porque el gato se la traga!
¡Cuánto buen bocado estraga!
¡Cuánta pitanza cercana!
¡Cuántos se van a dormir
Entre sábanas de holanda,
Donde el gato dió a la banda
Lo que no es para decir!
¿Qué diré de su maullar,
Sus celos, sus aspavientos,
Rebufos y atrevimientos
En materia de robar?
Y con esto, y más que callo,
Doncellas los traen en brazos,
Y viudas en los regazos,
Que escandaliza mirallo.
Nosotros, mísera gente,
Que, por no ser mendigantes,
Sustentamos vergonzantes
El vivir tasadamente,
Somos por contraria secta
Aborrecibles a todos,
Y nadie hay tan de los godos,
Que a matarnos no acometa.
Sin razón se infama aquella
Que, siendo gata y mujer,

Tras un ratón dió a correr,
Pues todas son como ella.
La discreta y la que es boba,
La melindrosa y compuesta,
Arremeten sobre apuesta
Con el chapín o la escoba.
Arman lazos inhumanos,
Con ardides nos fatigan,
Y el cebo nos atosigan,
Como a crueles tiranos.
Y para más confusión,
Ninguna la cerviz quiebra
De la engañosa culebra:
¡Ved qué gran superstición!
Trátese el remedio luego;
Tanto mal no se perdone,
Y la guerra se pregone
Contra el hombre, a sangre y fuego.
Mueran los gatos con él,
O acabemos con más honra;
Cese ya nuestra deshonra;
Suene la guerra cruel.
Júntense nuestras legiones,
Y las que les son anejas,
Y vengan las comadrejas,
Los erizos y hurones,
Las nutrias, hardas y micos
Y martas, porque se vea
Que hay, entre nuestra ralea,
Gente de honrados pellicos.

Suene el bando furibundo;
Toque al arma el metal fuerte,
Tanto, que el lirón despierte
Del sueño grave y profundo».

Tales quimeras al viento
El vejete fabricaba,
Y su familia prestaba
Espreso consentimiento,

Con tanta credulidad,
Como si de aquel proceso
Les prometiera el suceso
Pequeña dificultad,

Cuando un gatazo romano
Mostró la redonda faz,
Y con la boca mordaz
Embistió como un alano.

Huye la baja canalla,
Por donde el miedo la guía,
Maldiciendo la osadía
Y a quien más diere batalla.

Así, que el ratón medroso
Tenga por armas los pies,
Y el hombre que pobre es
No contraste al poderoso.

PRINCIPIO

DE "LAS GUERRAS DE FLANDES,,

Una virtud sublime y excelente;
Un esfuerzo en peligros conocido;
Un Duque de Alba, un sol resplandeciente,
Del mundo el más amado y más temido;
Su industria militar, su pecho ardiente,
La clara y viva luz de su sentido,
Sus grandes hechos, dignos de memoria,
Serán sujeto digno a noble historia.

Diré de Flandes (por su mal, guerrero),
El tumulto feroz y escandaloso;
La maldad preferida al justo fuero,
Y la insolencia, al culto religioso;
La vengativa saña y rigor fiero,
Con que, felice estando y poderoso,
Sacudió el yugo y empuñó la espada,
En su desdicha misma conjurada.

Difícil causa, gran negocio intento,
¿Dónde lleváis mi pluma, ocultos hados?
¿Qué bélico furor es el que siento?

¿Qué es esto, cielos? ¿Quién os tiene airados?
Informa, pues, mi rudo entendimiento,
¡Oh Musa!, y dame versos levantados,
Para que venza dellos el sonido
Fuerzas del tiempo y mañas del olvido.
Tú, que la juventud y gallardía
Con sagaces virtudes acompañas,
Albà que vienes tras el largo día,
Claro por excelencias y hazañas,
Favorece tu causa, y más que mía;
Que ya de nuevo reina en mis entrañas
Divino aliento de el ardor febeo,
Que enciende y solicita mi deseo.
Comienza, pues, ¡oh joven valeroso!,
A levantar la mira a grandes cosas,
Aborreciendo el ocio peligroso,
Que es sepultura de almas generosas;
La fama de tu abuelo, tan famoso,
No engendre en ti licencias escabrosas;
Invidia, sí, que tu valor despierte
A librarse del fuero de la muerte.
Ya el Duque de Alba del Flamenco pisa,
Con mano armada, la rebelde arena,
Porque es la voluntad del Rey precisa
Tantas culpas medir con tanta pena.
A cada cual de su conciencia avisa
La temerosa voz que dentro suena;
Mas, ¿qué aprovecha, si el vivír sin rienda
Corre a la obstinación, y no a la enmienda?
Mientras la fama suma y multiplica

De aquel temido ejército las gentes,
Y al un bando y al otro notifica
Guerra larga, terribles accidentes,
El Duque, que al reposo no se aplica,
Metido entre cuidados diligentes,
Haciendo está de noche centinela,
Y, cuando todos duermen, cuida y vela.

Estando así solícito, a deshora,
Una reina en visión se le aparece,
Con hermosura grave que enamora
Y lloroso semblante que entristece;
De todo el mundo universal señora
La imagen hermosísima parece,
Y tanto más aflige y maravilla,
Porque el respeto aumenta la mancilla.

No es lícito al ingenio más curioso
Describir sus bellezas singulares,
Pues celebradas del divino Esposo
Serán eternamente en los Cantares;
Suspenso está aquel héroe generoso,
Cuando, al profundo son de sus pesares,
La visible Deidad, la sacra Esposa,
Comienza su querella lastimosa:

«Fernando, a quien el nombre de Toledo
Por noble sangre pertenece y toca,
Y por virtud, pues es mi asiento ledo,
Mi más firme en España y alta roca;
Fernando, a quien de Roma llamar puedo
Santa ciudad, que para sí te advoca,
Pues, vacilando ya sus altos muros,

Por ti quedaron salvos y seguros,
  Mira de mis sagrarios la ruina,
Profanados mis templos y mis aras
Por la rabia infernal, que contamina
De mi alcázar real las prendas caras;
El trino Consistorio determina
Que defiendas mis cetros y tiaras:
Armado inquisidor, fuerte caudillo,
Dios quiere que de herejes seas cuchillo».
  Entonces el cabello se le eriza
Al español, y, con horror devoto,
De su coraje ardiente el fuego atiza,
Y aplaca el cielo con solemne voto.
«Quién tu serena paz escandaliza,
¡Oh Madre! (dice), en tanto terremoto,
Piedras al cielo tira; mal lo entiende,
Pues te amenaza a ti y a sí se ofende.
  Mas por esa verdad escarnecida,
Insignias rotas, santas y ejemplares,
En la fïel señal de nuestra vida
Te juro de volver por tus altares».
En esto de Titán *(sic)* la faz lucida
Doró las tierras y argentó los mares,
Dando principio a los prodigios grandes
De los sucesos trágicos de Flandes.

A UNA HERMOSÍSIMA SEÑORA

SONETO

Dí, Ana, ¿eres Diana? No es posible,
Pues tienes fruto y eres más hermosa.
¿Eres por dicha el sol? Tampoco es cosa
Al femenino sexo compatible.
¿Eres Belona? No, que fué terrible;
Ni Venus, que era fácil (aunque diosa).
Pues, ¿qué serás (¡oh imagen milagrosa!)
Si el ser humana y tal es increíble?
Serás, luego, Diana en la pureza,
Febo en el resplandor y la armonía,
En valor, Palas; Venus en belleza,
Y mujer a quien dió más que podía
La docta y liberal naturaleza,
Que, en hacerte, más hizo que sabía.

AL MARQUÉS DE MILITELO,

EL DÍA QUE SE CIÑÓ ESPADA

SONETO

Ya que tu juvenil rostro severo
Con viriles matices se guarnece,
Cual tierna planta que en Abril florece,
Manifestando el fruto venidero,
Ya que del gran Filipe el heredero
Huelga en ver que a tu lado resplandece
La que rayo de Júpiter parece,
O espada de aquel dios que viste acero,
¡Oh buen Marqués! del ocio te defiende,
Que basta a hacer vidrios los diamantes
Y heroicas almas sepultar en yelo.
Esa que ciñes con tu esfuerzo estiende,
Y domarás sacrílegos gigantes,
Que montes y armas juntan contra el cielo.

A UN GRAN CABALLERO,

ANIMÁNDOLE EN SU PRETENSIÓN, QUE ERA DE ALCANZAR LA LLAVE DORADA

SONETO

Si ofrece la virtud gloriosos nombres,
Y sobre las estrellas tiene silla,
Tú, que nunca dejaste de seguilla,
Aunque desdenes sufras, no te asombres.
El Casto, el Sabio, el Magno son renombres,
De tres Alfonsos reyes de Castilla,
Que fueron en el mundo maravilla;
No sólo luz y espejo de los hombres.
Tú, pues, Alonso ilustre, a quien la fama,
Conforme a humanas y divinas leyes,
Títulos semejantes solicita,
Mientras abrir no puedes, cursa y llama;
Que bien es digno de servir a reyes
El que en sangre y costumbres les imita.

A DON DIEGO DE SILVA,

CONDE DE SALINAS

SONETO

Exhortando a hazañas peregrinas,
A la cesárea mesa está sentado
Del príncipe Ruy Gómez el traslado,
Por sucesivo conde de Salinas;
Mas, corriendo del velo las cortinas
A la causa de verse tan honrado,
Con generosa invidia transportado,
Puntas al pecho siente diamantinas.
Y así, a los piés del sucesor de España
Forma, con el debido acatamiento,
Estos de fortaleza acentos llenos:
«No puede carecer merced tamaña
De propio y verdadero sentimiento,
Por ver que de servicios nace ajenos».

A DON ALONSO IDIÁQUEZ,

GENERAL DE LA CABALLERÍA DE MILÁN

SONETO

Mientras nuevo en el mundo Areopagita,
Tu padre dignamente le gobierna,
Con tanta rectitud, que fama eterna
Nos deja en bronce su memoria escrita,
Tú, nuevo Godofredo, resucita
La santa empresa con virtud paterna.
Y el sepulcro de Cristo desinfierna;
Que infierno es el poder del falso Scita.
¡Oh par sin par, oh gloria de españoles,
Cuyo gobierno, cuyo brazo espanta,
A la cruel invidia, en paz y en guerra!
Por vos Cantabria a Delo se adelanta;
Que, madre destos hijos, ya no es tierra,
Sino felice Oriente de dos soles.

A DON MARTÍN DE CÓRDOBA,

MARQUÉS DE CORTES
Y PRESIDENTE DEL REAL CONSEJO DE LAS ÓRDENES,

ESTANDO CON UNA PELIGROSA ENFERMEDAD

SONETO

Magnánimo señor, a cuyo nombre
El Turco altivo y el adusto Moro
Tiemplan del niño el importuno lloro
Cuando quieren que calle y que se asombre,
Y en cuyos hechos de inmortal renombre,
De tu esfuerzo y virtud rico tesoro,
Duda de Febo el resonante coro
Si eres el mismo Marte, o si eres hombre,
Pues que por no temer eres temido,
Y temido pareces más que humano,
Seguro escaparás de un mal tan fuerte.
Porque al doliente mísero afligido
No hay dolor que le entierre más temprano
Que los incautos miedos de la muerte.

A DON ANTONIO VENEGAS,

INQUISIDOR DE GRANADA
Y CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO,

LOANDO SU GRAN CONSTANCIA EN DEFENDER UN AMIGO SUYO QUE ESTABA PRESO Y AFLIGIDO

SONETO

Al yelo, al aire, al agua y al sereno
En la aspereza del invierno frío,
Y al ardiente rigor del seco estío
Cuando teme a Faetón el gran terreno,
Rogar te vimos de templanza lleno,
Solícito Venegas y Eneas pío,
Con tal piedad, que atrás volver un río
Pudieras, y a la invidia poner freno.
La del tiempo, que acaba grandes cosas,
Sus injurias sufriendo con firmeza,
Venció tu fama, y suspendió al Leteo.
Honre mitra tus sienes religiosas,
¡Oh ejemplo de amistad y fortaleza!
Y cíñanlas diamantes por trofeo.

A DON CRISTÓBAL DE MORA,

CONDE DE CASTILRODRIGO,

CUANDO SU MAGESTAD LE HIZO SUMILLER DE CORPS DE V. A.

SONETO

Ya vas siendo retrato del primero:
En tronco firme estribas de justicia,
Llevando al hombro la real primicia,
Del gran Filipe imagen y heredero.
Ya triunfas de la invidia, monstro fiero;
Ya arrastras por el suelo la malicia,
Pues que tal majestad tienes propicia,
Y tanta parte en pecho tan entero.
Hallaste el punto de modesto y grave,
De sabio humilde y poderoso justo;
Fortuna a tu razón está subjeta.
Y así, el Rey que de Fe rige la nave,
Un hombre dice que halló a su gusto,
Como ya dijo Dios por el Profeta.

AL SEÑOR ARCHIDUQUE CARDENAL

SONETO

Mil veces a cantar tu nombre aspiro,
Tu inviolable virtud, tus obras santas
¡Oh magnánimo Alberto!, y otras tantas
Al claustro del silencio me retiro.
Vuelvo a mirarte, y con razón me admiro
De ver sobre el zenid tus sacras plantas;
Y al fin mi ingenio rústico levantas,
A celebrar cantando el bien que miro.
¡Oh limpia juventud! ¡Oh pecho a prueba,
Del atrevido Inglés espanto eterno,
Purpúreo Fénix con real decoro!
¡Suave voz, que los tenores lleva
Al un Filipe y otro en el gobierno,
Que es de la Fe la llave y el tesoro!

ALABANZAS DE LA COMEDIA

(INTRODÚCESE HABLANDO UN REPRESENTANTE)

Atila, rey fiero y godo,
Cual Nero a Roma en Tarpeya,
Vió arder la grande Aquileya
Y consumirse del todo.
Porque fué tal su rigor,
Que pretendió, usando dél,
Ser más verdugo cruel
Que benigno vencedor.
Y así, la ciudad famosa
Sintió tan grave ruina,
Que a par del tiempo camina
Su traged a lastimosa.
Mas, como de la ceniza
De aquel ave casta y fuerte
Nace, a pesar de la muerte,
La que su ser eterniza,
De las reliquias finales
De este fénix abrasado
Salieron huyendo a nado
Pocos de sus naturales,

Y escapando de la guerra,
Cosa de maravillar,
Piden refugio a la mar,
Pues no los sufre la tierra.
Mas el húmedo elemento,
Condolido de su ultraje,
No les niega el hospedaje
(Monstruoso acogimiento):
Riscos y juncos marinos
Les dió, donde se albergaron,
Y allí de asiento quedaron
Los huéspedes peregrinos.
Pescados les dió a comer;
Y, viendo su desconsuelo,
Lloró de lástima el cielo
Agua que les dió a beber.
Enseñóles artificio
La estrecha necesidad,
Ingeniosa facultad,
Despreciado beneficio.
Ya con mujeres se aplican;
Ya en los juncos no sosiegan;
Ya contratan, ya navegan,
Ya dan trazas, ya fabrican.
Ya la reciente ciudad
De las aguas hace espejo;
De la concordia, consejo;
Del poder, autoridad.
Ya sus contrarios asombra;
Ya ensalza sus valedores;

Ya aspira a cosas mayores;
Ya república se nombra.
  Tanto importaba en el mundo
La veneciana grandeza,
Y por tan rara estrañeza
Tuvo el grado sin segundo,
  Y es hoy a quien le compete,
Sin contienda ni rencilla,
Ser la octava maravilla
Mayor que juntas las siete.
  Si algún curioso desprecia
Negocios de tanto precio
Imputándome de necio
Porque trato de Venecia,
  Pues va de cosas tan grandes
A una cómica maraña
Como de telas de araña
A los tapices de Flandes,
  Escuche con atención,
Como a jüez le conviene,
Y verá un símil que tiene
Conveniente proporción.
  Quien vió, apenas ha treinta años,
De las farsas la pobreza,
De su estilo la rudeza,
Y sus más que humildes paños,
  Quien vió que Lope de Rueda,
Inimitable varón,
Nunca salió de un mesón,
Ni alcanzó a vestir de seda;

Seis pellicos y cayados,
Dos flautas y un tamborino,
Tres vestidos de camino
Con sus fieltros gironados;
Una u dos comedias solas,
Como camisas de pobre,
La entrada, a tarja de cobre,
Y el teatro, casi a solas,
Porque era un patio cruel,
Fragua ardiente en el estío,
De invierno, un helado río,
Que aun agora tiemblan dél,
Y porque estaba aún dudoso
Si un oyente, siendo ilustre
Y de un razonable lustre,
Incurría en licencioso;
Mas ya que de Febo el coro
Aquí su concento mueve,
Y en este parnaso llueve
El néctar de su tesoro,
Ya que en acorde armonía
De voces bien concertadas
Escuchan liras templadas
Con celestial melodía,
Ya que raros escritores
Siembran aquí sus riquezas,
Cantando heroicas proezas,
Y a veces tiernos amores,
Ya que los hados amigos
Nuestra causa favorecen,

Y del bien que nos ofrecen
Os presentan por testigos,
  Éste en que agora me veo,
De tal nobleza cercado,
No se llamará tablado,
Sino excelso coliseo;
  Teatro de la verdad,
Del desengaño contraste,
De piedras ricas engaste,
Aula de curiosidad;
  Docta academia de Orfeos,
Y capilla de Anfïones,
Con más fundados blasones,
Y más subidos trofeos,
  Pues no Euridices sacamos
Fabulosas y fingidas,
Sino limosnas crecidas
Para pobres que ayudamos;
  No pïedras materiales
Damos al muro tebano,
Sino alivio más que humano
A los píos hospitales.
  Aquí aprende el ignorante
Y descansa el que es discreto,
Y el que está apenas subjeto,
Respira y pasa adelante.
  Y pues consta la comedia
De personajes y oyentes,
Los callados y prudentes,
Oyendo hacen la media.

A DON PEDRO DE CARVAJAL,

DEÁN DE TOLEDO,

EN RECONOCIMIENTO DE HABELLE SIDO VALEDOR
CUANDO SALIÓ DE LA CORTE POBRE Y DESFAVORECIDO

SONETO

Pues que por tu clemencia y alma mía,
Deán ilustre, gloria de tu nombre,
Hoy gozo de la luz y de ser hombre,
Yo que a manos de fieras perecía,
Esta vida consagro, que no es mía,
Para que en siglos mil tuya se nombre:
Blasón humilde a tu inmortal renombre;
Pequeña oferta a tanta cortesía.
Alábente las lenguas elocuentes;
Celébrente las plumas elegantes;
Mármoles eternicen tu memoria;
Pues cuando no hay amigos ni parientes,
Tú solo al mundo ejemplo de observantes,
Llevas de mis desdichas la vitoria.

LAUS DEO

ÍNDICE

Páginas.



FUERON IMPRESAS LAS SEISCIENTAS APOTEGMAS DE JUAN
RUFO, PRIMER VOLUMEN DE LA SEGUNDA ÉPOCA DE LA
SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES, A COSTA DE
LA MISMA, EN LA VILLA Y CORTE DE MADRID,
EN LA OFICINA TIPOGRÁFICA DE DOÑA
RAMONA VELASCO, VIUDA DE PÉREZ,
SIENDO REGENTE D. FEDERICO
SANTANDREU, Y SE ACABÓ
SU IMPRESIÓN EL DÍA XII
DE JUNIO DEL AÑO
DE MCMXXIII
LAUS DEO



SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

JUNTA DE GOBIERNO

Presidente de honor.	Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner, Director de la Real Academia Española.
Presidente efectivo...	Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba, de las Reales Academias Española y de la Historia.
Vicepresidente.........	Excmo. Sr. Conde de la Viñaza, de las Reales Academias Española y de la Historia.
Secretario..............	Sr. D. Agustín G. de Amezúa y Mayo, Vicepresidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.
Tesorero................	D. Ignacio Bauer y Landauer, Correspondiente de la Real Academia de la Historia.
Vocales..................	Excmo. Sr. Marqués de Laurencín, Director de la Real Academia de la Historia. Sr. D. Emilio Cotarelo y Mori, de la Real Academia Española. Excmo. Sr. Conde de Cedillo, de la Real Academia de la Historia. Sr. D. Manuel Serrano y Sanz, Catedrático de la Universidad de Zaragoza. Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín, de las Reales Academias Española, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas. Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, de la Real Academia de la Historia. Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes, de la Real Academia de la Historia. Sr. D. Jacinto Octavio Picón, de las Reales Academias Española y de Bellas Artes. Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, Director de la Biblioteca Nacional, de la Real Academia Española. Excmo. Sr. Conde de la Mortera, de las Reales Academias Española y de la Historia.

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

SOCIOS PROTECTORES

Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.
Excmo. Sr. Conde de la Mortera.
Excmo. Sr. Conde de Castilleja de Guzmán
Sr. D. Carlos de la Huerta.
Sr. D. Ignacio Bauer y Landauer.
Sr. D. Domingo de las Bárcenas.
Mr. R. Foulché Delbosc.
Sr. D. Francisco de P. Ureña.
Sr. D. Germán Valentín Gamazo.
Sr. D. Francisco Díez Barroso.
Sr. D. Agustín G. de Amezúa.

LISTA GENERAL DE SOCIOS

1. **S. M. el Rey Don Alfonso XIII.**
2. Sr. D. Jacinto Octavio Picón.—Madrid.
3. Sr. D. Eugenio Mafféi.—Madrid.
4. Biblioteca Nacional.
5. Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.—Madrid.
6. Sr. D. Rafael Vidart y Vargas Machuca.—Madrid.
7. Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.—Madrid.
8. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.—Madrid.
9. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.—Madrid.
10. Sr. D. Luis de Escalante.—Santander.
11. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.—Madrid.
12. Ateneo de Madrid.
13. Biblioteca del Senado.
14. Excmo. Sr. D. Pablo de Garnica.—Madrid.
15. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.—Madrid.

16. Real Academia Española.—Madrid.
17. Sr. D. Emilio Ruiz de Cañabate.—Madrid.
18. Sr. D. Enrique Bailly-Baillière.—Madrid.
19. Real Academia de la Historia.—Madrid.
20. Excmo. Sr. Marqués de Villasinda.—Madrid.
21. Sr. D. Juan de Dios Esquer.—Madrid.
22. Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.—Madrid.
23. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.—Madrid.
24. Sr. D. Joaquín de Montaner.—Barcelona.
25. Sr. D. Monserrat Batlle.—Barcelona.
26. Biblioteca Arús.—Barcelona.
27. Sr. D. Carlos de Uhagón y Arispe.—San Sebastián.
28. Sr. D. Pedro N. Oseñalde.—Madrid.
29. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Madrid.
30. Sr. D. Eduardo Corredor.—Madrid.
31. Excmo. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.—Madrid.
32. Sr. D. Fernando Fé.—Madrid.
33. Excmo. Sr. Conde de Toreno.—Madrid.
34. Biblioteca Imperial de Strasburgo.
35. Biblioteca del Congreso de los Diputados.
36. Excmo. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.—Madrid.
37. Excmo. Sr. D. Nazario Calonje.—Madrid.
38. Sr. D. Luis Tusquéts.—Madrid.
39. Biblioteca de la Universidad de Barcelona.—Barcelona.
40. Excmo. Sr. Conde de Sallent.—Madrid.
41. Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes.—Madrid.
42. Instituto del Cardenal Cisneros.
43. Sr. D. J. C. Cebrián.—Madrid.
44. Excmo. Sr. Marqués de Laurencín.—Madrid.
45. Sra. D.ª Blanca de los Ríos.—Madrid.
46. Excmo. Sr. Conde de Cedillo.—Madrid.
47. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa.—Sevilla.
48. Excmo. Sr. Conde de Estrada.—Madrid.
49. Excmo. Sr. Marqués de Grigny.—Madrid.
50. Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.—Madrid.
51. Excmo. Sr. Marqués de Valdeterrazo.—Madrid.

52. Excmo. Sr. Marqués de Santillana.—Madrid.
53. Excmo. Sr. Marqués de Comillas.—Madrid.
54. Sr. D. Ignacio de Arrillaga.—Madrid.
55. Excmo. Sr. Conde de la Viñaza.—Madrid.
56. Excmo. Sr. D. Anselmo Rodríguez de Rivas.—Sevilla.
57. Sr. D. José María de Urquijo.—Bilbao.
58. Excmo. Sr. D. Emilio Cotarelo y Mori.—Madrid.
59. Sr. D. Manuel Serrano y Sanz.—Zaragoza.
60. Gran Peña.—Madrid.
61. Sr. D. Adrián Romo.—Madrid.
62. Sr. D. Fernando Astier Balboa.—Madrid.
63. Excmo. Sr. D. Alonso Coello.—Madrid.
64. Sr. D. Antonio Rubiños.—Madrid.
65. Sr. D. Victoriano Suárez.—Madrid.
66. Biblioteca Universitaria de Sevilla.—Sevilla.
67. Sr. D. Carlos Navarro Lamarca.—Madrid.
68. Sr. D. Eloy García de Quevedo y Concellón.—Burgos.
69. Sr. D. Gabriel Molina.—Madrid.
70. Excmo. Sr. Conde de Polentinos.—Madrid.
71. Sr. D. Martinus Nijhoff.—La Haya.
72. Sr. D. Gabino Páez Melero.—Madrid.
73. Sres. Ruiz Hermanos.—Madrid.
74. University Library de Cambridge.
75. Sr. D. Antonio Martínez Gayo.—Madrid.
76. Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín.—Madrid.
77. Instituto de Valencia de Don Juan.—Madrid.
78. Sr. D. Pablo Font de Rubinat.—Reus.
79. Excma. Sra. Marquesa viuda de Aranda.—Madrid.
80. Sr. D. Luis Santos.—Madrid.
81. Sr. D. José María Moreno y Giménez de Borja.—Madrid.
82. Sr. D. Alejandro Lerroux.—Madrid.
83. Sr. D. Gonzalo de la Torre de Trasierra.—Madrid.
84. Sr. D. Eugenio García Rico.—Madrid.
85. Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.—Madrid.
86. Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín.—Madrid.
87. Biblioteca Municipal de Santander.
88. Excmo. Sr. Conde V. de las Atalayas.—Sevilla.
89. Excmo. Sr. Marqués de Valencina.—Sevilla.

90. Excmo. Sr. Marqués de S. José de Serra.—Sevilla.
91. Ateneo Barcelonés.—Barcelona.
92. Sr. D. Juan Batlle.—Barcelona.
93. Sr. D. Juan Roldán y Ocáriz.—Madrid.
94. Sr. D. Juan Givanel Mas.—Barcelona.
95. Sr. D. Agustín G. de Amezúa y Mayo.—Madrid.
96. Sr. D. Ramón Domingo Viñas.—Barcelona.
97. Excmo. Sr. Marqués de Toca.—Madrid.
98. Excmo. Sr. Marqués de la Puebla de Rocamora.—Madrid.
99. Sr. D. José Parajón.—Madrid.
100. Sr. D. Valentín Martínez y Pérez.—Barcelona.
101. Sr. D. Angel Sabata Lara.—Barcelona.
102. Sociedad Bilbaína.—Bilbao.
103. Sr. D. José Díaz Agero.—Madrid.
104. Sr. D. Eduardo Losada.—Madrid.
105. Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza.
106. Biblioteca Universitaria de Zaragoza.
107. Sr. D. José Ramos y Loscertales.—Zaragoza.
108. Biblioteca Municipal.—Madrid.
109. Sr. D. Antonio Graiño.—Madrid.
110. Sr. D. Melchor García.—Madrid.
111. Sr. D. Francisco Beltrán.—Madrid.
112. Excmo. Sr. D. Mariano Núñez Samper.—Madrid.
113. Sr. D. Leopoldo Martínez Ochagavia.—Madrid.
114. Sr. D. Gustavo Gili.—Barcelona.
115. Archivo Biblioteca del Consejo de las Órdenes.—Madrid.
116. Sr. D. Lamberto Mata.—Barcelona.
117. Sr. D. Fernando de Villabaso.—Bilbao.
118. Sr. D. José Lázaro.—Madrid.
119. Excmo. Sr. Marqués de Piedras Albas.—Madrid.
120. Sr. D. Vicente Castañeda.—Madrid.
121. Sr. D. Angel Uriarte.—Madrid.
122. Sr. D. Victoriano Suárez Graiño.—Madrid.
123. Sr. D. Antonio Trelles.—Madrid.
124. Sr. D. José Trelles.—Madrid.
125. Excmo. Sr. D. Antonio Maura.—Madrid.

126. Excmo. Sr. Conde de la Mortera.—Madrid.
127. Sr. D. Pedro M. de Artiñano.—Madrid.
128. Sr. D. Juan Rosel.—Madrid.
129. Excmo. Sr. Duque de Almazán.—Madrid.
130. Excmo. Sr. Marqués de Velada.—Madrid.
131. Sr. D. Luis de Errazu.—Madrid.
132. Excmo. Sr. Duque de Dúrcal.—Madrid.
133. Excmo. Sr. Marqués de Rafal.—Madrid.
134. Excmo. Sr. Marqués de Viana.—Madrid.
135. Excmo. Sr. Duque de Aliaga.—Madrid.
136. Excmo. Sr. Marqués de Pons.—Madrid.
137. Excmo. Sr. Marqués de Argüeso.—Madrid.
138. Excmo. Sr. Duque de Medinaceli.—Madrid.
139. Excmo. Sr. Duque del Arco.—Madrid.
140. Excmo. Sr. D. Alfonso Merry del Val.—Londres.
141. Excmo. Sr. D. José Quiñones de León.—Madrid.
142. Sr. D. Carlos de la Huerta.—Madrid.
143. Sr. D. Ignacio Bauer y Landauer.—Madrid.
144. Excmo. Sr. Conde de Llobregat.—Madrid.
145. Excmo. Sr. Conde de la Cimera.—Madrid.
146. Excmo. Sr. D. Jerónimo Becker.—Madrid.
147. Excmo. Sr. D. Adolfo Herrera.—Madrid.
148. Sr. D. Julio Puyol y Alonso.—Madrid.
149. Sr. D. Mariano Gaspar y Remiro.—Madrid.
150. Sr. D. Antonio Ballestero y Beretta.—Madrid.
151. Excmo. Sr. D. Fernando de la Quadra Salcedo.—Madrid.
152. Biblioteca del Museo Laboratorio Jurídico de la Universidad Central.—Madrid.
153. Excmo. Sr. Marqués del Saltillo.—Sevilla.
154. Excmo. Sr. Marqués de Olivart.—Madrid.
155. Excmo. Sr. Marqués de Seoane.—Madrid.
156. Excmo. Sr. D. Rafael Altamira y Crevea.—Madrid.
157. Sr. D. Miguel de Asúa.—Madrid.
158. Sr. D. Luis Aznar y Tutor.—Madrid.
159. Excmo. Sr. D. Carlos Cañal.—Sevilla.
160. Excmo. Sr. D. Miguel Sánchez Dalp.—Sevilla.
161. Excmo. Sr. Marqués de Arriluce de Ibarra.—Madrid.
162. Excmo. Sr. Barón de San Petrillo.—Valencia.

163. Excmo. Sr. Conde de Gamazo.—Madrid.
164. Excmo. Sr. Conde de Casa Real.—Pamplona.
165. Excmo. Sr. Marqués de Selva Alegre.—Madrid.
166. Sr. D. Luis Lletget.—Madrid.
167. Sr. D. Gabriel M. del Río y Rico.—Madrid.
168. Sr. D. Germán Valentín Gamazo.—Madrid.
169. Sr. D. Narciso Alonso Cortés.—Valladolid.
170. Sr. D. Germán de la Mora.—Madrid.
171. Sr. D. Tomás Marina.—Madrid.
172. Excmo. Sr. D. Francisco Belda y Pérez de Nueros.—Madrid.
173. Mlle. Pura de Angulo y Mayo.—Bidart.
174. Sr. D. Alberto Martínez Pardo.—Madrid.
175. Sr. D. Diego M. Crehuet.—Madrid.
176. Excmo. Sr. Marqués de Santacara.—Madrid.
177. Sra. Doña Luisa Mayo y Albert.—Madrid.
178. Sr. D. Enrique G. de Amezúa y Mayo.—Madrid.
179. Sr. D. Ramón G. de Amezúa y Noriega.—Madrid.
180. Sr. D. Guillermo Quintanilla.—Madrid.
181. Sr. D. Manuel Astudillo.—Madrid.
182. Sr. D. Francisco Soler.—Madrid.
183. Real Academia de Jurisprudencia.—Madrid.
184. Excmo. Sr. D. Luciano López Ferrer.—Madrid.
185. Sr. D. Adriano Martín Lanuza.—Madrid.
186. Sr. D. Manuel de Sandoval.—Madrid.
187. Excmo. Sr. Conde de Peña Ramiro.—Madrid.
188. Sr. D. Ramón García de Linares.—Madrid.
189. Sr. D. Justo Gómez Ocerín.—Roma.
190. Excmo. Sr. Marqués del Albayzín.—Madrid.
191. Excmo. Sr. D. José Guillén Sol.—Madrid.
192. Sr. D. Domingo de las Bárcenas.—Madrid.
193. Sr. D. Enrique de Mesa.—Madrid.
194. Sr. D. Clemente Mayer Alberti.—Madrid.
195. Mr. R. Foulché-Delbosc.—París.
196. Sr. D. Francisco de P. Ureña.—Martos.
197. Sr. D. Gaspar Díaz de Rivera.—Madrid.
198. Sr. D. Adolfo Menet.—Madrid.
199. Excmo. Sr. D. Mariano Benlliure.—Madrid.
200. Excmo. Sr. D. José Moreno Carbonero.—Madrid.

201. Excmo. Sr. Marqués de la Viesca.—Madrid.
202. Sr. D. Manuel López Ortega.—Madrid.
203. Sr. D. Julio Cavestany.—Madrid.
204. Sr. D. Julio Moisés.—Madrid.
205. Sr. D. Francisco Javier Sánchez Cantón.—Madrid.
206. Excmo. Sr. Marqués de Torre-Hermosa.—Madrid.
207. Sr. D. José Antonio de Sangroniz.—Madrid.
208. Sr. D. Pedro Robredo.—Madrid.
209. Excmo. Sr. D. Félix de Llanos y Torriglia.—Madrid.
210. Sr. D. Honorio Valentín Gamazo.—Madrid.
211. Sr. D. José María Gamazo.—Madrid.
212. Sr. D. Manuel Maura y Salas.—Madrid,
213. Sr. D. Luis Carpio Mora.—Martos.
214. Sr. D. Rafael Ballester y Castell.—Valladolid.
215. Sr. D. Andrés Soler Monsalve.—Madrid.
216. Sr. D. Carmelo de Echegaray.—Guernica.
217. Excmo. Sr. D. Ramón Menéndez Pidal.—Madrid.
218. Sr. D. M. Martín de los Ríos.—Valladolid.
219. Sr. D. Juan Sánchez y Revest.—Madrid.
220. Sr. D. Juan Nogués.—Zaragoza.
221. Sr. D. Saturnino Rivera Manescau.—Valladolid.
222. Sr. D. Jesús Menéndez.—Buenos Aires.
223. Excmo. Sr. Conde de Castilleja de Guzmán.—París.
224. Sr. D. Alfredo Basanta de la Riva.—Valladolid.
225. Sr. D. Tomás García Diego de la Huerga.—Madrid.
226. Sr. D. José María Cortejarena y Delgado.—Madrid.
227. Ilmo. Sr. D. Luis María Cabello y Lapiedra.—Madrid.
228. Excmo. Sr. Marqués de Valdeiglesias.—Madrid.
229. Sr. D. Manuel Cejudo Soriano.—Madrid.
230. Sr. D. José de Martos Roca.—Algeciras.
231. Sr. D. José Reig Reig.—Játiva.
232. Sr. D. Américo Castro.—Madrid.
233. Sr. D. Luis de Urigüen y Gallo Alcántara.—Bilbao.
234. Excmo. Sr. D. Luis Redonet y López Dóriga.—Madrid.
235. Biblioteca de Catalunya.—Barcelona.
236. Sr. D. Salvador González Anaya.—Málaga.
237. Excmo. Sr. D. Angel Avilés.—Madrid.
238. Excmo. Sr. D. Alvaro López Núñez.—Madrid.

239. Sr. D. José Peñuelas y Juez Sarmiento.—Madrid.
240. Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo.—Madrid.
241. Sr. D. Tomás Silvela y Loring.—Madrid.
242. Sr. D. Francisco Martínez y Martínez.—Valencia.
243. Sr. D. Isidro de Villota y Presilla. –Madrid.
244. Sr. D. Luis Royo.—Barcelona.
245. Sr. D. Eduardo Juliá.—Castellón.
246. Sr. D. Bernardo Rodríguez.—Madrid.
247. Mr. John. M. Hill.—Bloomington.
248. Sr. D. José Manuel de Garamendi.—Madrid.
249. Excmo. Sr. D. Manuel de Burgos y Mazo.—Huelva.
250. Sr. D. Manuel García Morente.—Madrid.
251. Sr. D. Enrique Covián.—Madrid.
252. Sr. D. Saturnino Calleja.—Madrid.
253. Biblioteca Provincial de Cádiz.—Cádiz.
254. Sr. D. Cesáreo Sanz Egaña.—Málaga.
255. Sr. D. José Miguel Bernabé.—Madrid.
256. Sr. D. Jesús Coronas y Conde.—Madrid.
257. Sr. D. Felipe de Ramón y Rodríguez.—Granada.
258. Sr. D. Francisco Maldonado de Guevara.—Valladolid.
259. Sr. D. José María de Valdenebro y Cisneros.—Sevilla.
260. Excmo. Sr. D. Miguel Blay.—Madrid.
261. Mr. Henry Merimée.—Madrid.
262. Sr. D. Salvador Alarcón y Horcas.—Sevilla.
263. Excmo. Sr. Conde de Aybar.—Madrid.
264. Sr. D. Juan Pedro Llorente Lacave.—Sevilla.
265. Sr. D. Homero Seris.—New-York.
266. Sr. D. Dámaso Calvo.—La Coruña.
267. Ilmo. Sr. Conde de Aponte.—Sevilla.
268. Sr. D. Eduardo de Ibarra y Osborne.—Sevilla.
269. Sr. D. Carlos García Martín.—Sevilla.
270. Sr. D. José Hidalgo Navarro.—Las Palmas.
271. Mr. James P. R. Lyell.—Londres.
272. Mr. Ernesto Maggs.—Londres.
273. Sr. D. Paulino Martínez Guirau.—Sevilla.
274. Sr. D. Fernando López-Cepero y Martínez.—Sevilla.
275. Sr. D. Maurice Leon Ettinghausen.—Londres.
276. Mr. Claude E. Aníbal.—Bloomington.
277. Sr. D. Miguel Salvador y Carreras.—Madrid.

278. Sr. D. Vicente Romero Girón.—Madrid.
279. Universidad de Manchester.
280. Sr. D. Fernando Serra y Pickman.—Sevilla.
281. Sr. D. Carlos Santos.—Madrid.
282. Sr. D. Antonio Serra y Pickman.—Sevilla.
283. Sr. D. Manuel Durán García.—La Coruña.
284. Sra. Viuda de W. Guarro.—Barcelona.
285. Sr. D. Francisco Mateu.—Madrid.
286. Sr. D. Manuel Ontañón.—Madrid.
287. Sr. D. Agapito Ontañón.—Madrid.
288. Sr. D. José Ruiz.—Madrid.
289. Sres. Sucesores de Hernando.—Madrid.
290. Sr. D. Ignacio Ventallo.—Barcelona.
291. Sr. D. José Gasvalver Gimeno.—Sevilla.
292. Sr. D. Félix Sánchez Blanco y Sánchez.—Sevilla.
293. Sr. D. José Morón Cansino.—Sevilla.
294. Haward College Library.—Haward.
295. British Museum.—Londres.
296. H. Thomas.—Londres.
297. Sr. D. Salvador Cabeza de León.—Santiago.
298. Sr. D. Pascual Galindo Romeo.—Santiago.
299. Sr. D. Amando Castroviejo y Nobajas.—Santiago.
300. Sr. D. Pedro Sáenz Díez García.—Santiago.
301. Universidad de Santiago, Facultad de Derecho.
302. Sr. D. Antonio H. Portilla.—Méjico.
303. Sr. D. José María López Cepero.—Sevilla.
304. Sr. D. Eduardo Fedriani Fernández.—Sevilla.
305. Sr. D. Luis Abaurrea Cuadrado.—Sevilla.
306. Sr. D. Manuel Giménez Fernández.—Sevilla.
307. Sr. D. Carlos Ruiz del Castillo.—Santiago.
308. Sr. D. José Martínez.—Madrid.
309. Sr. D. Antonio Porras Márquez.—Madrid.
310. Sr. D. Fernando de Arteaga y Pereira.—Oxford.
311. Sr. D. Ramón Buide Laverde.—Santiago.
312. Sr. D. Ramón Miquel y Planas.—Barcelona.
313. Sr. D. Francisco Díez Barroso.—Méjico.
314. Sr. D. José María Bustamante y Urrutia.—Santiago.
315. Taylor Library University.—Oxford.
316. Sr. D. Francisco Carreras Vallo.—Valencia.

317. Sres. Zabala y Maurin.—New-York.
318. Dartmouth College Library.—Hanover.
319. Mr. James H. English.—Nueva York.
320. Sr. D. Francisco de P. Bedos.—Barcelona.
321. Sr. D. Pere Gran Maristany.—Barcelona
322. Biblioteca Balaguer. —Villanueva y Geltrú.
323. Sr. D. Ramón Bergé.—Bilbao.
324. Mr. Hugo Albert Rennert.—Philadelphia.
325. Sr. D. Rafael Guajardo-Fajardo y Guajardo-Fajardo.—Sevilla.
326. Sr. D. Juan Vicens de la Llave.—Zaragoza.
327. Sr. D. Iñigo Manuel Marín Sancho.—Zaragoza.
328. Universidad de Princeton.—Princeton.
329. Sr. D. Jaime Carner.—Barcelona.
330. Sr. D. Daniel Jorro.—Madrid.
331. Sr. D. Domingo Barnés.—Madrid.
332. Universidad de California.—Berkeley.
333 a 360 .....
361 a 380 .....
381 a 399 .....
400. La Sociedad de Bibliófilos Españoles.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

I. CARTAS DE EUGENIO SALAZAR, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

II. POESÍAS DE D. FRANCISCO DE RIOJA, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

III. RELACIONES DE ALGUNOS SUCESOS DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DEL REINO DE GRANADA, por D. Emilio Lafuente Alcántara, Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IV. CINCO CARTAS POLÍTICO-LITERARIAS DE D. DIEGO SARMIENTO DE ACUÑA, CONDE DE GONDOMAR, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

V. EL LIBRO DE LAS AVES DE CAÇA, DEL CANCILLER PEDRO LÓPEZ DE AYALA, CON LAS GLOSAS DEL DUQUE DE ALBURQUERQUE. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VI. TRAGEDIA LLAMADA JOSEFINA, DE MICAEL DE CARVAJAL, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

VII. LIBRO DE LA CÁMARA REAL DEL PRÍNCIPE D. JUAN, DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VIII. HISTORIA DE ENRRIQUE FI DE OLIUA, REY DE IHERUSALEM, EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA, por D. Pascual de Gayangos Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IX. EL CROTALON DE CHRISTOPHORO GNOPHOSO. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

X. DON LAZARILLO VIZCARDI, DE D. ANTONIO EXIMENO, por Don Francisco Asenjo Barbieri. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XI. Relaciones de Pedro de Gante, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

XII. Tratado de las batallas y ligas de los ejércitos del Emperador Carlos V, desde 1521 hasta 1545, por Martín García Cereceda, por G. Cruzada Villaamil. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIII. Memorias del Cautivo en la Goleta de Túnez, por Don Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIV. Libro de la Jineta y descendencia de los caballos guzmanes, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XV. Viaje de Felipe segundo a Inglaterra, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVI. Tratado de las epístolas y otros varios, de Mosén Diego de Valera, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVII. Dos obras didácticas y dos leyendas, sacadas de manuscritos de la Biblioteca del Escorial, por D. Germán Knust. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVIII. Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble Rey D. Juan el primero, del Bachiller Palma, por Don José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIX. Romancero de Pedro de Padilla, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XX. Relación de la jornada de Pedro de Orsúa a Omagua y al Dorado, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXI. Cancionero general de Hernando del Castillo, por Don José Antonio de Balenchana. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXII. Obras de Juan Rodríguez de la Cámara o del Padrón, por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXIII. El Pelegrino Curioso, por D. Pascual de Gayangos. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares.

XXIV. Cartas de Villalobos, por D. Antonio María Fabié. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXV. Memorias de D. Félix Nieto de Silva, Marqués de Tenebrón, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Tirada de 300 ejemplares.

XXVI. Historia del maestre último que fué de Montesa y de su hermano D. Felipe de Borja, por D. Francisco Guillén Robles. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.

XXVII. Diálogos de la Montería, Manuscrito inédito de la Real Academia de la Historia, por el Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXVIII. Libro de las virtuosas e claras mujeres, el cual fizo e compuso el Condestable D. Alvaro de Luna, Maestre de la Orden de Santiago, por el Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXIX. Opúsculos literarios de los siglos XIV a XVI, por Don Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares.

XXX. Nobiliario de Conquistadores de Indias, por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXXI. Dos novelas de D. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXXII. Relaciones históricas de los siglos XVI y XVII, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXXIII. Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente, del bachiller Cristóbal de Villalón, por D. Manuel Serrano y Sanz. Tirada de 300 ejemplares.

XXXIV. Historia de D. Juan de Austria, del Licenciado Porreño, por D. Antonio Rodríguez Villa. Tirada de 300 ejemplares.

XXXV. Arcipreste de Talavera (corvacho o reprovación del amor mundano), del bachiller Alfonso Martínez de Toledo, por D. Cristóbal Pérez Pastor. Tirada de 230 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXXVI. Comentarios de D. García de Silva y Figueroa, de la Embajada que de parte del Rey de España D. Felipe III hizo al Rey Xa Abas de Persia, por D. Manuel Serrano y Sanz. Dos volúmenes. Tirada de 300 ejemplares.

XXXVII. Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo, por D. Manuel Serrano y Sanz. Tirada de 300 ejemplares.

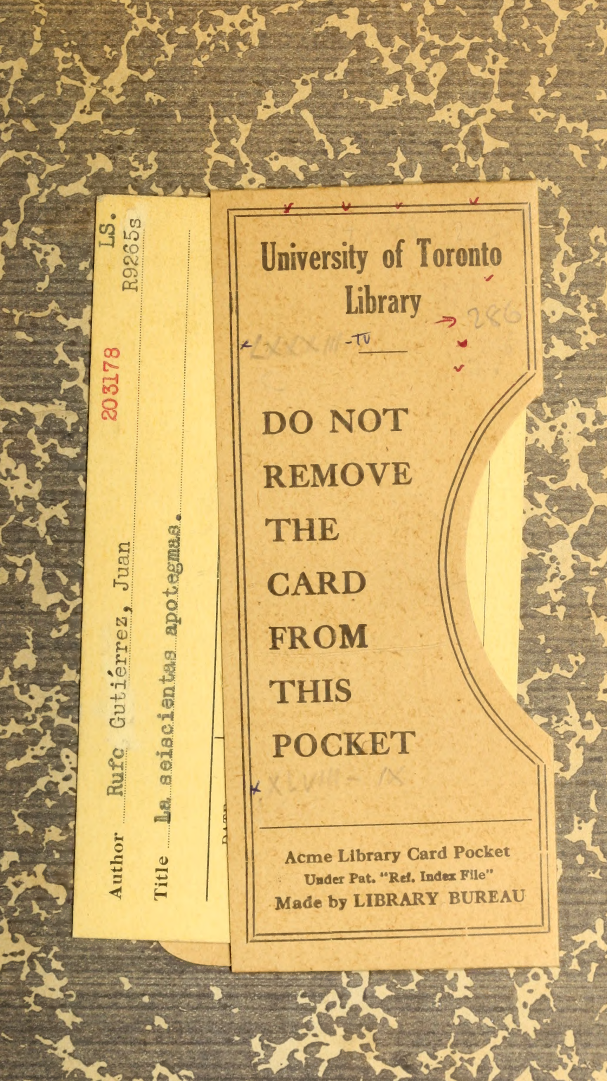
XXXVIII. El Passagero, de Cristóbal Suárez de Figueroa, por D. Roberto Selden Rose. Tirada de 300 ejemplares.

XXXIX. Relaciones históricas de América: Primera mitad del siglo XVI, por D. Manuel Serrano y Sanz. Tirada de 300 ejemplares.

XL. Comedias y tragedias de Juan de la Cueva, por D. Francisco A. de Icaza. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares.

XLI. Dos tratados históricos tocantes al Cardenal Ximénez de Cisneros, por el Licenciado Baltasar Porreño, por el Conde de Cedillo. Tirada de 300 ejemplares.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
R9265s
203178
Author Rufo Gutiérrez, Juan
Title La seiscientas apotegmas.

